

MUHSIN AL-RAMLI



Los jardines  
del presidente

alianza Literaria

Muhsin Al-Ramli

# Los jardines del presidente

Traducido del árabe por Nehad Bebars

Versión castellana revisada en colaboración con Elena M. Cano e  
Íñigo Sánchez-Paños

**Alianza** editorial

## Índice

Hijos de la grieta de la tierra  
La historia de los abuelos: connivencia  
Ibrahim y su Quisma  
Guerra, amor y guerra  
La tormenta de la destrucción  
Viaje con un solo pie  
Asedio y enfermedades  
El retorno de Abdulá Kafka de su cautiverio  
Huéspedes de la República Islámica  
La Roca de la Muerte  
El espino del mar  
El secreto del escándalo no revelado  
Vida en un sótano  
Infancia en un cajón militar  
Velada de té a la leña  
El preludio de los jardines  
De las historias de los palacios del pueblo  
El presidente mata al músico  
Dentro y delante de la pantalla  
Un ramo de flores y unas naranjas  
Permiso por funeral  
Cadáveres y cuadernos  
La boda de Nisma  
Los devoradores de rosas  
La caída de la capital y el regreso  
Encuentros entre vivos y muertos  
Segundas nupcias  
Hijos de la grieta de la tierra  
Créditos

Al alma de mis nueve parientes degollados el 3  
de ramadán del año 2006.

A todos los oprimidos de Irak:

¡Que descansen en paz los muertos y nos  
perdonen nuestra amarga tristeza!

¡Que los vivos hagan todo lo que puedan por la  
tolerancia y la paz!

## *Hijos de la grieta de la tierra*

EN UN PAÍS SIN PLATANARES, los habitantes del pueblo se despertaron con el hallazgo de nueve cajas para transportar plátanos. En cada una de ellas estaban depositados la cabeza degollada de uno de sus hijos y el documento que lo identificaba, ya que algunos rostros habían quedado totalmente desfigurados por la tortura anterior a su decapitación o por la posterior mutilación, tanto que los rasgos con que habían sido conocidos a lo largo de su truncada vida ya no eran suficientes para identificarlos.

La primera persona que se percató de la presencia de aquellas cajas tiradas por la acera de la calle principal fue Ismael, el pastor retrasado. Se acercó con curiosidad, sin apearse de su burra, cuya imagen, de tanto montarla a la amazona, era inseparable de la suya, como si se tratara de un solo cuerpo. Cuando Ismael vio las cabezas ensangrentadas en las cajas, se deslizó de la montura y se agachó, tocándolas con la punta de la vara que llevaba. Llegó a reconocer algunas. Todo resto del sueño que tenía se le disipó de los ojos, que restregó con fuerza para asegurarse de que estaba despierto. Miró alrededor con el fin de cerciorarse de su propia existencia y de que se hallaba en su pueblo y no en otro lugar.

La madrugada se encontraba en su último brillo plateado. A ambos lados de la calle, las tiendas estaban cerradas; el pueblo, dormido y totalmente silencioso excepto por los cantos de unos gallos y el lejano ladrido de un perro, seguido por la respuesta de otro perro en un extremo aún más distante.

En aquel momento, Ismael se liberó de un antiguo remordimiento que lo perseguía en pesadillas, desde su adolescencia, porque le había cortado la lengua a una cabra que lo agobiaba con su balido mientras tejía un cinturón de lana para Hamida, en medio de la soledad y del silencio del Valle de las Hienas. También superó luego la mudez que le sobrevino al ver las cabezas en las cajas de plátanos y se puso a gritar con todas sus fuerzas, hasta tal punto que la burra se

asustó, el rebaño de ovejas se paralizó y las palomas y los gorriones echaron a volar de los árboles y de los tejados. Siguió chillando, sin saber exactamente lo que profería con sus aullidos, que se parecían a los balidos de aquella cabra cuya lengua había cortado y asado. No tardó en ver a algunas personas corriendo desde las casas cercanas, y luego a toda la gente del pueblo, que acudía desde todas partes, después de que alguien lanzara la voz de alarma por los altavoces de la mezquita.

Si Abdulá Kafka hablara de aquel incidente, diría:

—Era el tercer día del mes de ramadán del año 2006. Según las antiguas crónicas históricas, eso ocurrió cuando un ser amorfo y extraño, de complexión enorme y cabeza pequeña, y de nombre Estados Unidos de América, vino de allende los océanos y ocupó un país llamado Irak. Los historiadores aclaran en sus anotaciones que los seres humanos de aquel entonces tenían corazones primitivamente crueles y brutales, como los corazones de los depredadores. Por eso, en sus relaciones escabrosas se daban comportamientos vergonzosos, como la agresión, el terrorismo, la guerra, la invasión y la ocupación. En aquellos tiempos remotos, la humanidad estaba sumida en la oscuridad de los corazones y no en la de las mentes o de las visiones, de modo que el ser humano pensaba en matar a su prójimo y, lo que era aún peor, podía efectivamente materializarlo.

Así vería y narraría Abdulá Kafka todo lo ocurrido. Describiría todo como si se tratara de una historia inmemorial, muerta e inútil. Como si no existieran para él ni el presente ni el futuro. Solo el pasado, todo negro, del que una parte se acababa definitivamente, sin posibilidad de regreso, mientras que otra se repetiría más tarde, en esa dimensión que la gente llamaba futuro. Por eso, desde que había regresado de su cautiverio iraní, Abdulá Kafka, el pesimista de los pesimistas, se limitaba a sentarse en la misma silla, en un rincón del cafetín del pueblo, desde que abría sus puertas por la mañana hasta que las cerraba, pasada la medianoche. Se tomaba a sorbos lentos tazas de café amargo y vasos de té negro como la tinta. Fumaba el narguile, distraído o escuchando en silencio. Devolvía los saludos con una inclinación de cabeza o un gesto con la misma mano que cogía el tubo de fumar.

Si hablaba (más bien, si lo forzaban a hablar), divagaba sin parar o se limitaba a comentar con escasas palabras. Como cuando le dijeron, cierta primavera, que el río se había desbordado, que sus riberas rebosaban, que el agua anegaba campos y huertos, arrastraba las casas de adobe y las chozas colindantes, y que la riada había cavado la ladera del monte del cementerio,

llevándose calaveras y huesos de los muertos queridos. No dijo nada, siguió dando caladas frente a las carreras de la gente y el pánico de los relatores, hasta que Ismael, el pastor, entró aterrorizado y gritando porque la inundación había destrozado su cuadra y arrastrado diez ovejas y una de sus cabras. Sollozaba al describir cómo la cabra flotaba sobre el agua rojiza por el lodo y los desperdicios, cómo balaba y cómo miraba suplicante sin que él pudiera hacer nada por salvarla, porque no sabía nadar.

La voz de Ismael se elevaba pavorosa en medio del cafetín:

—El agua se está elevando y avanza hacia el resto del pueblo, es nuestro fin, es el día del Juicio Final y del fin del mundo.

Entonces Abdulá Kafka carraspeó y preguntó tranquilamente:

—¿Acaso el agua ha subido de tal modo que la espalda de tu cabra roza el techo del cielo?

—No —negó Ismael.

—Pues eso no es nada. ¡Ojalá así suceda y el cielo aplaste la tierra! —replicó, antes de seguir fumando lentamente.

Pero cuando le comunicaron, aquella mañana, que la cabeza de Ibrahim, su compañero de vida, estaba entre las nueve cabezas, respondió:

—Ya está, ha descansado. Porque esta vez sí que ha muerto, dejándonos al caos del destino y a la absurda espera de la muerte a nosotros, los muertos en vida.

Permaneció callado, inmóvil, solo se notaba la subida y la bajada de su pecho al respirar. Quedó petrificado allí unos instantes, antes de seguir fumando y fumando. Por primera vez, la gente vio fluir lágrimas de sus ojos, que no pestañeaban. No los secó, tampoco dejó de fumar.

Cuando la noticia llegó al tercero de aquella amistad de toda una vida, el mulá Tarek, este casi se desmaya y pierde el equilibrio. Por lo que se apresuró a sentarse, apoyándose para no caer desplomado mientras recitaba muchos de los dichos religiosos que había aprendido de memoria. Lloró pidiendo perdón a Dios, lloró maldiciendo al diablo para que no lo incitara a caer en la desesperación. Lloró y lloró hasta que las lágrimas mojaron las puntas de su barba alheñada.

Las preguntas de quienes lo rodeaban lo salvaron de sucumbir ante un largo acceso de llanto:

—¿¡Qué hacemos, jeque!?! —preguntaron—. ¿¡Enterramos las cabezas o esperamos a que demos con el resto de sus cuerpos, para enterrarlos juntos!?! Los

han asesinado en Bagdad o en el camino, pero Bagdad se ha convertido ahora en un caos. Abundan los cadáveres sin identificar, los coches bomba, los extranjeros y las mentiras. Tal vez nos resulte imposible encontrar los cuerpos.

—Es mejor dar sepultura a las cabezas. Si más tarde llegamos a encontrar los cuerpos, podemos enterrarlos junto a ellas, en un sitio separado o en el lugar donde se hayan encontrado. Nuestros hijos y hermanos no son más apreciados ni mejores que el Señor de los Mártires y el nieto del Profeta, Al-Hussein, cuya cabeza está enterrada en Egipto o en Siria, mientras que su cuerpo reposa en Irak. Daos prisa en enterrar las cabezas, ya que dar sepultura al fallecido es la mejor forma de honrarlo —respondió.

Solamente Quisma, la viuda que se había quedado huérfana aquella madrugada, se opuso y quiso guardar la cabeza de su padre Ibrahim hasta que encontrara el cuerpo. Pero su objeción quedó reprimida cuando los hombres se enfrentaron a ella, regañándola:

—Cállate, mujer, déjate de tonterías. ¿Qué sabrás tú de estos asuntos?

La alejaron a empujones hasta donde estaban reunidas las mujeres, que se extrañaron de su postura, pues sabían de sus continuos desencuentros con su padre. Sin embargo, según era su costumbre, se empeñó en desobedecer y se puso a pensar en lo que podría hacer. Solo la secundó Amira, su vecina gorda, que quiso hacer lo mismo, guardar la cabeza de su marido en la nevera hasta localizar el cuerpo.

CADA CABEZA TENÍA UNA HISTORIA. Cada una de las nueve cabezas tenía una familia, unos sueños, y la tragedia de terminar degollada al igual que cientos de miles de asesinados en ese país ensangrentado desde su misma existencia y hasta que Dios herede esta tierra y cuanto contiene sobre su faz. Si cada asesinado tuviera un libro, todo Irak se convertiría en una gran biblioteca, imposible de catalogar.

—No lavéis las cabezas. Son mártires. Al mártir no hay que lavarlo antes de su entierro, porque ya está inmaculado. Sus heridas exhalarán fragancias de almizcle el Día de la Resurrección —dijo el mulá Tarek, que, durante el entierro, se abalanzó sobre la cabeza de Ibrahim, la abrazó y la besó tan fuerte que las costras formadas por la mezcla de polvo y sangre coagulada y que cubrían las heridas y las venas del cuello se le arrancaron y la sangre volvió a rezumar nuevamente hasta mancharle la chilaba blanca, las manos y la barba.

Los asistentes al sepelio lo alejaron suavemente y envolvieron la cabeza en



una mortaja blanca, igual que las demás cabezas, las enterraron en tumbas contiguas que cavaron de acuerdo con la estatura de un hombre medio y no conforme al tamaño de las tumbas de los niños, a pesar de no contener en su interior más que las cabezas.

Abdulá Kafka no asistió al entierro, se quedó en el cafetín fumando. Nadie se lo reprochó, aunque todos los aldeanos sabían de la profunda unión de los tres desde su más tierna infancia.

Les habían puesto varios mote, todos contenían siempre la palabra trío: el Trío eterno, el Trío divertido e incluso los Tres traseros en un mismo calzón, o los Tres testículos, y demás tríos. Porque casi nunca los veía nadie por separado, hasta que el destino los alejó, en los tiempos de la guerra entre Irán e Irak. El apodo que cobró más popularidad era: los Hijos de la grieta de la tierra, un apodo con una historia que, de por sí, demostraba el grado de su temprana fusión.

Sucedió en los primeros años de su adolescencia. Tiempos en los que, en las tardes abrasadoras de junio, nadaban en el río Tigris, piropeaban a las muchachas que estaban lavando cacharros y aseándose en la orilla, cazaban por la noche perdices dormidas en el desierto cercano, sacaban los jerbos y las serpientes de sus madrigueras para romperles los dientes y perseguían a los lobos y a los chacales.

El día aquel en que Yadaan el beduino los vio cerca de su jaima, no supo quiénes eran, a pesar de que conocía a casi toda la gente del pueblo, puesto que residía allí, con su familia y su ganado, un mes al año, justo después de la época de la cosecha. Yadaan le preguntó a Abdulá de quién era hijo y, como este no conocía a su verdadero padre, hubo un momento de silencio antes de que respondiera:

—Soy hijo de la grieta de la tierra.

Al dirigirles la misma pregunta a Ibrahim y a Ismael, estos, en solidaridad con Abdulá, dieron la misma respuesta. Ante aquello, el beduino se quedó callado por un momento, mientras se atusaba la barba, pensativo; luego replicó:

—Sí, todos somos hijos de la grieta de la tierra. La tierra es nuestra madre, en su entraña fuimos creados y a ella volveremos.

Les acarició los cabellos cariñosamente y los invitó a degustar «la mantequilla más rica del mundo», según dijo, hecha por su mujer, 'um Fahda, y a beber leche de la que guardaba en el odre. Su invitación los alegró, al mismo tiempo que alimentó en sus almas sospechas y temores. Era una oportunidad de

oro para que Tarek viera a Fahda en su jaima, en lugar de citarse en secreto entre los montones de cosecha de trigo y cebada o rodeado del rebaño de ovejas dormidas, pero ¿acaso su padre lo sabía y la invitación no era más que una emboscada para cazarlos y hacer sabe Dios qué cosas? Tantas historias que se contaban sobre la crueldad y la traición de los beduinos eran bien conocidas e inolvidables... Sobre todo, las que hablaban de las cuestiones relacionadas con el honor.

Más tarde, Yadaan reveló aquella historia a los ancianos del pueblo reunidos para tomar el café de la mañana. Se rieron a carcajadas y alabaron la actitud de aquellos niños, solidaria y fiel al concepto de la verdadera amistad. La historia llegó a oídos de todos, al igual que sucedía con todo cuanto se dijera en el pueblo, aunque se pronunciara a cuchicheos entre dos. Desde entonces fue cuando se propagó el apodo de Hijos de la grieta de la tierra.

ABDULÁ NO MENTÍA CUANDO DECÍA que era hijo de la grieta de la tierra: eso era lo que él sabía por aquel entonces y lo que sabían todos. Mas ahora, en el umbral de los cincuenta años, era el único que conocía el origen de su historia. Se lo había revelado la mujer del alcalde, que retrasaba su propia muerte hasta que Abdulá volviera de su largo cautiverio iraní. Solo él estaba al corriente de que ella era su abuela y que Ismael, el pastor retrasado, era su tío materno. Su historia se parecía a la vieja trama de las películas indias. No era de extrañar que una de sus famosas definiciones de la vida fuese decir que era «una película india».

Decía de sí mismo: «Soy una víctima, hijo de víctimas y descendiente de una línea de asesinados que asciende hasta Abel; por eso me sorprende haber llegado vivo hasta ahora. La lógica de la historia de mis antepasados implica que mi muerte está vinculada con el amor. Tal vez mi fracaso amoroso sea el obstáculo para mi asesinato, o más bien sea eso mi verdadera muerte. Quizá yo sea el último eslabón en la cadena de aquella genealogía de asesinados».

Abdulá nunca reveló a nadie el verdadero secreto que había detrás de sus alusiones. Nadie le pidió tampoco explicación alguna. Todos estaban acostumbrados a sus palabras, que llamaban «filosofales» y que a menudo atraían por su impenetrable ambigüedad. Cada uno las interpretaba a su antojo o, si no, las ignoraba por completo. No reveló el secreto ni a sus amigos de toda la vida, a pesar de que sabía que no se lo dirían a nadie. Ellos, a su vez, también encerraban en sus pechos secretos que decidieron reservarse para sí hasta la

muerte. Porque todo ser humano guarda un secreto, o quizá más, que decide no revelar a nadie, a veces por vergonzoso, embarazoso o doloroso; o puede que también porque no encuentre ni la circunstancia ni el momento oportunos para soltarlo —ese momento nunca había llegado, y ahora era ya demasiado tarde—, o porque simplemente el hecho de revelarlo ya no tenía importancia ni significado.

CRECIÓ DE LA MANO DE UNOS buenos padres, que lo amaban como si fuera hijo suyo. De haber nacido niña, le habrían puesto el nombre de Hadiya, «Regalo», porque lo consideraban «un regalo del Cielo», algo que no dejaron de repetir a lo largo de toda su vida.

La casita de adobe de Saleh y Mariem era la última de las casas del pueblo, ubicada a los pies de una colina cercana al río. Cierta madrugada primaveral, cuando el claro de la primera luz que aparecía deshacía los últimos restos de la oscuridad en retirada, Mariem se levantó como de costumbre y salió de la casa en dirección al retrete. Una tapia cuadrada, de barro, que llegaba hasta los hombros de quien estuviera de pie. Construido a unos sesenta pasos de la puerta de la casa, en un extremo del patio, sobre una profunda grieta, en la ladera de la colina. Una grieta abierta sin duda por alguna lluvia torrencial de muchos años atrás y que Saleh había aprovechado a modo de letrina; la llamaba «el hoyo». Anteriormente, como todos los que habitaban los márgenes del pueblo, Saleh y Mariem hacían sus necesidades en el valle, entre los matorrales o al aire libre, después de la caída de la noche. Saleh solo necesitó construir una pared cuadrada, como una caja. Aunque no le había costado nada levantarla, lo consideró una gran destreza por su parte. Para hacer sus necesidades, bastaba con abrir las piernas, poniendo los pies a uno y otro lado de la grieta, acuclillarse y evacuar las heces en la boca de la oscura grieta; y esperar hasta oír el sonido de la sorda caída en la lejana profundidad. Algunos interpretaban que se trataba de un antiguo pozo reabierto por la lluvia, otros pensaban que a lo mejor se trataba de una colina con restos arqueológicos, ya que muchos eran los que, excavando un pozo o sacando arcilla para la construcción de sus casas o de sus hornos, se encontraban a menudo urnas, brazaletes, pendientes, tablas, cinturones, espadas o escudos de bronce, oro y plata. Regalaban lo femenino a sus esposas, guardaban lo masculino para adornar las entradas de sus casas; las urnas, en cambio, las utilizaban, después de vaciarlas de los huesos y de lavarlas, para refrigerar el agua y para encurtir las verduras. Las tablas con relieves de

grabados y escritura cuneiforme servían de peldaños, de marcos para las puertas, de soportes para hornos, de alféizares de las ventanas o para ponerlas debajo de las patas de las camas y de los armarios a fin de equilibrar las inclinaciones.

Aquella madrugada, antes de entrar al «hoyo», Mariem vio un fardo de tela apoyado contra la pared, junto a la entrada, cerca de la grieta. Asustada, se llevó la mano a la boca y luego al pecho. Después de tranquilizarse y respirar hondo, lo puso sobre el bulto y retiró la tela con mucho cuidado. Se quedó aterrada al ver la cara de un bebé dormido. Empezó una carrera hacia la casa y sacudió a Saleh con tanta fuerza que toda la cama se tambaleó. Saleh se despertó y preguntó qué pasaba.

—Niño... niño... el hoyo... niño —balbuceó ella, señalando hacia el exterior.

Si no fuese porque nunca antes había visto a su mujer en tal estado de desconcierto, Saleh no se habría precipitado fuera, descalzo y en ropa de dormir.

Llevaron el fardo al interior de la casa. Después lo dejaron sobre la alfombra y se quedaron mirando, en un silencio que delataba muchos pensamientos.

—¡Saleh! ¿Será un regalo de Dios como recompensa por tantos años de espera sin hijos? ¿Una respuesta a nuestras plegarias? —dijo Mariem.

—No sé, no sé. Pero ¿cómo habrá llegado hasta aquí? Iré a hacer la oración del alba en la mezquita y allí preguntaré si a alguien se le ha perdido su niño.

Se levantó y se acercó al «hoyo» con la intención de hacer sus abluciones para el rezo, dio dos vueltas alrededor como buscando otra cosa o quizá a otro niño. Se acuclilló dentro recogiendo la ropa, pero solo expelió ventosidad. Se lavó y volvió para ponerse ropa limpia. Miró fijamente la cara del niño:

—Averigua si es niño o niña —dijo.

Mariem desvistió al recién nacido con mano temblorosa, por lo que este se echó a llorar.

—Es un niño —exclamó.

Saleh salió como si un viento lo empujara por detrás y otro le obstaculizara el paso por delante. Nada más llegar a la mezquita, se lo contó al mulá Zaher, el imam, para que lo anunciara en público. En contra de las expectativas de Saleh, Zaher no dio muestras de sorpresa, hecho que Saleh enseguida interpretó como señal de profunda experiencia y sabiduría, de paciencia y de una firme fe del mulá. Después de la oración, el imam se dirigió a la multitud y preguntó, pero nadie había perdido a un niño ni sabía de nadie a quien le hubiera pasado algo así.

—Comunicádselo a los ausentes, a toda la gente del pueblo. Si nadie lo

reclama ni demuestra la filiación de aquí a tres días, el niño será de Saleh y de su mujer. Seguramente es un regalo del Creador por la paciencia, la bondad y la fe de ambos.

Todos asintieron y se alegraron por el cariño que todos le profesaban a Saleh. Pidieron a Dios que fuera como el mulá Zaher había dicho, comentaban unos con otros y se convencían de que era verdaderamente un milagro y una recompensa de Dios a sus bondadosos y pacientes servidores.

Saleh estaba tan emocionado que apenas podía contener las lágrimas que brotaron de los ojos. Nada más salir, aceleró el paso hacia su casa, como si el viento lo estuviera empujando. Entró regocijado y le dijo a Mariem:

—Es realmente un regalo, como dijiste, Mariem. Si fuera niña, le habríamos puesto Hadiya, pero ahora le pondremos... le pondremos Abdulá, en honor a mi padre, que murió soñando con tener un nieto que llevara su nombre.

Mariem fue a soltar unos gritos de alegría, pero él se lo impidió. Por su inmensa felicidad, lo haría él mismo si supiera hacerlo, pero le dijo:

—Ahora no. Espera otros dos días más. Después sacrificaremos el toro, haremos un gran convite para todos y celebraremos una gran fiesta con bailes, igual que una boda. Solo entonces podrás dar los gritos de alegría que quieras.

Y así fue...

## *La historia de los abuelos: connivencia*

TAREK, HIJO DE ZAHER, el imam de la mezquita; Abdulá, hijo de la grieta de la tierra, y después hijo de Saleh; Ibrahim, hijo de Suhail el Damasquino. Los tres nacieron en meses sucesivos del año 1959.

Desde sus primerísimos y polvorientos pasos, con el culo al aire, cerca de las madres reunidas por las tardes alrededor de los hornos o delante de las puertas de sus casas para conversar e intercambiar chismes que ellas llamaban «saberes», desde entonces se hicieron amigos inseparables menos para dormir, que lo hacía cada uno en casa de los suyos, aunque a veces uno dormía en la de otro si había discutido con su familia o si se le pasaba la hora de regresar.

Juntos cogieron el sarampión y juntos se curaron. Juntos aprendieron a caminar, a nadar, a cazar pájaros, a criar palomas, a robar sandías y granadas, a hacer puntería tirando piedras, a jugar al escondite, al salto de altura y al fútbol. Juntos empezaron a ir a la escuela y se defendieron mutuamente del acoso de los demás alumnos, juntos estudiaron para sus exámenes entre los huertos o por las noches, en la habitación de uno de ellos.

Aparte del nombre corriente con el que los conocían: Hijos de la grieta de la tierra y demás tríos, ellos mismos solían ponerse unos a otros mote que se referían a alguna característica, actitud o condición, y que enseguida se extendían entre la gente, al igual que cualquier cosa que se dijera, sin que se supiera de dónde procedía o cuál era su razón de ser.

A Tarek —que era el más aficionado al cuidado de su aspecto, el más apasionado con la lectura y con las chicas— le pusieron de mote el Asombrado, porque se mostraba siempre impresionado como un niño ante cualquier objeto o idea, por banal o simple que fuera, y manifestaba un enorme entusiasmo ante toda ideología nueva, aunque la abandonara y se olvidara de ella al día siguiente. No era de extrañar que sus contradictorias aficiones le hubieran llevado por diferentes derroteros y que terminara siendo religioso. Fue Abdulá quien le puso

aquel mote: era quien más le llamaba la atención sobre sus reacciones entusiasmadas.

—Cálmate, hombre. ¿Qué te pasa que siempre estás tan sorprendido y con esa cara de bobo? —solía advertirle.

Tarek, a su vez, fue quien le dio el nombre de Kafka a Abdulá. Porque fue por la época en que descubrió fascinado a Franz Kafka y se apasionó con la lectura de todo lo que estaba escrito por él y sobre él; y porque Abdulá normalmente solo veía la parte oscura de cualquier idea o de cualquier situación. Incluso cuando se reía, la melancolía parecía echar profundas raíces en sus ojos. Sin duda, el hecho de no conocer la identidad de sus verdaderos progenitores tenía mucho que ver en todo ello. Si Tarek hubiera seguido leyendo a los escritores extranjeros y no se hubiera volcado en la lectura de los libros religiosos que heredó de su padre, seguramente le habría puesto Abdulá Beckett, ya que la cara de Abdulá terminó asemejándose a la imagen más melancólica y estriada de Samuel Beckett. Surcos profundos le cubrieron el rostro hasta parecer la rugosa piel de un animal despellejado o una agrietada tierra donde el agua se había retraído y reseca. Pero el nombre de Kafka terminó gustándole más al propio Abdulá, que se identificó con él, especialmente después de que Tarek le hablara de la melancolía de aquel escritor y de su siniestra relación con su padre.

A Ibrahim, que era el más fornido, el más apacible y el más bondadoso de los tres, le pusieron Ibrahim Quisma, Ibrahim Suerte, porque aceptaba cualquier hecho o situación con un asombroso acatamiento y siempre replicaba: «Todo responde a la suerte y al destino», o simplemente: «Es mi sino». Para variar, le pusieron *abu* Quisma, el padre de Quisma. Es que, efectivamente, al nacer su hija le puso el mismo nombre. Si hubiera tenido otro hijo, no habría sido nada improbable que le hubiese puesto Nasib, Destino. Él mismo se lo confesó, burlón y feliz, a sus íntimos amigos una tarde en que estaban evocando muchos de sus recuerdos. Y precisamente la suerte de Ibrahim determinó que fuese el primogénito de sus padres, lo que le acarreó como consecuencia ser el mayor de un montón de hermanos, con los sacrificios que implicaba tal situación, que marcó el rumbo de toda su vida.

Sus progenitores también habían sido amigos. Sin embargo, la amistad que se profesaban encerraba algún tipo de conspiración y la aceptación de la necesidad de convivir como fuese en aquel pequeño pueblo. El *hach* Zaher, padre de Tarek el Asombrado, era marcadamente inteligente y perspicaz, siempre risueño. Además de ser el único rubio del pueblo, era corpulento. La barriga y la barba se

le agitaban a medida que la risa iba llegando a carcajada. Había estudiado en una escuela coránica, en Mosul; después volvió al pueblo para ser maestro en la escuela e imam de la mezquita. Le gustaban mucho la comida, las mujeres y las bromas. Se había casado con tres mujeres. Tarek era hijo de su segunda esposa, a quien conoció durante una visita que hizo a un pueblo cercano para asistir a una boda. Una boda que terminaría antes de comenzar, con la muerte del novio a manos del primo de la novia, que quería a esta para sí.

Aquella sangrienta noche, Zaher fue quien resultó más beneficiado. Después de matar al novio, el primo se suicidó disparándose en la frente; la novia se quedó viuda la misma noche de boda y antes siquiera de haber contraído legalmente matrimonio. Los padres se alborotaron muchísimo. La multitud presente se agitaba en medio de los perfumes penetrantes y las mesas con montones de carne, arroz y guisos. La novia se arañaba la cara con las uñas, lamentando su suerte. El padre estaba a punto de matar a su propio hermano, que era el padre del asesino, mientras al padre del novio asesinado le faltaba muy poco para hacer lo mismo con el cuñado del asesino suicida. Las intenciones sangrientas se entremezclaban con la sangre ya derramada en el lugar de la celebración. Tan grave era la situación que la gente creía que la sangre llegaría hasta las rodillas. Nadie entendió cómo Zaher pudo instaurar mágicamente la tranquilidad entre los diferentes bandos y resolver el conflicto poniendo rápidamente en marcha pactos —apoyados por versículos coránicos, dichos del Profeta y enseñanzas de los grandes imanes—, que tuvieron el efecto de sosegar los ánimos irritados y satisfacer a todos los presentes, que probablemente para sus adentros deseaban llegar a cualquier solución que evitara que terminaran arrasados por una furia que podía conducir a fines imprevisibles, el fin de todos ellos, como asesinados, asesinos o prófugos. Zaher los convenció de que la solución radicaba en ofrecerle a la hermana del asesino en matrimonio, en justa compensación, al hermano del novio asesinado. En cuanto a la novia enviudada, con quien nadie probablemente querría casarse por culpa del mal agüero, Zaher zanjó:

—Yo me caso con ella.

ASÍ FUE COMO ZAHER VOLVIÓ aquella noche de su visita a aquel pueblo, trayéndose a la novia, después de haber ido, en un principio, como invitado a la boda. Contrajo matrimonio con ella y se la llevó impregnada aún del perfume que se había echado y ataviada con sus collares de oro y con su vestido de novia,



aunque algo manchado con gotas de su propia sangre y con la cara llena de arañazos. Aquella misma noche consiguió hacerle olvidar todo lo sucedido, tanto que, a la mañana siguiente, amaneció risueña y alegre. Él se afanó en acariciarla y hacerla reír con sus ocurrencias, sus anécdotas y sus ademanes divertidos, fruto de una inteligencia y de un conocimiento experto en los recovecos del alma humana y especialmente en los del alma de las hijas de Eva. Tuvo con ella muchos hijos e hijas; entre ellos, Samiha y Tarek el Asombrado.

Zaher amaba la vida y los banquetes. Vivía como si tuviera la Fortuna por delante allanándole el camino; sin embargo, su muerte resultó dolorosa, por culpa de una misteriosa enfermedad cuyos insoportables dolores sufrieron él y su amigo el alcalde, a lo largo de todo un año en que vieron cómo se les cubría el cuerpo de úlceras que supuraban pus y cómo la enfermedad les descomponía la piel y la carne hasta dejarles los huesos al descubierto. Los dos murieron el mismo día, desintegrados en el putrefacto lecho de la enfermedad.

TAREK SE PARECÍA A SU PADRE en muchos aspectos, aunque, según el testimonio de todos los conocidos, era de carácter más bondadoso. Estudió en la misma escuela, que se había convertido en Instituto de Ley Islámica. Zaher, su padre, era una de las cuatro personas que conocían la verdadera identidad del padre de Abdulá Kafka; las otras tres eran: el alcalde, su esposa Zeineb y, más adelante, el propio Abdulá.

En cuanto a Suhail, el padre de Ibrahim Quisma, parecía salir de uno de esos cuentos que contaban las abuelas. Era bajito, delgado aunque corpulento, como solía decir la gente; sin nariz, siempre risueño, juguetón, divertido y burlón, de mirada y lengua agudas. Era un fumador empedernido, tenía predilección por los cigarrillos que él mismo liaba con extrema destreza, de modo que nadie le ganaba en las competiciones de liar cigarrillos. Llegó a liar diecisiete cigarrillos en un solo minuto, durante una velada de desafío que organizaron con ese propósito. Nunca se olvidaba de ofrecer cigarrillos a sus contertulios, aunque no fumaran. Zaher le había regalado una pitillera de plata para guardarlos, pero él rara vez la usaba puesto que no la necesitaba: podía liar un cigarrillo en el mismo tiempo que tardaría en sacarla del bolsillo, abrirla y coger un cigarrillo.

Aunque el tabaco era su gran afición, tenía otras aficiones y otros dones que las mujeres se susurraban unas a otras. Algunas hablaban de lo que comentó su esposa ciega, que habría podido seguir creyendo que todos los hombres poseían, lo mismo que su marido, un miembro de la longitud de un antebrazo, si no

hubiera sido porque a una vecina se le escapó un suspiro de asombro, seguido de otro de envidia y de risa:

—Entonces es eso lo que te dejó ciega, ‘*um Ibrahim*.

Lo dijo de broma indudablemente, puesto que ‘*um Ibrahim* era ciega de nacimiento y a lo mejor precisamente por esa razón Suhail el Damasquino se había casado con ella, ya que jamás ninguna mujer vidente habría consentido casarse con él, siendo él tan bajito y con aquella cara sin más apéndice nasal que dos amplios agujeros en medio de los vestigios de una nariz carcomida que había dejado atrás sus restos, como los cimientos de una derruida casa de adobe. La escena de la expulsión de bocanadas de humo por aquellos dos agujeros causaba la hilaridad de todos. Si no fuese porque la gente del pueblo ya se había acostumbrado, todo el mundo se desternillaría de risa. Además, la historia inventada que le había urdido Zaher influyó en que el aspecto de aquella extraña nariz pasara de ser algo feo a ser motivo de soberbia y orgullo y aun a veces de jactancia, porque era señal de honra y valor, y eterno testigo de la participación de Suhail en la guerra de Palestina en 1948.

AQUELLO OCURRIÓ CUANDO ERAN jóvenes Zaher y él y se habían unido a las tropas iraquíes que se dirigían a Palestina, pasando por Damasco y por el sur del Líbano; eran compañeros en la misma unidad militar y en el mismo puesto de control. Cuando un artefacto estalló cerca de ellos, Zaher se meó encima; Suhail, partido de risa, se cayó de espaldas al tiempo que Zaher se caía de bruces por el susto, mientras el otro seguía estremeciéndose y llorando histéricamente. Esa actitud obligó a su comandante turco a devolverlo a las últimas filas, descargando contra él los insultos más humillantes y obscenos.

Diez días más tarde, le brotó a Suhail un grano en la nariz que empezó a ponerse cada vez más grande y ulceroso por culpa de la suciedad del puesto, la dificultad que había para lavarse y la ausencia de facilidades médicas, que, aunque hubiera, se dedicaban a los heridos de guerra, y no al granito de un soldado enano, cuyo tamaño era igual al del grano que le había salido, como le espetó un enfermero. Como le picaba, Suhail se rascaba la piel, que se le deshacía entre los dedos junto con la carne flácida, hasta que la nariz toda se deterioró tanto que, a su vuelta a Damasco, ya no se pudo hacer nada por ella más que amputarle los colgajos de piel que le quedaban y esterilizarle la herida, para que la infección sarnosa no siguiera comiéndosele el resto de la cara. Zaher estuvo con él en el hospital durante todo el proceso, y después lo acompañaba a

los mercados, donde miraba apenado a las mujeres sirias que pasaban cerca, en tanto que Suhail se tapaba la cara hasta los ojos, aturdido por su desgracia y afligido por la suerte de su nariz.

En el cafetín, Zaher se mofó de él cuando lo vio que levantaba el extremo del pañuelo y metía el vaso de té por debajo para beber:

—Con ese *niqab*, podrían pensar que eres una mujer, que eres mi esposa.

Suhail montó en cólera y agarró a Zaher por el cuello de la camisa, arrastrándolo fuera del cafetín, hasta una callejuela lateral. Le juró que lo mataría si continuaba con sus comentarios y sus burlas.

Zaher le recordó que él también se había burlado cuando se meó encima y cuando el comandante lo humilló delante de todos llamándole «blando» y «más cobarde que una muchacha». Lo advirtió de que quizá Dios le había dado el castigo de la amputación de la nariz por burlarse de él cuando se encontraba en su peor momento. Los dos se quedaron callados hasta que se calmaron. Y, sin mediar palabra, volvieron al cafetín para seguir tomando té, antes de regresar al campamento.

Tenían que ponerse de acuerdo en lo que dirían cuando regresaran al pueblo. Zaher tenía más empeño, porque la vergüenza de mearse encima de miedo era más grave para un hombre que perder la nariz por culpa de un grano que le había brotado en aquellas malas condiciones de la guerra. Lo pensaron largo y tendido en el desértico camino de regreso, hasta que la solución empezó a cuajar en la mente de Zaher, que, en la segunda parada del camino, agarró a Suhail del brazo y lo encaminó hasta la sombra de un árbol solitario cuya especie desconocía:

—Oye, Suhail, tenemos que prometernos eternamente como hombres cubrirnos las espaldas el uno al otro y guardar nuestros secretos hasta la tumba.

A pesar de que Suhail apenas resistía la tentación de burlarse de la palabra «hombres» haciendo referencia al hecho de mearse encima al explotar una bomba, prefirió dejarlo:

—¡¿Cómo?! —preguntó.

—Vamos a decirles a los del pueblo que tu valentía fue lo que salvó a Damasco de caer en manos del enemigo.

Suhail, desconcertado, retrocedió un paso:

—¿Qué? ¿Pero qué disparate? ¡Oye, Zaher! Es la segunda y la última vez que te prohíbo que vuelvas a burlarte de mí. Si no, juro por Dios que te mataré a sangre fría y que dejaré tirado tu podrido cuerpo en el desierto.

En otras circunstancias, Zaher habría podido a su vez aprovechar la palabra

«podrido» para referirse a la nariz de Suhail, pero en aquel momento puso todo su empeño en tranquilizarlo para convencerlo de lo que tenía en mente:

—¡Oh, no, Suhail! Un momento, hermano. Hablo en serio. ¡Créeme!

—¿Cómo?

—Diremos que el oficial te escogió a ti por tu valentía y por lo pequeño y lo ágil de tu cuerpo, cualidades que impedían que las minas estallaran a tu paso. Por eso te encomendó una misión de exploración nocturna para espiar las líneas del frente enemigo. Algo que efectivamente llevaste a cabo con tanta destreza que conseguiste infiltrarte y escuchar a un espía sirio cuando le explicaba a un general israelí cómo, a través de unos pasadizos secretos y no muy protegidos, podrían llegar a Damasco con las mínimas pérdidas y así sorprender a los ejércitos árabes por detrás, y que, como no pudiste aguantar la traición de aquel espía, le disparaste y lo mataste, y que, cuando ya te dabas a la fuga, te alcanzaron con sus balas, que te volaron la nariz.

—Mmm... No, no, vamos a dejar la historia de matarlo y a buscar otra versión.

—Pues podemos decir, por ejemplo, que, cuando los guardias te descubrieron, te enfrentaste a ellos con un arma blanca en plena oscuridad, y que la bayoneta de uno de ellos te amputó la nariz, pero que conseguiste escapar y volver, lo que arruinó los planes que tenían para infiltrarse en Damasco, porque se dieron cuenta de que los árabes iban a aumentar sus fortificaciones en esos pasadizos.

—¡No, no! ¿Quién creería algo así? ¿¡Con qué cara y con qué conciencia vamos a atribuirnos falsas hazañas cuando acabamos de ver con nuestros propios ojos a otros hombres que han combatido como leones y han muerto como mártires en unos actos verdaderamente heroicos y grandiosos!? Además, la gente seguramente ya estaría al tanto de las noticias por la radio.

—¡Escúchame! Lo que nos importa a nosotros es la gente de nuestro pueblo. Estoy seguro de que creerán nuestra historia. Tú déjame a mí y ya verás. Es más, diremos que los sirios te llaman el Damasquino como muestra de agradecimiento, reconocimiento y homenaje al nombre de la ciudad que se salvó gracias a ti.

—¿Crees que se lo tragarán?

—¡Por supuesto! Confía en mí y lo verás. Y si alguien nos pregunta que por qué no se ha oído esa historia en la radio, diremos que se trata de asuntos delicados, de secretos militares y políticos que no se pueden revelar. No solo eso,

diremos además que el gobernador de Damasco te invitó a una lujosa fiesta de homenaje, que te ofreció como recompensa la casa que más te gustara de Damasco, la nacionalidad siria y la mujer que quisieras como esposa, pero que tú lo rechazaste todo con modestia, diciendo que solo hiciste lo que era tu deber, que te bastaba con aceptar el mote de Damasquino como homenaje y recuerdo de honor, y que preferías vivir en tu pueblo y entre sus gentes, que son tu gente.

—¡Oh, astuto! ¿De dónde sacas esas ideas tan diabólicas? Sí, sí, pero quita lo de la casa y la esposa.

—No, Suhail. Eso consolidará tu posición entre los hombres del pueblo y entre sus mujeres. Me refiero al hecho de que piensen que has preferido una casa de adobe entre ellos a un palacio en Damasco, y a una mujer de tu pueblo a la más bella de las bellas de Damasco. Créeme, sé de lo que estoy hablando. Confía en mí, hermano.

—Y de ti ¿qué diremos?

—De mí diremos, y tú te encargarás de la mayor parte de ello, que yo fui el encargado de exaltar el entusiasmo de los soldados con mis discursos y el primero en dar el grito de «¡Alá es grande!» para anunciar el comienzo de todo ataque, y que estuve en la vanguardia de los combatientes llevando la bandera de Irak o de Palestina. ¿Cómo lo ves tú?

—No, no. Quitá eso de la bandera. El resto está bien.

—Bueno, vale, ¿estamos de acuerdo entonces?

—Sí.

Se dieron un apretón de manos y se abrazaron, pero, para más garantía, Zaher dijo:

—Vamos a jurar sobre el Corán cumplir lo que hemos acordado.

—Pero aquí no tenemos un Corán.

Zaher sacó una hoja de papel y un lápiz del bolsillo, escribió la sura de «Al-Ijlas», La adoración pura, tres veces:

—Esto equivale a un tercio del Corán, por lo que repetirla tres veces equivale al Corán entero. Pon tu mano y jura —dijo.

Suhail lo hizo, y después, Zaher.

A lo largo de todo el camino y en el campamento en Mosul, siguieron durante tres días revisando los detalles, cambiando, perfeccionando, memorizando y repitiendo la historia tantas veces que casi llegaron ellos mismos a creérsela y convertirla en una parte auténtica de su memoria.

## *Ibrahim y su Quisma*

QUISMA ESTUVO MUCHO TIEMPO indecisa. Daba un paso hacia adelante y dos hacia atrás. Pero, al final, se armó de valor y resolvió ir a casa de Abdulá Kafka. Era el único que podía ayudarla a llevar a cabo su empeño de ir en busca del cadáver de su padre. Él era el amigo más cercano de su padre y solo a él le había confiado su secreto de aquellos días en los que todo podía acarrear la pena de muerte. Recordó lo que su padre le había contado alguna vez: «Tarek y Abdulá son mis amigos más íntimos; sin embargo, aprecio más a Abdulá». Por otra parte, Abdulá no tenía familia ni trabajo que pudieran obligarlo a echarse atrás ni miedo a nada, ni siquiera a la propia muerte.

De esa forma, Quisma se convencía a sí misma de su determinación de ir a verlo, a pesar de las dudas, los rumores y, por ende, el escándalo que provocaría ver a una joven viuda entrar en casa de un hombre soltero, en el extremo más apartado, ya en las afueras del pueblo. Pero no podía plantearle el asunto delante de los demás hombres del lugar, los mismos que la increparon violentamente el día del entierro, como hicieron también con Amira la gorda. Y dado que Abdulá se quedaba en el cafetín la mayor parte del tiempo, desde que abría al amanecer hasta que cerraba sus puertas a medianoche, no tenía más remedio que dirigirse a su casa de madrugada. No le fue nada fácil tomar tan arriesgada decisión, aunque, de todos modos, no era la primera de aquel tipo en su vida.

Pasó amargas noches de sueño entrecortado, donde las lágrimas de pena derramadas por la muerte de su padre se alternaban con reflexiones acerca de lo que resolvería hacer. No sabía por qué se llevó a su niño de dos años, aún profundamente dormido. Este se revolvió inquieto, pero siguió durmiendo, mientras ella le recostó la cabeza en el hombro como si estuviera sujetando el extremo del chal. Tal vez pensaba que el hecho de llevarlo podría disipar las dudas en caso de que alguien la viera, o tal vez quería, en cierto modo, buscar protección en él o que Abdulá Kafka mostrara más empatía con ella cuando lo

viera dormido, aunque sabía la rabia que sentía hacia el nombre del niño, cuyo padre bagdadí quiso ponerle el del presidente en señal de admiración y también como protección ante cualquier duda sobre su lealtad hacia el líder, o quizá le puso aquel nombre como una forma de adulación a sus jefes y del arribismo que muchos practicaban. ¿Qué más podía hacer siendo como era un oficial de vocación auténtica y verdaderamente enamorado de su carrera militar, fiel por convicción a sus comandantes y al Gobierno? Era gran admirador de la personalidad del presidente, soñaba con él, sobre él, para él, y fantaseaba con llegar él mismo un día a ser presidente y a poseer todo aquel poder.

¿Aceptaría Abdulá acompañarla a la incendiada Bagdad en busca de un cadáver más en medio de miles de cadáveres, cuando no había abandonado su silla en el cafetín ni siquiera para asistir al sepelio? ¿Le contaría —él, que se quedaba callado casi todo el tiempo— lo que ella quería saber acerca de su padre? Volvía una y otra vez a esos dos interrogantes sin dejar de dar vueltas en la cama, toda la noche, evocando cuanto recordaba sobre su padre, mientras la mortificaba una sensación de remordimiento por haber desobedecido y por haberse alejado tantos años de él, a pesar de ser su única hija.

A la vez que la impulsaba una especie de desafío por demostrar a los demás que una hija también podía llevar merecidamente el nombre de su padre y defender su memoria, y que tener un hijo varón no era la única vía para preservar el nombre del padre y hacerlo perdurar en sus descendientes, como se creía y se comentaba: «Quien solo engendra hijas es como si no hubiera tenido nunca descendencia».

En ese momento se dio cuenta más que nunca de lo mucho que su padre había sufrido por el bien de sus propios padres, por sus hermanos, por ella y a causa de ella; sobre todo, ahora que era madre y viuda como él era viudo cuando rechazaba volver a casarse tras el fallecimiento de su esposa, con el fin de ahorrarle a ella una incómoda convivencia con una madrastra, aunque también fue por el secreto.

Su padre quería hablarle de todo, pero la frivolidad juvenil que ella tenía, sus ansias por vivir una vida diferente, como los otros jóvenes de la ciudad, y su egoísta preocupación solo por ella misma y por nada más se interpusieron entre el oído y la memoria. Evitaba consciente o inconscientemente escuchar los detalles que él le contaba de su vida. Rehusaba que su memoria, la de ella, fuera un nuevo depósito para almacenar los recuerdos de su padre. Deseaba no tener memoria; sobre todo, durante los años de sus vivencias, estudios y matrimonio

en Bagdad. Quería borrar lo que recordaba de su infancia en aquel pueblo, olvidar el hecho de que sus padres eran unos simples y pobres campesinos.

Ibrahim, en cambio, solo tenía consuelo en desear contarle cosas precisamente a ella, que era su única hija. Si ella no fuera la continuidad de su memoria y de su recuerdo, todo lo que él representaba quedaría relegado al vacío, al olvido. Y nada horroriza más al ser humano. Anhelaba aprovechar cualquier oportunidad para contárselo todo, volvérselo a contar, detallar unas veces, o incluso llorar o reír otras, como si lo estuviera reviviendo todo. Aquella verdadera pasión, visible en los ojos de su padre, dejó forzosamente en la memoria de Quisma parte de los recuerdos de Ibrahim, aunque en forma de imágenes dispersas.

Impelida por una sensación de remordimiento, intentó tras su muerte recomponer aquella memoria, recuperarla, volver a oírla a través de su propia memoria, volver a contársela a sí misma. Sabía que había bastantes lagunas en la biografía y en la imagen de su padre, lagunas que necesitaba rellenar con ayuda de otros para poder conocerlo del modo más completo posible.

Decidió también para sus adentros que le hablaría de su abuelo a su hijo, cuando creciera. Empezaba ahora a verlo como un héroe, aunque eso era algo que ya no tenía valor en un país donde se entrecruzaban la heroicidad con la traición, lo humano con lo bestial, el sacrificio con la explotación. Todo se entremezclaba con el humo de las batallas, el caos, la sangre y la ruina. La verdadera heroicidad radicaba en la abnegación, y eso era lo que su padre había tratado de hacer a lo largo de toda su vida con una paciencia y una resignación extraordinarias que ella había detestado tanto que buscaba lo opuesto en su futuro marido. Pero ahora, rozando el meridiano de los veinte, siendo madre, viuda, y de regreso a su pueblo, empezó a sopesar las cosas de otra forma. Decía a su vecina Amira que los traumas de la vida le enseñaban a uno a conocer mejor el sentido de la existencia.

EN CUANTO IBRAHIM TERMINÓ la escuela primaria, su padre dio por finalizados sus estudios y, con ellos, la ilusión de su hijo para siempre. Ibrahim tenía apenas quince años, pero nunca olvidaría aquella mañana. Tras la entrega de los certificados en el patio de la escuela y en medio de los aplausos de unos y el llanto de otros, Ibrahim se abrazó a sus amigos, Tarek y Abdulá, complacido por el éxito de los tres. Después emprendió una carrera rumbo a su casa para enseñarle a su padre el certificado; más bien, para comunicarle la buena noticia,



puesto que su padre no sabía leer ni escribir. Miraría fijamente, como de costumbre, el papel sin entender, buscando debajo de los números las líneas rojas que le habían dicho que eran las notas de las asignaturas suspendidas; luego señalaría su nombre preguntando si lo era, ya que memorizaba su caligrafía desde los días del ejército, lo reconocía y lo escribía como un dibujo, sin distinguir ni las letras ni su lógica, como quien sabía escribir su nombre en chino sin saber lo más mínimo de esa lengua.

—¡Felicidades hijo! —le dijo a la vez que le devolvía el certificado—. Siéntate. Ya te has convertido en un hombre hecho y derecho, y tenemos que hablar de hombre a hombre.

Ibrahim se sentó, confuso por el tono solemne e inusualmente serio de su padre, que carraspeó y encendió un cigarrillo con la lumbre del anterior, soplando hacia arriba el humo por la nariz hueca.

—Escucha, Ibrahim. Ahora que has aprendido a leer y a escribir, lo que es ya suficiente, es tiempo de dejar los estudios y empezar tu vida. Como sabes, necesito tu ayuda, ya que las cargas de esta gran familia las llevo auestas yo solo. Como eres el mayor de tus hermanos, me tendrás que ayudar. Cultivar el terreno y pastorear el ganado supera ya mis exiguas fuerzas. Al mismo tiempo, tendremos que empezar a pensar en casarte para la próxima cosecha o para la siguiente: quiero ver a tus hijos antes de morir, como hace el resto de la gente con sus nietos —dijo.

Ibrahim no contestó nada, por lo que su padre le preguntó:

—¿Qué dices?

Pero Ibrahim tampoco respondió; se limitó a agachar la cabeza y a moverla en señal de aprobación o más bien de obediencia. Y se marchó después, en un estado bien distinto al que traía.

Lento, como arrastrando los pies, se alejó de la casa, del patio, del pueblo. Se dirigió a la ladera del monte, frente al Valle de las Hienas. Buscó a sus dos amigos por donde solían sentarse. Encontró a Abdulá solo, intentando perforar una pequeña piedra blanca con el fin de hacer un collar para regalárselo a su futura amada, según le dijo. Se sentó a su lado, sin decir palabra. Aquella vez, Abdulá percibió más intenso el peso del silencio, que buscó romper enseñándole la piedra:

—Intento tallarla un poco por aquí, para que tenga forma de corazón, ¿qué te parece? —dijo.

—Mi padre quiere que abandone los estudios.

—Y ¿cuál ha sido tu respuesta?

—No puedo contrariarlo.

—Bueno, pues... que así sea.

—¡Pero yo quería seguir los estudios hasta el final! Además, Tarek y tú estaréis en la escuela y yo en el campo o con el ganado. No me gusta separarme de vosotros.

—No te preocupes, yo también voy a dejar los estudios.

—¿¡Qué!? ¿¡Y qué dicen tus padres!?

—No se opondrían a mi voluntad.

CUANDO SE LO COMUNICARON A TAREK, él también quiso hacer lo mismo, para estar junto a ellos, pero su padre no se lo permitió. De manera que los estudios se convirtieron para él en algo meramente superficial y empezó a copiar en los exámenes, a escabullirse de las clases para estar con ellos. Los buscaba por las praderas cuando estaban con el ganado, o en el campo donde se sentaban para compartir una sandía fresca al borde de una acequia, mientras charlaban.

Verlos cargando con las hachas, las hoces, las palas, con las cabezas envueltas con el turbante, los picos de abajo de la chilaba metidos en los anchos cinturones de cuero que llevaban, dejando al descubierto unas fornidas piernas que se hundían en el barro, el cigarrillo arrinconado en la comisura de los labios, y haciendo lo que hacían los hombres... Todo aquello encendía sus celos por eso se prodigaba en hablar de las mujeres y de sus aventuras con las mozas, como forma de buscar el equilibrio que creía necesario para demostrar su hombría frente al aspecto viril de sus amigos. A veces los incitaba a realizar competiciones de eyaculación; se escondían, entonces, en la maleza, sentados de frente, en círculo, con las piernas entreabiertas y descubiertos los miembros viriles, «los pájaros», como ellos los llamaban. Uno... dos... tres... y rompían a menearlos hasta ver correr el líquido de uno de ellos, quedando proclamado vencedor el más rápido de los tres. Solía ser Tarek, que, para sus adentros, los envidiaba por el tamaño de sus miembros, sobre todo el de Abdulá, que era el más grande y el más oscuro; también fue a él a quien le salió antes vello en el pubis, precediéndolos así en la manifestación de los primeros signos de masculinidad.

Obviamente, esas competiciones no duraron mucho, ya que los tres iban haciéndose mayores y, con ello, la amistad que se tenían, las nuevas aficiones y los disgustos. Como cuando le recordaban a Tarek sus historias con Fahda, la

beduina de cuya relación se jactaba describiéndoles sus enormes pechos, que se movían libremente como dos conejos por debajo del vestido, y cómo apoyaba la cabeza sobre sus blanduras al abrazarla, o le deslizaba la mano por el escote, tocándole los pezones erectos hasta que ella cerraba los ojos y jadeaba; aunque terminó por confesarles que la muchacha olía a oveja:

—Era como si estuvieras abrazando una oveja, hermano —decía, y se reían todos.

NADA MÁS CUMPLIR LOS TRES dieciocho años, a Abdulá Kafka y a Ibrahim los llamaron a filas para el servicio militar obligatorio, mientras que a Tarek lo salvó de aquel destino su condición de estudiante. Sintió tanta soledad y tanto vacío con la ausencia de sus amigos que se refugió en la lectura de libros no escolares para llenar el tiempo y para buscarse a sí mismo en el mundo de la literatura, el pensamiento y las ideologías, alternando entre la extrema izquierda y la extrema derecha: comunismo, socialismo, existencialismo, nihilismo, surrealismo, ascetismo, fundamentalismo....

MIENTRAS TANTO, ABDULÁ E IBRAHIM no se separaban. Ir al campamento de Al-Ghizlani, en Mosul, era su primer viaje a la ciudad. El duro entrenamiento militar les parecía un simple juego, un deporte y una vía para llegar a conocer a gente nueva, lugares nuevos, diferentes formas de ser y otro tipo de comida. Para ellos, todo era diversión y libre descubrimiento, lejos de los ojos de la familia y de las costumbres del pueblo, donde casi nada nuevo pasaba. Se ponían juntos durante todos los entrenamientos, dormían en la misma tienda de campaña. Por las tardes, salían juntos del campamento para pasear durante cuatro horas por los mercados de Nineveh que tanto admiraron. Después de seis meses de formación militar, a ambos los destinaron a infantería y los trasladaron a una unidad militar situada en el sur, en la ciudad de Al-Hilla, donde conocieron los restos arquitectónicos de Babel, variedades nuevas de dátiles, de cante, de baile y de formas de vida. Más tarde los trasladaron a Basora para la defensa del puerto de Um Qasr, y fue así como vieron el mar por primera vez. Sus desplazamientos militares por el norte y el sur del país, su vuelta al pueblo para los permisos mensuales, su paso por diferentes pueblos y ciudades, y las paradas en Bagdad con el fin de pasar la noche en uno de los albergues baratos de la plaza de los Mártires o de la plaza Maidán, les permitieron descubrir mejor la patria, Irak, de la que no conocían más que datos, mapas, imágenes y canciones incluidas en los

libros escolares. Le contaban a Tarek durante las vacaciones todo lo que habían visto y conocido; él, a su vez, les contaba todo lo que había aprendido en los libros que había leído, les encargaba comprar más libros en las librerías de las ciudades, les recomendaba la lectura de alguno que le había gustado o de una novela interesante para el camino o para las noches de campamento y las largas horas de guardia. Igual que todo nuevo destino era para ellos un nuevo descubrimiento, para él cada lectura era un viaje a un mundo diferente, como el día en que descubrió a Kafka. De ahí venía el mote que le puso a Abdulá y que se debía al período del culmen de su obsesión por todo lo kafkiano. Les habló de él, de la profunda melancolía de sus novelas, de los problemas con su padre... Todo ello hizo que creciera la inclinación de Abdulá por aquel mote, que encontró buena acogida en su alma; sobre todo, el hecho de no conocer el nombre de sus padres.

De modo que la relación de Abdulá e Ibrahim con el pueblo se limitaba a los permisos mensuales. Al cabo de un año y medio de servicio militar, Ibrahim se encontró con que sus padres le habían elegido una novia a la que no conocía, una joven de la familia de su madre, hija de un primo suyo. Fue una propuesta de la madre que el padre aprobó porque sabía que la joven, al ser de su propia familia, sería obediente a la madre ciega y la ayudaría en las tareas de la casa. Como de costumbre, Ibrahim no se opuso y pidió el correspondiente permiso de cuarenta días por matrimonio. Sus padres les asignaron a él y a su esposa la mejor y más grande habitación de la casa.

POR AQUEL TIEMPO, SALEH, el padre adoptivo de Abdulá, murió de un infarto, y justo veinte días después, Mariem murió de pena. La muerte de ambos era para Abdulá el peor de los mazazos. Alimentó su tristeza y acrecentó su melancolía y su pesimismo. La semilla del odio contra el destino y, al mismo tiempo, de la resignación ante su arbitrariedad empezó a crecer cada vez más en su interior. Se encontró de repente solo. No tenía sentido volver de vacaciones a casa; sobre todo, porque Ibrahim pasaba las suyas con su esposa. Fue Tarek quien lo recibió, lo alojó, lo acogió en su familia. Así fue como conoció a Samiha, la hermana de Tarek. Se enamoró de ella desde el primer vaso de té que le ofreció. Empezaban a mirarse a hurtadillas, sus ojos decían todo lo que no podían sus lenguas. A él lo asustó al principio que fuera hermana de Tarek, su confiado amigo que lo acogía en su casa, por eso procuró no decirle nada a ella y contener sus emociones y sus sentimientos para no revelar ningún indicio que pudiera poner al descubierto

todo aquello que se le removía en el corazón.

Cada vez que él regresaba de vacaciones, Samiha se sonrojaba, cuidaba más de sus peinados, de pintarse las uñas y de ponerse sus mejores atuendos. Mostraba más energía al moverse y, a la vez, más distracción, al tiempo que una sonrisa fija se depositaba en sus labios. Se despertaba temprano y esperaba hasta que lo hicieran Tarek y Abdulá, para prepararles el desayuno ella misma. Era más atrevida que Abdulá y se las apañaba mejor para verlo con más frecuencia. Se inventaba maneras para rozarle el hombro con el suyo. Sin embargo, su comportamiento confundía más a Abdulá y ponía en jaque sus principios morales, con lo que se acentuaban su silencio y su excesiva entrega al tabaco. A pesar de eso, se sentía un miembro más de la familia, lo compartía todo con ellos, se quedaba hasta altas horas hablando con Tarek y, cuando este se dormía, él se quedaba leyendo. Entre página y página, miraba las estrellas por la ventana y pensaba en Samiha, cuyos alientos sentía en la habitación contigua, le llegaban sus pasos cuando se movía entre la sala y la cocina, podía incluso oler su perfume, oír el roce de su ropa, sentir sus latidos, imaginar el modo como su pelo reposaba sobre la almohada y evocar aquellas miradas suyas que lo buscaban en la temporada de la cosecha del algodón. Ella no escatimaba ninguna oportunidad para acercarse a él y tocarle las manos cuando echaban el contenido de sus cestas en los sacos, calculaba a la perfección el tiempo para llegar justo en el mismo momento a vaciarlas y, cuando estaban solos, tendía directamente la mano y cogía la de Abdulá con una ternura que a él le encogía el corazón y le estremecía todo su ser. Se entregaba entonces a la mano de Samiha, mientras sus ojos la abrazaban con fuerza. La miraba a los ojos con profundidad, dulzura y sufrimiento, como si sus propios ojos fueran dos aves dispuestas a echar a volar de su cara/nido para posarse en la cara de ella/el espacio/el horizonte/el paraíso. Se sentía al borde del llanto por la asfixia de las palabras en su pecho.

Ella lo entendía todo, lo sentía, lo oía y lo amaba más y más.

—YO TAMBIÉN —DIJO SIN QUE ÉL hubiera dicho una sola palabra.

Balbuceó confuso, asegurándose de que los demás estaban lejos y distraídos con otras cosas:

—Y yo, mucho, mucho, pero...

—Nos casamos.

Suspiró:

—¡Oh! Sí, sí lo deseo, pero lo aplazamos un año, hasta que termine el

servicio militar: así no tendré que alejarme nunca de ti.

Y de ese modo fue como se declararon su amor y lo que decidieron durante su primera conversación.

A partir de ese momento, la vida de él empezó a tener sentido. No dejaba ni un instante de pensar y de soñar con Samiha. No le hablaron a nadie de su amor. Empezaba a verse con ella a escondidas, para oler su perfume, saciar sus ojos mirando los suyos y abrazar su cintura extremadamente delgada. Temía que se rompiera entre sus brazos cuando la apretaba fuertemente contra sí como queriendo introducirla en su pecho.

De pronto, decidió volver a instalarse en su casa. Su soledad ya no constituía un verdadero aislamiento, puesto que siempre podía pensar en ella. Más bien, se refugiaba en esa deliciosa soledad para pensar más en ella y deleitarse con los detalles de los pocos recuerdos que tenía con ella.

Le regaló el collar de la piedra blanca que había agujereado y tallado con sus propias manos en forma de corazón. Había grabado con fuego la primera letra de su nombre en una cara y la del suyo en la otra. Ella se alegró sobremanera, como si se tratara de una auténtica joya.

—La guardaré para ponérmela con el vestido blanco, el día de nuestra boda —dijo.

—Tendré que regalarte joyas de oro, como hacen todos.

—Esta piedra es más valiosa que el oro y será para mí el más bello de los regalos.

En los días de permiso, fue renovando la casa, descuidada y abandonada tras el fallecimiento de sus padres. Reparó los desperfectos en puertas, armarios y ventanas. Cambió cortinas, alfombras, cojines y utensilios de cocina. Imaginaba a Samiha consolando su soledad e infundiendo alegría en el hogar, cómo se sentaría aquí, cómo estaría de pie o andaría por allí, cómo cogería eso o tocaría lo otro. Había pensado que pedirla en matrimonio sería mejor estando fuera de la casa de la familia de ella que viviendo bajo el mismo techo. Quería alargar el tiempo antes de volver a casa de Tarek para pedirle la mano de su hermana.

Desde el fallecimiento de sus padres, la señora Zeineb —la mujer del alcalde — frecuentaba la casa de Abdulá durante las tardes de sus días de permiso. Traía siempre hogazas de pan, carne, caldo y hojas de parra rellenas de arroz. Lo ayudó a recoser los bordes deshilachados de los cojines o los botones de las camisas, que insistía en lavar ella misma. Le hablaba con extrema ternura, llamándolo siempre «hijo mío». Lo pronunciaba con toda sinceridad y a él lo

cuidaba como una verdadera madre, tanto que a Abdulá le llegaba a lo más profundo de su ser.

Todos conocían la generosidad y la bondad de aquella mujer. Era la única de las esposas del alcalde que había permanecido a su lado, lo aguantó y trajo al mundo a todos sus hijos. Se habían casado siendo ella una niña pobre de un pueblo kurdo. En sus primeros años de convivencia, no sabía nada de árabe, él le hablaba en un kurdo que dominaba a la perfección gracias a sus antiguas relaciones y a un negocio con los kurdos, heredado de sus padres. Zeineb aprendió árabe y el dialecto de la gente del pueblo en poco tiempo y enseguida se hizo una de ellos.

No era de extrañar que la familia del alcalde cuidara de la gente necesitada. Era el hombre más rico del pueblo; sus terrenos, los más extensos; sus ganados, los más numerosos, y sus negocios, imparables. Compraba las cosechas de los campesinos del pueblo y las vendía en las ciudades. Mucha gente trabajaba para él; entre ellos, Ismael, el pastor retrasado, para cuyos padres refugiados el alcalde mandó construir una pequeña casa de adobe, que fue la única herencia de Ismael y de su hermana a la muerte de sus progenitores. Levantó la vivienda junto a la suya, sin ningún muro que las separara, y le encargó a Ismael que cuidara de sus ovejas y sus cabras y de las de cualquier vecino del pueblo, a cambio de una retribución. Trataba a los huérfanos como hijos, aunque también les encomendaba más trabajos que a los suyos, a los que mimaba y nunca incomodaba con cualquier tarea. El alcalde y su mejor amigo, el *hach* Zaher, el padre de Tarek, corrieron con los gastos de la boda de la hermana retrasada de Ismael en un pueblo lejano, según comentaba la gente. Por eso el alcalde se ganó el respeto de todos y era el refugio de los más necesitados. El salón de su casa se convirtió en el lugar donde se resolvían todos los litigios del pueblo.

LA SEÑORA ZEINEB ERA EXTREMADAMENTE cariñosa con Abdulá. Él siempre le expresaba su gratitud y le dejaba las llaves de su casa cuando se le terminaba el permiso y tenía que regresar a las armas, para que se la cuidara y la visitara durante su ausencia. Ella siempre le insistía en que tenía que casarse y él le respondía que lo haría en cuanto terminara el servicio militar. Lo secundaba y le expresaba su total disposición a ayudarlo en todo lo que le hiciera falta para la dote o los preparativos de la boda:

—Elige a la joven que más te guste del pueblo y yo me encargaré de pedirla en matrimonio para ti, sea quien sea o hija de quien sea —le aseguraba.

—Acepto tu promesa, *'um Yalal* —le respondía a la vez que le besaba la mano agradecido.

LO QUE NADIE IMAGINABA era que estallara una guerra entre Irak e Irán en 1980, y que esta se prolongara ocho años, destruyendo consigo muchos sueños y destinos.



## *Guerra, amor y guerra*

CONTABAN LOS POCOS DÍAS que les quedaban para terminar el servicio militar. Contaban cada mañana, tachando el día que acababa de empezar. Hablaban alegres de la libertad de que gozarían en el pueblo, de los proyectos para el futuro, de los hijos que tendrían. Prometieron que cada uno le pondría a su hijo primogénito el nombre del otro:

—Solo el nombre, sin el mote, por supuesto; o sea, Abdulá y no Abdulá Kafka, e Ibrahim y no Ibrahim Quisma —se decían entre risas.

Solían tomarse el té sentados en lo más alto de las vigas de la torre de vigilancia del puerto de Basora, con las piernas colgando, mientras observaban los lejanos barcos desperdigados en el mar, olvidándose de las armas que llevaban al hombro y de los prismáticos; se sentían frescos por la brisa de septiembre, por el té rojo con cardamomo y por los sueños.

Fue aquel el último encuentro tranquilo y seguro que tuvieron. De pronto el puerto, el campamento y todo el país se vieron sacudidos con las alertas y con el alboroto. Se declaró el estado de guerra contra Irán y, en lugar de licenciar a los nacidos en el mismo año que ellos dos, empezaron a llamar a filas a los nacidos en años anteriores y posteriores. Se les agolparon entonces en la memoria aquellos nebulosos recuerdos de la infancia, cuando oían a los mayores hablar de lo que llamaban «la Guerra del Norte», que ocurrió a mediados de los setenta, cuando los kurdos se rebelaron contra el Gobierno de Bagdad. Los ancianos del pueblo le preguntaban al beduino Yadaan lo que había visto en sus viajes, y él les contaba historias llenas de penas, agravios, desplazamientos y muertes. A los más pequeños solo les quedaba grabada en la memoria la imagen del primer asesinado que vieron en su vida, la del cadáver del cabo Nauaf tendido en el patio de la mezquita, mientras los mayores rezaban por su alma; luego llevaron el cuerpo en volandas hasta el cementerio y lo enterraron sin haberle cambiado el uniforme militar manchado de lodo y de sangre, antes de volver todos

taciturnos al pueblo.

Como los demás, esperaban y anhelaban que la guerra terminara en cualquier momento, quizá dentro de unas horas, el mismo día o al siguiente. Se alegraban de cualquier noticia sobre intentos de mediación que oían por la radio. Más adelante, aquel deseo fue limitándose a que la guerra parara al cabo de unas semanas; luego, de unos meses. Pero pasó un año; durante ese tiempo, sus destinos militares los obligaron a moverse por más de un sector y de una batalla... y Abdulá aprovechó para confesarle sus sentimientos de amor por Samiha a su amigo, que fue el primero y el único a quien se lo reveló, porque Abdulá temía morir sin poder un día destapar toda la pasión que lo carcomía por dentro. Le habló de ella con pasión, deleite y tormento, como si la estuviera descubriendo en aquel momento o descubriéndose a sí mismo. Le habló de su promesa ya antigua de casarse en cuanto lo licenciaran del ejército:

—Pero, como ves, ha sido la guerra, amigo mío, la maldita guerra —dijo.

Ibrahim le aconsejó que se casara con ella lo antes posible, que no dependiera del final de la guerra:

—Puede que no termine nunca... o puedes morir antes de que termine. Ya ves, estoy esperando un hijo. Si me muero, habré dejado al menos descendencia.

Se refería a su hija Quisma, que no nacería hasta pasado el primer año de guerra. Y no pudo verla sino dos meses después, porque los sucesivos combates impidieron que pudiera disfrutar de permisos regulares. Cuando volvió, se sorprendió de encontrar a una niña risueña. Se la pusieron en los brazos:

—Es tu hija y todavía no tiene nombre: la llamamos «niña». Estamos esperando a que le pongas tú mismo un nombre.

—¡Quisma! —dijo.

No sabía muy bien si solo estaba repitiendo su eterno principio o si estaba dándole un nombre a la niña. Pero los demás recibieron la palabra con celeridad y consideraron que era el nombre elegido, sin averiguar siquiera la intención del padre. Era un nombre acertado: aparte de la coincidencia del significado con la naturaleza del punto de vista y con la actitud vital de Ibrahim, aquel nombre convirtió el mote con el que era conocido cariñosamente desde su infancia en una verdad, real y seria, que anuló todas las anteriores alusiones irónicas. Empezaron a llamarlo *abu* Quisma en vez de Ibrahim Quisma.

LA NEGACIÓN DEL PADRE DE SAMIHA a que su hija se casara con Abdulá le causó en el alma el mismo impacto que la propia guerra. Fue una inesperada

conmoción, una bomba que cayó sobre sus sueños y los quemó. Recurrió entonces a la señora Zeineb para que lo ayudara, como había prometido. Ella le garantizó que se encargaría de todo. Primero, habló en secreto con Samiha, para asegurarse de su consentimiento, y vio que el amor que esta profesaba por Abdulá no era menor que el de él, y que llevaba mucho tiempo esperando el momento de poder casarse con él. La señora Zeineb habló inmediatamente con su marido y este hizo lo mismo con su amigo Zaher, el padre de Samiha. En cuanto se quedaron los tres a solas en el salón, como de costumbre, después de la marcha de los demás invitados de la multitudinaria velada en casa del alcalde, Zaher dijo:

—No puedo, y solo vosotros en especial sabéis por qué.

—Pero es de nuestra sangre, como sabes —replicó Zeineb.

—No importa, es bastardo de todos modos.

Después de un acceso de cólera, Zeineb lloró e imploró, le suplicó a su marido para que convenciera a su amigo; pero el alcalde no insistió mucho, porque comprendía la postura de este e incluso la compartía para sus adentros. Es más, si estuviera en su lugar, haría lo mismo: jamás casaría a su hija con un bastardo. Hubo unas miradas de complicidad entre los dos hombres y, con la intención de calmar la ira y los gemidos de Zeineb, Zaher dijo:

—Dejadme dos días para pensarlo.

Cuando le comunicó aquella respuesta a Abdulá, este pensó que reforzaría su postura hablando con su amigo Tarek para que intentara interceder y convencer a su padre. Lo que Abdulá no sabía —ni nadie más— era que Tarek, cuando se quedó a solas con su padre, le insistió para que se aferrara a su postura, le rogó que jamás permitiera a Samiha casarse con Abdulá. Al preguntarle su padre, extrañado, por la causa de aquella actitud, puesto que Abdulá era su amigo más íntimo, dijo:

—Por eso precisamente, porque lo conozco mejor que nadie. Es depresivo y holgazán, no le gusta trabajar. Es verdad que es buena persona y que posee una casa y una parcela de tierra que heredó de sus padres adoptivos, pero no podemos contar con él para garantizar el futuro de mi hermana y de sus futuros hijos. Además, pertenecemos a una familia y a un linaje conocidos, mientras que él es de origen desconocido. Aunque quiero a Abdulá como amigo, quiero aún más a mi hermana.

Eso fue lo que dijo, entre otros argumentos que expuso largamente ante su padre; pero el verdadero motivo de su postura era totalmente diferente, un móvil

psicológico personal que guardó para sí por vergonzoso, banal e inconfesable. No era el único que adoptaba una postura y aducía unas causas, mientras los verdaderos motivos eran otros: lo mismo que las guerras, que se proclaman bajo lemas que contienen términos grandilocuentes, teñidos de moralidades, a pesar de que sus causas, verdaderas y abyectas, son otras.

—Le han roto el corazón al muchacho. ¡Que Dios les rompa los suyos! Son ellos los bastardos —dijo Zeineb.

Intentó entre llantos convencer a Abdulá para que eligiera como esposa a cualquier otra chica que no fuera Samiha, pero él se limitó a inclinar la cabeza en señal de rechazo y se refugió de nuevo en la depresión y la tristeza que lo embargaban. Lo que agravó su soledad y su melancolía fueron las órdenes militares que los separaron a él y a Ibrahim, que fueron a parar cada uno a un sector diferente del frente. Otra unidad en otro batallón, otro destino. Se despidieron con lágrimas, estrechándose en un abrazo hasta que el oficial les regañó:

—Acabad con esos gimoteos de mujeres. Sois hombres, ¿cómo podéis llorar así? ¿No os da vergüenza? ¡Vamos! ¡Marchaos ya! ¡Vamos!

EN MAYO DE 1982, Irán hizo cautivos en la batalla de Al-Mahmara a miles de soldados iraquíes. Abdulá Kafka era uno de ellos. Nadie en el pueblo, como es natural, estaba totalmente seguro de lo ocurrido. Estaba tardando más de la cuenta en volver de permiso, según le correspondía. Mientras tanto, la radio estatal solo hablaba de victorias y la televisión difundía imágenes de cadáveres, de rehenes y de artillería destrozada entre las filas enemigas. Ninguna noticia, ni siquiera una carta a los suyos, puesto que Abdulá no tenía ningún familiar.

Zeineb le suplicó a Ibrahim que averiguara el paradero de Abdulá. Él tenía ya la intención de hacerlo, por propia iniciativa. Tuvo que interrumpir su permiso e ir en busca de la unidad militar de Abdulá, pero allí le dijeron que toda la unidad había desaparecido en la batalla de Al-Mahmara. A algunos soldados los habían asesinado; a otros los habían tomado como prisioneros. Nadie sabía a ciencia cierta el destino de cada uno, ya que los cadáveres habían quedado abandonados en el campo de batalla. Así es que le dieron un papel que designaba a Abdulá como «Desaparecido». Él se lo entregó a la señora Zeineb, que continuaba afirmando que tenía la corazonada de que Abdulá seguía vivo. Le rogó a su marido el alcalde que escuchara la radio iraní por la noche, en secreto, el programa especial en el que prisioneros iraquíes se identificaban, mandaban

saludos breves a sus familiares y dirigían otras frases largas ensalzando la República Islámica de Irán. No pudieron reconocer la voz de Abdulá a pesar de oír cientos de transmisiones interferidas de ese programa a lo largo de cientos de noches.

La señora Zeineb empezó a visitar a las videntes y hacerles importantes regalos para que le revelaran lo oculto. No había vidente de fama en ningún pueblo a la que no fuera a consultar. Todas le aseguraban que Abdulá estaba vivo; más aún, afirmaban que podían verlo:

—Ahora tiene barba, está triste en alguna prisión apartada y en pésimas condiciones, pero se encuentra bien de salud y no tiene ninguna herida — aseguraban todas.

Zeineb no dejó de visitar la casa de Abdulá y de limpiarla, pero sus visitas se hacían cada vez más espaciadas a medida que pasaba el tiempo. Seguía llorándolo allí mismo, en su propia casa y bajo el árbol del espino de mar que se hallaba en el cementerio.

A Samiha, por su parte, la obligaron a casarse con uno de sus primos, al que ella no amaba. No dejaba de rechazarlo, pero todo fue en vano. Pasados cuarenta días de la boda, se escapó y regresó junto a su familia. Le pegaron y la devolvieron maltrecha a casa de su marido. Al cabo de un año, dio a luz a una niña, pero, de pronto, huyó dejándole la niña al marido. Le pegaron y la devolvieron envuelta en una sábana, como amortajada. Volvió a repetirlo nada más recobrar la salud, y volvieron a pegarle; pero, pocas horas antes de devolverla, recibieron una visita en comité, llevándole a su hija y el documento de repudio. Su marido ya no aguantaba el escándalo de tener una esposa que huía constantemente de casa, no podía soportar tanta vergüenza delante de la gente.

Solo a partir de ese momento pudo Samiha respirar tranquila. Se quedó entonces en casa de su familia, criando a su hija, satisfecha, a pesar del trato vejatorio de los suyos. Prefería esa situación a tener que convivir con un marido al que detestaba a muerte. Sin embargo, y a pesar de todos los intentos que hacía por aceptar su destino, como hacen todas las mujeres, y de sus esfuerzos por olvidar a Abdulá, no lo conseguía.

Con el tiempo, su familia fue acostumbrándose a la presencia de ella y a la de su hija. También consiguió poco a poco recuperar su anterior relación afable con su hermano Tarek. Le robaba novelas románticas de su biblioteca, pero no llegó a terminar ninguna.

Ibrahim le pedía a su esposa que le hiciera compañía a Samiha, sobre todo, en sus primeros años de reclusión, agobiada como estaba por el acorralamiento y la explotación de su familia. A veces, compraba regalos y ropa para las dos niñas, su hija Quisma y la hija de Samiha, y se los enviaba a escondidas con su esposa, junto con algo de dinero. Esta le contaba que la niña se parecía mucho a la madre, como si fuera una copia en miniatura.

Ibrahim sentía una gran pena —él, que era siempre tan paciente y obediente, tanto en la guerra como en la paz— por no poder tener más hijos. Eso obligó a su padre a apresurarse en casar a sus demás hijos, que de pronto empezaron a darle tantos nietos que, al cabo de cierto tiempo, olvidaba cómo se llamaban, porque eran muy numerosos y también por culpa de la vejez y de las enfermedades que le invadieron el cuerpo; tenía además los pulmones destrozados de tanto fumar.

La mujer de Ibrahim recurrió a las viejas curanderas del pueblo y a sus recetas de medicina popular o de brujería para volver a tener hijos. Mientras tanto, Ibrahim visitaba en secreto a los médicos en las diferentes ciudades por las que pasaba. Todos le confirmaron que era él quien tenía problemas. Al parecer, algo había causado su esterilidad en el transcurso de la guerra, en la que se habían utilizado todo tipo de agentes nerviosos, armas químicas, bacteriológicas y otras muchas porquerías; a él, efectivamente, lo habían trasladado a lo largo y ancho del extenso frente de combate durante los ocho años que duró la guerra, donde fue testigo de la muerte de sus conocidos y del destrozo de las ciudades, de la población, de los animales y de las plantas. Vio la locura del fuego y del hierro. Se mantuvo resignado ante su destino y obediente a sus oficiales. No se ausentó ni un día, ni escatimaba esfuerzos por cumplir con toda misión que le fuera encomendada. Gracias a su largo servicio y a su inmejorable conducta, ascendió a sargento primero. Se había hecho experto en todo tipo de armas, así como en el hambre, el miedo, el derramamiento de sangre y la muerte, pero lo fue sin duda más en la capacidad de adaptación, la paciencia y el aguante, de modo que la propia resignación ante el destino le recargaba el ánimo con una tranquilidad y con una fuerza inigualables.

Al conocer los diagnósticos de los médicos, Ibrahim recordó los chismorreos de los soldados algunas noches, cuando hablaban de casos de esterilidad causados por las armas químicas o por pasar por delante de los equipos de visión nocturna que se utilizaban en los puestos de vigilancia, o por delante de los tanques y los vehículos blindados, ya que todos emitían algún tipo de rayos

invisibles para el ojo humano, a los que llamaban ultra o infravioletas, ya no recordaba con exactitud los términos que los soldados mencionaban. Por supuesto, no dijo nada de todo eso ni del diagnóstico de los médicos a nadie, ni siquiera a su esposa. Rechazó la propuesta de su padre y de sus hermanos para que se casara con otra mujer con la que quizá la suerte y el destino le depararan otro hijo. Les replicaba, señalando a su hija:

—Ya tengo mi Suerte, y con eso me basta.

Lo licenciaron del ejército en 1988, al final de la guerra entre Irán e Irak, de la que salió ileso a pesar de todos los horrores que había visto y vivido. Parecía, sin embargo, más cansado y más viejo. Se tomó de descanso el primer mes de su libertad. No hacía nada más que lavarse, comer y dormir:

—Estoy sucio y tengo hambre de sueño, tengo acumulado sueño de años —decía.

No quería hablar de los detalles de la guerra, deseaba olvidarlos o, como mínimo, aislarlos de su vida, relegarlos al almacén de la memoria, aunque fuera solo por un tiempo, como si se tratara de una mala pesadilla. No obstante, en ocasiones le contaba a su esposa las historias de amor que había oído de boca de los soldados, especialmente cuando él le insistía para que siguiera en contacto con Samiha.

Nunca había probado aquel sabor de la pasión que ellos describían. La relación con su esposa, a la que conoció el mismo día de la boda, era de convivencia, de afecto, de familiaridad, algo distinto a aquella pasión que solía ver en las caras y en las palabras de los enamorados. Sentía que se trataba de algo significativo, que merecía contemplación y reflexión. Cuando veía el tormento de aquellos soldados, se alegraba de no haberse enamorado. Pero cuando hablaban de los recuerdos de sus momentos de sosiego, de sus encuentros, de pequeños y felices detalles que se transformaban en sus almas y en sus expresiones en algo grandioso e importante, y otorgaban a sus poemas y sus canciones un inmenso significado, solo en esos momentos deseaba haber amado como ellos. Gracias a las historias de amor de los soldados, fue capaz de medir mejor la angustia de su amigo Abdulá y de entenderla, igual que entendía el dolor de Samiha sin haberlo hablado nunca con ella. Veía a algunos soldados llorar cuando sacaban las fotografías de sus amadas que escondían en sus carteras, entre el dinero y las tarjetas, y las miraban largamente. Gracias al amor, unos fueron auténticos valientes y se salvaron de los estragos de la guerra. Otros se dirigían deliberadamente a la muerte cuando se enteraban de la traición de sus

novias o cuando discutían con ellas. Se perdían a sí mismos cuando las perdían a ellas, encontrando en la guerra una ocasión fácil y gratuita para suicidarse. Vio también cómo algunos, familiarizados ya con el ambiente de la guerra y con las armas, alzaban un brazo o una pierna frente a las torres de vigilancia de los enemigos para que los alcanzara alguna bala de un francotirador o los mutilara algún proyectil, y conseguir así que el ejército los licenciara. Otros buscaban alguna mina para pisarla y que la explosión les amputara el pie: los veía entonces gritar de dolor y sonreír al mismo tiempo.

UNO DE LOS SOLDADOS QUE IBRAHIM había conocido y con el que había entablado una íntima amistad fue Ahmed Al-Nayafí. Se movieron juntos por los frentes y por las trincheras, compartieron el pan seco, las mantas y los vasos de té en los fríos inviernos. Lo había acompañado cuando fue a visitar a su familia, en la ciudad de Al-Nayaf. Su padre había fallecido y la madre se encargaba de la casa durante la ausencia de sus tres hijos, que se encontraban en el frente. Ahmed era el benjamín, sus dos hermanos mayores estaban casados y tenían hijos. Todos vivían en la misma casa, bajo el cuidado de la madre, que se quedaba despierta por las noches rezando y pidiéndole a Dios que protegiera a sus hijos; por las mañanas, trabajaba afanosamente en la casa y en el cuidado de los pequeños.

Desde su adolescencia, Ahmed se había enamorado de su vecina, que se había convertido en una bella estudiante universitaria. Igual que Abdulá, acordó con ella aplazar por un tiempo la boda, por si la guerra llegara pronto a terminarse, y también para que ella pudiera acabar sus estudios, pero la muerte de los dos hermanos de Ahmed en el frente lo puso en una situación amarga e inesperada. Su madre le rogaba sollozando que se casara —como hacían otros muchos— con las viudas de sus hermanos, para protegerlas a ellas y a los hijos, que así no se dispersarían por el mundo, y también por temor a que volvieran a casarse con otros, cosa que podrían hacer con todo el derecho del mundo, pero que supondría que perdieran a los niños.

—Por favor, hijo, solo está en ti mantener unida a esta familia y a esta casa —suplicó llorando y besándole la mano.

Rehusó, intentó escabullirse, lloró... pero los ojos de sus pequeños sobrinos, la tristeza de las dos viudas, lo ajada que veía a su madre y la presión de todo un sistema de valores sociales lo obligaron a claudicar. No le fue fácil al principio: consideraba a las esposas de sus hermanos como si fueran sus propias hermanas. Eran mayores que él y había convivido con ellas en la misma casa, lo habían



cuidado, le habían servido la comida, lavado la ropa, arreglado la habitación. Pero fue acostumbrándose con el tiempo a la nueva situación, por la rutina, la convivencia y los nuevos hijos que terminó teniendo con ellas. Había perdido a su amada, que rechazó, lo mismo que su familia, casarse en esas circunstancias con un hombre casado con dos mujeres y con tanta carga familiar.

Ahmed lloraba sobre el hombro de Ibrahim, que lo consolaba diciéndole:

—Es tu suerte y tu destino, hermano. Cada ser tiene un destino del que jamás podrá escapar.

Ibrahim imaginaba que el verdadero amor debía ser como lo que sentía hacia su hija Quisma; por eso entendía y sentía el tormento de los enamorados:

—Es extraordinario esto del amor, 'um Quisma. Que Dios ayude a los enamorados y a sus corazones.

Cuando su mujer llegó a enterarse y a preguntarle por las numerosas experiencias amorosas de su amigo Tarek, Ibrahim le respondió:

—Lo que hace Tarek es la profesionalización de la práctica de la relación, no se trata de un verdadero y profundo amor. ¿No te acuerdas de lo que te conté sobre la primera, Fahda la beduina?

Se rieron y prosiguió luego con la historia de Ahmed Al-Nayafí:

—Un día, cuando estábamos echándonos una siesta en el refugio, nos despertamos aterrorizados con el estallido de un disparo que había atravesado el techo. Nos dimos cuenta de que Ahmed estaba gritando y agarrándose con una mano la otra, perforada, y vimos sangre y trozos de carne y de hueso pegados en el techo y en nuestras caras. El orificio de entrada de la bala en la palma de la mano era pequeño, pero el de salida, en el dorso, era muy grande. Un olor a pólvora y un ligero humo salían del cañón del fusil. Entendimos que él mismo se había pegado un tiro en la mano.

—Mi madre está enferma, como dos de mis hijos. Mi familia está necesitada, tengo que estar allí, con ellos —decía llorando.

DURANTE EL INTERROGATORIO, se dieron cuenta de que había sido él, estaban acostumbrados a ese tipo de incidentes. De acuerdo con el código militar, lo sancionaron, lo curaron y lo castigaron a una pena de seis meses de prisión. Afortunadamente, la bala no había seccionado ningún nervio y no le había dañado demasiado la mano, solo fue una perforación que enseguida se curó, dejando una cicatriz. Volvió resignado a seguir con su vida y con aquel injusto servicio militar hasta el final de la guerra y el licenciamiento, el de él y el de

Ibrahim juntos, en la misma unidad y el mismo día.

TRAS UN MES DE DESCANSO, Ibrahim volvió a pensar en reorganizar su vida; mejor dicho, en empezarla. Poseía un terreno de cultivo, cuya labranza compartía con sus hermanos. Algunos se habían independizado en sus nuevas casas y, según las costumbres y las tradiciones, la primera casa, «la gran casa», quedaba para el hermano mayor. No había pasado mucho tiempo cuando se le abrió otra fuente de ocupación: un día recibió, por mediación de la Cruz Roja, una carta de Abdulá. Solían ser cartas muy breves, con palabras muy contadas. En esa cara le explicaba que seguía vivo, aunque prisionero en Irán, que estaba bien de salud y que solo le hacía falta tabaco. También lo autorizaba a hacer uso de su casa y de sus terrenos como le conviniera. Le comunicaba asimismo que, si moría, le dejaba toda su herencia como regalo a Quisma.

La llegada de la carta se convirtió en una fiesta. Todos la celebraron, la señora Zeineb decidió sacrificar el más grande de sus toros para preparar un auténtico festín. Pero Ibrahim y Tarek insistieron en hacerse cargo con ella de los gastos y de la organización. Todo el pueblo celebró y vio la carta, incluso aquellos que no sabían leer ni escribir.

Ibrahim alquiló la casa de Abdulá a los maestros de la escuela del pueblo que habían enviado desde las ciudades. Volvió a rehabilitar y a cultivar el terreno. Cuidaba con sumo esmero de las cuentas y le ordenaba a su mujer que guardara una parte de las ganancias, lo que llamaba «derecho» de Abdulá, en un lugar seguro de su dormitorio, donde ninguna otra mano podía llegar. Ella escondía los billetes en su modesto joyero, que contenía sus collares, brazaletes, sortijas y pendientes de oro y plata, en parte herencia de su madre, en parte regalos de boda que le habían hecho.

Ibrahim tenía, desde luego, otras amistades, pero sus lazos con Tarek eran indudablemente más estrechos que con ninguna otra persona. Pasaban juntos los dos días del fin de semana que Tarek tenía libres, porque había empezado a trabajar como maestro en un pueblo lejano, después de graduarse en el Instituto de Ley Islámica de Mosul, ya que sus notas al terminar la enseñanza secundaria no le habían permitido más opción que estudiar en aquel centro, que era algo que cuadraba con los deseos de su padre.

De acuerdo con su natural tendencia a adaptarse a las circunstancias, Ibrahim empezó a cumplir con todos los compromisos sociales (visitas a los enfermos, entierros, felicitaciones por nacimientos y matrimonios...) y ayudaba en la siega,

la cosecha y todo lo demás. Se sentía complacido con aquella seguridad y aquella convivencia, convencido de que su pueblo, tranquilo, pacífico y también olvidado, era el nido más bello del mundo. Jugar con su hija por las noches tenía sobre él un efecto extremadamente mágico y dulce. Cuando ella se reía alegre, Ibrahim llegaba a sentir que todas sus preocupaciones del momento y todo el cansancio del pasado le resbalaban espalda abajo, como quien se quita una prenda cargada de lodo. Se sentía limpio, ligero, podía saborear la miel de la vida cada vez que le hacía alguna caricia.

LO QUE NO HABÍA IMAGINADO era que Irak invadiera Kuwait el segundo día del mes de agosto de 1990, y que los tambores de la guerra volvieran a redoblar con fuerza, con más estruendo aún que la otra vez, con más violencia y mayor crudeza.

## *La tormenta de la destrucción*

**E**L PUEBLO, EL PAÍS Y EL MUNDO entero se despertaron con una sorpresa tremenda: los tanques iraquíes habían invadido las calles de Kuwait de madrugada. Si Abdulá Kafka estuviera en aquel momento en el cafetín entre los hombres que rodeaban boquiabiertos la televisión, habría dicho:

—¡Ni sorpresa ni mierda! El mundo es una selva como siempre lo ha sido. Cualquier animal podría morder o devorar a otro en cualquier momento. Aquí no hay sorpresas, la conducta de los animales es hartamente conocida. Los seres humanos cometen los mismos errores de siempre y luego los llaman sorpresas, las perogrulladas también las califican de sorpresas. Dicen: «Fulano ha cambiado su opinión por sorpresa», o «Mengano ha muerto por sorpresa», como si no estuviera esperando a la muerte desde el momento en que nació.

El Gobierno llamó a filas a los nacidos el mismo año que Ibrahim y a otros de otros años. Este se vio obligado a interrumpir las vacaciones de las que estaba disfrutando, a alejarse de su hija cuando se encontraban en el mejor momento de su relación y a abandonar sus cultivos en mitad de la temporada, para dirigirse a su antigua unidad militar, según las órdenes recibidas a través de un comunicado radiofónico.

EL CAMINO PESABA SOBREMNERA en su alma. Una caótica neblina sopló impetuosamente en su mente, impidiéndole pensar con claridad, una confusa confusión, punzadas de angustia, perplejidad y una pena ahogada, una extensa incógnita como en una pesadilla.

Llegó hasta el acuartelamiento de su unidad de destino, entró con toda normalidad, como si se hubiera marchado ayer y no dos años antes, como si los tiempos de paz fueran la excepción y el sueño, y la vida militar y la guerra, la regla y lo normal. De la confusión de aquel torbellino —mezcla de lo real con lo imaginado, de lo existente o lo inexistente, de lo que se ve, se toca y se vive y de

lo que se vive sin verlo ni tocarlo— solo pudo salir cuando se reencontró con Ahmed Al-Nayafí. Se fundieron en un abrazo entrañable. Cada uno era para el otro como el bombero que abraza al que se encuentra atrapado por el fuego y lo rescata. Aquel encuentro alivió la áspera y cruel realidad de la vuelta al lugar odiado. Era como una oportunidad de compañía en la desolación del camino, en aquel lanzamiento hacia lo desconocido por venir.

El alistamiento y la preparación militar concluyeron en pocas horas. Pronto se encontraron tal como habían estado tiempo atrás, con el uniforme kaki, las pesadas botas, el kaláshnikov, los correajes cargados de munición, el casco, la bayoneta, la cantimplora y la máscara antigás, mientras un enjambre de camiones los transportaba aquella caldeada tarde desde el campamento de Rashid, en Bagdad, hacia el sur, donde el calor abrasador y la sofocante humedad se hacían más intensos a medida que se desplazaban más por aquellas tierras, adentrándose en el desierto, y a medida que se acercaban a la guerra. El único entretenimiento que tenían a lo largo del camino era hablar de lo que había hecho cada uno, de lo que les había pasado en aquellos dos años. Como el camino era largo, se prodigaban en detalles y se repetían, de modo que terminaron afianzando aún más su relación, su amistad, la cercanía y la proximidad de sus seres y de sus almas, con un cariño indudablemente fraternal.

Solo las ráfagas del bullicio de los soldados más jóvenes en la caja del camión militar interrumpían su cotilleo. A veces, uno de ellos empezaba a cantar y los demás participaban uniéndose a las canciones y aplaudiendo; en ocasiones también, uno o más se echaban a bailar entre las hileras de asientos. Otras veces, intercambiaban los últimos chistes, en particular los de sexo y los blasfemos, incitando a reír histéricamente. En realidad, sus actos, sus sentimientos y el tono de sus voces eran todos histéricos. Ninguno abordó el tema de la guerra, de la política o del destino que les esperaba.

Cuando aquellos soldados cruzaban por un pueblo y veían a una joven campesina, le lanzaban gritos, silbidos y piropos que, más que satisfacción, causaban miedo, y que terminaban con palabras soeces cuando se alejaban, o se alejaba ella balbuceando que se fueran al infierno. Si la que cruzaba era una anciana o un grupo de ancianas, canturreaban juntos una estrofa cualquiera de los habituales himnos de guerra o de las canciones radiofónicas, alzando sus fusiles en el aire a modo de tradicionales bastones de baile. Entonces, la pobre anciana elevaba los brazos al cielo pidiendo a Dios que protegiera a aquellos sufridos jóvenes, o tal vez lloraba. Seguramente, ella también era madre o abuela

de algún soldado, igual que tantas otras mujeres afligidas. Sus negros atuendos daban a entender que estaba de luto por uno o más de sus seres queridos. Después se alejaba y se alejaba, hasta convertirse en un punto negro, en el horizonte de aquella tierra negra, envuelto en una nube de polvo o en un espejismo hasta desaparecer del todo.

Durante los meses que duró la ocupación, les tocó una unidad en el desierto, cerca de la frontera con Arabia Saudita; eso provocó la ira de los soldados más jóvenes, que habían oído chismes sobre el lujo de otras unidades del ejército en las ciudades, que disfrutaban de electricidad, de aire acondicionado, de agua, de alimentos en abundancia y de fructíferos y frecuentes saqueos. Oyeron noticias que hablaban de oficiales y soldados que se hicieron ricos robando oro, joyas, coches, aparatos eléctricos, muebles y todo lo que querían de los mercados, las instituciones y las casas particulares; que incluso recibían visitas de los suyos y estos también cargaban con todo lo que se les antojaba. En la unidad en la que ellos estaban destinados, por el contrario, lo único que podían recibir era el sol abrasador, la arena, el enfrentamiento a las tropas de los ejércitos internacionales, a la escasez de agua, al ardor del viento caliente y al horizonte desolado. Además, tenían que cavar trincheras y plantar en las dunas minas cuya posición olvidaban al día siguiente por lo iguales que eran todos aquellos terrenos, donde era raro distinguir señal alguna. Hasta Ahmed Al-Nayafí se disgustó después de oír hablar del enriquecimiento de los otros soldados por los saqueos, dado que debía mantener a toda su familia con su trabajo de mecánico en un viejo taller del distrito comercial de la ciudad de Al-Nayaf:

—Y ahora, ¿cómo podría yo alimentar todas esas bocas!? —se preguntó.

—Veo que ha sido una señal de la gracia que Dios nos ha hecho al no mandarnos a las ciudades para no caer en la tentación de alimentar así a nuestras familias, con un dinero sucio, como están haciendo los demás —dijo Ibrahim.

Ahmed dio una patada contra la duna donde estaban sentados aquella tarde y dijo con rencor:

—Si las guerras me han robado la vida, ¿por qué no puedo yo robar siquiera algunas bagatelas?

Ibrahim le rodeó el hombro con los brazos para consolarlo:

—Todo es cuestión de suerte y de destino, ¿quién sabe qué es lo mejor y lo peor? Y, como dice El Corán: «Puede que os disguste algo que sea un bien para vosotros, y que améis algo que es un mal. Alá sabe y vosotros no sabéis» —dijo.

Pero Ahmed no se quedó totalmente convencido. Se echó de espalda sobre la

frialdad vespertina de la arena, dejando escapar un profundo suspiro de aflicción:

—Estoy triste esta vez, Ibrahim, muy triste... Tengo una aciaga corazonada. A lo mejor es la preocupación o acaso sea el miedo, no lo sé exactamente, pero tengo el corazón encogido y eso me hace temer lo peor.

MÁS TARDE, DESPUÉS DE LA DERROTA y el caótico y desastroso repliegue, Ibrahim recordó aquellas palabras: «¡Oh, Dios! Hay realmente algunas personas con un corazón tan puro que les avisa de lo que pasará y que presienten la cercanía de su final», se decía.

Lloró y otras muchas veces más por la amargura de aquel recuerdo, que influiría en su vida y hasta en la forma en que moriría.

Los aviones los bombardeaban día y noche sin interrupción. La arena se elevaba como manantiales furibundos y el humo fluctuaba en oscuras nubes por encima de sus cabezas. Siguiendo una forma tradicional de camuflaje, pusieron en lugares visibles falsos esqueletos de lata o de cartón simulando cañones, tanques y diferente maquinaria; para completar la operación, embadurnaron los verdaderos con lodo y los escondieron en cunetas, entre las dunas, en trincheras y debajo de matorrales. Para la mensajería, utilizaron camellos, palomas y motocicletas, porque las señales de radio iban a ser descubiertas, ya que esa vez «el enemigo» eran los ejércitos de una treintena de países que poseían las más modernas tecnologías, así como los medios más avanzados e inusuales para el entrenamiento y las armas. En realidad, todas las guerras son, a fin de cuentas, tradicionales, en la medida en que su máximo objetivo es siempre que unas personas maten a otras.

El 24 de febrero de 1991, las fuerzas de los aliados empezaron su ataque por tierra, partiendo de las arenas saudíes. El desierto, despoblado desde hacía siglos, se convirtió en un horizonte de hierro y fuego. De hecho, la escena parecía irreal, infernal. Ponía de manifiesto la magnitud de la tiranía y del poder de ese pequeño ser —el hombre— para cambiar la faz de la gran naturaleza de un modo insólito y aterrador. En ocho años de guerra contra Irán, ni Ibrahim ni Ahmed habían visto una batalla igual. La tierra vomitaba fuego, el cielo llovía fuego. Allí, cerca de Al-Yahra, al noroeste de Kuwait, muchos simples soldados iraquíes resistieron desesperadamente y terminaron muriendo. Algunos miles salieron de las trincheras agitando todo lo blanco que tenían a mano (camisas, pañuelos, turbantes, papeles, hojas de latón, calzoncillos...) en señal de rendición. Los heridos pedían socorro mientras la arena se les metía en las

heridas y llenaba sus bocas quejumbrosas. Pero las ensordecedoras máquinas que brotaron del espejismo y de la arena, nada más llegar a las primeras líneas, empezaron a segar a balazos las banderas blancas y a aplastar los cuerpos de los heridos con sus ruedas y sus orugas. Cuando Ibrahim y Ahmed vieron aquello, huyeron por un valle poco profundo hacia unos refugios en retaguardia, pero se encontraron con que los bombardeos los habían destripado y con cadáveres cuyos restos estaban esparcidos por todas partes. Dieron con la motocicleta de un cartero cuyo cuerpo acribillado yacía muy cerca, mientras aún tenía la cartera repleta de misivas colgada del cuello. Se subieron y fueron tomando por veredas y caminos que conocían de antes. Algunos eran para el paso del ganado; otros, creaciones de los vientos cuando peinaban las dunas. Antes de arrancar, habían mirado hacia atrás y habían visto monstruos de hierro aplanando las trincheras y enterrando vivos a decenas de soldados iraquíes. Los gritos implorantes de unos se elevaban por encima del rugido de las máquinas de hierro y de las explosiones de las bombas, amortiguadas por la arena. Las unidades de retaguardia que encontraban en su camino se batían caóticamente en retirada, antes incluso de recibir las órdenes oficiales, que no se anunciarían hasta el día siguiente.

Al cabo de una distancia y de un tiempo que ignoraban, se quedaron sin gasolina. Dejaron junto a la moto los fusiles y los correajes con la munición. Solo se llevaron las pistolas y las cantimploras, y echaron a correr a toda velocidad hasta donde alcanzaron.

Por la noche, caminaban como podían. Por el día, o descansaban o seguían caminando al amparo de la sombra de un monte o entre los matorrales, o cavaban en la arena para esconderse. No supieron cuánto tiempo había pasado exactamente. Probablemente, dos días y dos noches. De madrugada, divisaron la carretera internacional que conectaba Kuwait con Basora y que parecía un tendedero de ropa de los gitanos: estaba sembrada de largas filas de coches civiles y militares y todo tipo de vehículos, además de miles de oficiales y civiles que huían a toda prisa. Unos salían del asfalto con el coche para adelantar a los demás, otros tenían que arreglárselas como podían porque se les había estropeado y se subían a cualquier vehículo o a cualquier máquina que estuviera circulando y en la que hubiera sitio para ellos, para una esperanza. Unos murieron, otros seguían aguardando...

Aquella fila de personas y de vehículos de todo tipo era tan larga que Ibrahim y Ahmed no podían abarcarla entera con la vista, desde donde empezaba hasta donde terminaba. Pero, antes de lograr aproximarse a ella, con la intención de



unirse a los pasajeros o de colgarse de cualquier vehículo disponible, apareció un enjambre de aviones —entre los que pudieron identificar el enorme bombardero americano B-52— que empezaron a lanzar su lava sobre toda aquella pobre gente. Lo que vieron era un verdadero infierno, con todos sus horrores. Nunca en su vida habían visto —ni verían— nada tan horroroso y tan demencial. Los despojos humanos y la metralla salían volando en medio de las llamaradas y el estruendo de las bombas. Todo en aquella carretera se convertía en explosión, fuego, humo, despojos, sangre, destrucción, brasas, muerte. Muerte. Era auténticamente la carretera de la muerte, donde vieron cómo todo lo que había latido en ella y alrededor de ella quedaba machacado, quemado. Y perecía.

Permanecieron quietos y agazapados, observando aquel horror sin poder dar crédito a lo que veían.

—¡Qué depravación! ¡Matar a los que se habían replegado y rendido! —dijo Ahmed.

—¡También lo es conquistar a nuestros hermanos vecinos! —replicó Ibrahim.

—Sabes bien que no fuimos nosotros y que condenaban a muerte a quien se negaba a cumplir las órdenes.

La carretera se convirtió en un amasijo como de lava volcánica que se esparcía por aquel páramo desierto.

—Es el día del Juicio Final —decían—. Solo se han salvado quienes estaban a la orilla de la carretera, aquellos a quienes no han alcanzado los misiles o quienes se han librado por pura casualidad.

Cada vez que amainaba un poco la lluvia de bombas, volvían a caminar en dirección a Irak, en paralelo a la carretera, aunque a cierta distancia. Al caer la tarde, cuando cesó por completo el bombardeo, se acercaron más a la carretera; encontraron a ambos lados miles de cuerpos quemados, carbonizados. En medio de la oscuridad, buscaron agua y algo para comer. Lo encontraron sin ninguna dificultad; también encontraron a otras personas que seguían caminando como ellos, fueron juntándose en grupo y luego se dividieron en más grupos. No había ninguna conversación, sino murmullos enmudecidos y maldiciones. Algunos solo habrían querido llorar; otros intentaron salvar a los heridos; otros, poner en marcha los coches que no estaban totalmente dañados. Cuando ya eran muchos, se dieron cuenta de que habían llegado al punto fronterizo de Safwan. Canjearon sus pistolas por un par de bocadillos de queso con tomate. Después de una larga espera, no recordaban cómo habían podido pasar la frontera. Ya estaban en Irak.

A pesar de ello, el infierno del bombardeo siguió amenazando las cabezas de

los retirados en el interior de los territorios iraquíes. Iban caminando en dirección a Basora cuando un avión les disparó a matar; cayeron muchos. Ibrahim vio derrumbarse a su amigo a unos 50 metros a su derecha, con el vientre perforado, sangrando y gimiendo. Fueron aquellos unos instantes fugaces. Como si una mina los hubiera reventado por debajo, como si una ráfaga de misiles hubiera estallado dentro de su cabeza. Ibrahim perdió el conocimiento enseguida, antes siquiera de averiguar en qué parte del cuerpo estaba herido. No volvió a sentir nada, solo un color amarillo que fue intensificándose en su cabeza hasta la oscuridad. Su cuerpo se derretía como un trozo de mantequilla encima de la arena caliente. Se marchitaba, se alejaba, se alejaba... o se sumergía en la arena, en el mar, en el humo o en la nada. Pensaba que se moría. Intentó concentrar lo que le quedaba de memoria en recordar la cara de su hija y la voz de su padre.

Cuando abrió los ojos, sentía mucha sed. Su cuerpo se encontraba entre cadáveres amontonados unos encima de otros, como si en la tierra no hubiera cabida para ellos. Levantó la cabeza y miró a su izquierda. Cerca había dos perros que estaban devorando un cuerpo humano. Miró a su alrededor y vio que se acercaba otro perro con cabeza y rostro de hombre. Intentó levantarse, pero no pudo: tenía uno de sus brazos entumecido, debajo de su propio cuerpo. Se frotó los ojos. El perro con rostro humano se aproximaba tranquilamente entre los cadáveres. Aquel monstruo lo aterrorizó, pero cuando el perro se volvió, se dio cuenta de que no tenía rostro humano, sino que llevaba entre las fauces una cabeza cercenada mirando hacia delante; luego el perro se alejó con la cabeza. Ibrahim miró a su derecha y llamó:

—¡Ahmed! ¡Ahmed! ¡Ahmed!

No sabía siquiera si su voz era audible o si solo se trataba de un grito enmudecido en sus adentros.

Más allá de los perros devoradores, vio a tres jóvenes a lomos de unos burros. Se apearon, se agacharon y rebuscaron entre los cadáveres; luego volvieron a montar.

—¿Son seres humanos de verdad? No... Deben de ser ángeles —se decía.

Llamó con todas sus fuerzas sin saber si alguien podía oírlo. No sentía sus piernas, había un cadáver encima de ellas. Las tenía enterradas en la arena o bien estaban mutiladas.

Se sentía débil, paralizado, ahogado bajo un peso horripilante que le oprimía el pecho, pero seguía llamando a Ahmed y a los tres jóvenes. Gritaba el nombre

de Ahmed, gritó hasta perder el conocimiento otra vez.

*Viaje con un solo pie*

AL ABRIR LOS OJOS, Ibrahim se encontró en una cama desconocida. Se sentía extraño en un país y en un mundo extraños. Vio la cara de una mujer que se asomaba por encima de la suya y que acercó la mano hasta tocarle la frente, sonriéndole bondadosamente como si fuera su madre. Pero, a diferencia de esta, la mujer sí que veía, puesto que lo miraba fijamente a los ojos.

—¿¡Dónde estoy!?! —preguntó.

—Estás en tu casa, hijo. Estás en la ciudad de Zubair. Doy gracias a Dios porque te hayas recuperado.

—¿Y Ahmed?

—Ahora volverá.

—Quiero agua.

—Bueno, pero solo un poco, porque estás herido.

Cogió una jarra, metió los dedos y le mojó los labios a Ibrahim dejando que unas gotas se deslizaran hasta su boca, como si fuera un pájaro; luego le pasó la mano humedecida por la cara. La frescura del agua lo reanimó. Se le resbalaron unas lágrimas de las comisuras de los ojos:

—¿Qué ha pasado, señora?

—Son las guerras, hijo. Los males y la locura de los hijos de Adán. Esta desgracia continúa y no sabemos cuándo ni cómo terminará.

Mientras hablaban, entró un joven veinteañero, con la cabeza envuelta en un turbante. Era de apariencia robusta y vigorosa:

—¿Qué tal, madre? —dijo.

La mujer se echó a un lado para dejarle paso, permitiéndole ver así la cara de Ibrahim:

—Aquí está Ahmed, mi hijo. Él fue quien te salvó.

Ibrahim alzó la mano para saludarlo:

—Gracias, hermano. Por un momento pensé que erais unos ángeles.

—Lo son. Son realmente ángeles y amigos —afirmó la madre—. Se dedican a salvar a los heridos cuando lo único que le interesa ahora a todo el mundo es saquear.

—¿Y Ahmed, mi amigo? Lo vi caer cerca de mí. Tal vez esté herido en la barriga.

—No sé, hermano. Solo éramos tres. Y solo hemos podido salvar a nueve o diez personas con nuestros burros. Luego les pedimos a dos de los que se han quedado atendiendo en las urgencias del hospital que fueran a la carretera a salvar a los demás. Es un peligro ir hasta allí en coche.

Ibrahim se puso a describir cómo era su amigo y el lugar donde había caído, por si el otro recordaba algo. Pero el joven no se acordaba de nada; terminó diciendo que la tierra estaba totalmente cubierta de cadáveres y que era difícil distinguir a los vivos.

—Tratábamos de percibir cualquier movimiento, cualquier respiración, lo que fuera. En cuanto a ti, ya te había dejado atrás, pero oí una voz que me llamaba por mi nombre, «¡Ahmed!», y lo repetía con voz muy tenue. Me estremecí. Pensé que era alguien que me conocía. Me acerqué y te incorporé. Me llamabas con los ojos cerrados —dijo sonriendo, antes de proseguir—. Creí que me llamabas a mí, ¿quién sabe?, a lo mejor era esa la voluntad de Dios: que me llamaras realmente a mí. Cuando te incorporé, solo encontré unas heridas leves que te habían hecho unas pequeñas esquirlas clavadas en el cuerpo. Pero luego vi que tenías la pierna izquierda completamente colgando y que el pie solo estaba unido por un frágil hilo de piel. Lo corté, até encima una camisa, y te traje al hospital.

Hasta ese momento no se dio cuenta Ibrahim de que había perdido el pie y de que el tremendo dolor que sentía, que él creía provocado por la explosión de una mina, se debía en realidad a un proyectil que le había destrozado los huesos.

El joven siguió hablando, para infundirle tranquilidad:

—Eres probablemente el herido con mejor suerte de todos. Las heridas de muchos eran mortales. Algunos nos suplicaban que los matáramos para terminar con su dolor, pero, desde luego, no lo hicimos. Tú has visto con tus propios ojos la cantidad de pobres hombres asesinados que había. En un momento como ese, uno se da cuenta de la suerte que ha tenido, sean cuales sean sus heridas o su estado.

—¿Desde cuándo estoy aquí? —preguntó Ibrahim.

—Desde hace dos días. Has estado un día en el hospital y otro aquí.

—¿No existe ninguna manera de averiguar el paradero de mi amigo Ahmed?  
¿Telefonar al hospital o a sus familiares, por ejemplo?

El joven sonrió amargamente:

—Pero ¿qué dices, hermano? ¿De qué hospital estás hablando? Solo queda el letrero. La mayoría de los pacientes han huido. Las camillas, las sillas y casi todos los aparatos los han robado. Allí solo han permanecido unos pocos médicos y algunas enfermeras, que todavía tienen conciencia y misericordia, y cumplen con su deber moral como pueden, en tanto que el suelo de las habitaciones y los corredores están repletos de heridos y cubiertos de sangre. Además, todas las comunicaciones están cortadas.

Se puso a describir entonces la situación caótica que reinaba por todas partes:

—Siguen bombardeándolo todo: los campamentos, los puentes, las torres de comunicaciones, los generadores de electricidad, las depuradoras de agua, los edificios estatales, las comisarías de policía, las instituciones, las casas, todo, todo... Han abierto las cárceles y los reclusos se han fugado y se han hecho con las armas de las comisarías y con las abandonadas en los cuarteles del ejército. Los asesinatos, el caos, el saqueo y el pillaje se dan por todas partes. Han robado los bancos, los museos, las universidades, las escuelas, los hospitales y todos los centros e instituciones estatales, hasta las guarderías. A muchos establecimientos les han prendido fuego. También han bombardeado los mercados. Ya te lo puedes imaginar... Los cadáveres llenan las calles. La insurrección contra el Gobierno es total. Dicen que la chispa prendió cuando la gente vio a uno de aquellos soldados que regresaban de la catástrofe de Kuwait meando contra un retrato grande del presidente en una de las plazas de la ciudad, y coserlo luego a balazos. El régimen ha caído por completo en el sur y las noticias que se difunden cuentan que lo mismo ha ocurrido en el norte. Dicen que el dictador y su séquito han llenado maletas y maletas con lo que han robado y están preparándose para huir. Hay un movimiento de revancha contra los funcionarios, los pobres soldados retirados y los policías, y están matándolos a todos. En el centro de la plaza principal, he visto a un grupo de hombres que desnudaban a mujeres, las rociaban de gasolina y les prendían fuego. Ya no se sabe quién mata a quién ni por qué. Las ciudades se han convertido en laberintos llenos de fantasmas salvajes.

—Pero ¿por qué siguen bombardeando? ¿No ha anunciado Irak ya su derrota y su retirada incondicional?

—Sí, pero lo destruyen todo. Sus tropas siguen adentrándose en el país. Y lo

peor es que la gente se aprovecha de esta desgracia y la situación se agrava más aún. Algunos parecen fieras huyendo de sus jaulas.

Ibrahim trató de imaginar tamaña destrucción, aunque en realidad era mucho mayor:

—¡Qué barbaridad! ¿¡Qué me cuentas, hermano!?! Eso significa que el país ya se ha acabado.

El joven trató de infundirle algo de entusiasmo, o tal vez sabía de qué hablaba:

—Es realmente triste y doloroso. Aun así, cálmate. Los pueblos pasan por épocas de crisis y sufrimiento, pero nunca mueren. Se trata de los dolores de parto de la revolución.

—¿¡La revolución!?!?

—Sí. Pero, lamentablemente, le falta organización. Así es cómo se pierden las revoluciones de las personas sencillas y de los verdaderos oprimidos, con la devastación que generan los conspiradores, porque los estragos alcanzan a todos. He visto con mis propios ojos a unos extranjeros armados, acompañados por iraquíes, chapurreando unas lenguas extrañas. Como sabes, el Gobierno no ha dejado muchas tropas en el resto de los límites del país, solo unos puestos de control fronterizo con Irán, cuyos soldados se han apresurado a retirarse o los han asesinado.

Ibrahim se estremeció al oír la palabra Irán. Era como si la larga guerra que vivió combatiendo en contra de ese país se le condensara y agolpara de pronto en la cabeza.

—Lo siento, hermano. Es que he llegado a ver perros devorando cadáveres en los mercados —dijo Ahmed al notar la perturbación y la angustia del otro.

—Yo también vi cadáveres que los perros estaban devorando. ¡Es el tiempo de los perros!

La madre entró; traía un bastón y se lo regaló a Ibrahim:

—Era del difunto padre de Ahmed. Es para ti —dijo.

—Por supuesto, solo lo usarás al principio —agregó Ahmed—. Más adelante te darán una pierna ortopédica. La ciencia está muy avanzada y los médicos iraquíes, con tantos mutilados como han dejado las guerras, ya son expertos en la fabricación y el montaje de miembros ortopédicos. No sé dónde he oído que el número de mutilados que hay en Irak ya supera el millón.

AHMED SE AUSENTABA A VECES TODO el día y solo regresaba al anochecer. Cuando

tardaba, su madre se preocupaba mucho. Iba y venía por todos los rincones de la casa y solo se liberaba de sus preocupaciones conversando con Ibrahim sobre su hijo; él, a su vez, le hablaba de su hija Quisma. La mujer le contó los intentos que hacía para convencerlo de que se casara, pero él siempre se negaba:

—Los libros y unos amigos de la universidad le han estropeado la cabeza. Dice que se ha casado con la causa —se quejó la mujer.

Más tarde, Ibrahim le preguntó a Ahmed a qué «causa» se refería.

—La causa de Irak —respondió.

—¿No ves que todos fingen estar comprometidos con ella?

—Tú lo has dicho: «todos fingen». Son unos interesados y unos saqueadores; yo, en cambio, soy hijo de este país. Mis semejantes y yo somos los auténticos.

DURANTE MÁS DE DOS SEMANAS, Ibrahim se informaba únicamente por Ahmed sobre lo que ocurría fuera, ya que desde la cama solo podía oír el zumbido incesante de las balas y el bramido de las explosiones, que se habían convertido en lo normal y regular, de modo que, cuando paraba, la gente se preguntaba por qué tanto silencio.

Se enteraba de las noticias oficiales por un pequeño radiotransistor que Ahmed le había dado para aliviar su soledad, pero las noticias de las diferentes emisoras lo mareaban. Muchas se contradecían unas a otras; además, hablaban más de los líderes y de los políticos que de lo que ocurría sobre el terreno y de lo que le pasaba a la gente. Por eso se informaba por Ahmed. Una vez, le preguntó:

—Algunos describen todo esto como una revolución, pero el Gobierno dice que es una insurrección. ¿Tú qué piensas, Ahmed?

—Pienso que es un verdadero levantamiento de los oprimidos. Un levantamiento del que yo también formo parte. Lo lamentable, sin embargo, es que algunos interesados lo han desviado de su camino, lo han deformado. Muchos han confabulado en su contra. Tanto árabes como extranjeros. Los americanos han empezado a retirarse del sur, dejando a los insurrectos rebeldes a su destino y dándole así luz verde al régimen del déspota para reprimirlos, cuando este ya ha estado a punto de llevarnos a todos al más completo colapso. El régimen ahora ha reunido al resto de sus guardias y soldados y ha emprendido un ataque aplastante contra las ciudades y los pueblos sublevados. Ha matado sin misericordia, ha bombardeado escuelas, casas, mezquitas y mausoleos. Los cadáveres llenan las calles, sin hablar de aquellos que ya están enterrados en tumbas colectivas. Ha obligado a muchas familias a desplazarse. Algunos han



recurrido a las fuerzas norteamericanas para que se los lleven con ellos; familias enteras han huido cruzando las fronteras hacia los países vecinos; otras se han visto obligadas por el régimen a exiliarse o las han deportado a campamentos aislados en el desierto. Él y los norteamericanos han hecho lo mismo con la gente.

CUANDO IBRAHIM DECIDIÓ UN DÍA emprender el viaje de vuelta a su casa, Ahmed y su madre trataron de disuadirlo, porque el caos seguía imperando y el camino estaba sembrado de peligros. Pero él alegó que se había puesto mejor, que el muñón ya había cicatrizado, que podía utilizar el bastón, que su familia estaría sumamente preocupada y que, además, no había manera de ponerse en contacto con ellos, puesto que las comunicaciones seguían interrumpidas y que, aunque se repararan, no había teléfonos en su pueblo.

Quiso apuntar la dirección de la casa y el número de teléfono de sus anfitriones, para visitarlos en el futuro y agradecerles mejor que le hubieran salvado la vida, pero Ahmed se negó en redondo, alegando que no esperaba nada a cambio. Cuando él no estuvo delante, Ibrahim volvió a insistirle a la madre para que le diera los datos, y los repitió hasta memorizarlos, él, que era tan malo en acordarse de números. No recordaba más que el año de su nacimiento, 1959, pero no sabía ni el mes ni el día. Recordaba también el número de registro de Abdulá Kafka en la Cruz Roja, el número de teléfono de la casa de su amigo Ahmed al-Nayafí y, ahora, este nuevo número.

Ahmed se encargó de que a Ibrahim lo llevaran unos amigos de confianza que se dirigían en coche hacia Bagdad, en busca de un hermano del que no tenían noticias desde el comienzo de la guerra.

—Ya en Bagdad, tienes que apañártelas tú solo —le dijo.

Le dio ropa de paisano y algo de dinero, mientras la madre lo cargó con una bolsa con tres envases de plástico que contenían comida que ella le había preparado, unas hogazas de pan y una botella de agua:

—Para que tengas algo que comer durante el camino. Dale saludos a tu familia y besos a tu hija Quisma —le dijo.

YA EN CARRETERA, IBRAHIM MIRABA POR la ventanilla a ambos lados... Observó cómo el paisaje iba cambiando por completo a su alrededor. Las huertas y las casas que había conocido durante su largo trajinar parecían más hoscas, viejas, tristes y vacías. Le comentaron que había caído del cielo una lluvia de un negro

intenso, como consecuencia de los incendios de los pozos de petróleo de Kuwait que las fuerzas iraquíes habían quemado antes de su retirada, y del humo causado por el estúpido plan que consistía en provocar más incendios alrededor de Bagdad y de las ciudades grandes, con el objetivo de dificultarles la visión a los aviones invasores.

En los puestos de control militar distribuidos a lo largo de toda la carretera, Ibrahim levantaba su amputada pierna antes de presentar cualquier papel o documento, para que lo dejaran pasar. Cuando se acercaron a Al-Nayaf, les pidió a sus acompañantes que pasaran por la casa de su amigo, pero se negaron diciendo que no había tiempo para eso y que circular por las ciudades era extraordinariamente peligroso. No volvió a insistir. En realidad, no estaba del todo seguro de querer realizar aquella visita ni de la finalidad que tendría. ¿Qué les diría a sus familiares? ¿Acaso contaría que estuvieron juntos durante meses y en la retirada y que, sin embargo, no sabía nada de él? ¿Los informaría de que estaba herido o muerto? Y si estuviera herido, ¿por qué no intentó salvarlo? ¿Por qué y cómo lo abandonó? Tenía que asegurarse, al menos, de si estaba vivo o muerto, o del lugar en que había caído.

Aquella cuestión continuó atormentándolo atrozmente; sobre todo, porque no se olvidaba de la pena de la señora Zeineb, de Tarek y de todos los que querían a Abdulá Kafka cuando les transmitió la noticia de su desaparición en combate:

—¿¡Qué significa «desaparecido»!?

No podía olvidar la mirada de la señora Zeineb, traspasada por el dolor, confusa y sumida en lágrimas. Habría deseado en aquel momento poder entregarle al menos el cadáver de Abdulá, para que así pudiera verlo, llorarlo y que su corazón estuviera seguro de su muerte. Decirle, en cambio, con un documento en la mano, que estaba «desaparecido» era un suplicio. Era como penderse de los hilos de la esperanza y la desesperación, unos hilos que ni se tensaban ni se rompían. Cada momento de espera se convertía en una lenta tortura, y los pensamientos dispersos, en un confuso aturdimiento.

No quería vivir aquella situación otra vez con la familia de Ahmed Al-Nayafí. Por supuesto que no pretendía escurrir el bulto, pero tampoco se sentía capaz de soportar afrontar la situación. El remordimiento lo devoraba por dentro.

UNA VEZ EN BAGDAD, lo llevaron hasta la estación de autobuses de Al-Alawi, donde localizó algunos coches que iban en dirección al norte. Antes de emprender la marcha, compartió con sus acompañantes la comida que le

quedaba y les dio vehementemente las gracias, deseándoles al propio tiempo que encontraran al hermano que buscaban.

Durante el camino, los acompañantes del nuevo tramo de viaje comentaban lo que estaba ocurriendo en sus pueblos:

—Los kurdos se han levantado también, ¿sabes?, y todo el control del Gobierno sobre ellos se ha esfumado. Hemos venido aquí en busca de unos parientes nuestros. Algunos hemos huido de Bagdad al campo, porque los pueblos remotos y pequeños son ahora los únicos lugares seguros. Allí no hay bienes del Gobierno que inciten al robo ni hay tampoco poder por el que luchar. Es verdad que algunos saquearon las escuelas y las clínicas y robaron sillas, mesas y utensilios médicos, pero los ladrones lo devolvieron todo al día siguiente, porque no les servía para nada. Además, todos se conocen por allí. Por lo tanto, la mala fama y la reprobación de la gente que acarrearían esos actos serían mucho más costosos que el valor de lo robado.

Le contaron también que todos los soldados y oficiales de las aldeas habían huido y regresado a sus casas. Le mencionaron incluso nombres de personas que él conocía, para darle crédito a lo que decían, ya que nadie imaginaba que algún día un oficial pudiera huir; sobre todo, porque el castigo por ausentarse o llegar tarde cuando pasaban lista era la muerte. ¡No digamos ya la desertión!

—Todo está fuera de control, hermano. La muerte es ahora lo más habitual. La muerte de uno equivale a una meada en el mar, o sea, que no tiene valor ninguno. Solo sus familiares lamentarían su pérdida. Ahora, el verdadero héroe es quien sabe protegerse y salvar el pellejo hasta que arrecie la tormenta.

## *Asedio y enfermedades*

NADA MÁS LLEGAR A SU CASA, Ibrahim preguntó por su hermano Wadi, también soldado. Pero le dijeron que no tenían noticias de él y que lo único que sabían era que su unidad había estado en Kuwait. Tampoco tenían noticias de los demás hijos del pueblo.

—¿Sabes algo tú? —le preguntaron.

—No.

La mujer de su hermano se abrazó a él llorando y se apartó luego, deshecha en sollozos, hacia un rincón. Su padre lo abrazó recostado, vencido por la enfermedad, la angustia y la vejez. Se encontraba asombrosamente más delgado, lo que le impedía poder ponerse de pie por sí solo. Ibrahim reconoció en su padre el mismo olor a tabaco que conocía desde niño. Su madre, ciega, se puso a toquetearle el extremo de la pierna, no podía imaginarlo sin pie, un pie que ella conocía y cuyo crecimiento había seguido, midiendo con los dedos. Ahora, al no encontrarlo, se echó a llorar.

La cara de su esposa, en cambio, irradiaba alegría por su vuelta. Si no fuera por los sollozos de la mujer de Wadi a su lado, habría dado gritos de alegría. Mientras tanto, Quisma lo abrazó, o fue él en realidad quien la abrazó. Pero esta se alejó y le lanzó una mirada de extrañeza a su padre y a aquella pierna extendida hacia delante como un palo duro, sin pie.

Los otros hermanos de Ibrahim querían sacrificar un cordero y dar un festín con motivo de su vuelta, pero el padre los instó a que esperaran unos días, por si Wadi volvía, y entonces podrían sacrificar un toro y celebrar una fiesta aún mayor. Opinión que Ibrahim apoyó.

Cuando el círculo de gente que acudió a felicitarlo se deshizo, el padre de Ibrahim comentó con una sonrisa, mientras se tomaba el, acaso, décimo vaso de té:

—Yo perdí la nariz en la guerra. Tú, el pie. No sé qué es más llevadero, si

perder una nariz o perder un pie... En cualquier caso, es mejor que perder la vida.

IBRAHIM NO SE PERMITIÓ HACER aquella vez lo que hizo cuando lo licenciaron al finalizar la anterior guerra: tomarse un mes de vacaciones para pasarlo únicamente bañándose, comiendo y durmiendo. El dolor que tenía en la pierna era tremendo, aunque no lo mostró ante los demás, menos aún delante de su familia, que estaba más dolida y preocupada por la ausencia de Wadi. La gravedad de su desaparición lo dominaba todo. Se percibía en los comportamientos, los tonos, las miradas, en el largo silencio, hasta en el aire mismo, en tanto que la tristeza de la joven esposa reforzaba el peso de aquella ausencia.

IBRAHIM TENÍA QUE ACOSTUMBRARSE a su nueva vida, con muleta y cojera. Para sus adentros, además, sentía una pena nueva, porque percibía y notaba la reserva, la frialdad y la lejanía de su hija Quisma.

Su amigo Tarek no dejaba de visitarlo y hacerle compañía; algunas veces venía con uno de sus hijos pequeños. No había ido a la guerra por ser maestro de escuela e imam de la mezquita, además de contar con ciertas influencias en Mosul, de modo que su alistamiento temporal se limitó a las tareas de guardia en una institución gubernamental de la ciudad, tareas que no tardó en abandonar cuando cayó el régimen y estalló una deserción general, con la consiguiente huida hacia los hogares. Se mantenía elegante, sano y fuerte. No dejaba de hablar ni de bromear. Siempre que lo veía, el padre de Ibrahim le repetía:

—Eres una réplica de tu padre, que Dios se apiade de su alma.

Y Tarek solía responderle riendo:

—Sí, pero él se casó con tres mujeres, mientras que yo sigo batallando con una. De todas formas, una mujer basta para tenerte atado como el toro a una noria. ¡Qué días aquellos de la soltería, cuando nos movíamos libres entre las mujeres, como una abeja entre las flores!

—¿¡No te han sido suficientes todas las flores que oliste o pellizcaste antes de abandonarlas!?! —le dijo un día Ibrahim bromeando.

—¿Crees que el adicto a los dulces se harta de la miel? Además, ¡por Dios!, ¿también cuentas a la beduina Fahda entre las flores? —respondió, y rompieron a reír chocándose las palmas de las manos—. Créeme, era como abrazar a una oveja o a una cabra. Su olor era asfixiante, hermano —añadió.

Cuando el padre de Ibrahim les preguntó a qué se referían, le contaron la

historia de la beduina. También se rio con ellos al recordar a Yadaan, que antes pasaba un mes al año por el pueblo, pero la tos y la expulsión de las nubes de humo por la nariz-agujero que tenía entrecortaban sus débiles risas.

—¿NO HA HABIDO NINGÚN MENSAJE nuevo de Abdulá? ¿Alguna noticia sobre los presos que están en Irán? —le preguntó Ibrahim a Tarek.

—Nada, *abu* Quisma. La gente está tan preocupada por el destino de los nuevos presos que ya nadie se acuerda de los antiguos —le respondió. Pero, cuando notó el acceso de tristeza que inundaba el rostro de su amigo, se apresuró a cambiar de tema, intentando entretenerlo con otras anécdotas—. Escucha esta historia, es real, no es un chiste: Un soldado vuelve a casa y encuentra a su madre muy triste, llorando. Tiene la costumbre de escuchar muy atentamente la radio y la televisión iraquíes, que hablan día y noche de nuestras victorias y de la derrota aplastante que les causamos a los enemigos. El hijo le pregunta: ¿Por qué lloras, madre? Si la guerra terminó y yo ya estoy en casa, sano y salvo. A lo que la madre le responde: Lloro por los pobres americanos. Si siendo nosotros los victoriosos nos ha pasado todo lo que nos ha pasado, ¿qué será de ellos, los que han sido derrotados?

A PARTIR DE ESA VISITA PRECISAMENTE, empezó a producirse una especie de cisma entre la pequeña Quisma y su padre. Estaba sentada junto a su madre, que se ocupaba de llenar los vasos de té cerca de la puerta del salón. Miraba a su padre, pero miraba más a su amigo Tarek. En su interior se agitaban nuevas e inexplicables sensaciones como consecuencia de comparar entre ambos. Le gustaba Tarek, con su elegancia, su penetrante perfume, sus risas. Notó en él una gran autoestima mientras encadenaba una historia con otra nueva y un chiste con otro aún mejor. Tarek hablaba de sus numerosos conocidos, de la ciudad y de cosas que ella no alcanzaba a entender sobre la religión, el paraíso, los ángeles, la política y los libros. Irradiaba en el ambiente un espíritu de alegría y vivacidad que no dejaba resquicio para el silencio o para las palabras repetidas. Trataba a su hijo, que era menor que ella, de un modo muy cercano a la amistad, le preguntaba su opinión sobre el té o sobre lo que deseaba, y también le pedía que le corroborara algún detalle. El lenguaje con el que se dirigía a él no se diferenciaba del que utilizaba con los mayores. No encontraba nada de eso en su padre, que, en cambio, era hombre de pocas palabras, triste hasta la médula y ciegamente sumiso ante el abuelo. A ella la trataba como si fuera una niña

pequeña. No se perfumaba ni se vestía elegantemente. Era tranquilo hasta el aburrimiento. Y encima, con muleta, un solo pie y una pierna terminada en un extraño muñón y estirada como un tronco seco de árbol.

Quisma no perdía de vista a Tarek, salvo para lanzarle a su padre una mirada fugaz de comparación. En aquel momento, deseaba que Tarek fuera su padre, que fuera ella la que estuviera sentada a su lado, apoyándose en él o acurrucada entre sus brazos, mientras él le acariciaba el pelo de vez en cuando. «Si así fuera, yo sería más fuerte, más viva e incluso más guapa», pensaba.

Después deseaba llegar pronto a la pubertad, ser de los mayores, para poder gozar de la misma fuerza y libertad que ellos. Los mayores, que se parecían a Tarek y no a su padre, de quien empezaba a apartarse, a quien evitaba. No se trataba exactamente de aversión sino, en cierto modo, de frialdad y de distanciamiento. Un modo de esconderse, de esquivar y rehuir.

Ibrahim seguramente no lo entendía así, aunque notaba la frialdad, el silencio y la sequedad que reinaba entre ellos. Intentaba acercarse a ella de diferentes maneras: siendo más flexible, más bueno, más dócil y hasta humillándose ante ella, lo que terminaba por aumentar la repulsión de su hija, que lo veía volverse más débil, estar más perplejo y desconcertado, incluso cuando estaba solo con ella. Siguiendo su costumbre, Ibrahim se valía de la paciencia para arreglar las cosas. Por otra parte, la sucesión de novedades y acontecimientos le impedía pensar más en aquella situación. Quisma tenía ya más de diez años y el pecho empezaba a agitarse como las setas de principios de abril que empujan la tierra para asomarse.

HABÍAN PASADO DOS SEMANAS cuando un día entró al patio de su casa un coche que llevaba un ataúd atado a la baca. El conductor se apeó. Era un joven moreno y fuerte. Preguntó por la dirección de la casa a la que había llegado, para cerciorarse de estar en el sitio correcto. Cuando le respondieron, empezó a dar la mano a todos. Agachó la cabeza a la vez que decía que habría deseado no tener que conocerlos nunca en tal situación. Explicó que venía de Karbala, que era amigo de Wadi y que a este lo habían asesinado en Basora, durante los incidentes de la retirada. Bajó los ojos llenos de lágrimas cuando todos rompieron a llorar, lamentando su desgracia. La esposa de Wadi cayó al suelo, inconsciente. Suhail, el padre, lo llevó del brazo hasta el salón, intentando contener la conmoción, o eso parecía, porque temblaba y el fulgor de las lágrimas en sus ojos brillaba por detrás de las columnas de humo de su nariz. Podría haber dado la impresión de

que la vejez era la causa de sus temblores, y no el choque por la pérdida sufrida. Ibrahim los siguió, apoyándose en la muleta y en las paredes. Mientras tanto, los vecinos y todos cuantos acudieron rápidamente al oír los gritos de dolor se ocuparon, con el otro hermano y los amigos, de montar una tienda para el funeral y de tranquilizar a los más angustiados.

Ya en la sala de estar de la casa, el joven les dio más detalles sobre la muerte de Wadi, que él presenció. Dijo que no quería dejar abandonado el cuerpo, costara lo que costara, y que se lo llevó primero a su casa en Karbala, para velarlo aquella noche antes de traerlo a casa de la familia. Les habló de su íntima amistad y de todas las virtudes que conoció en Wadi.

Aquellas palabras martirizaban a Ibrahim, puesto que él no había hecho lo mismo con su amigo Ahmed Al-Nayafí. Ni siquiera llevó la noticia de su muerte a la familia. Se sintió pequeño y absolutamente avergonzado ante aquel joven, en el que vio personificadas la nobleza, la hombría y la humanidad. Le expresó su gratitud, lo mismo que hizo el padre, aunque con palabras más maduras y sabias. Aquella situación no dejó de atormentar su conciencia el resto de su vida. No dejaba de preguntarse, en un intento de entender algo, cómo era posible que existieran en aquella misma tierra personas que habían salvado su vida y otras que habían matado a su hermano. La solución de aquel dilema se ocultaría seguramente en la visión que él tenía sobre la suerte y el destino, y en que las personas no eran iguales, aunque pertenecieran a una misma casa. Sin embargo, no llegó nunca a hacerse una idea definitiva y nítida ni a tomar una postura concreta cada vez que se le venía a la cabeza la misma cuestión: la inexplicable constatación de las grandes diferencias que existían entre las personas.

Por eso, casi un año más tarde, terminó confesándole a Tarek lo que lo atormentaba. Le pidió que lo acompañara en un viaje hacia el sur. Tarek lo llevó en su coche hacia Al-Nayaf, pero encontraron a otra familia alojada en la casa de su amigo Ahmed. Les contaron que la de Ahmed se había dispersado, que la madre murió de pena por la muerte de su último hijo y que sus viudas vendieron la casa, se repartieron el dinero y se fueron cada una con sus pequeños hacia no se sabía dónde. Dijeron también que habían oído rumores de que las viudas volvieron a casarse, regresaron junto a sus respectivas familias o se trasladaron a otro pueblo o a otra ciudad, pero que no tenían certeza de nada de ello.

En el cafetín del pueblo, Ibrahim se sumió en la tristeza. Tarek se prodigó hablando de la naturaleza de la vida, le citó testimonios de antaño y de ahora sobre similares destinos o sobre otros incluso más desoladores. Pero Ibrahim



seguía cabizbajo como si estuviera escuchando con toda atención o no escuchando nada, hasta que rompió a llorar. Tarek lo abrazó, intentó darle ánimos y le dijo que se fuera al baño y que se lavara la cara con agua fría. Cuando Ibrahim volvió, tomó un sorbo de té:

—Hay otra cosa que quiero pedirte, Tarek —dijo.

—Pide lo que quieras, *abu* Quisma. Estoy a tu disposición.

—Me gustaría ir a Al-Zubair, a la casa de la familia que me acogió y me salvó la vida. En el camino, quiero comprarles regalos, deseo mostrarles mi agradecimiento.

Comieron en un restaurante popular contiguo al cafetín. Antes de partir hacia Basora, pasaron por el mercado, compraron unos sacos de arroz, azúcar y harina, una gran garrafa de aceite y unos cuantos metros de tela para mujer y para hombre.

Cuando llegaron a la casa, una mujer de unos treinta años de edad les abrió la puerta, pero solo un poco, un niño le agarraba el extremo del vestido. Ibrahim no la había visto anteriormente, le preguntó perplejo por el joven Ahmed y por su madre, a la vez que los describía. La mujer entonces abrió la puerta del todo y los invitó a entrar. Allí, en la pequeña sala que Ibrahim conocía y que no había cambiado nada, la mujer les ofreció té y les contó que era la hermana de Ahmed y que este había huido a Irán después de la represión que siguió a la sublevación; luego vinieron representantes del Gobierno y expulsaron a la madre a Irán con el argumento de que era súbdita iraní; a ella misma, sin embargo, no la incluyeron en la orden de expulsión porque su marido era un antiguo funcionario del Ayuntamiento y descendía de una familia conocida de Bagdad.

Al final, le dieron a la joven todos los regalos que llevaban. Ibrahim le rogó que hiciera llegar sus saludos y su eterna gratitud a su hermano y a su madre si llegaba a tener algún contacto con ellos.

Emprendieron el regreso a casa. De camino, ocuparon el tiempo hablando de sus recuerdos y de Abdulá Kafka, y comparando el estado de seguridad de su pueblo con el de otros, ya que no había sucedido lo mismo que en las ciudades. Parecía que los habitantes de los pueblos se daban cuenta de sus ventajas en tiempos de crisis y de guerra. Pero Tarek sorprendió a Ibrahim abordando un tema que inició con demasiados prolegómenos:

—Te hablo de esto porque tu padre, el tío Suhail, me lo pidió. Quieren que te cases con la viuda de tu hermano Wadi.

Ibrahim lo rechazó de inmediato, sin pensarlo:

—¡No! ¡Imposible! No puedo, es como una hermana para mí —dijo sobresaltado.

—Pero no lo es realmente y, como bien sabes, no eres el único que hace algo así para preservar a la familia.

—No, no. No puedo. Nunca se me ha ocurrido semejante cosa. Siempre la he considerado, la considero y seguiré considerándola una hermana. Además, es todavía joven y podría casarse con uno de su edad y tener un futuro y una vida mejores.

—Tu padre ve ese matrimonio como una muestra de generosidad hacia ella, hacia su familia y hacia la memoria de tu hermano. Es una joven excelente y ya es parte de vuestra familia, a la que va a serle difícil separarse de ella. Además, podría concebir de ti hermanos para Quisma.

Ibrahim se aferró a su rechazo, aduciendo otras razones, como que ya era mayor para esos trotes, que a él le bastaba Quisma como descendencia y que no quería herir los sentimientos de la madre de Quisma casándose con otra, ella, que lo había acompañado en lo bueno y en lo malo durante los años de su matrimonio. Terminó diciendo que hablaría con su padre e intentaría disuadirlo, pero en ningún momento señaló lo que les escondía a todos: su esterilidad.

Se sorprendió al constatar que la tarea de disuadir a su padre de semejante idea no resultó tan difícil como lo fue con Tarek. Su padre mostró menos entusiasmo por alargar la conversación: ya no era tan testarudo y dominante para imponer sus deseos. Se había debilitado, enflaquecido y demacrado. Le había cambiado la voz, que se había vuelto más baja y más débil. Ya era un anciano enfermizo. Lo aquejaban los dolores en la garganta y en la faringe, tenía una inflamación en el cuello y le era difícil tragar cualquier cosa, hasta su propia saliva. No podía tomar más que líquidos, así es que le daban varias sopas al día, con trozos picados de carne y de verduras. Cada vez que escupía la flema que se le acumulaba en la garganta, lo hacía con sangre. No tenía ganas de imponer sus predisposiciones, era como si estuviera despidiéndose de la vida. De modo que, apoyándose en su muleta, se dirigió a casa de la familia de la viuda de su hijo, y en breves y debilitadas palabras cargadas de disculpas, les explicó el asunto. Después de aquello, se llevaron a su hija y la casaron con uno de sus primos.

LOS AÑOS SIGUIENTES FUERON DUROS para todos por el embargo económico impuesto sobre Irak: escasez de alimentos, de medicamentos, de dinero, de papel, de cemento y de misericordia. Escasez en todo. Las sanciones económicas

hacían gran daño a la gente, a la vez que reforzaban el poder del Gobierno, que era el que controlaba el suministro de los pocos víveres que entraban en el país. Los distribuía conforme le convenía, favoreciendo a sus aliados por encima de la mayoría subyugada.

Ibrahim ya no podía trabajar en el terreno de la familia ni en el de Abdulá Kafka. Todo el esfuerzo le caía a su otro hermano, la mujer de este y la madre de Quisma. El hermano, que era el menor, le insinuaba la fatiga que arrastraba, para que, por lo menos, lo eximiera de trabajar el terreno de Abdulá; Ibrahim, por su parte, le rogaba que aguantasen él y su mujer, al tiempo que intentaba ayudarlos en lo que podía, aunque solo fuera acompañándolos.

TRAS DOS AÑOS DE BUROCRACIA y de revisiones, le llegó el turno. Un hospital estatal especializado le puso una prótesis de plástico y hierro, que tenía que calzarse en el muñón como un zapato. Necesitó no poco tiempo para acostumbrarse, pero, al final, pudo caminar y moverse mejor y sin muleta, aunque seguía con una visible cojera.

En una de las revisiones que tenía que pasar, Ibrahim le insistió a su padre para que lo acompañara a hacerse una revisión él también, porque su salud había decaído. Le dolía al tragar cualquier cosa, incluso al respirar, y la cantidad de sangre que escupía era cada vez mayor. El médico les comunicó que padecía un cáncer en la boca, la laringe y la faringe, y que tenía metástasis en el esófago y la tráquea. Les dijo que todo ese deterioro se debía principalmente a que fumaba demasiado y le aconsejó que lo dejara de inmediato; además, tendría que someterse a sesiones de quimioterapia y luego a una operación quirúrgica para extirparle la laringe y la faringe, y le haría al mismo tiempo un orificio a la altura de la tráquea, para que pudiera respirar.

—Obviamente, tendrá dificultades para el habla. De hecho, es posible que no pueda hablar después de la operación —advirtió el médico—. Tendría que haber acudido a los médicos mucho antes —le reprochó.

El padre de Ibrahim no respondió nada al médico, que les proporcionó una larga lista de instrucciones que habrían de seguir desde aquel preciso momento; pero, al salir del hospital, Suhail le dijo a Ibrahim:

—No hay ninguna necesidad de todo esto, hijo. Ya no me quedan años que merezcan tanto esfuerzo y todos esos tratamientos, sin mencionar el elevado coste que supondría. Además, no voy a dejar de fumar. ¿¡Cómo quieres que abandone el tabaco si ha sido el compañero de mi vida en lo bueno y en lo

malo!!? ¿¡Solo porque voy a morirme!?

Ibrahim intentó por todos los medios convencerlo, pero su padre ya había tomado la decisión de tirar la toalla, rechazando de plano la idea de buscar y comprar los medicamentos, sobre todo en esos tiempos de escasez por el embargo. Dijo que prefería que los medicamentos los aprovechara otra persona más joven, a quien pudieran hacerle más falta. Y fue disminuyendo paulatinamente su capacidad de moverse, de hablar y de comer. Plegándose sobre sí mismo en un rincón del salón, empezó a esperar tranquilamente la muerte, hasta que al fin le llegó.

Las penas de Ibrahim no terminaron con el fallecimiento del padre. Su madre ciega era también muy vieja y estaba muy decrepita, por lo que requería más cuidados y asistencia, incluso había que acompañarla al baño, cosa que hacía la mujer de Ibrahim, que, a su vez, iba quedándose más demacrada y delgada. Completamente agotada por el trabajo, caía derrumbada en la cama al final del día y dormía que parecía que estaba muerta. Cuánto más pálida iba quedándose, más se preocupaba Ibrahim por ella. Le rogó que fuera al médico, por si tenía diabetes o ictericia. Pero, pensando ahorrarle a Ibrahim más disgustos, se opuso diciendo que no le pasaba nada, que solo era el cansancio. Sin embargo, como no mejoraba, y alarmado ya por su extrema debilidad y una palidez que la convertían en un fantasma, Ibrahim la llevó al hospital en la ciudad.

En el laboratorio, le hicieron un análisis completo de sangre y en los resultados se vio que tenía una infección. En el hospital, tomaron entonces muestras de los ganglios linfáticos de las axilas y del cuello y la biopsia descubrió que ella también tenía cáncer de los ganglios linfáticos. Y empezó entonces la odisea de su costoso tratamiento. Cada veintiún días, le inyectaban dosis químicas con el suero intravenoso. Diez días después de cada sesión, volvían a hacerle un análisis de sangre e iban observando que bajaba el nivel de infección. El médico les informó de que la posibilidad de que el tratamiento tuviera éxito y la cura fuera completa era del cuarenta por ciento. Todas las noches, *'um Quisma* lloraba temiendo la muerte.

—Seguiremos con el tratamiento, aunque las posibilidades de recuperación fueran del uno por ciento —le repetía Ibrahim.

A *'um Quisma* le sobrevenían episodios de vómitos y diarrea después de cada dosis. Los médicos le ordenaron que dejara de trabajar y que siguiera con los tratamientos, a pesar de sus costes desorbitados, que requerían que Ibrahim trabajara más duro en el campo y que se encargara también de algunas tareas de

la casa, en las que ocasionalmente lo ayudaba su hija Quisma. Las hermanas de Ibrahim, que estaban casadas y vivían lejos, se turnaban para visitarlos, ayudar en los quehaceres de la casa y cuidar e intentar animar a 'um Quisma.

Aquella vida tan dura continuó así algún tiempo... Ibrahim se acostumbró y se adaptó como siempre, con resistencia, paciencia y abnegación. Sus penurias se convirtieron en una rutina que duró años sin ninguna novedad, hasta que, un día, la interrumpió el regreso de Abdulá Kafka de su cautiverio iraní.

## *El retorno de Abdulá Kafka de su cautiverio*

NADIE EN EL PUEBLO OLVIDARÍA nunca aquella escena. Todos los asistentes lloraron y rieron durante cinco minutos, mientras Abdulá Kafka se fundía en un abrazo con Ibrahim Suerte y Tarek el Asombrado, en medio de la multitud. Sus tres cabezas se juntaban como si estuvieran cuchicheando, rodeando los hombros con los brazos. Si una cabeza asomaba, era para besar a otra. Algunos hombres y todas las mujeres asistentes lloraron mientras esperaban a que se abriera aquel emocionante nudo y les llegara su turno de saludar al que retornaba del cautiverio, diecinueve años después.

—Estos son los hijos de la grieta de la tierra juntándose de nuevo, después de una larga separación —comentó uno de los asistentes.

—Los hijos de la grieta vuelven a su tierra, a su madre —replicó otro.

Aquella tarde, se organizó en el patio de la casa de Abdulá una gran celebración, mayor que la de cualquier boda e incluso que aquella celebración que hicieron Saleh y Mariem cuando lo encontraron, recién nacido. Se sacrificaron dos becerros que regalaron Ibrahim y la señora Zeineb, además de un enorme carnero, regalo de Tarek. Las cocineras eran todas las mujeres y los celebrantes, todos los hijos del pueblo.

Una vez deshecho el abrazo entre él y sus dos amigos, avisaron a Abdulá de que la señora Zeineb estaba de camino. Ciega, con uno de sus nietos como lazarillo, andaba apoyándose en una muleta. Abdulá se apartó de todos y se fue de inmediato hacia ella, seguido por un tropel de personas. Cuando la encontró, en mitad de una callejuela, todos volvieron a llorar al contemplar el abrazo de la señora Zeineb y Abdulá y oír los sollozos de ambos.

Zeineb le olisqueaba el cuello y el pecho a Abdulá. Sus dedos trémulos le palpaban el cuerpo. Arrojó la muleta a un lado y cogió la cara de Abdulá con ambas manos, gritando:

—¡Hijo mío! ¡Cariño! ¡Oh, querido mío! Ni un momento he dejado de

esperarte despierta, con lágrimas corriéndome por las mejillas. He perdido la vista, ¿de qué me servía, si tú no estabas?

Le tocó la barba con los dedos:

—¿Es blanca? —preguntó.

—Mitad y mitad. Blanca y negra —dijo sonriendo, sujetándola con un brazo y acercándole la cabeza con el otro para besarle la frente.

Esa noche, todos se encontraban reunidos, sentados en decenas de alfombras y esteras extendidas por el patio de la casa. Abdulá se acomodó en el centro e hizo que se sentaran a su lado las dos mujeres ciegas y más ancianas del pueblo: 'um Ibrahim y la señora Zeineb, que no dejaba de tocarlo y besarlo cada rato. Por un momento, pensó que se encontraba entre dos cegueras, entre dos oscuridades: el nacimiento y la muerte. Él ya se había habituado a la idea de la presencia de muchos símbolos en el universo.

Una vez que todos habían terminado de comer y de tomar el té, se retiraron los platos y los vasos y se elevaron las voces, los aplausos y las carcajadas formando una gran algazara.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Zeineb a Abdulá.

Este le explicó, empezando a aplaudir y sonreír con la multitud, mientras apretaba el cigarrillo entre los dientes:

—Es el pobre y bueno de Ismael el pastor. Está bailando como un poseso entre la multitud, provocando las risas de los demás con sus movimientos.

—¡Oh! ¡Dios es grande! La sangre reconoce su propia sangre. El corazón reconoce su corazón y siente nostalgia —dijo ella, con los ojos a punto de rebosar de lágrimas.

—No entiendo, tía Zeineb.

Rodeó con sus brazos el cuello de Abdulá y lo acercó hasta rozarle con sus labios el oído:

—Yo no soy tu tía. Ismael es tu verdadero tío. Yo soy tu abuela.

Abdulá se sintió confundido. Ella notó su perturbación y volvió a acercárselo:

—No pienses que estoy diciendo tonterías porque soy vieja. Nada me ha mantenido viva hasta ahora, cuando todos los de mi generación han ido muriendo, sino el hecho de esperarte para contarte tu verdad y poder así hallar descanso —dijo—. Escucha, hijo. Ven a mi casa pronto, mañana o pasado, para que te lo cuente todo, todo —añadió.

Por el silencio de Abdulá, la señora Zeineb se dio cuenta de la conmoción que le provocaban sus palabras. Sintió que quizá se había precipitado, pero estaba

segura de que lo que ocultaba era demasiado fuerte, que no podía seguir guardárselo. Trató inmediatamente de cambiar de tema:

—Intenté por todos los medios casar al pobre Ismael, pero todos rechazaban darle a su hija o hermana. Decían que era tonto y que apenas podía mantenerse a sí mismo. En realidad, él tampoco pensaba en el asunto, no creo que entienda siquiera lo que es casarse.

Se calló un momento, antes de proseguir:

—Tú deberías casarte ahora. Samiha está divorciada, si es que todavía la sigues queriendo; o, si no, elige a la que te apetezca.

—No. No quiero casarme. He superado el asunto y este me ha superado a mí. Solo quiero descansar, descansar...

—Escucha, hijo: estás cansado ahora y todavía te queda por delante esta larga velada. Yo también estoy cansada, tengo que irme. No olvides venir a visitarme pronto. Es importante. Te contaré la verdad. Tu verdad, que —aparte de mí— solo conoce el Todopoderoso.

—Sí, sí. Lo haré con toda seguridad.

—¿Sabes una cosa? Me he dado cuenta de que nadie muere si no lo desea o si no se resigna para sus adentros a la idea de la muerte, la acepta, la prevé y la espera. Prueba de ello soy yo misma. Decidí no morir hasta que te viera. Ya ves, soy la última viva de los hijos de mi generación. ¡Ah! Y también esta otra ciega, la buena de 'um Ibrahim.

—Lo mismo es al revés. A veces, aceptar la muerte es una victoria contra la angustia de su espera.

La señora Zeineb no lo oyó, pero él prosiguió:

—Yo he llegado a la conclusión de que conformarse con el sinsentido y mostrar indiferencia ante las cosas, indiferencia entre estar vivo o muerto, es lo que deja la opresión y los tormentos de la vida sin verdadero efecto, es lo que conduce a la salvación. Incluso si esa salvación, al final, te dé lo mismo.

—Por tus palabras me parece que estoy viendo tu cara y tus ojos. Veo que predominan en ti el cansancio y la vejez. ¡Mira, soy más joven que tú! —bromeó, mientras hacía esfuerzos por levantarse.

Abdulá se levantó para ayudarla y le alcanzó la muleta. Se abrazaron. Pronto, por entre las piernas de las multitudes apareció el nieto pequeño de la señora Zeineb para guiarla.

La bulliciosa fiesta prosiguió hasta pasadas las cuatro de la madrugada. Algarabía, bailes colectivos al son de los tambores y las flautas, tés, risas...



Todos, uno por uno, desfilaron ante Abdulá para darle la mano, saludarlo y felicitarlo por su vuelta sano y salvo. Algunos, más de una vez, lo cogían del brazo para que participara en el baile; la resistencia y la desgana de Abdulá no lograban disuadirlos. Se veía obligado a levantarse por cortesía. Realizaba un par de movimientos y enseguida decía:

—Ya veis, no sé bailar. Además, estoy un poco cansado.

Y volvía a sentarse y a fumar.

Se sentía totalmente ajeno a ese mundo, a las personas que lo rodeaban. Conocía algunas caras, aunque las encontraba mucho más viejas. Sin embargo, no reconocía a la mayoría. Había dejado a algunos siendo niños y ahora ya eran jóvenes. Decenas de niños habían nacido durante su ausencia. Fracasó en casi todos sus intentos de identificación; pensaba, por ejemplo, que el hijo era el padre:

—Ese es Fulano, ¿no? —decía.

—No, no... Es Zutano, ¿no lo conoces? Es el hijo de Mengano, ¿no te acuerdas? —respondían.

Apreciaba aquella agitada celebración convocada para agasajarlo. Valoraba la bondad y la generosidad de la gente. Pero, en realidad, no deseaba todo aquello, que no significaba nada para él. Deseaba, por el contrario, aislarse en un rincón o en una tierra deshabitada. Se había acostumbrado al silencio, a la soledad y al tiempo muerto. No existía el tiempo en su interior, aunque toda su existencia era interna. No veía ningún sentido en el movimiento de las cosas, en nada, ni lo tenía tampoco para él lo que el movimiento del tiempo pudiera accionar. Soportaba aquella bulliciosa bondad con comprensión, pero de mala gana. No le quedaba otra alternativa, porque ellos nunca podrían entenderlo. Él sí practicaría, en cambio, la comprensión hacia el comportamiento de ellos, aunque solo fuera durante aquellos momentos, porque seguramente más tarde tendría la posibilidad de volver a su propia y libre melancolía.

Cuando solicitaban que les contara detalles de sus años de cautiverio en Irán, se mostraba reticente a hablar:

—Resumiendo, fueron peores que las peores pesadillas. ¿No sería mejor olvidarlos, entonces, y darles la espalda? —se limitaba a contestarles.

El amable y cumplidor interesado asentía con seguridad:

—Sí, sí, desde luego... Es mejor olvidarlos. El olvido es un gran don de Dios. Considéralos cosa del pasado. Empieza una nueva vida. Lo importante es que han terminado y que has vuelto sano y salvo, gracias a Dios.

«Gracias a Dios», una expresión que se repetía mucho. Siempre la había oído en sus años de cautiverio, hasta que perdió para él todo significado.

Cuando se dispersó la multitud, cada uno se llevó lo que había traído: alfombras, esteras, cojines, vasijas, cucharas, tazas, etcétera. Ibrahim y Tarek le propusieron pasar la noche con él, si así lo deseaba, pero él se lo agradeció:

—Ya habéis hecho bastante. Estáis cansados, yo también. Idos a descansar. Tenemos más días. Yo también me voy a dormir.

PERO NO ERA CAPAZ DE DORMIR. Nada más cerrar la puerta, empezó a observarlo todo atentamente a su alrededor. Nada había cambiado de sitio. Todo estaba tal como lo había dejado, solo que más viejo, casi desmoronado. Las cortinas, las sábanas, los cojines, hasta la madera del armario, las puertas y las ventanas. Los cuidados de la señora Zeineb y, después, de Ibrahim y de los inquilinos se notaban en la limpieza y en el orden, en que lo dejaban todo tal como estaba.

Abdulá se encontraba con el mismo ánimo que revivía con los recuerdos que solía rumiar largamente, durante los años de su cautiverio: ahí jugaba de pequeño, ahí se escondía, ahí se recostaba en el regazo de su madre Mariem, mientras ella le acariciaba el pelo al calor de la estufa, ahí jugaba al ajedrez con su padre Saleh, ahí... y ahí... y ahí... Apagó las luces y se acostó en la cama sin desvestirse. Se puso a fumar a oscuras y a escuchar el silencio y la nada en su interior. Fumaba un cigarrillo tras otro, encendía uno con la lumbre de la colilla del anterior, disfrutando de la libertad de hacerlo y de disponer de tabaco, cosa que durante el cautiverio había sido una ardua empresa, acompañada de humillaciones, vejaciones y extorsiones. Quería llenar la habitación con el humo, convertirla toda ella en una nube, él mismo en su propio cigarrillo y él dentro, de modo que el mero hecho de respirar estuviera ya en fumar.

El silencio fuera, el humo dentro y la nada en su mente. Absolutamente nada. Sin embargo, no pudo pegar ojo. Siguió mirando la oscuridad, hasta que la atravesó el hilo de la luz del alba que se colaba por entre los resquicios de las tablas de madera de la ventana. Eso le permitió observar el movimiento de las olas de humo por los bordes del rayo de luz, que iba gradualmente en aumento, a lo que tanto se había acostumbrado a fuerza de contemplar el amanecer en los campamentos en tierras lejanas.

Siguió en aquella postura hasta que oyó unos pasos desiguales en el patio. Se levantó y acercó sigilosamente un ojo a una rendija de la ventana. Miró lo que sucedía fuera. Vio a Ibrahim llevando una bolsa en la que iba metiendo los

desperdicios que quedaban de la celebración de la noche anterior: colillas, cajas vacías, huesos, migajas de pan, servilletas... Se percató entonces de su cojera y de que una pierna sonaba más fuerte al chocar contra el suelo. Se quedó contemplándolo un rato, comparándolo con la imagen que tanto evocaba con nostalgia durante su cautiverio. Lo encontró más agotado, más viejo y con la espalda un poco más encorvada; pero vio en su cara las mismas facciones tranquilas y bondadosas, como si su alma estuviera forjada en un material inalterable. Sintió más amor hacia él, una emoción desbordante que casi hizo que le brotaran lágrimas. Se tranquilizó a sí mismo, respiró hondo y se dirigió hacia la puerta:

—¿Qué haces, Ibrahim? Deja eso, hombre.

—Es que no he podido dormir de tanta felicidad por tu vuelta. He querido acercarme y estoy entreteniéndome limpiando esto.

Abdulá le cogió la bolsa y la escoba y las puso en un rincón:

—Deja eso, hermano. Yo tampoco he podido dormir. Vámonos a preparar té —dijo mientras lo encaminaba hacia el interior.

Antes de entrar le preguntó por su cojera.

—Perdí el pie en la última guerra. Tengo uno ortopédico.

—¡Oh, lo siento!

—Estoy bien. Otros miles perdieron la vida.

Cuando entraron, una gran humareda los recibió en la puerta.

—¿Qué es esto? ¿Algo se está quemando?

—No, no. Es el humo de mis cigarrillos. Me estaba vengando... o recompensando por los años de falta de tabaco —se rio Abdulá.

—¡No, Abdulá! Tienes que pensar en dejarlo. Es nocivo para tu salud, es letal. Te podría causar un cáncer de garganta. Podrías sufrir y morir.

—Lo sé, y no me importa. La muerte dejó de preocuparme hace ya mucho tiempo. La vida y la muerte me son iguales.

—Bueno... Prepara tú el té mientras yo sigo limpiando. Luego tráelo al patio y lo tomamos fuera.

Los copiosos regalos de comida del día anterior llenaban la cocina. Abdulá cogió trozos de mantequilla, queso y dos hogazas de pan, lo puso todo junto a la tetera y los vasos, en una bandeja grande. Cogió una pequeña estera del salón y salió al patio. Se sentaron cerca de la grieta de la tierra, que seguía con la boca abierta de par en par, sin más cambios excepto que los ásperos bordes de antes se habían vuelto más suaves.

Ibrahim le contó a su amigo todo lo ocurrido durante su ausencia. Le habló de los años de la guerra irano-iraquí, de la guerra de Kuwait, de Ahmed Al-Nayafí, de su nuevo pie, de la enfermedad de su esposa, de la muerte de su hermano Wadi y de la muerte de su padre. Se extendió con toda intención en la descripción del sufrimiento que había pasado, de sus escupitajos sangrientos, de su tos, de la dificultad que tenía para tragar y respirar. Intercalaba, entre palabra y palabra, repetidos consejos a Abdulá sobre los peligros del tabaco. Hasta que este le pidió que dejara de hacerlo, porque fumar era su único pasatiempo y su único placer. Decía que entendía al padre de Ibrahim y que haría como él en caso de tener que pasar por lo mismo, porque prefería la muerte en compañía del tabaco a seguir viviendo en compañía de la enfermedad y de los medicamentos:

—Y mira a tu mujer... La pobre no fuma y también le ha sobrevenido la enfermedad —le dijo, en un intento de que dejara de insistir.

—Pero es un cáncer diferente.

Y se quedó en silencio después de decirlo. Entonces, Abdulá recurrió al estilo de convicción de su amigo para aligerar el efecto de su anterior comentario:

—Ya ves, entonces: fumar no tiene nada que ver. Cada uno vive lo que tiene predestinado, todo es cuestión de suerte y de destino.

—Sí, todo es cuestión de suerte y de destino —asintió Ibrahim como en eco.

Luego extrajo del bolsillo una abultada bolsa de tela, que abrió para enseñarle un atado de papeles llenos de tablas, números y palabras escritas con una letra muy mala que Abdulá reconoció como la de Ibrahim, y otro puñado de facturas selladas; Abdulá también vio que había un fajo de billetes. Ibrahim le entregó la bolsa:

—Esta es la parte que te corresponde. En estos papeles encontrarás todo apuntado desde que empecé a trabajar tu tierra después de que llegara tu carta. Y aquí, las facturas de las semillas y de los fertilizantes que he ido comprando y lo que se ha obtenido con la venta de las cosechas. Y estos son los contratos de arrendamiento de la casa. Y estas...

—¡Basta, Ibrahim! No hace falta que me lo detalles todo. No tienes que demostrar nada. Eres mi hermano y te estoy inmensamente agradecido, mucho más de lo que te puedo expresar —lo interrumpió Abdulá a la vez que cogía los papeles y las facturas; inmediatamente y sin mirarlos, los hizo trizas y los tiró al fondo de la grieta, en tanto que puso la bolsa con el dinero nuevamente en las manos de Ibrahim.

—Y esto todo es para ti. Es tuyo, el fruto de tu esfuerzo. Yo no he hecho nada

para merecerlo. Me basta con que me hayas cuidado la tierra y la casa durante mi ausencia, en lugar de dejar que se arruinaran por falta de cuidado.

—¡No, no...! Todo esto te pertenece por derecho. Yo no he hecho más que mi deber; además, ya he descontado los jornales por mi trabajo.

—Es todo tuyo por el esfuerzo que has hecho. Te pertenece y lo necesitas más que yo. El Gobierno ya me ha dado una recompensa a mi vuelta; además, voy a cobrar una pensión de jubilación y, como ves, no tengo demasiados gastos ni familia que me exija nada. Cógelo, te lo mereces y tienes más derecho a ello que yo.

Cuando vio que Ibrahim se empeñaba en rechazarlo, sacó el dinero de la bolsa y cogió unos cuantos billetes, lo que estimó que era aproximadamente la mitad, se los metió en el bolsillo y le dio el resto a Ibrahim:

—Bueno. Pues lo repartimos así, como sea, sin contar. Entiéndelo como mi contribución en los gastos del tratamiento de *'um* Quisma, aunque mi gratitud y mi deuda contigo no pueden medirse ni con dinero ni con palabras.

Ibrahim lo abrazó con fuerza, dándole insistentemente las gracias:

—Eres mi hermano, Abdulá. Estaré contigo en lo que sea y más que nunca ahora que empiezas a reorganizar tu vida.

—Lo sé, Ibrahim. No te preocupes. Mi vida está bien organizada tal como está. No tengo ideas concretas ni planes ni proyectos.

—¿¡No!? ¿Cómo es eso, hermano? ¿Y casarte? ¿Y formar una familia? ¿Y el terreno?

—Nada de casarme ni de formar una familia. En cuanto al terreno, sigue tú trabajándolo a tu gusto como lo has hecho hasta ahora.

—Como ves, yo ya no tengo fuerzas suficientes. Es mi hermano quien se encarga de ello; yo solo lo ayudo un poco y en algunos detalles administrativos. Él también se queja del peso del trabajo, porque la responsabilidad de labrar nuestro terreno también recae sobre él.

—Pues encárgaselo tú a quien quieras de los hombres del pueblo y que se ocupe de trabajar el terreno, con el jornal y del modo que tú veas. Tú sabes de eso más que yo.

—Pero...

—¡Ya está, Ibrahim! Para mí es suficiente con lo que tengo... siempre que pueda con los gastos del tabaco y de la comida. No tengo deseos ni ambiciones ni otros sueños. No anhelo absolutamente nada. No tengo problemas y no quiero tenerlos, ni quiero tampoco quebraderos de cabeza. Solo quiero paz. Sí,

Ibrahim... solo paz.

Antes de que Ibrahim pudiera replicar, un coche entró en el patio y se detuvo cerca de ellos. Tarek se apeó con su más elegante atuendo de campesino; alzó los brazos al cielo con bulliciosa alegría, precedido por el olor de su perfume. El sol empezaba ya a salir. Tarek se acercó y los saludó. Le dio unas palmadas en el hombro a Abdulá, mientras le decía a Ibrahim:

—¡Ah! Te me has adelantado. ¿Por qué no me lo has dicho, cabrón?

Le hicieron un hueco en la estera. Al sentarse, se fijó en la grieta junto a ellos y soltó una carcajada alegre:

—¡Ja, ja, ja! ¡Por fin los hijos de la grieta vuelven a reunirse como una familia.

Y añadió, guiñando un ojo:

—¡Y ya sabéis vosotros cómo me gustan las grietas de todo tipo!

Todos rieron con la insinuación. Ibrahim dijo afectuosamente:

—¿Has visto a este Asombrado? Sigue filosofando como siempre.

Tarek añadió:

—Pero, lamentablemente, Abdulá, por el momento solo dispongo de una sola grieta. ¿Y si buscamos nuevas grietas para renovar nuestros lechos!? ¿Qué tal si nos casamos todos en una misma noche y celebramos una gran boda colectiva!?

—Aquí tienes tu té. ¿Has desayunado?

TAREK HABÍA CONVERTIDO EL AMBIENTE en un animado jolgorio, reforzado por la fascinante luz matinal y por el té caliente. Le puso la mano en el hombro a Abdulá y les dijo:

—Escuchad. He venido con el coche para llevaros a dar un paseo completo por el pueblo, para visitar los lugares de nuestra infancia, el río, los campos, todo, todo...

Durante aquella mañana, hasta el mediodía, se pasearon por las callejuelas de casas apretujadas.

—Esta es la casa de Fulano, ¿te acuerdas de él? Esta es una casa nueva, es de Fulanito, hijo de Mengano. Zutano se casó con Zutana, y ahora tienen cinco hijos. Y Zutanita enviudó: a su marido lo asesinaron al día siguiente de la proclamación del cese de la guerra con Irán; luego se casó con Menganito y tienen tres hijos. Esta es la casa de Fulanito: un toro lo embistió y lo mató. Su hijo mayor se casó con Menganita, hija de Mengano. Esta mansión es de Munzir,

hijo de la señora Wahida. Trabajó en el contrabando con los kurdos y se hizo rico. Esta es la tienda del señor Radi, ¿te acuerdas? Aquí comprábamos los dulces, los globos y los lápices de colores. No ha cambiado nada, ¿verdad? Ya murió, que Dios lo tenga en su gloria. Ahora se ocupa de la tienda su hija. Es guapa, tiene unos pechos despampanantes, ¿quieres verla? Esta es la casa de Yaber y estas tres casas contiguas las construyó para sus hijos. Todos comparten el mismo patio, quería que los hijos estuvieran bajo su mando.

Hablaron de muchas otras personas: de los que habían muerto, de aquellos a los que habían asesinado, de los que se casaron, los que tuvieron hijos, los que se hicieron ricos o los que se quedaron pobres. Cuando llegaron a las afueras, Abdulá se dio cuenta de cuánto había crecido y cambiado el pueblo. Lo llevaron por las colinas, los valles y los pozos y por los lugares donde, en su juventud, solían cazar palomas, perdices y jerbos.

—Allí es donde montaba el beduino *abu* Fahda su jaima. ¿Te acuerdas de él? ¡Ja, ja, ja! Te acuerdas de Fahda, ¿verdad? Ya lleva años sin venir por el pueblo. ¡Lástima!

Abdulá notó que incluso las colinas, los valles, las estepas y los pozos habían cambiado. Le dio la impresión de que todo se había vuelto más pequeño que antes, más decrepito, sin alma, ordinario... Lo llevaron de nuevo por el pueblo, bajaron por los campos en dirección al río. Saludaron a todos con quienes se tropezaron, los campesinos, los pastores y los niños que estaban jugando. Le comentaron el linaje y el parentesco de todos:

—Este es Fulano, hijo de Zutano. Esta es la mujer de Menganito, hijo de Mengano. Esta mujer no está casada...

Abdulá vio a un hombre flaco, barbudo, despeinado y con la ropa sucia. Parecía un demente. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una pared de adobe, rascándose la cabeza y las axilas. A Abdulá le sonaba su cara, como si lo conociera, pero no recordaba quién era. Se lo preguntó a sus dos amigos, pero estos cambiaron de tema sin ofrecer ninguna respuesta, y continuaron dándole más informaciones:

—Este es el terreno de Daúd. El año pasado, su cosecha la atacaron unos extraños gusanos. ¡Pobre hombre...! Este es el terreno de Dari. Sí, todo es suyo. Es más grande porque compró el terreno contiguo de Masud, porque este se casó con una mujer de Mosul y se mudó allí. Este es nuestro terreno. Vamos a coger un par de sandías. Y ese es tu terreno. ¿Quieres bajar para echarle un vistazo?

—No, está bien. Lo puedo ver desde aquí. Mejor vamos al río ahora.

Abdulá experimentó una nueva sensación de exilio, porque todo lo que evocaba durante sus años de cautiverio lo encontró totalmente cambiado. Los árboles, las piedras, el polvo, el cielo y el aire, todo era diferente. ¡Todo había cambiado! No sabía qué pensar de aquellas escenas que con tanta frecuencia solía evocar. ¿Dónde estaban? ¿Qué significado tenían ahora? ¿Adónde se fueron aquellos lugares? ¿Habría sobrevivido imaginando una realidad que no tenía base en la verdadera realidad? ¿Adónde irían aquellos arraigados recuerdos a partir de ahora?

La respuesta a aquellas preguntas —acaso la solución que le traería la paz— residía en lo que armonizaba con su sentimiento de futilidad, sinsentido, nihilismo y con su indiferencia frente a todo. Y ¿qué significado tendría, de todos modos? Todo parecía tan extraño, tan irreal y efímero. Su existencia y su inexistencia eran una misma cosa.

Al llegar a la orilla del río, en cambio, sintió que únicamente el agua seguía siendo como siempre había sido. Sí, aunque las riberas, los matorrales, los caminos y los acantilados eran diferentes, el agua era la misma, y su corazón palpitaba con ella de una forma placentera. Pararon el coche cerca de la orilla. El sol estaba justo en medio del cielo. Tarek propuso que nadaran y jugaran con las sandías en el agua, como solían hacer en aquellas tardes lejanas de su también lejana adolescencia. Se desvistieron y en la espalda de Abdulá las cicatrices cruzadas de los azotes y las palizas quedaron al descubierto. Cuando notó en los ojos de sus amigos unas miradas de pena, dijo:

—Son algunos de los regalos de la República Islámica a sus huéspedes.

Se adentraron lentamente en el agua. Pronto estuvieron gritando alegres y jugando, como si vivieran de nuevo aquellos antiguos momentos y como si nunca hubieran crecido. El agua era la misma, y ellos, los mismos, como lo eran la alegría y las carcajadas. La diferencia estaba en el tiempo que había corrido sobre ellos y dentro de ellos, a través de todo y sobre todo.

Se lanzaban las sandías para que se refrigeraran.

—La diferencia es que estas sandías no son robadas —comentó Tarek—. No sé por qué, pero las robadas estaban más sabrosas.

Al cabo de una hora de chapuzones, subieron a la orilla. Vieron un sitio de arena a la sombra de unos cuantos sauces y tamariscos y, sentados en una esterilla de plástico que Tarek había traído del coche, abrieron las dos sandías a puñetazos, como solían hacer tiempo atrás.

Al poco rato, le pidieron a Abdulá que les hablara de sus años de cautiverio.



No quería realmente hacerlo, pero pensó que quizá estaría obligado, por lo menos con sus dos amigos, porque ellos le habían contado todo lo relacionado con ellos y con el pueblo. Además, quizá contándolo se libraría del peso de aquel episodio de su vida de una vez por todas. Contaría sucintamente lo que pudiera. Pero solo a ellos, y si ellos querían luego trasladárselo a los demás, podrían hacerlo. De hecho, podría mandarlos a ellos a todo aquel que insistiera en preguntárselo a él, porque él, personalmente, no quería volver a evocarlo jamás.

Y así fue como empezó a contarles su historia, sentados alrededor de las sandías frías, en la arena fría y sombreada.

*Huéspedes de la República Islámica*

**D**IO:

—Como bien sabéis, el ejército iraquí se empeñó en adentrarse en tierras iraníes por unos extensos terrenos; pero el frente era amplio y largo, y no había fuerzas suficientes para cubrirlo por entero. Ese era uno de los errores garrafales, que les costó la vida a miles de almas. Lo único que le importaba a nuestro Gobierno era anunciar victorias en los medios de comunicación, aunque fueran ilusorias o carecieran de valor, como lo es, por ejemplo, subir una montaña, bajar a un valle, invadir un pueblecito abandonado o avanzar sin más en terrenos baldíos. Los iraníes, aprovechando esa circunstancia, se pusieron a asediar las unidades iraquíes para atrapar al mayor número posible de soldados. Mientras tanto, nuestro estúpido Gobierno seguía...

—Perdóname, Abdulá —lo interrumpió Tarek—; te recomiendo que no hables de ese modo. Sabes a lo que me refiero: somos tus amigos y nos tenemos total confianza, pero ten cuidado con hablar así delante de otros. Lo digo porque temo por ti. Lo sabes, sabes a lo que me refiero.

Abdulá sonrió amargamente:

—Sí, sí, soy consciente de lo que dices. Tranquilízate. Para empezar, no me apetece hablar de nada, y menos aún de eso.

—No, no... Sigue, por favor. Solo he querido avisarte.

—Bueno... Yo lo llamo un error. De todas formas, cualquier guerra es un error; más bien, un crimen. La mera existencia para mí es ya un error; por lo menos, la mía en este mundo.

Los tres se miraron comprensivamente. Abdulá continuó:

—Bueno... Nos dimos cuenta de que estábamos totalmente rodeados, de que las bombas y las balas nos llovían por todos los lados y desde el cielo, causando que fueran cayendo unos tras otros muchos de nosotros; y vimos asimismo que nuestra munición empezaba a escasear. De modo que era ya inútil continuar

combatiendo. Habría sido un auténtico suicidio, porque la consecuencia segura era que iban a exterminarnos a todos, así es que nos rendimos.

»Una multitud de iraníes se abalanzaron sobre nosotros, como leones voraces sobre conejos confusos. Nos obligaron a ponernos en filas. Estaban extraordinariamente exaltados y gozosos. Disparaban al aire, al suelo y contra cualquiera de nosotros que se moviera. Competían entre ellos para capturarnos, pegarnos, desvalijarnos, arrebatarnos relojes, sortijas, carteras, todo lo que teníamos en los bolsillos e incluso prendas de ropa. Algunos cambiaban sus botas por las nuestras cuando les parecía que eran mejores.

»Nosotros estábamos aterrorizados, y ellos, extremadamente eufóricos. Lo celebraban lanzando gritos e insultándonos en árabe. Algunos se divertían pateándonos, dándonos culatazos y escupiéndonos a la cara.

»No entiendo cómo un ser humano puede ponerse tan contento solo porque otro ser humano cae bajo su poder y le tiene miedo y terror. Más tarde comprendí que la crueldad humana supera la bestialidad de cualquier bestia.

»Nos obligaron a caminar durante largas horas, hasta llegar a sus trincheras. Éramos centenares; sin embargo, a cada paso que dábamos caía alguno de nosotros por la razón más absurda que pueda uno imaginar: por diversión o por esa loca manía autoritaria del alma humana. Dejaban los cadáveres a la intemperie. Al herido lo increpaban y le daban un tiro de... “desgracia” en la cabeza o lo dejaban que se desangrara hasta morir.

»Una vez que llegamos, nos pusieron formando un círculo amplio. Eligieron a uno al azar y le ataron los brazos, cada uno a un coche. Ambos vehículos avanzaron entonces lentamente en dirección contraria, hasta que el cuerpo se descuartizó. Alguien gritó en señal de protesta y le hicieron lo mismo. Repitieron la operación una tercera y una cuarta vez. Algunos de nosotros se desmayaron. Nunca en mi vida había visto una muerte más horrenda y cruel.

»Nos ordenaron que nos sentáramos. Pasaron entre nosotros con agua, para que bebiéramos. Su general barbudo eligió a cinco de nosotros y dio órdenes para que el conductor de una excavadora comenzara a cavar en el centro. Empujaron a los cinco dentro del hoyo. Sus gritos implorando misericordia le habrían deshecho el corazón a cualquiera, hasta el de una piedra. Los acallaron sepultándoles vivos. Mi amigo Behnam —un médico cristiano de Qaraqosh— rompió a llorar. Procuramos él y yo estar siempre juntos.

»Pretendían que la muerte de esos cinco fuera una lección para todos nosotros. Querían que tuviéramos más miedo del que ya teníamos. Desde luego,

lo lograron. Éramos hombres, pero estábamos más aterrados que niños pequeños. Asustados como ratas en un diluvio, como gallinas en la jaula de un chacal. Al ver aquello, comprendí que era ya hombre muerto, que solo era cuestión de tiempo. Dejaron de importarme las humillaciones, los golpes, el hambre, la tortura. Me consideré un muerto aplazado. Todo el tormento que pasaba, las prórrogas en mi vida, no eran más que molestias añadidas. Nada era real. Todo aquello no era más que una pesadilla perturbadora que terminaría en cualquier momento con un sueño profundo y, por ende, el descanso.

»Nos amarraron las manos por detrás de la espalda, nos vendaron los ojos y nos trasladaron en camiones militares. Cuando nos quitaron las vendas, nos encontrábamos en una ciudad donde nos paseaban por una calle principal como si fuera un desfile. La gente se aglomeraba por los lados, en ambas aceras, en los balcones, en las ventanas y en las azoteas. Nos abucheaban con verdadero entusiasmo y nos tiraban guijarros, botellas vacías, cuchillos, zapatos, huevos podridos, bolsas de basura y todo tipo de desperdicios que tuvieran a mano. Las lunas de algunos coches se rompieron, muchos de nosotros resultamos heridos y todos acabamos sucios de inmundicias. Nuestra sangre encharcó las cajas de los camiones donde nos transportaban, salpicó a los demás prisioneros y el asfalto.

»Llegamos así a un campamento fuera de la ciudad. Nos dieron trozos de pan seco y unos sorbos de agua. Luego nos sentaron debajo de un tejado de zinc, delante de una tribuna alta y limpia en la que había sillas y micrófonos; al poco rato, apareció un grupo de hombres; en medio de ellos, uno con barba y turbante. Nos dimos cuenta de que era el superior, y los demás, ayudantes, guardias y séquito. Nos dijeron que era el jefe de la Seguridad Nacional. Este nos saludó antes de empezar a dirigirse a nosotros en tono relajado y tranquilizador, con palabras de bienvenida y de consuelo: “Sed bienvenidos entre vuestros hermanos. Sabemos que os obligaron a luchar contra nosotros. Aquí no os consideramos ni os llamamos ‘rehenes’, sois huéspedes de la República Islámica y vais a ser tratados de acuerdo con los principios y la moral de nuestra gloriosa Revolución”.

»Prosiguió así un buen rato, en aquel tono sosegado; por eso, cuando terminó e invitó a hablar a quien tuviera alguna pregunta, uno de nosotros se quejó inocentemente: “¿Sabes, señor, a cuántos de nosotros han asesinado sin culpa desde que nos capturaron hasta ahora? ¿Por qué, si nosotros no os tratamos así como prisioneros?”.

»De repente se le mudaron al hombre del turbante las facciones y el tono de

voz. Empezó a chillar con tanta furia que su barba se estremecía y los altavoces emitían chirridos y pitidos: “¡Cállate, insecto, perro, cerdo! ¡Eres un infiel! ¡Hay que cortarte esa lengua!”.

»Al instante, los guardias se lo llevaron violentamente a rastras. Desde ese momento ya no volvimos a verlo.

»Durante la mañana del día siguiente, nos trasladaron hasta Teherán en un tren con las cortinillas bajadas y fijas. Nos llevaron a un gran campamento que llaman Estadio Tajti. Originariamente es un estadio deportivo llamado así en nombre de un famoso boxeador. Allí nos separaron en grupos, nos metieron en grandes salas y nos entregaron a cada uno una manta, una escudilla, unas zapatillas y un traje de preso.

»A pesar de la amplitud de las salas, se quedaron estrechas de tanta gente como apiñaron en ellas, cien o más personas en cada una. Solo había un retrete en un rincón. Desafortunadamente y por los empujones, el lugar que nos correspondió a mí y a mi amigo el doctor Behnam resultó estar delante de la puerta del servicio, de modo que tuvimos que aguantar el olor, los pedos y la mierda mañana, tarde y noche. Algún que otro rehén tropezaba con nuestros pies en la oscuridad en su camino hacia el baño. Dormimos pegados él y yo, extendimos una de las mantas debajo para evitar la humedad y con la otra nos cubrimos.

»A los pocos días, nos dimos cuenta de que entre nosotros había algunas caras que no habíamos visto anteriormente. Eran iraquíes como nosotros, los trataban como prisioneros, pero se comportaban de forma diferente y se equivocaban en el nombre de algunas de nuestras formaciones militares, brigadas y batallones, en el nombre de nuestros dirigentes y en otras cuestiones iraquíes. Supimos que habían sido expulsados por el Gobierno iraquí porque eran de filiación y de origen persa, y que a esos “expatriados” los habían infiltrado entre nosotros para espiarnos, para averiguar quiénes eran oficiales y quiénes soldados, para saber nuestros rangos militares, a qué provincia, religión y secta pertenecía cada uno, quién era responsable o afiliado al partido del Gobierno y toda información militar, social u otra que pudieran recoger. Pudimos divulgar la noticia a fuerza de cuchicheos, después de identificarlos, y fuimos muy prudentes al tratar con ellos, incluso los evitamos y los marginamos por completo.

»Empezaron después a mandarnos agentes de los servicios de seguridad, de la policía secreta, del Gobierno religioso, y unos que llamaban “persuasores” para

darnos sermones a diario. Entre ellos había uno que llamaban *abu Zulfa* y que nos dijo: “Voy a comunicaros una buena noticia: la guerra nunca terminará sino con la liberación de Irak y de todos los santuarios sagrados de nuestros imames de manos de vuestros infieles, y con su ocupación por nuestros verdaderos fieles. Sabed que no habrá conciliación con vuestra idolatría”.

»Después comenzaron a separarnos y a clasificarnos según bases sectarias y regionales, según nuestras ideas sobre la guerra y los regímenes en Irak e Irán. Tratamos de evitar hablar de todo lo relacionado con la política y la religión, pero eran implacables. Volvieron a registrarnos, rompieron cualquier fotografía que encontraban, ya fuera de gente desconocida, de familiares o de paisajes iraquíes, aunque simplemente fuera de la orilla de un río, de una palmera, de un monumento o de una estatua.

»Pedí a mi amigo Behnam que me enseñara algunas nociones del cristianismo, porque aparenté ser cristiano como él con el fin de evitar sus interrogatorios. Él tampoco era muy religioso, me enseñó algunas generalidades y no dudaron en clasificarnos como infieles. Al principio, la presión sobre nosotros era mucho más ligera que sobre los demás. Pero pronto empezaron a atormentarnos como a los otros y nos obligaron a pronunciar los dos testimonios de la fe, a rezar, a memorizar el Corán, a elevar plegarias por el ayatolá de su revolución y a recitar los lemas de su república, con la intención de convertirnos.

»Nos aislaron por completo del mundo exterior, no había radio ni televisión ni prensa. En cambio, empezaron a traer importantes cantidades de sus libros religiosos y los panfletos de su ayatolá, hasta que levantaron una biblioteca dentro del campamento.

»El lugar era comúnmente conocido como “la jaula”, pero yo prefiero el nombre de “campamento”. No sé por qué exactamente, quizá era una forma de protesta o porque el nombre común era tan real y cruel que hacía que me sintiera más ahogado o quizá porque llamarlo jaula significaba abiertamente que éramos animales. Estaba convencido, sin embargo, de que el mal y el lado animal oculto en el ser humano eran mucho más enormes que su humanidad. Cada hombre lleva en su interior un animal primitivo y bestial, reprimido por la fuerza del sistema exterior, que se desata en cuanto se baja la guardia, en circunstancias excepcionales tales como un corte de energía, el caos, la guerra, el poder u otras situaciones por el estilo.

»Nos pasaban lista al alba y otras cuatro veces más durante el día. Nos obligaban a asistir a los sermones, a rezar, a leer libros religiosos, supervisados

por los que llamaban “predicadores”. Se trataba de clérigos iraníes, iraquíes, paquistaníes, libaneses, afganos o de los países del golfo Arábigo, que nos martirizaban con sus sermones, fábulas, cuentos y nombres históricos que, a fuerza de repetírnoslos, terminamos por memorizar. Nos bombardeaban con las más gloriosas alabanzas hacia su régimen, a la par que con los peores insultos y maldiciones contra el nuestro; a veces, lo lanzaban a través de la megafonía del campamento.

»*Abu Zulfa* era el que venía más veces. Una noche, después de regresar de uno de sus sermones, Behnam me cuchicheó refunfuñando: “Por Dios, hermano, nos han acojonado con el *abu pollas* este”. Me reí y no sé cómo se me ocurrió replicarle en el momento: “La verdad es que así, encapuchado y barbudo, se parece mucho a tu polla sin circuncidar”.

»Nos echamos a reír los dos, hasta que se volvieron a mirarnos todos los que estaban en la sala. Aquellas risas fueron las primeras que soltamos desde el comienzo de nuestro cautiverio. Desde ese momento, empezamos gradualmente a ver más sonrisas, a oír más risas y comentarios sarcásticos, que fueron como una revelación que infundía un ambiente de relajación y humanidad; aquello aligeró el peso de nuestra opresión.

»Cada vez que se mencionaba a *abu Zulfa*, Behnam y yo nos mirábamos y sonreíamos. No te ofendas, Tarek. Solo aludíamos a *abu Zulfa*, no lo decíamos por los demás religiosos barbudos, con capucha y turbante.

»Behnam leía seriamente y con una verdadera curiosidad epistemológica. Por la noche, me consultaba al oído sus dudas y me contaba las críticas que tenía con respecto a lo que leía por la mañana. Me hablaba y me preguntaba a mí, porque no osaba exponer lo que pensaba delante de los que venían a darnos los sermones. Recuerdo entre otras cosas lo que me dijo un día: “Han creado toda una religión a partir de hechos y dichos históricos que tuvieron lugar después del mensaje del Profeta y de su muerte. Se trata de historia y no de religión. Si aislaras todo lo puramente religioso de lo histórico, sus libros y sus teorizaciones desaparecerían en el aire como una pompa de jabón”. Le repliqué: “Eso mismo habéis hecho con el cristianismo”. Reflexionó un momento antes de contestar: “Sí, tienes razón. Parece que todas las religiones son así”.

»Yo, en cambio, leía de un modo diferente. Lo cierto, mejor dicho, es que no leía, me fijaba durante horas en la forma de las letras, en las palabras. Contemplaba esos extraños y fabulosos signos que me hablaban en silencio. Los imitaba, imitaba los libros, la escritura, las letras, hablando en silencio. Pensaba

en quién los había inventado, cómo, cuándo y dónde reposarían sus huesos ahora, qué habría significado todo aquello para él. Imaginaba al obrero de la imprenta que alineaba las letras, las palabras, sus circunstancias familiares, los sufrimientos que le causaría su jefe, por ejemplo. Pensaba en el papel, cómo llegó a ser papel, de qué árbol provenía, en la vida que habría tenido ese árbol, su sombra, los pájaros que se posaban en sus ramas, el frío y el calor que habría aguantado. Cosas como esas era lo que acudía a mi mente cuando leía. Pero cuando realmente lo hacía, hojeaba las páginas en busca de palabras y expresiones sólidas, bien elaboradas, bellas. Admiraba la hermosura de su retórica, de su sonido, de su estilo más que su significado. Lo aprovechaba para fortalecer mi lenguaje y poder así expresarme mejor y entenderme conmigo mismo.

»Nos obligaban, incluso a los cristianos, a seguir sus ritos de autoflagelación, golpes de pecho y lamentaciones durante la festividad de *Ashura*. Como forma de presionarnos a los que rechazábamos aceptar sus teorías sobre la autoridad absoluta del imam, nos privaban de agua, comida, sueño y cigarrillos. Pero terminábamos acostumbrándonos a todo.

»A quienes obedecían les proporcionaban más raciones de comida y bebida y mejor trato. Incluso les encargaban tareas en las salas y en el campamento, como colaborar en la distribución de los alimentos, en la administración de la biblioteca, en la organización de los ritos de ablución y de oración, en la supervisión del orden en las filas y en las salas; también actuaban de intermediarios entre los prisioneros, los guardias y la administración del campamento. Estaban clasificados en jerarquías, que iban desde el guía y el guía superior hasta el *dazban*, que no sé lo que significa. Poco a poco les fueron concediendo prerrogativas de carcelero sobre los prisioneros, y enseguida se convirtieron en una autoridad dentro del campamento.

A los demás nos dividieron en dos grupos: los “fieles”, es decir, los que se rebajaban ante los iraníes y aparentaban creer en lo que estos creían. A ellos les proporcionaban mejor trato, los premiaban con más cigarrillos, comida, bebida y mantas, los erigían en supervisores y algunos pasaban poco a poco a “predicadores”. A todos los demás, en cambio, nos dieron por “descarriados” y nos trataban de “laicos”, de “infieles” y partidarios de la ideología de nuestro régimen ateo, aunque ayunábamos, rezábamos y nos ponían mirando a La Meca, como a los otros.

»Nos enfrentamos a un abrumador alud de propaganda sobre la pureza y lo



sin tacha del pueblo iraní, lo dibujaban como la comunidad que poetas y profetas soñaban, la utopía y el paradigma de la correcta aplicación de la ley divina.

»Dentro del campamento, a cada predicador lo rodeaba un grupo de hipócritas, allegados y súbditos que informaban sobre nuestros movimientos y nuestros secreteos a los carceleros. A nosotros, en cambio, nos dejaban con hambre y nos agotaban física y psicológicamente. A veces tenía que lavarle los calcetines y la ropa interior a alguno de estos a cambio de unos cigarrillos. Los castigos se intensificaban contra los que se resistían a convertirse. Nos obligaban a ponernos de pie, a la intemperie, descalzos sobre los guijarros calientes bajo el sol del verano, o bajo la nieve en invierno. Nos sumergían en agua fría, nos apaleaban, nos dejaban sin comer, nos ordenaban que nos arrastráramos sobre el cemento, nos castigaban confinándonos en la más absoluta soledad, nos pegaban con vergajos y con cables eléctricos, además de las constantes y humillantes vejaciones. Muchos de nosotros morían bajo la tortura.

»Formaban con sus nuevos seguidores un régimen o unos grupos a los que llamaban “penitentes”, y les concedían prerrogativas para controlarnos. Eran aún más crueles y violentos que los mismos iraníes. Se les permitió salir del campamento y participar en las celebraciones públicas. Los llevaban a las mezquitas cercanas o a la Universidad para la oración del viernes y para que se vieran con los altos cargos, y les organizaban visitas a los monumentos y los santuarios religiosos.

»Esos “penitentes” borraban su vida anterior y se metían en una nueva vida. Nuestros captores seleccionaban a algunos para trabajar gratuitamente en la construcción durante todo el día a cambio de los restos de comida de la guardia de la Revolución iraní. Había entre ellos un joven llamado Mayid, de Karbala, que no vacilaba en castigar a su propio padre, al que habían capturado junto a él. Decía que quería su bien, pero que insistía en seguir el camino de la perdición y del pecado. Lo vi con mis propios ojos retorcerle las orejas y valerse de unos alicates para machacárselas mientras el padre gritaba.

»Algunos estaban más obsesionados con la autoridad absoluta del imam que los mismos iraníes. Renegaron de su propio pasado, inventándose una historia personal acorde con la pureza de sus nuevas ideas. Se les embebió el alma con el espíritu de rencor contra su patria original y contra todo lo relacionado con ella. Había uno, por ejemplo, que llamaba Bagdad a los aseos, de los pedos decía que eran el himno nacional, y de los zapatos, que eran la bandera de Irak. Vi con mis propios ojos a algunos que se obnubilaban con todo lo iraní: el aire, los gatos, los

perros, los árboles, las moscas... y hasta los contenedores de basura iraníes.

»Salían para realizar sesiones intensivas de entrenamiento militar en el campamento de Varamin, en el sur de Teherán; iban supervisados por un oficial converso llamado Ahmed Abdulamir, que observaba detenidamente el comportamiento de cada prisionero, con el fin de asegurarse de la sinceridad de su conversión, antes de mandarlo al frente de combate. Algunos terminaron participando en las batallas de Hayi Omran, Halabja y Al-Faw, entre otras.

—¡Jamás había ocurrido nada igual en la historia! —dijo Tarek.

—Ocurre todos los días desde Adán y sus dos hijos.

—Me refiero a esa gran operación de lavado de cerebro que hace que los prisioneros luchen contra su propio país —puntualizó Tarek.

—Conozco a Tarek —dijo entonces Ibrahim—. Lo que quiere decir es que lee últimamente más libros de historia que de otro tema. No hagas caso a sus filosofeos. Sigue contando, por favor.

*La Roca de la Muerte*

**D**IJO TAMBIÉN ABDULÁ:

—A los «penitentes» que habían conseguido presionar a los prisioneros, los trasladaban a otros campamentos en los que había frecuentes insurrecciones. Llamaban a estos traslados «Operación de Conquista».

»Y a los grupos de prisioneros que no nos habíamos convertido nos trasladaban o, mejor dicho, nos exiliaban a otros campamentos con peores edificaciones y servicios, y más crueles aún. Al doctor Behnam y a mí nos tocó un campamento llamado Semnán, un lugar rodeado de alambres de espinos, situado en un valle entre montañas ricas en yacimientos de hierro, de manera que la tierra que había debajo y alrededor de nosotros era absolutamente yerma e inhóspita. No veíamos ni un solo árbol ni pájaros en los cielos ni más seres que arañas, salamanquesas, escorpiones, serpientes e insectos extraños. De vez en cuando, por la noche, oíamos los aullidos de unos lobos lejanos que repetía el eco de las montañas circundantes.

»Nos dividían en grupos de ocho personas en cada tienda de campaña. Estábamos tan amontonados que no podíamos dormir. Pero, en las noches calientes, dejábamos la mitad del cuerpo fuera y, en las frías, nos juntábamos hasta abrazarnos. Cuando tardaban en llegar las provisiones, o sea, casi siempre, nuestra comida consistía en una cucharada de arroz o en hierbas y raíces que encontraban entre las grietas y hervían en agua con un poco de aceite, sal y una cebolla. Un extraño potaje que, al principio, nos daba diarrea; hasta que nos fuimos acostumbrando. Nos alegrábamos con la llegada de la primavera, porque encontrábamos plantas conocidas o más variadas, mientras que en verano o en invierno nos retorcíamos de hambre. Lo único bueno era que estábamos más lejos de los ojos cotidianos de los Servicios Secretos iraníes y de los ojos entrenados de los “expatriados”, algunos de los cuales habían sido nombrados oficiales.

»El comandante de nuestro campamento se llamaba Faray Alá, Alivio de Dios. Un oficial iraní sin corazón, que se había pasado la vida en la Administración de Prisiones, desde los tiempos del sha. Cuando nuestra situación se deterioró hasta límites insoportables, infernales, algunos de nosotros empezamos a exigir la visita de inspección del Comité Internacional de la Cruz Roja, pero los iraníes lo rechazaron, calificando de atea a la organización. No querían que los rehenes tuvieran números ni nombres fijos con los que más adelante los localizarían.

»Un día le dijimos al comandante que no colaboraríamos y que no recibiríamos a más visitantes de los Servicios Secretos y de los “Predicadores” hasta que viniera a vernos una delegación de la Cruz Roja, porque sabíamos que seguirían exterminando a más presos si no quedábamos registrados en alguna parte. De modo que llegamos a montar una gran manifestación que quedó sofocada cuando irrumpió en el campamento un gran contingente de soldados. Nos enfrentamos a ellos con nuestras propias manos, con piedras y con los palos de las tiendas de campaña.

»Después de matar y herir a muchos de nosotros, Faray Alá nos advirtió de que mataría a todo el que desobedeciera, y ordenó castigar a todos los involucrados en la manifestación. Nos ataron los brazos y las piernas a las camas y empezaron a azotarnos con vergajos, palos o gruesos cables eléctricos con los cabos pelados, asomando como garras de cobre. Los azotes oscilaban entre ochenta y cien; el reo, sin embargo, con la espalda chorreando sangre, se desmayaba cuando llevaban unos veinte. Nos flagelaban delante de los demás presos, para que escarmentaran con el castigo de otro.

»Obviamente, nuestra situación no mejoró, sino al contrario. ¡Oh! Odio incluso mencionar los detalles de nuestros sufrimientos. Se propagaron entre nosotros las enfermedades y las deformaciones físicas. Siguieron trasladando a los presos a otros campamentos y trayendo a otros presos al nuestro. Aquellos traslados eran nuestra única fuente para obtener nuevas informaciones, noticias, nombres y naturaleza de los demás campamentos. Llegamos a saber que algunos se hallaban en las montañas de Jorasá y que el campamento más terrorífico se llamaba Bast Sank o Sanka Bast, o sea, la Roca de la Muerte: una legendaria cárcel subterránea donde los reclusos nunca veían el sol y los torturaban con los medios más bestiales que el ser humano es capaz de imaginar. Los más leves consistían en arrancar uñas y dientes, y en mutilar miembros. En ese campamento los sometían a tortura psicológica y los dejaban abandonados, para

que las enfermedades se propagaran entre ellos y la sarna les devorara la piel. De eso nos habló *abu Yamal Al-Bagdadí*, a quien habían trasladado recientemente a nuestro campamento, tras su captura en la ciudad de Shush, en marzo de 1982: “Era verdaderamente la Roca de la Muerte... Un pozo, un túnel hacia un mundo inferior, la puerta al infierno”, nos decía.

»Otros prisioneros nos hablaban de otros campamentos (como el de Arak Majsus, Parandak, Dawudiya, Manyil, Sarí, el Palacio de Firuz, Boruyen, Hashmatieh, Dazban y el de Gorgán), que el comité de la Cruz Roja quería inspeccionar. Los iraníes enseguida cambiaron a los presos por otros, de modo que los miembros de la delegación se sorprendieron al ver que los prisioneros se negaban a recibirlos. Cuando la delegación consiguió por fin entrar en el campamento, una violenta disputa estalló entre los prisioneros. Las autoridades empezaron a dispararles, matando a algunos e hiriendo a un miembro de la delegación de la Cruz Roja, lo que llevó a que Naciones Unidas enviara una comisión de investigación. Después de aquel incidente y antes de la entrada de la comisión, cambiaron nuevamente a los presos por otros con el fin de ocultar la realidad de lo que había sucedido.

»Nuestra segunda revuelta, casi cuatro años después de la primera, fue aún mayor. Obviamente, fue sofocada a balazos, como la anterior. Murieron Diaa, Ali, Nayef, Yacub, Zankana y el pobre *abu Mayed Al-Karbalái*, que había envejecido mucho. A los heridos los tuvimos que curar con nuestros propios medios. El doctor Behnam extraía las balas con una cuchara y suturaba las heridas con las agujas que utilizábamos para zurcir la ropa y con hilos que sacábamos de nuestros calcetines de nailon. Nos negaron el agua y la comida durante tres días, hasta que el comandante Faray Alá volvió de sus vacaciones. Ordenó inmediatamente rodear el campamento y empezar a dispararnos con balas de goma y perdigones, mientras vociferaban por megafonía: “¡Infieles! ¡Vais a morir como perros! ¡Las instrucciones nos permiten que las bajas lleguen al veinticinco por ciento de los que sois!”.

»Nos impidieron ir a los retretes o hacer nuestras necesidades fuera de las tiendas. Muchos se desmayaron de sed, hambre o cansancio. Al cuarto día, los soldados se abalanzaron sobre nosotros sin clemencia, armados con porras. A mí me rompieron dos costillas y... mataron a Behnam, mi amigo, el doctor Behnam.

ABDULÁ SE QUEDÓ EN SILENCIO, y agachó la cabeza, afligido. Los ojos de Ibrahim se llenaron de lágrimas, mientras Tarek musitaba unas palabras de consolación y

algunas oraciones. Reinó tanto el silencio que los dos pensaron que Abdulá no proseguiría la historia; al cabo de un tiempo, no obstante, tomó un trozo de sandía para humedecerse la boca, encendió un cigarrillo, aspiró profundamente, como si no hubiera fumado durante todo el tiempo que llevábamos allí, y continuó:

—Después del asesinato de Behnam, el peso de estar en prisión se me hizo enorme, y más profunda mi muerte interior. Me abstuve de hablar, de escuchar... de todo. Me aislé por completo. A veces no dormía durante días; otras, dormía como un muerto. No participé en nada, no presté atención a nada, era como si estuviera blindado con piedras. No compartí sonrisas, tristezas ni conversaciones con ninguno de mis compañeros, como si hubiera perdido todo sentimiento. Terminaron llamándome Roca de la Muerte. Desde luego, no estaban enterados del nombre que me diste, Tarek: Kafka —comentó bromeando, por lo que sus compañeros sonrieron y Tarek le dio una palmada en el hombro y lo abrazó cariñosamente.

»El único que me llamaba así era Behnam. Conocía a Kafka, había leído su obra y sobre su vida, y me había hablado muchas veces de él. Con sus palabras, el autor empezó a fascinarme aún más.

—Dicen que Irán es un país bonito —comentó Tarek.

—Eso dicen, sí... Y lo que pude ver de su geografía es verdaderamente bello.

—Dicen también que las mujeres son sumamente hermosas.

—No lo sé. No vi a ninguna mujer, ni siquiera en fotografía, durante esos diecinueve años —dijo Abdulá con cierta dificultad y con una aflicción que Ibrahim notó.

—¡Ya vale, Tarek! ¿Es que no puedes dejar tus historias mientras hablamos de tragedias? Y ¿qué pasó después, Abdulá?

—Algunos de nosotros dedicábamos la mayor parte de nuestro tiempo a recitar el Corán, a rezar y a pedir a Dios que llegara la Cruz Roja. Y, de hecho, vino una delegación. Recuerdo entre sus miembros a un oficial sueco y a varios psicólogos. La delegación disponía de un helicóptero. El piloto disfrutaba de una inmunidad diplomática que le permitía aterrizar en cualquier campamento que quisiera.

»De repente oímos la llegada del helicóptero. Los prisioneros empezaron a lanzar gritos de alegría mientras corría la buena noticia de boca en boca. En cuanto entraron en el campamento, recibimos a los miembros de la delegación con una hospitalidad que no esperaban. Algunos de nosotros hablábamos inglés

y gracias a eso pudimos contarles lo que estaba sucediendo, cuántos éramos y los nombres de quienes murieron a tiros, apaleados, torturados o por alguna enfermedad.

»En cuanto los iraníes empezaron a entrometerse, el jefe de la delegación, el oficial sueco, les pidió que salieran todos. Cuando lo hicieron, experimentamos un extraordinario momento de libertad y nos apresuramos, como niños cuando el padre regresa de un viaje, a contarles más detalles. Entre las cosas que el oficial sueco nos mencionó estaba que los iraníes les habían dicho que el campamento era para presos con enfermedades mentales. Nos pusimos entonces a redactar informes a toda prisa, con el tiempo y el papel del que disponíamos. Le enseñamos un documental que habíamos grabado en colaboración con un guardia iraní resentido con el régimen: era de Juzestán y el Gobierno había ahorcado a su padre. Nos había traído a hurtadillas una pequeña cámara de vídeo con la que grabamos varias escenas de tortura y hasta imágenes de las mazmorras de confinamiento en aislamiento y soledad. La delegación se mostró muy asombrada. Aunque, en realidad, ellos también poseían muchas informaciones y detalles sobre nuestro campamento. Nos preguntaron, nada más entrar, por algunos de los presos; entre ellos, por el doctor Behnam, Sami, Hamza Azuz y el profesor Salem Al-Waheb. Nos censaron a todos y nos pidieron escribir cartas, en la medida de lo posible breves, para nuestras familias. Entonces fue cuando os mandé aquella única carta mía. El jefe de la delegación nos manifestó su deseo de ir a la cárcel de la Roca de la Muerte y nos preguntó dónde estaba. *Abu Yamal Al-Bagdadí* y otros le informaron de su ubicación.

»Cuando terminaba la visita, comunicamos a la delegación los castigos que nos caerían después de su marcha; se limitaron a asentir con las cabezas en señal de comprensión. Algunos también, en los últimos minutos, les pidieron con lágrimas en los ojos que trasladaran “nuestros saludos al querido Irak y besaran en nuestro nombre cada granito de su arena”.

»Yo no dije nada, ni besé suelo ni banderas; tampoco lo hice siquiera a nuestra vuelta, como suelen hacer todos. Ya no creo en nada y me extraña el inquebrantable fanatismo de algunos por ideas y objetos que otros han inventado y que los llevan hasta el extremo de morir o asesinar por ellos. No veo en la bandera de cualquier país más que un trapo de insignificantes colores y propósitos. En Irán, las imágenes de su líder llenaban las calles; aquí, también. Las dos partes pretenden estar en posesión de una razón y una verdad que intentan meter en las cabezas de los desafortunados y, si no lo consiguen, se las

cortan. No entiendo por qué a algunos no les bastan las ideas que ocupan su mente, sino que, además, se empeñan en poseer las mentes de los demás. Tengo tantas incógnitas... ¿adónde se van los dolores de la tortura cuando acaba?, ¿cuál es exactamente la esencia del sufrimiento y del dolor?, ¿en qué piensa el torturador en sus momentos de serenidad?, ¿qué sentido tiene todo ese dolor y para qué?, ¿qué siente el asesino cuando se acuerda de sus víctimas?, ¿cómo es posible que algunos se esfuercen en cometer todas esas atrocidades solo por pensar diferente? Se hizo un silencio tenso, como si ninguno de ellos se atreviera a añadir nada... Al final, fue Tarek quien lo rompió:

—Y ¿qué pasó después con los «penitentes»?

—Corrieron suertes diversas. Unos murieron en los frentes de guerra, los enterraron allí mismo o en los cementerios de Qom, Behesht-e Zahraa y Mashahd. Cuando acabó la guerra, muchos se integraron a la vida iraní, fueron a las zonas rurales para casarse con alguna campesina y encontrar algún trabajo. Les concedieron documentos de refugiados. Algunos tuvieron hijos y se instalaron en Irán, abandonando su pasado para siempre. Otros siguieron en el fango de la política, alternando constantemente entre las filas de diferentes grupos de la oposición al régimen iraquí en Irán, con un oportunismo en el que se hicieron expertos. Otros regresaron a Irak en el año 1991, después de la caída del ejército iraquí en Kuwait. Otros contactaron con las Naciones Unidas utilizando sus números de registro de la Cruz Roja y consiguieron asilo en otros países. Otros prefirieron deshacerse de su pasado como «penitentes» y se las arreglaron por su cuenta para huir a diferentes países, donde pidieron asilo como iraquíes. Otros siguieron trabajando hasta hoy como organizadores políticos y como militares a favor de Irán.

—¿Sigue todavía habiendo presos?

—Sí.

—¿Volvieron muchos contigo?

—Fuimos cerca de trescientos presos; a la mayoría de nosotros nos dieron por desaparecidos en combate. Nos entregaron en el centro fronterizo de Munzería. Los guardias de fronteras de ambos países nos recibieron con sus correspondientes banderas. Los iraquíes aplaudían y gritaban alborozados. Caminábamos con paso lento y confuso. Las familias nos recibieron con lágrimas y gritos de alegría, después de haber pasado dos noches esperando, a la intemperie. Algunos prisioneros veían a sus hijos por primera vez. A uno de nosotros lo capturaron en el tercer año de la guerra, dos semanas después de su



luna de miel. El recibimiento que le dieron su esposa y su hija fue muy emocionante.

»Para ofrecer una imagen diferente del trato que nos habían dado, los iraníes montaron todo un espectáculo delante de los periodistas, haciendo que sus oficiales cargaran con los presos que no podían valerse por sí solos, para entregarlos a sus homólogos iraquíes. La realidad es que todos salimos sufriendo de alguna lesión o enfermedad. Algunos perdieron el oído; otros, un ojo o la vista total; otros padecen tuberculosis, cáncer, sarna, cólicos nefríticos y demás enfermedades. Yo, aparte de estas dos costillas rotas, tengo una discapacidad crónica provocada por una hernia discal.

»Los iraquíes nos entregaron un sobre con cincuenta mil dinares, diciéndonos que era un regalo del presidente. Algunos se alegraron, pensando que se hacían ricos, porque las últimas noticias que teníamos eran que el dinar equivalía a más de tres dólares, pero pronto nos desilusionamos al darnos cuenta de tanta barbaridad como había sufrido el país, donde todo estaba patas arriba, y de que el dólar equivale ahora a más de mil dinares. Enseguida gasté la cuarta parte del dinero en cigarrillos. Los iraníes nos dieron a cada uno una alfombrilla para rezar y un par de zapatos. Los zapatos son para ti, Ibrahim, y la alfombrilla es para ti, Tarek. No he traído regalos, como sabéis.

—Nuestro verdadero regalo es tu vuelta a casa sano —dijo Ibrahim—. Has tenido mejor suerte que muchos de los que han regresado; algunos rompen a llorar con solo recordar sus años de cautiverio. ¿Recuerdas a aquel loco barbudo sobre el que nos has preguntado anteriormente? Es Sabri, hijo del *hach* Reda. Trajeron durante la guerra un cadáver quemado y desfigurado, se lo entregaron a su familia, y les dijeron que era su hijo, así es que le dieron sepultura y celebraron un funeral. Tiempo después, uno de sus hermanos se casó con su viuda con el fin de mantenerla a ella y a los sobrinos. Quince años más tarde, Sabri apareció de repente. El hermano no aguantó la situación y se mató. Después de conocer lo que había sucedido, el desdichado de Sabri se quedó tan conmovido que terminó perdiendo la razón.

—El primo de uno de mis amigos en Hamam Al-Alil era piloto militar —dijo Tarek—. Su avión fue derribado en Irán, a finales de 1981. Su familia no tuvo noticias de él. Lo dieron por desaparecido en combate durante largo tiempo. Pero en el año 1998 les notificaron que estaba preso. ¿¡Te lo imaginas!?! ¡Después de 17 años! Lo liberaron cinco años más tarde. El pobre no sobrevivió mucho: murió de tuberculosis a los dos meses. Algunos piensan que lo envenenaron con

talio.

SE HABÍAN PUESTO A CONTARLE COSAS de presos que habían regresado para que se sintiera mejor, pero Abdulá les pidió que lo dejaran, que había conocido y convivido con historias aún más crueles y horrendas.

—Vámonos entonces —dijo Tarek—. Mi mujer nos ha preparado una comida especial con perdiz. ¿Recuerdas los días en que las cazábamos y las asábamos en el desierto?

*El espino del mar*

**A**BDULÁ NO CONCILIO EL SUEÑO a pesar de ser su segunda noche en el pueblo. Necesitaba más tiempo para adaptarse a su nueva situación. Tampoco lo consiguió la tercera noche: cada vez que se sentía vencido por el cansancio y se adormecía, empezaba a ver látigos que le caían encima. Se sobresaltaba e incluso se ponía de pie, creyendo que tenía que presentarse a la lista diaria, o sintiendo los codazos de Behnam en la cintura. Cuando se daba cuenta de que estaba en su casa y no en la «jaula», se levantaba precipitadamente para lavarse la cara y la cabeza con agua fría. Abría puertas y ventanas, y se ponía a fumar. Prefería no dormir a ver en sueños imágenes de los años pasados. Decidió estar más tiempo en casa, para familiarizarse. Dormía de día, con las puertas y las ventanas abiertas y la luz iluminándolo todo. Tomó la determinación de aprovechar esa situación de dormir de día y no de noche, y empezó a trasnochar en el cafetín del pueblo, hasta que echaba el cierre, pasada ya la medianoche.

La mañana del tercer día, oyó llamar a la puerta. Se quedó escuchando. Sí, eran golpes en la puerta y la voz de Ibrahim, llamándolo.

—¡Está abierta! —gritó.

—Sí, ya lo veo.

—Pues entra.

Cuando lo hizo, Abdulá le preguntó:

—¿Te preparo un té?

—No —dijo Ibrahim—. Te he traído al campesino que va a trabajar tu tierra. He llegado con él a un acuerdo: él se quedará con la mitad y tú, con la otra mitad. ¿Te parece bien?

—Sí, sí, desde luego. Bueno, deja todo acordado con él como veas oportuno. Yo lo acepto.

—Es un joven excelente: trabajador y de buenos modales. Puedes fiarte de él con los ojos cerrados. Necesita el trabajo para mantener a sus hermanos. Es

Anuar, el hijo del pobre Sabri. ¿Conoces a Sabri? Es el preso loco que viste el otro día.

—Ah, sí, Sabri. —Se quedó taciturno durante un rato; luego añadió—: Sí, sí. Ya te he dicho que estoy conforme.

—Pero ¿no vas a verlo?

—No es necesario, ya lo has acordado todo con él.

—Tienes que verlo, por lo menos para conocerlo. Quizá él necesite preguntarte algo o pedirte algún consejo para el futuro o para cuando te traiga tu parte de los beneficios. Está aquí.

—¿Aquí?

—Sí. En el patio.

—Y ¿por qué no ha entrado contigo?

—Es algo tímido. Sal tú.

Abdulá salió y vio en el centro del patio a un joven que tendría probablemente unos 18 años o poco más. Alto, delgado. Estaba con la cabeza gacha y los dedos entrelazados. Lo saludó. El joven inició unos pasos tímidos y le tendió la mano:

—Hola, tío.

—Bienvenido. Entra y tómate un té con nosotros. Ven. No es necesario que me llames tío. Llámame Abdulá o Kafka y punto.

El joven entró y se sentó en el filo de la alfombra, al lado de Ibrahim. Abdulá le ofreció un cigarrillo, pero lo rechazó:

—Es que no fumo.

Abdulá sintió compasión por aquel joven... Observaba sus facciones, su mirada siempre hacia abajo, y la magnitud de su abatimiento.

Se alejó para preparar el té y, cuando volvió, notó la armonía que había entre Anuar e Ibrahim: era como si fueran padre e hijo. Notó incluso cierta semejanza entre ambos. Parecían comprenderse, estar unidos por un buen sometimiento a la fuerza del destino. Y confió aún más en él.

—¿Estás conforme con lo que te ha hablado *abu* Quisma? Me refiero a ir a medias —preguntó, mientras le ofrecía un vaso de té.

—Sí. Si está usted de acuerdo.

—Sí, lo estoy. Tienes total libertad para elegir lo que quieras cultivar o hacer. ¿Cuántos hermanos tienes?

—Siete.

—¿Eres el mayor?

—Sí.

Más tarde, cuando el joven se había marchado, Ibrahim le comentó:

—Él y una hermana son hijos de Sabri. Los otros seis son hijos del tío que se casó con su madre, el que se suicidó, ¡pobre hombre!

A MEDIODÍA, ABDULÁ ESTABA YA SOLO, reclinado en un asiento del salón, fumando, después de haberse bebido frío todo el té que había quedado. Esperó a que el sueño lo ganara, aunque solo fuera por un rato, pero pensar en Samiha se lo impidió; continuó pensando en ella, no obstante, igual que había hecho durante todo el tiempo que duró su cautiverio. No se dormía sin que su cara fuera la última imagen que se le quedara en el subconsciente, ni se despertaba sin que fuera lo primero que evocara.

Pensó entonces que no les había hablado a Ibrahim y a Tarek de lo más importante que ocupaba los prolongados momentos de inactividad. No les había contado que más de la mitad de su tiempo eran repetidas e incansables evocaciones de detalles vividos con Samiha. Su risa, sus miradas, su olor, su voz, el tacto de su mano, su abrazo, su beso, el único beso de su vida entera. No les contó que el recuerdo de Samiha era lo que lo mantenía vivo. Habría deseado preguntarle a Ibrahim a solas, después de que el joven Anuar se hubiera ido, si ella había venido la noche de la celebración de su regreso, si estaba allí... pero él no llegó a reconocerla.

De repente, oyó llamar a la puerta, se incorporó y tragó saliva:

—¡Adelante!

Al poco rato, se repitieron los leves golpes.

—¡Adelante! ¡La puerta está abierta! —dijo en voz más alta.

Pero, después de un nuevo silencio, se repitieron una y otra vez los mismos golpes. Se levantó. Encontró a un niño de unos diez años, que entrecruzaba nervioso los dedos.

—¿Quién eres?

—Soy Samer. Mi abuela dice que vengas a comer con nosotros.

—Y ¿quién es tu abuela?

—Zeineb.

Recordó entonces la conversación que había tenido con ella y que ese niño era su lazarillo, el que estaba sentado junto a ella.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Hemos matado una gallina y mi madre la ha cocinado con ocras

y tomates.

—Bueno. Espera un momento.

—Y ajo también. A mi abuela le encanta el ajo, pero a mí no.

Abdulá entró para arreglarse. Se lavó la cara y se peinó la barba delante del espejo. Se metió dos cajetillas de tabaco en el bolsillo y salió.

Caminó junto al niño por las callejuelas cubiertas de suaves guijarros; oía cómo crujían a su paso. Observaba las casas a ambos lados... De las construcciones de adobe que recordaba no quedaban más que unas pocas, ya que habían levantado muchas casas de bloques de hormigón durante su ausencia. Algunas, sobre las ruinas de las anteriores; otras, al lado o pegadas. Solo quedaban pocas de las que él conocía.

El niño empezó a ir unos pasos por delante. Abdulá deseaba cogerle la mano y dejarse guiar, como hacía la abuela. ¿Qué tacto tendría la mano del niño? ¿Qué sensación tendría caminar con él así, de la mano? Pero pronto abandonó la idea y trató de llenar el silencio con preguntas, para impedir que el niño se alejara más de la cuenta:

—¿Me has dicho que... no te gusta el ajo?

—No, no me gusta, menos si está cocido.

—A mí tampoco. ¿Cómo te llamas?

—Samer.

—¿Tu padre también está en casa?

—No.

—¿Dónde trabaja?

—Trabaja en la refinería de petróleo de Baiji.

Como no se le ocurrieron más preguntas, volvió a su silencio y se limitó a escuchar el crujido de los guijarros y a mirar a izquierda y derecha. Cruzaron el portón y entraron a un amplio patio que enseguida reconoció: era la casa del alcalde. En el centro del patio seguía en pie el gran eucalipto; alrededor había crecido el emparrado, formando una cubierta vegetal, y ahí debajo estaba la gran cántara de agua. En el rincón más alejado se encontraba la cuadra y, justo enfrente, un arado nuevo y una enorme rueda trasera de tractor. De modo que seguían teniendo un tractor. Un poco más allá, estaba la habitación de Ismael el pastor, igual que antes: una construcción de adobe. En el otro rincón reconoció el almacén de cultivos con los que comerciaba el alcalde. Vio la gran báscula en su sitio habitual, más oxidada. En la fachada interior estaban la terraza, el amplio vestíbulo, el gran portal que habían pintado de azul —lo recordaba gris— y, al

lado, la puerta de entrada al salón de visitas o *diwan*, como decían.

Vio a unos cuantos chicos y a una mujer que salían a recibirlo. Después apareció en el umbral de entrada al salón la señora Zeineb con su bastón, saludándolo en voz alta y con sincera alegría. Lo abrazó con fuerza, como hizo la primera vez; lo condujo hacia el interior del salón, que Abdulá encontró mucho más lujoso de lo que recordaba. Sillas caras y sillones alineados contra tres de las cuatro paredes, alfombras de colores vivos y muchos cojines mullidos en el suelo.

En la pared principal estaba colgada una fotografía grande, en blanco y negro, del alcalde en su juventud, con su llamativo bigote negro. Debajo del retrato había dos espadas cruzadas y un escudo circular en el que brillaban unos clavos plateados, que sobresalían dibujando como tres rosas.

La señora Zeineb dijo, mientras caminaba con paso lento, sin soltarle el brazo:

—Siéntate en el sofá si quieres, pero yo prefiero la alfombra y me gustaría tenerte a mi lado.

Así lo hizo, respondiéndole que él también se sentía más cómodo sentado en el suelo. Ella se acomodó a su lado y extendió los brazos buscándole la cara con las manos. Era como si sus dedos estuvieran leyendo los detalles en sus facciones:

—¿¡No te has afeitado todavía!?! —acabó diciendo—. Puedes estar más guapo y más joven si te la quitas. Pero bueno, lo importante es lo que te guste a ti... Por cierto, conozco un poco de persa desde mis días de infancia en Kurdistán. Aunque sería mejor olvidarlo.

ABDULÁ NO RECORDABA HABER degustado nunca una comida más succulenta que aquella. Comió con un apetito que no acostumbraba tener, iba del plato de arroz con almendras y pasas al de caldo de ocras con tomate y dientes de ajo, al de pollo asado, al de ensalada y a la jarra de yogur líquido. Le trajeron después el té con cardamomo, con el que sintió que los humos de su cigarrillo eran de lo más placenteros.

La abuela le preguntó si tenía algún compromiso, alguna cita o algún trabajo aquella tarde. Cuando él lo negó, le pidió:

—Entonces, necesitamos un coche para ir al cementerio.

Sin preguntarle por qué, Abdulá le dijo que podía mandar a uno de los chicos a casa de Tarek, y este no tardaría en venir con el coche.

—No. Tiene que ser otra persona —le dijo.

Después de unos momentos de silencio, Zeineb llamó a uno de los niños y lo envió a que le pidiera a su vecino, *abu* Mohamed, que viniera con el coche porque la abuela lo necesitaba para un pequeño asunto. Pasados unos minutos, oyeron la bocina del coche en el patio.

—Invítadlo, que venga a tomar un té —pidió.

*Abu* Mohamed entró y saludó a Abdulá. Le besó la cabeza a la abuela y se sentó a su lado. Mientras tomaban el té, esta le dijo:

—Queremos que nos lleves al cementerio, a Abdulá y a mí, que nos dejes solos allí y vuelvas a buscarnos antes de la puesta del sol.

Cuando bajaron del coche y se quedaron solos, Abdulá empezó a observar el lugar mientras la señora Zeineb, sin decir palabra, se apoyaba en su brazo, sabiamente consciente de la necesidad de silencio en un momento como aquel. Era como si pudiera ver a Abdulá escudriñándolo todo a su alrededor: la colina, la ladera, el valle, el horizonte, el campo, el cielo y el pueblo desde aquella altura. Pasaron por la mente de Abdulá escenas de su infancia, cuando jugaba por aquellos parajes. Conocía cada piedra y cada árbol. No sabía cómo valorar todo aquello, ni si tenía realmente un verdadero valor. Cuando se dio cuenta de que había transcurrido largo rato en silencio, dijo:

—El cementerio ha crecido mucho.

—Sí, y el pueblo también —replicó la anciana—. Los muertos y los vivos se han multiplicado. ¡No sé por qué Dios ha creado a tantos seres humanos! ¿No era bastante con la mitad, por ejemplo? Bueno, el Todopoderoso tendrá sus razones.

Se calló y prosiguió luego para sacarlo de su silencio:

—Por mi parte, conozco a más muertos que vivos. Todos se han ido. Solo quedamos *'um Ibrahim* y yo. Soy como una invitada extraña entre los vivos.

—El cementerio ha crecido al doble de cuando lo dejé. Ahora casi cubre todo el monte.

—Sí, por eso andan pensando en la necesidad de encontrar un nuevo cementerio para el pueblo. Todos están de acuerdo en ubicarlo en la gran colina que hay en el lado oriental. Pero, hasta ahora, nadie ha querido sepultar a ningún muerto allí y dejarlo solo: todos dicen que quieren tenerlo con el resto de la familia. Por eso me he ofrecido para ser yo la primera: he dado orden de que me entierren allí. Entre tú y yo, no quiero estar en el mismo lugar que el alcalde una vez muerta, después de haber estado a su lado toda nuestra vida.



Concluyó su frase con ironía, antes de cambiar de tono y decir seriamente:

—Mira... ¿Conoces las tumbas más antiguas? ¿Las ves?

—Sí, las que están en lo alto de la cima.

—¿Ves el espino de mar? ¿Lo recuerdas?

—Sí, también ha crecido mucho.

—Llévame allí.

Nadie sabía exactamente quién lo llamó así, pero con ese nombre se conoció muy pronto por todas partes, a pesar de que nadie había visto el mar en su vida. Se trataba de un árbol con espinas, bajo y ancho, que se parecía un poco al olivo. Sus hojas eran muy verdes y resplandecientes todo el año, pero no se asemejaba a ninguna de las plantas espinosas que conocían. De año en año, brotaban delicadas bayas amarillentas. Le vino a la memoria que, de pequeños, las chupaban cuando jugaban a la sombra del espino. Su sabor era una mezcla entre cítrico, picante y dulce, algo parecido al del limón. Pero cuando las bayas crecían, se secaban y sus semillas caían desparramadas por el suelo o las esparcían ellos mismos. Nunca había aparecido otro árbol igual, por eso seguía solo... creciendo lentamente.

Pronto se convirtió en una característica propia del pueblo. Se tejieron a su alrededor historias y cantos, porque había nacido sobre la tumba de uno al que llamaban «mártir», porque a quien moría ahogado también lo consideraban mártir. Los adolescentes le decían «el mártir del amor» y las parejas jóvenes se juraban fidelidad debajo de aquel árbol.

El mártir era el padre de Ismael el pastor. Se había lanzado al agua para socorrer a su esposa, que estaba lavando en el río cuando la arrastró la corriente. Quería salvarla, pero murió ahogado con ella. Ambos fueron arrastrados a lo hondo del profundo río. Más tarde, solo encontraron el cadáver de él: yacía entre las rocas, en una lejana orilla, al sur del pueblo. Lo enterraron en el pueblo y el alcalde adoptó a sus dos hijos retrasados mentales Ismael y Zakía. Algunos comentaban que aquel espino de mar que floreció sobre su cabeza no era más que la disculpa del agua por lo que les hizo a ambos. Otros mencionaban que era señal de que pertenecía a la gente del agua. Quizá lo cierto era que le pusieron aquel nombre para recordar que se había ahogado, nada más. Pero otros decían que era el espíritu de su esposa, que vino del agua y se plantó allí, porque no quería separarse de él. Decían que se querían mucho y que su amor tenía a su vez una larga historia.

CUANDO LLEGARON AL ÁRBOL, Zeineb le dijo:

—Llévame a la derecha de la tumba del mártir... ¿Notas alguna diferencia entre la superficie de la derecha y la de la izquierda?

—Bueno, tal vez una pequeña diferencia, sí. A la derecha hay algunas plantas, raíces y restos de hierba seca, como si hubiera estado sembrada; a la izquierda, por el contrario, está como el resto del monte, cubierto por guijarros.

—Ven, siéntate conmigo a la derecha, pero no encima de la superficie sembrada.

La guio un par de pasos más adelante y la ayudó a sentarse, después de limpiar el suelo de algunos guijarros y ramas. Las hojas del espino de mar pendían por encima de sus cabezas como un techo que se extendía, cubriendo casi la cuarta parte del espacio encima de la tumba. Tan espesas eran las pequeñas hojas que las ramas no se veían sino desde abajo.

—Escúchame, hijo. Quiero que te armes de valor y que tengas fe en la sabiduría y la voluntad de Dios para disponer los destinos de los seres humanos.

Abdulá se percató de la seriedad de la situación, acaso más que cualquier otro momento vivido. Dejó de fijarse en el árbol, en la tumba y en todo lo que había a su alrededor, y centró toda su atención en los rasgos de la anciana; en especial, en su boca, en la que solo quedaban unos dientes podridos.

—¡Cuántas veces he imaginado este momento! ¡Lo he esperado tanto! No he muerto aún solo porque lo estaba esperando, te estaba esperando.

Dejó su bastón apoyado a un lado. Se encontraba sentada pegada a Abdulá, pierna con pierna, rodilla con rodilla. Tendió la mano buscando la suya hasta encontrarla, la agarró con fuerza. Pasó los dedos de la otra mano sobre la superficie contigua a la tumba:

—Aquí yace tu madre, tu verdadera madre, la que te dio a luz. Esta es su tumba.

Tragó saliva, ejerciendo más presión con la mano y acariciando el suelo con ternura.

—Es Zakía. El mártir es tu abuelo, el padre de ella. Ismael el pastor es tu tío.

No esperaba, desde luego, ningún comentario ni ninguna pregunta en ese preciso momento. Podía imaginar el efecto del golpe que aquella revelación le provocaba a Abdulá. Prosiguió sola con su monólogo. A pesar de su tono tranquilo, parecía estar gritando. Abdulá vio las lágrimas que brotaban de los ojos de Zeineb, se dio cuenta de que arrastraban las palabras que ella llevaba

conteniendo desde hacía tanto.

—Ellos son tu familia materna. La familia de tu padre somos nosotros, el alcalde y yo, tus abuelos; tu padre es mi hijo mayor, Yalal.

Calló y se secó la boca con un pañuelo viejo que sacó del bolsillo de la chilaba, porque algunas gotas de saliva salían despedidas por los amplios huecos que tenía entre los dientes:

—A partir de ahora, este asunto te pertenece. Es tu secreto, eres libre para confesarlo a quien quieras, cuando y como quieras. Yo no lo he revelado a nadie, nunca, y no lo haré a menos que me lo pidas tú. Te lo contaré todo, todo lo que recuerde. Puedes preguntarme lo que quieras. He estado con el corazón destrozado porque tú lo desconocías. He pensado que estaré mejor cuando te lo confiese, pero ahora siento que me duele aún más.

*El secreto del escándalo no revelado*

ALLÍ, DEBAJO DEL SIEMPRE VERDE y vívido espino de mar, en medio del cementerio, en lo más alto de la cima del monte, el aire era puro y la luz tenue del sol de la tarde era una mezcla de blanco y amarillo. Todo parecía bello y pacífico bajo su brillo. A lo lejos, las paredes de las casas del pueblo parecían caras que reflejaban la claridad y las ventanas negras eran como ojos. La luz proyectaba las diáfanas sombras de las laderas sobre los valles. Las aves revoloteaban en movimientos fluidos y circulares, no buscaban nada, paseaban por el cielo como si estuvieran mirándolos y escuchándolos a los dos. Unas voces lejanas de unos pastores les llegaban por el lado de los terrenos de cultivo con sus diferentes tonos de verdor. Era asombrosa la tranquilidad del universo aquella tarde, de modo que hasta las tumbas parecían bellas, contentas y seguras. Era como si la vida o el universo fuera una gran jaima que no hacía ningún caso a lo que ocurría y se hablaba bajo sus telas.

Y esto es lo que Zeineb contó a su nieto:

—Tu abuelo, el alcalde, era joven cuando heredó la condición de alcalde y jeque del pueblo, a la muerte de su padre, que también había sido alcalde y jeque durante toda su vida. Dicen que fue el primer niño que nació cuando el pueblo empezó su vida aquí, con tres casas. Tu abuelo heredó también los vastos terrenos, los ganados, el coche y el arado. Y el prestigio. Sabía administrar todo aquello a la perfección, empleaba a otros para la agricultura y el pastoreo, mientras él se dedicaba a los viajes y a comerciar con los cultivos, el tabaco y las armas. Para esto último, trataba, entre otros, con los kurdos. Nos conocimos allí, en Kurdistán, y allí nos casamos. Yo era pequeña por aquel entonces, y huérfana, como tú. Nunca había visto a mi padre, nuestra abuela se encargó de criarnos a mí y a mi hermano hasta que murió.

»De todas formas, mi vida pasada no es lo más importante ahora, aunque de ella puedas sacar algunas lecciones. No tenía parientes y ¡ya ves lo grande que es

mi familia ahora! Cuando me vine para aquí, no sabía ni una sola palabra de árabe ni nada sobre la vida, excepto algunas tareas de la casa, como cocinar, hornear el pan, barrer y lavar la ropa. El alcalde se había casado dos veces antes de casarse conmigo, pero no había tenido descendencia; por eso nuestro primer hijo era el centro de su amor y de sus mimos. Fui yo quien insistió en ponerle el nombre de Yalal, en memoria de mi hermano, que se había ido a luchar a las montañas y nunca volvió. Me dijeron que lo habían asesinado.

»Las primeras personas a las que conocí en este pueblo fueron tus abuelos maternos y tu tío Ismael. Eran jóvenes, se profesaban un amor que nunca había visto en mi vida. El alcalde me dijo que eran extranjeros. Habían venido a caballo, hacía un año, desde un lejano pueblo. Le pidieron refugio y protección. Venían huyendo de algún conflicto tribal porque se habían casado en contra del deseo de ambas familias, que los amenazaron de muerte.

»El alcalde los acogió y les ofreció un espacio contiguo a la casa, donde levantaron una única habitación de adobe para que fuera su vivienda, la misma donde habita ahora Ismael. Tu abuela era sumamente bella, su nombre era Latifa. Tu abuelo, el «mártir del agua», Naser, no dejaba de moverse y de sonreír, no desperdiciaba ni un momento que pudiera para estar con ella. La cuidaba y la trataba de una forma nunca vista por ninguna mujer en el pueblo; por eso eran la envidia de todas y la viva imagen de los sueños de cada una, mientras los hombres cuchicheaban entre ellos sobre lo que describían como una sumisión ante su mujer, aunque, para sus adentros, lo envidiaban por la belleza y la delicadeza de ella.

»Eran extraordinariamente felices. Él trabajaba para el alcalde, cultivando sus terrenos y pastoreando sus ganados; ella, lavando la ropa y las alfombras de los pueblerinos cuando las mujeres se quedaban embarazadas o estaban enfermas. Era mayor que yo, me cuidaba con amor y paciencia. Fue mi primera amiga; quizá, la única. Ella fue quien me enseñó a ponerme la ropa de los campesinos de por aquí y quien me enseñó a hablar árabe. Me repetía las palabras sin cansarse ni aburrirse nunca, como una madre.

»Cuando dio a luz a los gemelos, le puso al niño Ismael, en homenaje al alcalde y como señal de agradecimiento; y a la niña, Zakía, en recuerdo de su madre, que, como me dijo, era hija de un pachá otomano que amó a un campesino, el padre de Latifa. Huyeron juntos y se casaron, pero los hombres del pachá no pararon de buscarlos hasta que los encontraron y los quemaron vivos. Después se llevaron a Latifa, aún niña, al palacio de su abuelo. Y ella —que

Dios se apiade de su alma— me decía riendo: “He repetido la historia de mi madre, sin ninguna intención premeditada, desde luego, sino por amor. Sin embargo, sentía la sangre de mi madre hirviendo en mi interior. Me decían que me parecía mucho a ella, en todo; especialmente, en terquedad. Quizá quise también, de alguna forma y por ella, por mi madre, vengarla u ofrecerle una victoria frente al pachá”.

»Desde su nacimiento, Ismael y Zakía fueron extremadamente pequeños, como pollitos de pato sin vello, siempre enfermos y muy lentos en su desarrollo mental. Sus padres los cuidaban con mimo de noche y de día. Los protegían como agua en un cuenco en movimiento. Nunca los dejaban solos, procuraban trabajar en turnos diferentes para que uno de los dos pudiera siempre estar con los niños. En una ocasión que tuvieron que trabajar al mismo tiempo, los dejaron a mi cargo. Fue la primera y la última vez: ya no volvieron nunca más. Siempre recuerdo aquellos momentos, cuando se despidieron de los niños entre mis brazos. Se alejaron un par de pasos y se dieron media vuelta para abrazarlos, olerlos y besarlos. Me repitieron sus recomendaciones una y otra vez, con sumo detalle, como si tuvieran que hacer un largo viaje o como si presintieran que se trataba de la última vez, aunque insistían en que no tardarían más de una hora. Pero no volvieron a casa, nunca lo harían... hasta el día del Juicio Final.

»Contaban que Latifa estaba lavando, como de costumbre, a la orilla del río, bajo el acantilado junto al que trabajaba Naser cultivando. Él se asomaba de vez en cuando desde arriba, para bromear o cantarle piropos. Le cantaba mucho con su voz melodiosa, fuerte y dulce, con una ronquera de profunda tristeza que conmovía hasta a las piedras. Cuando le pedían que cantara en las bodas o en una fiesta, respondía: “Solo canto para ella. Si queréis, pedidle permiso a ella, y llamadla para que se siente enfrente”. Ella accedía riendo y venía a sentarse delante de él, que empezaba entonces a cantar en medio de la multitud, sin apartar la vista de ella ni ella de él, como si estuvieran solos. Yo lo presencié dos veces. Una escena como aquella era difícil de olvidar para todos los que la veían.

»Contaban que, una de las veces que se asomó, vio que el agua la arrastraba junto a una alfombra grande. Él saltó desde lo alto del acantilado, se tiró detrás de ella sin quitarse ni la ropa ni los zapatos, pero la rápida corriente los arrastró a los dos hacia el centro del río. Unas olas repentinas los envolvieron con tal velocidad que los campesinos que por allí andaban no tuvieron posibilidad alguna de poder hacer nada por salvarlos.

»Más tarde encontraron el cadáver de él, pero ni una señal de ella.

Seguramente a él le habría gustado seguir desaparecido con ella, que su tumba común fuera el agua del río, o a ella le habría gustado estar con él. Pero uno al menos se ha quedado acompañando a sus hijos. Aquí está tu madre, Zakía la mártir, junto a su padre, “el mártir del agua”, descansando en paz. Han hecho bien en enterrarla aquí... Era la niña de mis ojos... y la mataron.

»Los niños se quedaron a nuestro cuidado, como hijos nuestros. Eran tranquilos, buenos, pero retrasados. Tardaron en caminar, en hablar y en aprender, y lo hicieron torpemente. Seguían creciendo así, lentamente. Conoces a Ismael, es ya un anciano y aun así es más niño que adulto. Dios tiene sus propias disposiciones para sus criaturas. Desde su adolescencia, Ismael empezó a acompañar a los pastores para ayudarlos, y ahora es pastor de su propio rebaño. Zakía me ayudaba en las tareas de la casa y se encargaba de lavar su ropa y la de su hermano, y de otras tareas similares.

»Estaba con nosotros la mayor parte del tiempo, mientras Ismael vivía en casa de sus padres. Ella se iba por la mañana para limpiarla y ordenarla, y por la noche volvía para dormir en nuestra casa. Así transcurrió el tiempo, hasta que tuvieron dieciséis años o más. No recuerdo exactamente, pero Zakía era ya una moza llenita, con un pecho exuberante y con mucha de la belleza de su madre, aunque a veces babeaba, estaba despeinada y no sabía acicalarse ni cuidar su atuendo. Si no hubiera sido retrasada, los hombres habrían luchado por casarse con ella. Yo la cuidaba como podía; a veces, la bañaba y le cambiaba la ropa, pero un día noté que tenía el vientre abultado. Al principio, pensé que era normal porque era un poco gorda, pero, cuando la observé mejor y la palpé, me di cuenta de que estaba embarazada, probablemente de tres meses. Cuando le trasladé mis sospechas al alcalde, me dijo: “Averígualo a tu manera. Eres mujer, sabrás cómo hacerlo”.

»Escogí un momento en que ella estaba de buen humor, la aparté de los niños que jugaban con la arena. Siempre le decía: “Ya eres mayor, no juegues con los niños pequeños”, pero, como entenderás, ella seguía siendo niña de corazón y de mente, aunque con cuerpo de mujer. Me quedé a solas con ellas y empecé a preguntarle:

»—¿Has abrazado a alguien, así, a un hombre o a un mozo? ¿Alguien te ha tocado aquí? —señalándole el pecho—. ¿Alguien ha hecho tal o tal cosa contigo?

»Al principio, vaciló; pero empleé con ella mucho cariño e insistencia y mucha habilidad y presión. Me sorprendió cuando lo reconoció con toda

inocencia, describiendo incluso el placer que había experimentado:

»—¡Oh sí! A Yalal le gusta mucho mi pecho, me dice: “Eres guapa”, y juguetea con las pasas de mi pecho con su lengua, me dice que ese juego le gusta y yo le digo que a mí también. Me dice: “No se lo cuentes a nadie. Es nuestro secreto, solo tú y yo lo sabemos”, y me da caramelos y dinero; pero cuando no lo dejo jugar, no me da nada.

»Le pregunté:

»—Y ¿te pone la mano aquí?, ¿y hace...?

»—Sí, sí, ¡oh sí!

»—¡Qué tragedia, 'um Yalal! ¡Qué escándalo!

»Corrí para contárselo al alcalde. ¡Dios mío! Era como si le rociara la cara con aceite hirviendo. Montó en cólera, me preguntó insistentemente si estaba segura. Se lo confirmé con todo detalle.

»Era por la tarde, como ahora, Yalal no estaba en casa. Solía arreglarse y echarse el perfume de su padre para salir por las tardes. Se rumoreaba que tenía unas relaciones inmaduras con más de una moza del pueblo, con las más guapas. Todo aquello satisfacía el machismo de su padre, que se prodigaba con él en atenciones, en protección y en regalos: le traía perfumes, ropa y zapatos nuevos en cada viaje, le daba dinero y no le exigía nada, únicamente que siguiera con sus estudios. Lo que no se nos había ocurrido, ni a nosotros ni a nadie, era que le hiciera aquello a la pobre Zakía, puesto que habían crecido juntos, como hermanos; además, ella no se cuidaba y era medio tonta. A lo mejor fue eso lo que lo impulsó a hacerle lo que hizo. ¿Quién sabe? Eran adolescentes. Dios tiene sus propias disposiciones para sus criaturas.

»Nosotros teníamos un cuarto secreto, una especie de bodega o sótano, llámalo como quieras, de dos metros de ancho y dos de largo. Lo había excavado el alcalde debajo de nuestro dormitorio para esconder el dinero, las armas, la mercancía... Tres o cuatro baúles que contenían su dinero y todo lo valioso y secreto que poseía. La puerta era muy pequeña y estaba cubierta con un espejo grande. Te lo enseñaré. Nadie sabe nada de ese cuarto.

»El alcalde esperó a que todos estuvieran dormidos. A eso de medianoche, me dijo:

»—Ve a la habitación de Yalal, despiértalo suavemente y dile en voz baja que quiero hablar con él de algo importante. Tráelo aquí, al dormitorio.

»Le rogué que empleara la razón con él y que no le hiciera ningún daño. Sabía cómo era y le dije:



»—Es un niño.

»Pero me respondió:

»—¿¡Qué niño deja embarazada a una niña inocente!?

»Las chispas de la ira se le escapaban por los ojos y la rabia le rebosaba por todas partes. Llegué a pensar que, si tuviera delante a un león, lo despedazaría con sus propias manos. Me dijo que me tranquilizara, pero yo no estaba tranquila. Seguí rogándole y estalló en reproches diciéndome que todo eso era resultado de la mala educación que les había dado a mis hijos y que la responsabilidad de vigilar y estar al tanto de todo era mía, puesto que él estaba ausente la mayor parte del tiempo. Como todos en un momento de ira, quería echarle la culpa a quien fuera; normalmente al más cercano, pero yo le dije que era consecuencia de sus excesivos mimos. Evidentemente no era un momento oportuno para tal discusión. Me ordenó que me fuera ya o iría él mismo a arrastrarlo de su larga cabellera. Detestaba el pelo largo porque no lo consideraba señal de hombría, pero lo toleraba porque era lo que estaba de moda entre la mayoría de los jóvenes en aquel tiempo.

»Cuando Yalal entró en nuestro dormitorio, se frotó los ojos, medio dormido. Una vez que cerré la puerta, el alcalde le habló en un tono sorprendentemente controlado, pero yo sabía que estaba conteniéndose para no ponerse a gritar horriblemente.

»—Eres mi hijo mayor y, como tal, quiero enseñarte algunos asuntos míos — le dijo. Entreabrió el espejo, que hacía las veces de puerta. Detrás había otra puerta, reforzada de hierro y madera, una escalera de caracol que llegaba debajo de nuestro dormitorio y, al final, otra puerta de madera y hierro. El sueño del muchacho se esfumó cuando vio que el espejo era en realidad una puerta y que detrás había otra puerta con cerrojo. El alcalde la abrió y le ordenó que entrara. Yalal agachó la cabeza y entró. Yo también iba a entrar, pero el alcalde me empujó violentamente y cerró la puerta tras ellos. Me senté en la cama, sollozando sordamente; luego me acordé de que dentro guardaba veinte pistolas que tenía la intención de llevar a los kurdos en su próximo viaje. Me horroricé al pensar que lo mataría, pegué una oreja a la puerta. Pero no conseguí oír nada de lo que pasaba allí dentro ni de lo que decían. Para eso precisamente había puesto unas puertas reforzadas; por el ojo de la cerradura, sin embargo, y por la estrecha rendija de debajo de las puertas me llegaba el ruido de unos golpes sordos, como de la caída de unas piedras en el fondo lodoso de un pozo profundo, y también lo que me parecían unos gritos lejanos, como si procedieran de detrás de una

montaña. Decidí ponerme a gritar o a aporrear con todas mis fuerzas la puerta si permanecían más tiempo allí dentro... Un solo minuto me resultó entonces una eternidad de horror. Cuando el alcalde salió, por fin, jadeando y despeinado, con las manos y la ropa ensangrentadas, le grité llorando:

»—¿Le has matado? ¿Has matado a mi hijo?

»Pero me dijo:

»—¡Ojalá lo hubiera hecho! Más bien lo haré, mataré a ese deshonorado.

»Me abalancé entonces al sótano, pero tropecé y rodé por la escalera sin apenas darme cuenta, hasta encontrarme en el fondo, cerca de Yalal. Estaba desmayado en medio de un charco de sangre, con la ropa desgarrada, cardenales por todo su cuerpo y sangrando por las heridas que tenía. Lo abracé y vi que respiraba, ¡gracias a Dios! Como es natural, no podía levantarlo. Salí corriendo para traer agua, trapos y lo que hiciera falta para curarlo. Encontré al alcalde lavándose en un rincón y cambiándose de ropa:

»—Ha admitido, ha reconocido su crimen, ese despreciable bastardo —me dijo mientras me daba las llaves—. Escucha, voy a ver al *hach* Zaher y consultar el asunto con él. Lava a tu hijo, aunque ni los mares de la tierra entera podrán limpiar su deshonor y la nuestra. Pero no permitas que nadie lo sepa, cuidado con que esto salga de aquí. Si no, te mataré a ti.

»Zaher era íntimo amigo del alcalde, su confidente, su compañero de risas, de negocios, de recuerdos y de todo. No pasaba un solo día sin que se vieran. Viajaban juntos muchas veces. Entre los secretos que Zaher le confió al alcalde, aunque había jurado que nunca lo revelaría, estaba su historia con Suhail el damasquino, durante la guerra de Palestina, pero nos hizo jurar discreción. Nos la contó durante una velada distendida, donde una historia tiraba del hilo de otra.

»Al cabo de menos de una hora, el alcalde volvió acompañado por Zaher. Yo había hecho lo que había podido para lavar a Yalal, cambiarlo de ropa, ponerle paños con hielo encima de los cardenales y vendarle las heridas. No estaba segura de que no le hubiera roto algún hueso, y por eso procuré, en la medida de lo posible, no moverlo. Estaba casi muerto, ¡Yalal, la niña de mis ojos!

»Entraron en el salón. El alcalde ya estaba un poco más tranquilo. Zaher dijo:

»—¿Puedo ver al muchacho?

»Miré al alcalde, esperando su respuesta; no creía que le permitiría a nadie saber de la existencia del sótano, pero parecía que ya se lo había revelado. O quizá fuera desde el principio idea de Zaher y que este tuviera uno similar en su casa, ¿quién sabe? El alcalde me indicó que lo acompañara y se quedó él solo en

el salón. De camino y porque sabía la influencia que tenía sobre él, le rogué a Zaher que no dejara al alcalde hacerle más daño a Yalal. Me dijo:

»—No te preocupes, mujer. Solo ha sido un ataque de ira, ya pasó.

»En el sótano, sacó del bolsillo una bolsa con dos frascos de medicamentos. Uno, con un líquido, probablemente un antiséptico o algo así; el otro, con una pomada. Le limpió las heridas y le untó los cardenales ya amoratados.

»—Haz esto mismo una vez al día —me dijo, y empezó a tocar a Yalal por todo el cuerpo mientras recitaba algunas oraciones—. Gracias a Dios, no tiene ningún hueso roto.

»En ese momento, Yalal suspiró profundamente y empezó a gemir. Zaher siguió hablándome:

»—No tengas miedo, pronto se curará y volverá a estar como antes.

»Salió. Puse ambos frascos encima de los baúles y lo seguí.

»Ya en el salón, el alcalde me pidió que les preparara té. Cuando volví con el té, oí que Zaher estaba diciéndole que la explicación de todo se reducía a la persuasión del diablo y su incitación al mal, ya que el diablo tenía la habilidad de inmiscuirse entre esposo y esposa, entre padre e hijo, entre el ser humano y su propia alma. Continuó diciéndole que tenía que arreglarlo racionalmente, como solía hacer para resolver los problemas de los demás. El alcalde le respondió que, si debía arreglar este asunto como lo hacía con los problemas de los demás, tendría que anunciarlo públicamente, así como el castigo y la solución. Zaher le dijo entonces que cualquier problema tenía más de una solución y que lo que tenía que hacer en aquel momento era tranquilizarse, para que pudieran encontrar juntos la solución apropiada.

»El alcalde, mientras tanto, seguía expresando su conmoción y diciendo que no soportaba aquella horrible vergüenza que empañaría su honor y el de toda su familia y linaje para siempre. Zaher le citó situaciones similares de la historia y de su propia experiencia, junto con varias soluciones.

»—Podríamos casarlos, por ejemplo, y así acabaríamos con todo el problema —sugirió, antes de mirar su reloj y seguir—. Me voy ahora, pero os veo mañana.

»Después de que se marchara, nos quedamos el alcalde y yo en silencio, sin saber qué decir, pero noté que había recobrado la compostura. Me ordenó que le trajera sábanas, porque iba a dormir en el salón. Lo hice. Desde aquella noche y hasta su muerte, siguió durmiendo en el salón y nunca volvió a dormir conmigo, en nuestro dormitorio. Tampoco volvió a ver a Yalal.

»Resultó una semana muy dura, en la que Yalal se fue recuperando: volvía a

sentarse, a moverse, a comer y a hablar. El alcalde no dijo nada excepto:

»—Asegúrate de que los baúles siguen estando cerrados.

»Yalal, en cambio, sentía una culpa y un remordimiento enormes. Lloraba, deseaba ver a su padre para pedirle disculpas, para besarle las manos y los pies, y suplicar su perdón. Amaba mucho a su padre; el sentimiento de haber defraudado sus esperanzas lo destrozaba. Le dije que, si quería escaparse, lo dejaría ir, pero rechazó la idea:

»—No haré sino lo que mi padre me ordene y lo que lo satisfaga, aunque quiera matarme.

»De hecho, pensó en matarse. Lo tranquilicé y le pedí que tuviera paciencia, porque su padre terminaría reconciliándose con él y perdonándolo, solo que entonces estaba muy indignado, y con mucha razón.

»No dijimos nada a nadie. A la familia le contamos que Yalal se había ido de viaje, a ver a sus tíos en Kurdistán, y que volvería al cabo de unos días. Después de aquella semana de convalecencia, volvimos a trasnochar y a debatir el asunto los tres, Zaher, el alcalde y yo. La idea era casarlos. Me ordenaron que fuera a comunicárselo a Yalal, pero nos sorprendió su tajante rechazo. Estaba claro que era demasiado joven y no soportaba la idea de casarse con Zakía, cuando las más bellas del pueblo soñaban con casarse con él y cuando toda la gente veía a los dos como hermanos. Zaher fue a disuadirlo, pero no lo consiguió. Yalal dijo que se mataría si lo forzábamos a hacerlo. El alcalde estaba a punto de bajar y darle otra paliza como la anterior, para obligarlo a acceder, pero Zaher se lo impidió:

»—No puedes obligarlo a casarse. Y aunque lo obliguemos, el recién nacido siempre será un bastardo, puesto que fue concebido fuera del matrimonio. Además, la gente empezará a murmurar cuando vean a Zakía parir a los siete meses de haberse casado. Algunos dirán que el alcalde le regaló aquella pobre huérfana a su hijo como si fuera una cabra. Tendremos que pensar en otra solución.

»Nuestras almas volvieron a nublarse. La confusión se cernió sobre nuestras cabezas y la preocupación del alcalde empezó a agudizarse. Seguimos pensando largamente en el asunto, para buscar una solución. Ellos dos revisaron a conciencia las leyes religiosas, las tradiciones, las costumbres y los casos similares, para valorar las diferentes alternativas:

»—Le provocamos un aborto —dijo el alcalde.

»Pero Zaher respondió:

»—Eso es pecado. A estas alturas, el embrión ya es un feto. Dios le ha

insuflado un alma. Matarlo sería un crimen. Si debemos castigar el pecado de sus padres, ¿qué culpa tiene él?

»Al final, llegaron a la conclusión de castigar a Yalal desterrándolo, no sin antes haberle pegado y azotado. Dispusieron expulsarlo del pueblo, que no volviera sino dentro de unos años o nunca más, que Zakía quedara aislada y oculta a los ojos de la gente hasta que pariera a su hijo, y que luego fuera castigada. Dijeron que todo debería llevarse a cabo con suma discreción, para evitar el escándalo y para proteger el honor del alcalde. Lo describieron como una forma de guardar el secreto, no de encubrirlo.

»—Dios nos ordena guardar el secreto —dijeron.

»Yo propuse que Yalal se fuera a casa de unos parientes míos, en la ciudad de Rania, en Kurdistán, para así poder verlo y tener noticias suyas; del mismo modo, él podría seguir sus estudios allí y volver al cabo de unos años. Pero el alcalde insistió en alejarlo totalmente de Irak y que no volviera jamás, porque no quería ni verlo ni saber nada de él el resto de su vida. Le pidió a Zaher que, en la oscuridad de la noche siguiente, se llevara a Yalal y que se lo entregara a unos amigos suyos, unos contrabandistas kurdos, que traficaban con armas, mercancías y seres humanos en las fronteras, para que se lo llevaran a cualquier país vecino o “al mismísimo infierno”, como dijo. Luego Yalal tendría que arreglárselas solo, o “que se muera como un perro sarnoso... dile que no vuelva jamás, que no nos escriba y que no intente comunicarse con nosotros... dile que se olvide de nosotros para siempre y que nosotros lo olvidaremos a partir de mañana. No lo consideramos como un hijo al que hemos criado, sino como una mierda, como cualquier mierda que cagamos y olvidamos”.

»¡Cuánto lloré y rogué! Pero fue en vano. Pasé toda aquella noche con Yalal, abrazándolo, besándolo, consolándolo. Él lloraba solo porque su padre no quería ni verlo ni despedirse de él. ¿Has visto cómo son de crueles los hombres? Los dos solo pensaban en sí mismos y en el otro, pero no en nosotros: yo, Zakía y el feto... tú.

»Zaher cumplió con la misión al pie de la letra. Partió con el coche y con Yalal en la oscuridad de la noche, y también con las veinte pistolas que el alcalde tenía escondidas. No se olvidaron de beneficiarse con sus negocios en aquellos momentos críticos. Le dijeron a la gente que Yalal se había ido a Rusia, a seguir estudiando. A partir de ahí, no volvimos a saber nada de él y la gente fue poco a poco olvidándolo, aunque no dejaron de surgir rumores, escasos y distanciados en el tiempo, cuyo origen yo desconocía. Algunos comentaban que había

cruzado las fronteras del norte, hacia un país vecino, Siria, Irán o Turquía, y que de allí se fue a Alemania, donde se casó y se estableció. Otros decían que murió en un accidente de coche en París, o que murió ahogado en las aguas del estrecho de Gibraltar cuando intentaba cruzar ilegalmente de Marruecos a España. Otros, sin embargo, suponían que se hizo clérigo en Irán, que fue a combatir en Afganistán y que lo asesinaron en una guerrilla tribal, o que llegó a Colombia, donde se unió a la guerrilla y asumió un alto cargo, que traficaba con drogas en Brasil o que era alcalde de un pueblo holandés.

»Los hilos de las historias se me enredaron o me enredé yo en medio de tantas habladurías. Ya no sabía dónde estaba la verdad o qué era lo que debía creer. Ni siquiera mis corazonadas, que siempre me afirmaban que seguía vivo, me decían nada concreto de él. El alcalde me prohibió incluso mencionar el nombre de Yalal o llorarlo en su presencia, como si nunca hubiera existido para él. Aun así, me confesó en un momento de debilidad, antes de su muerte, que nunca lo olvidó y que más de una vez lo lloró en secreto.

*Vida en un sótano*

**D**IJO TAMBIÉN:

—En cuanto a Zakía, durante los primeros días después de la expulsión de Yalal, el alcalde sacó dos baúles del sótano, dejando el tercero allí, vacío; también construyó una pila de cemento a modo de baño. Me ordenó que le dejara sábanas a Zakía en el sótano y que pusiera su ropa y sus cosas en el baúl. Me dijo que la bajara, que la encerrara y la ocultara allí abajo hasta que pariera a su niño. Mientras tanto, Zaher y él divulgaron por el pueblo la noticia de que la habían casado con un beduino del desierto de Al-Ramadi. La gente consideró que era una gran obra de caridad procurarle un marido y una familia a aquella huérfana enferma, que nunca pensaron que llegara algún día a casarse.

»El encierro fue duro para Zakía. Un espacio angosto, sin ventanas, sin que pudiera distinguir entre la noche y el día. Un aislamiento sin ver a nadie más que a mí, cuando ella era una niña acostumbrada a moverse y a jugar con el resto de los niños. Nos costó mucho, a ella y a mí, adaptarnos a aquella situación. Traté de entretenerla y de engañarla con historias, le enseñé a coser y a bordar, la animé a aprovechar las largas horas confeccionando ropa para su niño. Le mostré cómo hacer muñecos y jugué mucho con ella, hasta que yo misma me aficioné a aquellos muñecos, porque en mi niñez estuve privada de ellos. Hacíamos familias enteras con cañas: juntábamos dos; la más gruesa, de un palmo de largo aproximadamente, hacía de tronco; la otra, más delgada y corta, era para los brazos. Las atábamos en cruz. Con retales de tela vieja, cosíamos ropa para el muñeco, le pintábamos la cara con el lápiz de kohl. Fabricábamos todo un mundo para sustituir al que había fuera. Cada muñeco tenía un nombre, un trabajo, una familia y una casa que era una caja de cartón y así...

»Mientras tanto, el pobre Ismael seguía preguntando por Zakía y buscándola, incluso después de que le contaran lo de su matrimonio. Iba a los lugares donde ella solía jugar o descansar y se quedaba sentado y distraído largos ratos.

Empezaba a enflaquecer por la nostalgia. Como nadie le volvió a hablar de ella, se vio obligado a contener el dolor de su ausencia y a aparentar que la olvidaba. Se volvió menos alegre. Los primeros días de su desaparición fueron muy duros para él; luego, poco a poco, él también empezó a acostumbrarse silenciosamente a su ausencia

»Yo me quedaba todo el tiempo que podía con Zakía, la dejaba sola apenas cuando se dormía. Para poder compaginar estar con ella y estar fuera, y puesto que ella ya no discernía entre la noche y el día, le cambié los horarios, de modo que pensaba que era de día cuando en realidad era de noche y viceversa. Ella dormía durante el día y se levantaba de noche; yo, a mi vez, me acostumbré a robarle unas horas al sueño entre el anochecer y el alba.

»Solo la saqué del sótano dos o tres veces, cuando el alcalde no estaba, y únicamente para ir al dormitorio, nunca más allá. Lo hice al ver que lloraba mucho y que estaba realmente ahogándose. La dejaba pasear por mi dormitorio. Daba grandes pasos, feliz, como si caminar fuera una bendición singular. Se echaba y se revolcaba con gran alegría en mi cama grande y blanda, disfrutaba como pato en el agua. Me hablaba de sus sueños, de sus pesadillas. Me hablaba de Yalal con nostalgia y placer. Me contaba detalles de su relación íntima que me da vergüenza mencionar, y de lo que él solía decirle. Yo percibía que lo amaba, aunque ella no supiera darle nombre a lo que sentía, porque no tenía idea de lo que es el amor como la gente suele entenderlo, pero seguramente lo sentía y lo expresaba con recuerdos y gestos, con el fulgor de sus ojos, con embeleso y pureza. Yo también le hablaba de Yalal, de su infancia, de todo lo que recordaba. Así, desahogaba un poco mi profunda nostalgia, sobre todo porque nadie, excepto Zakía, volvió a hablar de él delante de mí. De vez en cuando, algunas vecinas me preguntaban por él, les decía que el alcalde estaba en contacto con él por teléfono y por escrito, que estaba bien, que seguía con sus estudios, y cosas por el estilo. Les respondía con el menor número de palabras posible, las más oscuras y evasivas; luego me apresuraba a cambiar de tema.

»No le contaba a Zakía nada de lo que pasaba fuera. Creé con ella un nuevo mundo mediante las historias, los sueños y los muñecos. Cuando me preguntaba por su hermano Ismael, le contaba que estaba bien y que le mandaba recuerdos. Le dije que estaba muy ocupado porque el rebaño que cuidaba iba creciendo y la parte que le correspondía aumentaba, porque poseía veinte ovejas y doce cabras, todas suyas. Le dije que él le prometía que, cuando diera a luz, ella y el niño serían socios en el rebaño y que tendrían mucha mantequilla, lana y leche.



»Afortunadamente, para ella y para mí, su parto fue natural y fácil. Era de noche, aunque, para ella, de día. Me encargué yo sola de todo. Cuando soltaste tu primer grito, te abracé, todo manchado de sangre, y lloré. Ella, en cambio, cayó en un largo y asombrosamente profundo sueño.

»Al día siguiente, cuando te puse limpio en su pecho y le enseñé cómo amamantar, dio un inocente suspiro de alegría:

»—¡Oh! ¿Es mi hijo? ¿Cómo se llama?

»—Ponle el nombre que más te guste.

»—Yalal —dijo de inmediato, pero pronto se rectificó—. No, no, Ismael... O Yalal. ¿Qué piensas?

»Notó mi falta de entusiasmo por ambos nombres. En realidad yo no quería que ella honrara a los dos hombres que más daño le habían hecho: el alcalde y su hijo, aunque sabía que con Ismael pensaba en su hermano.

»—¿Qué?—preguntó.

»—No, creo que no. Ya tenemos a un Yalal y a dos Ismaeles. Sería mejor que pensaras en un nombre nuevo, porque este bebé también es nuevo. Un nombre solo para él.

»Pensó un momento antes de gritar:

»—¡Qamar!

»—Sí, ese es un nombre bonito para un niño bonito, Qamar, la luna. Será tu *qamar* y el mío.

»En su infancia, a Zakía le gustaba contemplar la luna; sobre todo, en las noches de verano, cuando dormíamos fuera, en la azotea o en el patio. Se quedaba mirándola... A veces le hablaba y le cantaba hasta quedarse dormida. A su muñeco preferido, el más pequeño, le puso el nombre de Qamar, le decía cosas, lo cambiaba de ropa y le escogía como padres y hermanos a sus mejores muñecos.

»El alcalde no me preguntaba por los detalles de nuestra vida durante el embarazo, pero nos facilitaba, sin mediar palabra, lo que pedíamos: medicamentos, ropa o comida y todo lo que a ella se le antojaba. Después del parto, no se interesó siquiera en saber si era niño o niña. Cuando le dije que era un varón, no me preguntó por su nombre, pero tragó saliva con dolor y aflicción. Yo lo conocía, sabía lo amargo que era para él debatirse entre el sueño y el deseo, por una parte, y lo que él pensaba que era un problema o un deber inexorable, por otra.

»Tu nacimiento convirtió nuestra vida en el sótano en otro mundo, un mundo

vivo y hasta bello a veces. No era asfixiante o aburrido como antes solía ser. Olvidamos los límites angostos de las paredes, olvidamos el problema por el que estábamos allí metidos. Te hablábamos, te cuidábamos, no dejábamos de observarte y de contemplar cada uno de tus movimientos. Zakía estaba mucho más eufórica que yo, porque, cuando yo recordaba la razón de nuestros apuros y lo que podría ocurrir en cualquier momento, cuando recordaba a mi hijo Yalal, que no sabía nada de su propio hijo —como yo del mío—, brotaba del fondo de mi corazón una agria y abrasante ola de tristeza que se me quedaba atorada en la garganta, una ola que ni conseguía salir en forma de llanto ni se atenuaba. En aquellos momentos, me quedaba absorta en mi amargo silencio, hasta que Zakía me llamaba la atención y me señalaba un movimiento tuyo.

»Diez días después, el alcalde me preguntó por la salud de Zakía, le respondí que se había recuperado por completo. Me dijo:

»—Entonces, prepárate para poner punto final a este desastre.

»Mi corazón se estremeció, se me secó la boca y le pregunté, balbuceando:

»—¿Qué? ¿Cómo? Quiero decir, ¿en qué has pensado?

»—Hemos decidido, el *hach Zaher* y yo, que Zakía reciba su castigo por lo que hizo. El bebé tendrá su propio destino, porque no tiene culpa.

»—¡Ella tampoco tiene culpa! ¡Es una retrasada!

»—La ley no protege a los negligentes.

»—¿Qué quieres decir? ¿Qué vais a hacer?

»—Escucha, mujer —me reprimió en tono contundente—. Estos son asuntos que tú no entiendes. Tienen que ver con las tradiciones, las costumbres, los principios y las leyes religiosas. Somos nosotros, los hombres, quienes tenemos que decidir y resolver con el más mínimo escándalo o daño. Tú solo debes obedecer. Y no te atrevas a abrir la boca para decir una sola palabra a nadie o te cortaré la lengua, ¿entiendes?

»Solo pude abalanzarme a sus manos, las besé, lloré y supliqué para que lo retrasara al menos unos días, por Zakía, por mí y, con más razón aún, por el niño, que todavía necesitaba mamar la leche de su madre. Se quedó largamente en silencio, como si se hubiera conmovido o convencido:

»—Bueno, lo consultaré con el *hach Zaher* —dijo antes de salir.

»Al día siguiente, no volvió en absoluto a tocar el tema; yo tampoco le pregunté. Cuando vi que pasaban los días, entendí que habían aplazado la cuestión, que estaban pensando en otra solución o que habían renunciado a la decisión que ya tenían tomada. Me debatía entre la preocupación y la esperanza.

Más de una vez, pensé en llevarme a Zakía y al niño y huir de noche, pero ¿cómo?, y ¿adónde? Pensé en Kurdistán, de donde vengo, pero en realidad no tengo allí familia directa ni a nadie. Mis relaciones y mis recuerdos estaban acabados, puesto que, desde que me había casado a tan temprana edad, no había regresado al pueblo. Las cosas seguramente habrían cambiado y todos se habrían olvidado de mí. Solo tenía en la memoria algunas imágenes dispersas y confusas de una infancia atormentada y de unos breves instantes de cariño con mi abuela, hasta su muerte. Ni siquiera sabía cómo llegar. Toda mi vida transcurrió aquí, era como si hubiera nacido en este pueblo. Al mismo tiempo, deseaba para mis adentros que las cosas transcurrieran de otra forma y renunciar así a las imprevisibles consecuencias de escapar. A veces soñaba con que Yalal volvería de pronto, convertido en un verdadero hombre y que, en cuanto viera a su hijo, encontraría una solución, como, por ejemplo, aceptar casarse con Zakía, aunque fuera como segunda esposa. Si así fuera, yo podría estar con mi hijo, con mi nieto y con Zakía, que también era mi hija, puesto que la había criado desde niña.

»Al cabo de dos semanas de silencio del alcalde y de mi creciente angustia, y durante una de las habituales veladas del alcalde y de Zaher en casa, me encontré a solas con Zaher durante un rato en que el alcalde fue al baño. Me apresuré a preguntarle por lo que habían decidido y me respondió:

»—Decidimos aplazar el asunto por un mes, eso significa que quedan dos semanas, así es que ármate de sabiduría y de paciencia, *'um* Yalal.

»Salté de inmediato a su lado y me puse, suplicante, a besarle la mano. Algo que no se me habría pasado por la cabeza hacer si en aquel momento hubiera estado en mis cabales. Fue mi corazón el que saltó antes que yo y que mis lágrimas. Le rogué, le supliqué que, por sus hijos y por su honor, trataran de encontrar otra solución que no hiciera daño a Zakía ni a su niño y, si no, que convenciera al menos al alcalde para aplazarlo otro mes más. El hombre se sobrecogió, sintió gran perturbación y vergüenza, intentó, asustado, retirar su mano de entre las mías. Seguramente temía que el alcalde entrara de repente y nos encontrara en esa situación, de modo que me lo prometió de inmediato, sin pensar.

»—Júralo por el nombre de Dios —le pedí; y me lo juró.

»Lo retrasaron hasta que tuviste dos meses y diez días exactamente. Entonces fue cuando ocurrió aquella fatídica noche.

»Por aquel tiempo, Zakía ya había aprendido muchos de los detalles sobre el

cuidado de un recién nacido y su corazón se había abierto completamente al amor. Nunca podré olvidar su alegría cuando te vio sonreír por primera vez. Yo estaba arreglando la ropa en el baúl cuando ella me gritó:

»—¡Ay! ¡Ven! ¡Ven, Qamar ha sonreído! ¡Te lo juro por Dios, lo he visto sonreír!

»Eran sonrisas involuntarias, como muchos de los movimientos que hace cualquier recién nacido, pero ella lloró y aplaudió con gran alegría.

»Al principio, te apretaba todo el pecho contra la boca, hasta casi ahogarte. Le enseñé cómo amamantar de lado y otras cosas similares. Representabas para ella una vida repleta. A veces me preguntaba por Yalal; le contaba lo que decíamos a todos: que se fue para seguir sus estudios. Añadía a mi mentira y le decía:

»—Volverá en cuanto reciba las noticias que le hemos mandado.

»Un día, cuando entré en su habitación, me pidió “las tres plumas más bellas de la cola del pavo más bello”. No le pregunté para qué las quería; se las llevé al día siguiente. Al cabo de dos días más, me enseñó un bonito gorro que te había hecho cortando el lateral de un saco de tela: lo bordó y le puso dos cordones a ambos lados para atarlos por debajo de tu mentón. Pegó en el pico las tres plumas y, en la frente, puso el colgante de plata que había heredado de su madre. Cuando te ponía aquel gorro, estabas impresionante, como un pavo real. Al girar la cabeza, el colgante tintineaba y las plumas con su abanico de colores parecían un arco iris. Zakía continuaba añadiendo cada día un nuevo detalle o un bonito bordado al gorro, como si fuera una gran obra de arte que nunca iba a dar por terminada. Es lo más importante de lo que quedaba y que sigo guardando en el baúl. Si quieres, te daré el gorro y el baúl esta noche, cuando volvamos.

ZEINEB SE CALLÓ UN MOMENTO, suspiró con amargura y prosiguió:

—¡Oh! ¡Dios mío! Nunca pensé que le contaría los detalles de aquella noche a nadie. ¡Ninguna de las siguientes la olvidé! Aquella noche traspasó su dolor a todas las demás noches... ¡Ni siquiera a ti pensé que llegara algún día a contártelo! Pero lo haré. Ya eres hombre y has visto muchas calamidades. Será la primera y la última vez que cuente aquellas escenas grabadas en mi memoria y en mi corazón como punzantes heridas eternamente sangrantes.

»Eran aproximadamente las tres de la madrugada. El alcalde entró como un destino inexorable. Estaba más tenso y brusco que nunca.

»—Escúchame bien —me ordenó en tono tajante y aterrador—. Cubre a

Zakía, tápale los ojos y tráemela de inmediato. Dile que vamos a darle una bonita sorpresa y que tendrá que obedecer a todo lo que digamos. ¿Has entendido?

»Me di cuenta de que había llegado la hora del, hasta entonces, desconocido y tan temible momento, de que cualquier palabra o acto por mi parte sería en vano y de que, si mostrara la más mínima resistencia, el alcalde, en el estado en que se encontraba, no dudaría en abofetearme o incluso en matarme.

»Intenté dar con alguna forma indirecta para decir o hacer algo. No sabía qué exactamente, lo que fuera para seguir luchando hasta el final, en la medida de lo posible:

»—¿Y el niño? —balbuceé—. Ella no iría a ningún sitio sin el niño. Está desesperadamente apegada a él.

»—Bueno, está bien. Trae también al niño, pero absolutamente nada más.

»—Y yo. Tendré que ir también con vosotros, porque, si Zakía tiene los ojos tapados, el niño podría caer de sus brazos y ponerse a llorar, o a lo mejor ella pregunta por mí o me necesita para lo que sea.

»El alcalde se quedó callado y pensativo durante un rato:

»—Lo importante ahora es que hagas lo que te he dicho. Llévala al coche de inmediato y sin ruido. Y ya veremos entonces. El *hach* Zaher y yo estaremos esperando. ¡Vamos, vamos! ¡Rápido! —dijo antes de salir.

»Yo sabía que consultaría con su amigo la cuestión de que yo los acompañara. Cuando llegamos, la puerta de atrás del coche estaba abierta, justo a un paso de la entrada de la casa. Me indicó con la mano que subiéramos rápidamente. Ayudé a Zakía hasta que se sentó y le puse al niño en los brazos. Me señalé el pecho con el dedo para preguntar al alcalde si podía subir yo también. Hizo un gesto afirmativo y subí. Cerró la puerta sin hacer ningún ruido, pero luego tiró de la puerta con fuerza para asegurarse de que estaba bien cerrada. Las ventanillas también estaban cerradas. Zaher, al volante. El coche arrancó.

»En el cielo, la luna estaba llena. Ojalá Zakía hubiera podido verla. Se mantuvo callada como le indiqué, te abrazaba y te apretaba fuertemente contra su pecho. Pegaba su pierna a la mía para estar segura de mi presencia, igual que hago yo ahora junto a ti, para asegurarme de que sigues aquí.

»El pueblo estaba tranquilo. Un extraño silencio se adueñaba de todo, dándole al crujido de las ruedas mayor presencia. Los guijarros y la arena emitían al aplastarse un chirrido parecido al de las uñas cuando se araña un

papel. Lo sentía en la piel, que me temblaba, y en el vello, que se me erizaba. Fuera del pueblo, el universo estaba vacío, parecía un abismo hueco, una amplia hoja de penumbra con la luna en el centro, exactamente frente a nosotros. No había nada más que una luna alta y altiva, y la oscuridad rodeándola, rodeándonos. Su luz fue disminuyendo poco a poco, la escena parecía como si fuera de madrugada, los árboles eran visibles a ambos lados del camino tenebroso. Más allá, la negrura aplastaba los lejanos horizontes y los más lejanos aún.

»Zaher rompió el silencio, preguntándole a Zakía cómo estaba.

»—Bien, tío —respondió.

»—Repítame conmigo todo lo que diga.

»Empezó a recitar plegarias, invocaciones, aleyas del Corán y expresiones religiosas, como la declaración de fe en Dios, la contrición ante Él y la afirmación de la certeza de la muerte. Mientras tanto, ella lo repetía todo. Cuando vi que la estaba obligando a decir lo que se le dicta a un moribundo, sentí que se me sofocaba la respiración y se me encogía el pecho aún más. Se me ahogó la voz y me fue imposible decir nada. Seguí en ese estado hasta que vi que el coche subía el monte del cementerio y paraba en la cima... aquí, junto al espino del mar, que en aquel entonces estaba mucho más pequeño que ahora.

»Bajaron del coche y nos ordenaron salir. El alcalde abrió el maletero y sacó lo que al principio creí que eran dos muletas y una caja. Pero enseguida me di cuenta de que la caja era un cojín y las muletas, un rifle y una pala. Zaher nos encaminó unos pasos más adelante, hasta donde había un hoyo rectangular, al lado de la tumba del “mártir del agua”. Un hoyo, una tumba.

»—Bájala —me dijo.

»No sé lo que hice. Como no daba crédito a lo que estaba viendo, confiaba en que todo eso no fuera más que una pesadilla que acabaría en cualquier momento; y, si acaso fuera realidad, no serían sino unos ritos místicos o algún tipo de tratamiento mediante conjuros. Eran muchas las historias que se oían sobre las curas de locos en los cementerios. Zaher la bajó sin dejar de hablar en un tono tranquilizador, cordial y piadoso, indicándole que se dirigiera hacia tal lado o que se pusiera en tal sitio.

»Hizo que se detuviera en el hoyo. Cogió una tela blanca que llevaba debajo del brazo. Cuando la desplegó, tenía forma de saco grande: era una mortaja. Se la puso en la cabeza a Zakía, que parecía un fantasma parado en medio de la tumba. Empezó inmediatamente a atarle una cuerda alrededor del cuerpo; el

alcalde lo ayudaba. Zakía se asustó cuando sintió la presión de las ligaduras. Intentó zafarse, pero el alcalde le gritó que se estuviera quieta. Ella dejó de moverse, mientras jadeaba y sollozaba. Zaher le dijo:

»—Tranquilízate, hija. Es por tu propio bien, por el bien de tu alma. Dentro de unos instantes, todo habrá terminado y te encontrarás en un mundo más confortable.

»La luna con todo su resplandor estaba frente a ella. Me sorprendí a mí misma diciendo:

»—Dejadla al menos que vea la luna.

»Cuando Zakía me oyó, pensaba que estaba diciendo tu nombre y gritó:

»—¡Sí, quiero ver a Qamar, quiero ver a Qamar!

Te acerqué precipitadamente a su cara cubierta. Tropecé, casi me caí y mi cara se dio contra la suya. La besé, lloré, ella también lloró. El alcalde me agarró el brazo con fuerza, me arrastró hacia atrás de un tirón que casi me disloca el hombro, me empujó para que me sentara en el suelo, mientras yo no dejaba de sollozar.

»Los vi coger unas piedras con las que empezaron a lapidarla. Zakía se puso a gritar, hasta que cayó tendida en la tumba. Como sus voces comenzaron a ser muy elevadas, fueron en busca de la almohada y del rifle. Supe que iban a pegarle un tiro. Lo último que vi fue a Zaher cogiendo la almohada mientras el alcalde cogía el rifle. Me levanté contigo en brazos y hui corriendo. Tuve miedo de que te hicieran daño. Bajé la ladera del monte a toda velocidad. Las espinas me arañaban y los guijarros me hacían sangrar los pies. Bajé, bajé, me resbalé y caí rodando. Oí los gritos ahogados de Zakía, debilitados con la distancia. Luego el silencio, después de un sordo disparo y de otro más claro y estridente. Tropecé y volví a caerme, te estrechaba con todas mis fuerzas contra mi pecho, estuve rodando hasta que me frenó una piedra grande en el fondo del valle.

»No sé cuánto tiempo permanecí allí, intentando tranquilizarte. No sentía los moretones ni los cortes que me había hecho. Quería salvarte o morir contigo. Quería de alguna forma seguir creyendo que lo que pasaba no era más que una pesadilla. Imploraba la protección de Dios contra Satanás. Y Le rogaba que todo terminara y me dejara despertarme. De repente, vi el coche circulando y al alcalde caminando a la luz de los faros, que se detuvieron sobre mí. Se acercó y me levantó del suelo; mientras, Zaher se apeó y te arrancó de entre mis brazos, que me aferraban a ti. No tenía fuerzas suficientes para ponerme de pie; el alcalde me ayudó, me llevó casi en volandas hacia el coche, al tiempo que me

regañaba:

»—¿Estás loca? ¿Qué haces? ¡Ya...! Todo ha terminado.

»El alcalde te cogió en sus brazos por primera vez; Zaher se sentó al volante y puso el coche en marcha, diciéndome:

»—Es lo mejor para su alma, hermana. Que el ser humano reciba su castigo durante esta vida efímera es mejor que recibir el castigo divino en el Más Allá. Créeme, ella nos lo agradecerá al final. Eres creyente, solo tienes que confiar en las disposiciones divinas. Ármate de paciencia y de resignación ante el destino y la voluntad de Dios.

»No. En realidad era su crimen. Ellos sabían perfectamente que lo que habían hecho no tenía nada que ver con la religión. Pero no dije nada. Temblaba sorbiéndome los mocos, me secaba las lágrimas y me tocaba las heridas que me picaban por todo el cuerpo. Sentí que se me habían roto algunos huesos y desgarrado la piel. La humedad de la sangre me empapaba la ropa y la garganta.

»Cuando llegamos a casa, el alcalde me dijo:

»—Sal y vete directamente a tu habitación. ¡Y ojo! No hagas ningún ruido. Volveré dentro de poco.

»Antes de bajar, tendí los brazos para cogerte, pero me dijo:

»—Se acabó, olvídate del niño. Se lo daremos a una familia que lo cuide. Lávate, haz tus abluciones y reza para que te tranquilices y duermas. ¡Vete ya!



*Infancia en un cajón militar*

**A**BDULÁ NO INTERRUMPIÓ A ZEINEB ni una sola vez. Ella esperaba que le preguntara algo, pero no lo hizo. El silencio de Abdulá le resultaba tan pesado como el lastre de sus propios años. Sentía aquel silencio, oía su respiración al inhalar y exhalar el humo de sus cigarrillos, uno tras otro. Sabía, por la costumbre que se había hecho de calcular interiormente el tiempo y suponer la existencia de la luz, que el sol se había escondido detrás del monte o estaba a punto de hacerlo. Confirmó su sensación al oír la bocina del coche de *abu* Mohamed acercándose a ellos, quizá desde el fondo del valle o en mitad del camino, subiendo la ladera.

Antes de levantarse, le preguntó de nuevo a Abdulá si tenía alguna pregunta o si quería que le mostrara el sótano y le diera el baúl con sus cosas y el gorro de su infancia que le había hecho su madre, si quería anunciar ante todo el mundo y con ella a su lado la verdad de su origen. Ella le prometió que le dejaría la parte correspondiente de herencia, como al resto de sus hijos y nietos.

Pero Abdulá no dijo nada; la ayudó en silencio a levantarse. La mujer le dijo, mientras oía el crujido de las hierbas secas bajo sus pies:

—Solía venir aquí a plantar y regar flores encima de su tumba, pero dejé de hacerlo cuando perdí la vista.

Abdulá le cogió el brazo con una mano y con la otra le entregó su bastón. Bajó con paso prudente y tranquilo, acompasándolo al débil paso de ella, hasta que la ayudó a subir al coche. Se sentó al lado de *abu* Mohamed, en el asiento delantero, y no junto a ella como cuando vinieron.

Cuando ya el coche había arrancado, Zeineb intentó romper el silencio. Le preguntó a *abu* Mohamed por la salud de uno de sus niños. Este le siguió la conversación hablando de la cosecha de aquella temporada, de la proximidad de la boda de su hija mayor, de que una de sus vacas había cortado la cuerda con la que la ataba por la noche y se había ido corriendo al almacén de cebada, donde

se hinchó a comer, y que, cuando fue el veterinario, este aconsejó que le dieran Pepsi-Cola, así es que compró una caja de botellas, las vació en el cubo y la obligó a beber metiéndole el hocico a la fuerza. La vaca se puso a soltar mugidos y eructos que causaron las carcajadas de los niños y de los vecinos. Ellos también rieron, pero el semblante de Abdulá, en cambio, estaba tan serio como si no hubiera oído nada.

Continuaron con sus comentarios y sus risas hasta que entraron en el pueblo. *Abu Mohamed* preguntó si tenía que llevarlos a la casa de la señora Zeineb, donde los había recogido, o llevar a cada uno a su casa. Zeineb le preguntó a Abdulá si aceptaba su invitación a cenar.

—No, gracias —respondió.

La pregunta de Zeineb encerraba otra intención: en realidad, quería saber si Abdulá deseaba seguir la conversación con ella, si tenía algunas preguntas o incluso respuestas a las últimas preguntas que ella le había hecho. Pero aquel «No, gracias» la llevó al convencimiento de que en su interior estaban bullendo unos volcanes cuya naturaleza desconocía, pero que seguramente comprendía. Y le dijo a *abu Mohamed*:

—Entonces lleva primero a Abdulá a su casa, que cae de paso. Así, como tú y yo somos vecinos, no tienes que dar tanta vuelta.

En cuanto el coche se paró delante del portón del patio, Abdulá se apeó en silencio y se dirigió enseguida al interior de la casa. Entró y cerró la puerta. Se sentó en un rincón, con la cabeza entre las manos. «No puedo llorar», se decía a sí mismo; pero pronto se preguntó: «Además, ¿para qué llorar?». No encendió ninguna luz, se quedó en total oscuridad, tenso, con la cabeza apoyada entre las manos. No podía pensar en nada concreto, pero una ambigua conmoción se agitaba en su interior como si estuviera a punto de vomitar o estallar en gritos.

Encendió un cigarrillo detrás de otro hasta que se calmó un poco. Entonces se levantó y encendió la luz. Sentía el cuerpo agotado, pero la mente muy despierta. Se paró delante de las fotografías de sus padres adoptivos, Saleh y Mariem. Los miró fijamente:

—Os engañaron como a mí. Vivisteis una ilusión como yo. ¡Os mintieron, los hijos de perra! ¡Los muy asesinos!

Repitió una frase de un filósofo francés. Intentó acordarse de su nombre... un tal Sarir, Sirar, Sarsar, Sarter, Sarsari o algo parecido. Sonrió ante esa extraña obsesión de acordarse del nombre precisamente en un momento como aquel:

—El infierno son los otros.

Recordó que Tarek solía repetirla. Respiró profundamente:

—Aunque no. No os engañaron. Necesitabais un hijo y os dieron uno. ¿Qué más os daba quién era, cómo, quiénes eran sus verdaderos padres, de dónde venía y adónde iba? ¡Qué mala jugada! Todos necesitamos una mentira o una ilusión para encontrar algún motivo o distracción que nos ayude a soportar la vida y para fingir que nuestra existencia tiene cierto sentido.

Se fue a la cocina a prepararse un té. A través de la ventana irrumpieron al mismo tiempo una luz directa del exterior y el claxon de un coche parado en la puerta del patio. Abrió la ventana. Vio a *abu* Mohamed bajarse, empujar la puerta y llamar sin apagar el motor ni las luces del coche. Abdulá salió a su encuentro.

*Abu* Mohamed le dio un baúl junto con una llave y le dijo:

—*Hacha 'um* Yalal te manda esto. Escucha, hermano Abdulá: si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmela. Eres uno de los nuestros.

Abdulá le dio las gracias y volvió al interior de su casa cargando el baúl. Reparó en que era un cajón militar, hecho de una madera muy sólida de color verde caqui. ¡Cuántas veces había trabajado con cajones así durante la guerra! ¡Cuánto la odiaba! ¿Por qué lo seguía hasta aquí, después de aquellos años? ¿Cuándo podría deshacerse de su recuerdo y olvidarse de todo lo relacionado con ella? ¿Por qué sus símbolos lo perseguían incesantemente?

Dejó el cajón en el centro de la sala; después trajo la tetera y un vaso. Se sentó al lado del cajón, mirándolo fijamente y observando sus detalles. Era del tamaño de una maleta, con unos números y unas letras pintados en la parte superior; eso le permitió reconocer que era un cajón de munición de mortero. ¿Cómo habría llegado hasta ese anónimo pueblo? ¿Qué hacía allí? El candado que le habían añadido era enorme, uno de esos candados que se usaban antiguamente en las puertas de los comercios.

Sacó la llave del bolsillo. No tenía ganas de abrirlo o, más bien, ¿para qué iba a abrirlo? ¿Qué le importaban unos insignificantes objetos de una infancia que no recordaba, puestos allí por una madre a la que nunca llegó a conocer y que no tuvo ninguna presencia en su vida? De pronto, le habían dicho: «Tienes una madre llamada Zakía, te puso el nombre de Qamar y su historia fue... ¡La asesinaron!».

Arrojó la llave encima del cajón y se quedó sorbiendo tragos de té y rumiando el humo y los recuerdos.

Odió aquel baúl militar, no quería quedárselo en su casa. Lo despedazaría y lo

quemaría, como solían hacer en los frentes de guerra para calentarse con su leña, para cocinar y hacer el té. Lo destrozaría y lo echaría en la grieta de la tierra. Pero ¿y lo que había en su interior? ¿Por qué se lo mandó su señora abuela? ¿Por qué le contó aquella historia? Por un momento, sintió que también la odiaba. Todo el cariño que había recibido de ella durante toda su vida se convirtió a sus ojos en una historia de hipocresía. La confesión no le parecía entonces más que un intento de aplacar su conciencia o liberarse de su sentimiento de culpabilidad. Pero ¿qué culpa tenía ella? Solo era una víctima como él. También ella había sufrido demasiado. «Llevaba esperando todos esos años para descargarse del peso de aquellos dolorosos recuerdos y echarlos sobre mis hombros. ¿¡Necesito acaso más dolor!? ¿¡Luego me pregunta si quería que ella revelara mi origen, que me reconociera públicamente como descendiente suyo y que me asignara una parte de la herencia!? ¿¡Me niegan en vida y me reconocen tras su muerte!? ¡Silencian mi verdad a lo largo de toda su vida para encubrir sus crímenes de violación y asesinato! ¡Para ellos yo era una deshonra y no querían reconocer su abyección ni nada que pudiera recordársela! ¿¡Ahora, muertos, quieren cargarme públicamente a mí con su deshonra!?!».

Zeineb le había dicho que Dios los había castigado en vida y los castigaría en el más allá por el crimen que habían cometido. Le contó que la muerte del alcalde y de Zaher fue un verdadero suplicio. Contrajeron una extraña enfermedad: todo comenzó con una picazón en la piel, que pronto empezó a ulcerarse y a convertirse en sarna. Se desollaron, se quedaron en carne viva todo un año. Se pudrían en la cama. De nada sirvieron los ungüentos ni los médicos ni la magia ni los ritos místicos. Un curandero les dijo que habían bebido la misma agua y que solo Dios sabía cómo, qué agua era y qué tenía. El hedor era insoportable, como el sufrimiento que pasaban a medida que la piel se les quedaba pegada a las sábanas y las moscas pululaban en las heridas ulceradas y la carne despellejada. Hasta sus peores enemigos los habrían compadecido. Zeineb dijo que era castigo de Dios.

«Y ¿de qué me servirá a mí su sufrimiento? ¿Qué culpa tengo yo, para que toda mi vida haya sido un suplicio?», se preguntaba Abdulá. No sabía en ese momento si quería o si odiaba a la señora Zeineb. Ni lo que ocurría en su interior ni lo que tenía que hacer. Estaba cada vez más seguro de las razones de su melancolía, de su nihilismo y de la misteriosa tristeza que le pesaba en el alma como un lastre.

Solo en la noche, sin más compañía que aquel cajón militar. Y, en su interior,

nada más que unos objetos muertos, que se habían acostumbrado a la soledad y a la oscuridad ellos también. Solo, después del viaje de su vida, de los largos años pasados, sin más compañía ahora que la de unos objetos muertos que pertenecían a un principio del que no tenía consciencia. Principio y fin que se unían en aquel momento. Para nada. ¿Qué sentido tenía todo aquel sufrimiento padecido en el recorrido entre ambos instantes?

Evocaba todo cuanto le había contado la abuela más de una vez. «Mi vida es una auténtica película india», se decía para sí mismo. Trataba de imaginar los detalles... Intentaba ponerle cara a su madre valiéndose de las facciones de Ismael el pastor. ¿Cómo serían su voz, su olor y su sonrisa? ¿Acaso su vida, la de él, habría sido diferente si ella siguiera viva? ¿Le tendría el cariño sincero que él necesitaba? ¿Y su padre? ¿Dónde estaría en aquel momento? ¿Se habría casado y tenido hijos en otra tierra lejana? ¿Se parecería al alcalde, a su fotografía de joven colgada en la pared principal del salón de invitados, con su tosquedad y su mirada de águila? ¿O sería más parecido a su madre Zeineb? ¿Por qué no le preguntó por todos aquellos detalles? Y ¿por qué preguntarle? ¿Qué sentido tendría saber todo aquello? Emociones fuertes lo atrapaban. Su pensamiento lo impulsaba a imaginar a su madre más que a su padre. Carecía de todo deseo de conocer nada acerca de él. No sentía nada hacia él; al fin y al cabo, no era más que un violador, el niño mimado de un padre rico que descargó su lujuria con una pobre niña retrasada y huérfana y luego se fue. ¿Qué sentido tenía tener a semejante individuo como padre, en contra de su voluntad?

Se figuraba el sufrimiento de su madre engañada por todos. Asesinada, amortajada, amarrada, con los ojos vendados. Todo lo que quería era ver la luz de la luna o a su niño, cuando ellos la cubrieron de piedras (¡benditas!) y la fusilaron dentro de una tumba que ya tenían preparada.

Por un momento, quiso vengarse de los dos, de toda la descendencia y de los bienes que dejaron a sus espaldas. Quiso sacarlos de sus tumbas, machacar sus huesos, mear y cagar encima de ellos y, por último, dispersar sus restos en los basureros. En cuanto a sus hijos y nietos, secuestraría cada noche a uno de ellos, lo amortajaría, lo ataría con una gruesa cuerda, le contaría la historia, lo violaría, lo apedrearía, lo mataría y lo enterraría en un lugar desconocido. Y así, hasta acabar con todos ellos; luego quemaría sus terrenos y sus casas o las haría saltar por los aires. Abandonaría este pueblo y este país condenados e iría en busca del violador principal, Yalal, para hacerle lo mismo. Luego se iría... Simplemente se iría. No sabía adónde. Dejaría atrás este mundo salvaje, de una vez y para

siempre, y que con su final terminara esa prole de sangre corrupta.

Así fue subiendo la conmoción de Abdulá, elevándose en su alma como una ola de ira abrasadora, pero no tardó en esquivarla, en sacudírsela de la mente. Solo fue un pensamiento pasajero, no era natural en su manera de ser, no cuadraba con sus convicciones. Él huía de la crueldad, la odiaba. Muchas veces se había preguntado sobre el motivo de toda esa maldad que se agazapa en los corazones de ciertas personas y sobre el placer o el objetivo de actuar según su dictado. Pensó en olvidarse de todo aquel asunto, dejarlo atrás, sepultarlo en el oscuro sótano del pasado como si nunca lo hubiera conocido, tratarlo como había hecho con sus años de cautiverio.

Su objetivo era olvidarlo y enterrarlo como si nunca hubiera existido, como si él no hubiera conocido la verdad de su historia... Pero en realidad la conocía, era imposible borrar el conocimiento. Sería entonces mejor que la ignorara, la silenciara o, al menos, que la dejara atrás. No se sentía capaz, en ese momento, de llegar a tomar una decisión. Su monólogo interior le originaba más preguntas que respuestas.

SU NACIMIENTO HABÍA TENIDO LUGAR en un sótano, una prisión, una jaula, una celda... Más tarde perdió todo el frescor de la juventud con los cerca de veinte años que pasó en otro cautiverio más cruel aún. «Prisiones son esta existencia, desde su comienzo hasta su finitud o su infinitud. ¿Por qué, ¡oh Tú, que estás en los cielos, elevado y libre!, voy yo de una prisión a otra, después de haber sido libre en la inexistencia? ¿Dónde está la inexistencia? ¿Por qué culpa o con qué derecho me llevan de una prisión a otra? ¿Por qué? ¿Será eso lo que llaman algunos, como Ibrahim, mi destino? ¿Qué es el destino? Y ¿por qué precisamente debo yo tener un destino como este? ¿Qué pecado he cometido? ¿Por qué? ¿Por qué?».

Abdulá desearía tener allí mismo a alguien con quien hablar, alguien que lo ayudara a soportar los dardos de esa avalancha de preguntas, alguien que le ofreciera alguna respuesta o que, por lo menos, se hiciera eco de sus propias preguntas. «¿Qué diría otra persona de la situación en la que me encuentro? ¿Cómo la entendería? ¿Cómo se sentiría? ¿Qué preguntas, respuestas u opiniones tendría?». Pero ¿por qué pensaba así si él rehuía del otro? ¿No eran los otros el mismo infierno? ¿Acaso todo cuanto padecía no era por culpa de los otros?

«No quiero a nadie. No quiero saber nada de nadie, ni siquiera de los que me

han engendrado. Nada fuera de mi ser, nada que no sea yo me interesa ni me afecta. ¿Por qué no me dejan solo? En mi aislamiento, en mi melancolía, en la paz de la soledad que anhelo. ¿Es mucho pedir? ¿Por qué será que, cada vez que aguanto pacientemente con la esperanza de que me dejen en paz, vuelven a arremeter contra mi vida de tan diferentes formas?»

SE SINTIÓ ALGO MÁS CALMADO, se echó en el suelo justo donde estaba sentado. Se golpeó varias veces la frente con el puño; primero, suavemente; luego más fuerte. Se atusó la barba. Al cerrar los ojos, las largas horas de privación de sueño hicieron que los sintiera como dos guijarros que le punzaban los párpados. Se irguió de nuevo. Cogió la llave de encima del cajón, lo contempló, clavó los ojos en el candado, pero volvió a dejar la llave. Se puso a fumar sin conseguir deshacerse de su bramido interior. Dio muchas vueltas a los sentimientos encontrados que lo acosaban y a la insistente necesidad de conversar con alguien en lugar de mantener un monólogo íntimo que le flagelaba. Deseó entonces que Samiha estuviera con él, para poder contarle todo. Hablarle del tormento que padecía por su antiguo y único amor por ella, de la nostalgia que había echado raíces y extendido sus ramas en su interior, de tanto sufrir ese amor. Raíces y ramas de un amor que crecía en sus entrañas como el espino del mar en el cementerio.

Le contaría lo que acababan de contarle a él aquel mismo día. Deseaba conversar con ella. Lo compartiría solo con ella y con nadie más... si es que pudiera compartir con alguien cuanto ardía en su interior. ¿Qué le contaría? ¿Cómo se comportaría ella si supiera que él era un bastardo? ¿Qué pensaría de su propio padre si supiera que él era el asesino? ¿Se avergonzaría quizá? ¿Se enfurecería? ¿Lo lamentaría? ¿Pediría perdón? ¿Intentaría comprender a su padre y excusarlo, o sentiría rencor y odio hacia él y el odio fortalecería así el amor que se profesaban Abdulá y Samiha? Pero Abdulá no odiaba, despreciaba el odio, no encontraba razón para que existiera. El odio era una innecesaria carga para el alma. Él quería paz, nada más. Solo paz.

VISLUMBRÓ LAS PRIMERAS LUCES del alba que se colaban por las rendijas de la ventana. Se pasó las manos por la cara y resolvió deshacerse del baúl militar. Pensó en llevarlo tal cual, cerrado, rociarlo de gasolina, prenderle fuego y tirarlo mientras ardía, con todo lo que contenía, en la grieta. Pero se retractó casi al instante. Se decidió... Abrió el candado y, en cuanto levantó la tapa, un viejo y

rancio olor a polvo le golpeó la nariz. Alargó la mano: ropa infantil vieja, muñecos hechos de caña, una cadena de plata, pañuelos y el gorro con sus tres plumas y sus bordados. Lo cogió con mano trémula, palpó cada hilo, se lo puso encima de la cabeza. Sintió que la mano ausente de su madre lo acariciaba. Volvió a cogerlo, lo olió, lo besó. Fue sacando todos los objetos que había en el baúl y se los acercó a la cara. Tenían un extraño olor, mezcla de tela vieja, polvo y madera. Y cierto rescoldo humano. Imaginaba lo que era: el olor de un bebé, de la leche que había mamado, de un pecho, un cuello, unos dedos... olor a madre. Olor a madre. El olor de su madre, Zakía.

El alma le rebosaba necesidad de ternura, de una mujer, de su madre, necesidad de un compasivo y cariñoso roce humano, de una mano y unos dedos, del contacto de una piel humana viva, de un pecho y de su respiración, necesidad de una persona, de su madre, necesidad de llorar, llorar. Abdulá estalló en sollozos y cayó al suelo. Hundió la cara en la pila de ropa infantil vieja y de pañuelos que llevaban su propio olor. Lloró como un niño hasta quedar extenuado. Exhausto y en esa misma postura, se quedó dormido. Entró en un profundo sueño que duró dos días seguidos.



*Velada de té a la leña*

UNOS GOLPES EN LA PUERTA. Abdulá levantó la cabeza. Había oscuridad fuera y luz dentro de la casa. Alguien llamaba de nuevo. La voz de Tarek repetía su nombre. Se incorporó:

—Sí, sí, un momento —dijo.

Se apresuró a recoger los restos de su infancia con los que estaba acostado. Corrió al dormitorio y los tiró encima de la cama. Tarek seguía aporreando la puerta y llamando a su amigo. Abdulá volvió a la entrada, abrió y encontró a Tarek en compañía de Ibrahim. Los invitó a entrar.

—Pero ¿qué te pasa, hombre? ¿Estabas durmiendo? ¿Quién se acuesta a una hora tan temprana? Solo las gallinas lo hacen.

—Sí, estaba dormido. Tomad asiento. Voy a lavarme la cara, vuelvo enseguida.

Abdulá sentía un extraño alivio, un alivio de una naturaleza diferente. Se mojó toda la cabeza, se secó, se peinó el pelo y la barba delante del espejo. Se vio con una sonrisa en la cara y con los ojos más amplios y diáfanos. Salió.

—¿Qué hora es? —les preguntó.

—¿¡Que qué hora es!?! Las nueve de la noche, amigo! ¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que he dormido mucho. Tengo un poco de hambre. ¿Queréis comer algo? ¿Os preparo un té?

—Come tú lo que quieras; luego preparáanos un té. Hemos cenado después del funeral.

—¿Qué funeral? ¿Quién ha muerto?

Ibrahim se volvió hacia Tarek:

—¿No te dije que no sabía nada? Si lo hubiera sabido, seguro que habría asistido al sepelio.

—Lo siento. La *hacha* Zeineb murió anoche —le dijo Tarek.

—¿¡Qué!?! Estuve con ella todo la tarde de ayer.

—No, amigo. Estuviste con ella la tarde de anteayer, según nos contó *abu* Mohamed. También nos dijo que ella te había mandado un baúl. ¿Es este?

—Sí.

Solo entonces se dio cuenta Abdulá de que había estado durmiendo dos días seguidos.

El baúl seguía abierto en medio de la sala. Ibrahim volvió a poner la tapa en su sitio y lo cerró. Sorprendido, empezó a observar el baúl por todos los lados:

—¡Es un cajón militar! —exclamó Ibrahim—. ¡Un cajón de munición de mortero! ¿Qué pinta aquí? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—¿Qué contenía? —preguntó Tarek.

—Nada importante. Cosas de mi infancia que ella guardaba en su casa. Me dijo que se los llevó cuando venía a limpiar, para conservarlos durante mi ausencia.

Mientras tanto, Ibrahim seguía examinando y tocando el baúl como si se tratara de un gran descubrimiento:

—¡Dios mío! Pero ¿cómo...?

Abdulá se llevó la tetera y el vaso, seco y pegajoso, y se dirigió a la cocina. Mientras, Tarek le recordaba a Ibrahim que el alcalde traficaba con armas y que su propio padre era su socio en aquel negocio, de modo que ellos también seguían teniendo en casa cajones y objetos militares.

Dentro de la cocina, y mientras se preparaba algo para comer y se comía un trozo de pan que tenía en la mano, Abdulá continuó hablándoles a través de la puerta abierta:

—¡Qué extraño! La pobre no se quejaba de nada. ¿Cómo ha muerto?

—Como hacen todas las criaturas de Dios. Dicen que se fue a dormir como siempre y, como tardaba en levantarse, fueron a despertarla, pero no despertó. ¿Qué estuvisteis haciendo en el cementerio?

—Nada, solo una visita. Me contó que no había vuelto por allí desde hacía tiempo. Yo tampoco, así es que acordamos ir juntos y pasar un rato con nuestros seres queridos.

—¡Alabado sea Dios! Es como si hubiera sabido la llegada de la hora de su muerte y hubiera ido a saludarlos. Le hemos dado sepultura en la colina que será a partir de ahora el nuevo cementerio. Ese era su deseo —dijo Tarek.

—Se dice que mucha gente presiente la proximidad de su muerte. Incluso que hay personas que reciben en sueños algo así como un mensaje, una premonición. Sobre todo, la gente de corazón puro, y ella era una buena mujer. ¡Que Dios se

apiade de su alma! —añadió Ibrahim.

—Te amaba mucho, Abdulá, como si fueras hijo suyo. ¡Si supieras cuánto lloraba durante tu ausencia y cuánto preguntaba por ti!

—Sí, lo sé.

—Ha sido buena con todo el mundo, como si fuera una verdadera hija de nuestro pueblo. Además, es la única mujer que aguantó con paciencia al alcalde. Si no hubiera sido por ella, el alcalde habría sido una bestia, un ogro de esos que devoran a la gente y les echan los huesos a los perros.

Cuando Abdulá volvió de la cocina, encontró a Ibrahim en cuclillas al lado del baúl, contemplándolo, tocándolo, casi oliéndolo.

—¿Qué vas a hacer con él? —le preguntó a Abdulá.

—No lo sé. Lo tiraré, lo destrozaré o lo quemaré. No quiero nada militar en mi casa.

—Sí, vamos a quemarlo y a preparar té. La madera de estos cajones es estupenda, la mejor para preparar comida y té. Eso hacíamos durante el servicio militar.

Les gustó tanto la idea que cogieron el baúl entre los tres, lo sacaron al patio y lo despedazaron. Reunieron los trozos en una zanja poco profunda, los rociaron de queroseno de una de las lámparas y les prendieron fuego. Trajeron tres piedras pequeñas con las que rodearon el fuego y ya estaba todo listo para asentar la tetera. Por último, trajeron dos pequeñas alfombras para sentarse alrededor del fuego.

Cierto entusiasmo se infiltraba en sus espíritus con aquel ambiente. Rodeados por la tranquilidad de la noche, se entretenían observando las llamas que resplandecían al remover las ascuas. Las conversaciones empezaban a fluir con armonía, cordialidad y una sensación de seguridad. Hablaron de los otros, de sí mismos, de los recuerdos y de cualquier tema que surgía en la conversación. Abdulá encendía sus cigarrillos con las ascuas que levantaba con unas pinzas. Ibrahim recordaba los únicos ratos buenos que había podido vivir en la guerra. Se asemejaban a aquel preciso momento: soldados venidos de todos los pueblos y las ciudades, exhaustos y alejados de sus familias, reunidos para preparar el té y sorberlo lentamente a tragos parsimoniosos mientras hablaban de sus novias, cantaban, bailaban y se reían. Era un placer especial y único.

Volvieron a la señora Zeineb más de una vez y, de ella, pasaron a hablar del alcalde y de la especial e íntima amistad que lo unía a Zaher, el padre de Tarek.

—Mi padre también fue íntimo amigo del tuyo, Ibrahim. Participaron juntos

en la guerra de Palestina —dijo Tarek.

—Sí, pero su amistad no fue tan profunda como la de tu padre con el alcalde.

—En cambio, Abdulá, tu padre estaba más apartado de los dos. Era un buen hombre, un hombre pacífico. Pasó toda su vida entre su terreno, su casa y la mezquita.

Por un momento, se le pasó por la cabeza a Abdulá contarles la verdad que él acababa de conocer, pero enseguida abandonó la idea. Decidió ocultar el asunto y olvidarlo quizá para siempre. Sentía una calma y una dulce ligereza después de haber dormido profundamente tanto tiempo. No tenía la menor intención de perturbar su alma evocando toda aquella oscura y escabrosa historia. Parecía menos melancólico y más alegre a veces, incluso se reía a carcajadas.

TAREK LLEGÓ A PENSAR QUE QUIZÁ ese sería el momento más idóneo para proponerle el asunto al que llevaba tiempo dándole vueltas en la cabeza: que Abdulá se uniera en matrimonio con su hermana. Porque Samiha seguía viviendo en casa de Tarek, ella y su hija. Callada y ensimismada, rechazaba a cualquier pretendiente. Se sentía sola, a pesar del gran número de personas y del bullicio que la rodeaban. Abdulá también vivía solo y, como ella, parecía callado, deprimido y solitario. Entonces, ¿por qué no unir sus depresiones? Sería perfecto que se juntaran, se casaran y se consolaran el resto de sus vidas, juntos, en compañía de la hija de Samiha. De ese modo, Tarek también saldría ganando, puesto que desocuparía una habitación y podría dársela a uno de sus múltiples hijos o arrendarla como almacén. Por otra parte, se libraría de los gastos de Samiha y de su hija, pero, sobre todo, y eso era lo más importante, lo que le mordía la conciencia y lo afligía desde su adolescencia: el papel que había tenido, sin que nadie lo supiera, al persuadir a su padre para rechazar el matrimonio de Abdulá con su hermana.

Tarek ya era un hombre maduro. Su forma de entender las cosas era diferente. Cada vez que se acordaba del asunto, sentía remordimientos. Se sentía avergonzado y ridículo cuando recordaba el verdadero motivo que lo impulsó a hacer aquello y que, por supuesto, no podría compartirlo con nadie, puesto que ni siquiera soportaba recordarlo para sus adentros. ¿Cómo confesarle a nadie que su rechazo se debía a haber visto el oscuro y enorme pene de Abdulá, cuando eran adolescentes y competían entre ellos en los concursos de masturbación y eyaculación que organizaban? Aquellos días en que solían hablar de sexo, de las otras chicas y mujeres del pueblo —de sus pechos, sus piernas, sus culos, sus

coños—, y de sus fantasías sexuales con una u otra. En aquellos tiempos, ni siquiera soportaba imaginar a Abdulá haciendo con su hermana eso de lo que tanto hablaban. No aguantaba imaginar aquel gran miembro entrando y saliendo en... ¿Cómo destapar delante de nadie lo que había pensado? Más tarde se justificaba ante sí mismo: en aquel tiempo era aún demasiado joven, solo un adolescente; ahora, en cambio, era un hombre diferente.

Aprovechando los giros que dio la conversación, Tarek intentó dos veces llevar a Abdulá a hablar de la cuestión de casarse. Ibrahim aprobaba todos sus razonamientos, pero Abdulá pronto escabullía el tema, lo evitaba con argumentos imprecisos que sugerían su negativa inicial a la idea o simplemente no daba ninguna respuesta y dejaba el asunto pendiente. Ambos percibían en la postura de Abdulá más rechazo que aceptación, y llegaron a la conclusión de que la idea no le interesaba o que no quería demasiado hablar de ello o quizá ni siquiera quería pensarlo.

Abdulá trataba de desviar la conversación preguntándoles por sus familias. Tarek les expuso su continuo deseo de volver a casarse, a pesar de no tener problemas con su esposa. Desde siempre, algo en su interior le hacía sentir la necesidad de tener más de una mujer. Cada vez que hablaba de ello, mencionaba el ejemplo de su padre, que se había casado con tres mujeres.

Ibrahim, por otra parte, se mostraba cada vez más alarmado por la enfermedad de su esposa, por los cuantiosos gastos de su medicación, que empezaban a agotarlo, y por el hecho de que ya era incapaz de ayudarlo en el trabajo del campo. Tarek sugirió que debía procurarse otros medios de subsistencia, aparte de la agricultura; por ejemplo, un trabajo en la ciudad más acorde con su discapacidad; eso le permitiría ahorrarse los gastos del viaje a la ciudad cada diez días para el tratamiento de quimioterapia de su mujer. Dijo que tenía un amigo en Mosul cuyo hermano trabajaba en la Oficina de la Presidencia y que ayudó a muchos a conseguir trabajo en puestos civiles y militares. E instó a Ibrahim a traer todo tipo de documentación e informes médicos, así como los certificados que demostraban su participación en las dos guerras, que lo habían condecorado con la medalla del Valor Heroico y la amputación de una pierna en la última guerra, junto con una solicitud en la que explicara su situación como sostén de una familia numerosa, así como los informes médicos sobre el caso de su mujer. Tarek se los entregaría a su amigo, que, a su vez, se los daría a su hermano, a fin de intentar que se le concediera a Ibrahim una subvención del Gobierno o un puesto de trabajo adecuado y mejor pagado.

— Tú dame todos los documentos e informes —dijo Tarek para terminar— y yo redactaré la solicitud a mi manera. Ya sabes lo elocuente que soy. Le pediré a mi amigo que te recomiende lo mejor que pueda a su hermano. ¿Qué? ¿Qué piensas?

Ibrahim prestaba mucha atención, con los ojos muy abiertos, como si estuviera escuchando con ellos. Se volvió hacia Abdulá, buscando en su rostro alguna opinión acerca de lo que Tarek le proponía. Lo encontró callado, fumando sin ninguna expresión concreta, y le preguntó directamente:

—Y ¿tú qué piensas, Abdulá?

Abdulá, como de costumbre, tardó en responder. Parecía estar todavía pensando o dando forma a sus palabras:

—No sé —replicó por fin—, pero yo personalmente prefiero estar lo más lejos posible de la cabeza de la serpiente.

Tarek continuó apoyando con entusiasmo su propuesta, contando historias que había oído sobre personas que habían conseguido trabajos como guardias en los palacios presidenciales o cultivando los campos del presidente, cuidando los jardines, pastoreando los rebaños, trabajando en las cocinas, en la construcción, como decoradores, chóferes... Parecía estar absolutamente encantado con la idea que acababa de tener. Siguió intentándolo, hasta que consiguió convencerlos.

—Pues vamos a prepararlo todo para mañana. Pasado mañana tendré que ir a Mosul. Una buena acción, si se lleva a cabo rápidamente, es doblemente buena —concluyó.

AQUELLA AGRADABLE VELADA, en la que conversaron, evocaron recuerdos, bromearon, rieron y compartieron muchas cosas, sentados alrededor de la tetera que volvieron a calentar varias veces al fuego que habían hecho con la madera del cajón militar, fue la última que reunió a los hijos de la grieta de la tierra con esa profunda intimidad. Como habían esperado, fue realmente un té especial, y su sabor permanecería en la memoria de los tres por mucho tiempo.

*El prelude de los jardines*

**A**L CABO DE MENOS DE UNA SEMANA, Tarek el Asombrado llegó realmente asombrado. Irrumpió con el coche en el patio de la casa de Ibrahim sin dejar de tocar la bocina estruendosamente y también, a veces, con ritmo. Quisma salió enseguida a su encuentro. Él se apeó del coche agitando un papel en la mano y preguntando con voz exaltada:

—¿Está tu padre en casa?

Antes de que terminara la pregunta, Ibrahim ya había aparecido en el vano de la puerta. Tarek corrió hacia él, lo cogió en volandas como si fuera un niño o un muñeco y comenzó a dar vueltas, igual que solían hacer en su adolescencia cuando celebraban alguna victoria.

—¡Enhorabuena! ¡Enhorabuena! —repetía.

Lo dejó en el suelo y, mirando a Ibrahim, que esperaba la noticia, anunció:

—¡Te han seleccionado para un puesto de trabajo en Bagdad! ¡La semana que viene estarás en el Palacio Republicano! ¡Campeón! ¡Ya! Todos tus problemas van a solucionarse. Toda tu vida va a cambiar.

Y, EN EFECTO, LA VIDA DE IBRAHIM se alteró por completo después de aquello. En cuanto a los problemas, nadie carece absolutamente de ellos.

Tarek ayudó a su amigo con la mudanza a Bagdad. Le consiguió en alquiler una modesta vivienda de dos habitaciones, salón, cocina y un pequeño jardín. Lo más novedoso era que el baño estaba dentro y no fuera de la casa, como era habitual en los pueblos para estar lejos de los olores y por vergüenza de oírse los pedos los unos a los otros. Quisma, que ya era toda una guapa moza, era quien estaba más contenta con aquel cambio con el que siempre había soñado. Se matriculó en el Instituto de Formación de Profesores para seguir con sus estudios. Disponía de una habitación para ella sola donde colgar las fotografías de sus artistas favoritos, escuchar la música que quería, soñar libremente

mientras se tendía medio desnuda en la cama. Cosas que no podía hacer en el pueblo, rodeada de una familia numerosa que no dejaba margen suficiente para la individualidad de cada uno, es más, la obligaba a ser parte de un colectivo que todo lo compartía y en todo se asemejaba, que se regía por un sistema social inflexible y por unas tradiciones estrictas.

Tarek no se marchó sino tres días más tarde, cuando se aseguró de que lo dejaba todo arreglado, el alquiler, las compras, la matrícula de Quisma... y después de haber encontrado un médico para las revisiones y el tratamiento de 'um Quisma. Les dejó números de teléfono de algunos conocidos suyos en Bagdad, por si necesitaran algo. Como tenían teléfono en la casa, prometió llamarlos cada vez que fuera a Mosul o a cualquier otra ciudad. Se lo agradecieron todo profunda y sinceramente. Quisma estaba tan complacida que quiso expresarle su gratitud abrazándolo y besándolo por aquel milagro que tanto anhelaba y que nunca se le había pasado por la cabeza que podría realizarse con tanta rapidez.

La noche anterior a su cita en el Palacio Republicano, Ibrahim no consiguió conciliar el sueño por la gran ansiedad, la excitación y los temores que sentía. Se pasó toda la noche revisando los documentos que debía llevar, asegurándose nuevamente cada diez minutos de que los tenía todos. Puso la notificación de su admisión, con los datos que le informaban de la hora y el lugar de la entrevista, encima de toda la pila de papeles. Contemplaba aterrado el águila —el emblema de la República— en la parte superior de la convocatoria.

Se afeitó. Sacó el único traje que tenía y que reservaba desde el día de su boda para las ocasiones importantes; en realidad, no se lo había puesto más que dos o tres veces. Quisma se lo planchó y se lo perfumó, le cepilló los zapatos hasta dejarlos completamente resplandecientes, le limpió el pie ortopédico y le indicó más de un retoque en su atuendo. Ibrahim revisó una y otra vez con ella y delante de su esposa todo lo que debía responder a las preguntas que pudieran hacerle.

Lo que no había previsto era que no le preguntaran absolutamente nada y que empezara a trabajar desde el primer día. Después de pasar por numerosos puestos de control militar y civil, por varias salas de registro, fotografías, huellas dactilares, revisión médica, llegó al final, con otras cincuenta personas aproximadamente, hombres y mujeres de diferentes edades. Los sentaron en una sala espaciosa y lujosa en todos sus detalles. Al momento, entró un coronel de bigote generoso y facciones intransigentes, rodeado de un grupo de soldados a



ambos lados y por detrás de él. Dijo:

—Sabemos todo acerca de cada uno de vosotros, quizá más de lo que uno sabe de sí mismo. Por eso os hemos elegido entre miles de solicitudes que nos llegan a diario. Es decir, sois una élite, leal al Líder, al Partido, a la Revolución y a la Patria. Vuestros antecedentes penales son limpios y honrosos, lo que demuestra vuestra fidelidad. La mayoría habéis sido héroes durante la guerra, sois gente de nuestra confianza. Lo que se espera de vosotros es que continuéis siendo leales y estéis a la altura de la responsabilidad.

De pronto, el tono de alabanza se tornó en severo y amenazante:

—Trabajaréis en puestos que requieren total discreción y mutismo. Tendréis que seguir la regla de «Ni veo ni oigo ni hablo». A quienquiera que se atreva a soltar fuera de aquí una palabra sobre su trabajo le cortaremos la lengua. Al cocinero que rompa un plato le romperemos la cabeza. Al jardinero que corte una planta o una rosa le cortaremos el cuello. Al limpiador que se quede corto en sus tareas le acortaremos la vida.

Un largo discurso repleto de órdenes y amenazas. Repetía que sabían todo, que por todos los rincones había cámaras observando y grabando cada movimiento, incluso el de una hormiga negra encima de una piedra oscura en una noche aún más oscura. Todos debían limitarse a cumplir con el trabajo asignado, a no meter la nariz en lo que no les incumbía y a obedecer ciegamente las órdenes, porque todo funcionaba aquí de un modo más preciso que el más preciso de los relojes y que quien perturbara en lo más mínimo aquella perfección las pasaría negras.

A continuación los trasladaron en coches con cristales opacos que no dejaban ver nada a un sitio que calcularon que estaba a menos de una hora de distancia. Ibrahim no había subido nunca en toda su vida a un vehículo tan cómodo, limpio y rápido. Era como si resbalara por el camino como un barco sobre el agua. Cuando bajaron del coche, se encontraron en un gran espacio cubierto similar a los que conocieron en los campamentos militares de entrenamiento, pero aquí estaba pintado, más limpio, lleno de coches lujosos y vigilado por soldados en todas las esquinas.

Unos pasos más allá, un interminable muro de diez metros de altura. Los condujeron hacia un enorme portón metálico negro, en cuyo centro había una pequeña puerta, también negra, por la que solo cabía una persona cada vez. En fila, siguiendo a un soldado, entraron por la puerta pequeña en un pasillo con varios detectores de metales que conducía a otra sala más grande con un sinfín

de puertas a ambos lados; en primera línea había un escritorio detrás del cual se encontraba un soldado elegantemente uniformado, que le preguntaba a cada uno su nombre y, a continuación, le daba una tarjeta de identidad, una placa y una llave colgando de un llavero numerado.

—De aquí en adelante, cada uno debe saber su número de memoria — advirtió.

Ibrahim miró el suyo, leyó el 42. Lo repitió varias veces para sí a fin de memorizarlo.

El soldado añadió:

—Cada uno tiene aquí un cuarto que corresponde a su número. Ahí encontraréis los uniformes y los utensilios necesarios para el trabajo asignado; y ahí os cambiaréis de ropa al entrar y al salir. ¿Entendido?

Asintieron con la cabeza. Algunos murmuraron:

—Sí, señor.

—Os dirigiréis a todos llamándolos «camarada», a menos que sea un oficial; en ese caso diréis «señor». ¿Entendido?

—Sí, camarada —respondieron todos en voz más alta esa vez.

—Ahora, marchaos. Cada uno buscará el número de su cuarto, se preparará y esperará hasta que vengan para conducirlo y explicarle en qué consiste su trabajo. ¿Entendido? —ordenó.

Ibrahim encontró el cuarto número 42 a la derecha, casi a la altura de la mitad de la sala. Abrió la puerta y entró. Cerró la puerta detrás de sí y se quedó observando todo a su alrededor. Era un espacio pequeño, con una silla, un espejo, un perchero y un armario de dos puertas. Lo abrió y encontró tres monos de trabajo azules y tres pares de zapatos, todos de la misma talla y modelo. Había una caja llena de guantes de plástico amarillos, una pala pequeña, una hoz también pequeña, varias cuchillas para cortar el césped de diferentes formas y tamaños, una caja llena de bolsas, tres gorros, y otros objetos que no podía reconocer porque era la primera vez que los veía.

Empezó a desnudarse y a colgar su ropa en el perchero. En aquel momento, recordó lo que les habían dicho sobre la existencia de cámaras que lo grababan todo. Aunque no vio ninguna en el cuarto, la cámara bien podía encontrarse detrás de un agujero del tamaño del culo de una hormiga, según había oído decir. Por eso, procuró actuar de una forma modosa y cautelosa. Decidió no olvidarse nunca de aquello ni por un momento y portarse siempre con cautela, recordando que en todo momento había quien lo estaba observando.

Se probó uno de los monos, lo encontró exactamente de su talla, así como los zapatos y el gorro. Se miró en el espejo y se vio elegante. Se sentó; oía sus propios latidos como un estruendo. Y esperó...

Pasado un rato, alguien llamó a la puerta y la empujó antes siquiera de que Ibrahim pudiera responder. Vio entonces a un joven que ocupaba por completo el vano. Era sumamente apuesto con aquel elegante uniforme militar caqui. No tenía ninguna insignia ni en las hombreras ni en las mangas. Parpadeaba mucho, había cierta tensión adueñándose de todo su ser.

—¿Ya? ¿Estás listo? —dijo el joven.

Ibrahim lo miraba mientras se ajustaba el mono de trabajo, pero, antes de que pudiera responder, el joven entró y cogió un cesto de debajo de la silla. Lo empezó a llenar con herramientas, una de cada tipo de las que estaban en el cajón, mientras seguía hablando:

—Tu trabajo consistirá en ser jardinero; más exactamente, en cuidar un jardín de rosas. Pon cada día en este cesto un par de guantes, una hoz, unas tijeras, una bolsa de basura... —siguió nombrando objetos cada vez que cogía uno y lo echaba en el cesto, hasta que terminó y se irguió—. Cuando termines tu jornada, a las seis de la tarde, tendrás que dejarlo todo en su sitio, volverás a ponerte tu ropa de calle y saldrás. Encontrarás fuera el coche que te llevará a la estación de autobuses de Al-Alawi, en el centro de Bagdad. ¿Okey? ¿Me entiendes? Ahora, sígueme.

Ibrahim lo siguió con el cesto en la mano, hasta que salieron de la sala por una puerta lateral. Una vez fuera, vio lo que nunca había imaginado que existiera sino en el paraíso. De repente, se encontró a sí mismo en un sueño materializado... o era que estaba realmente soñando: un vasto espacio sin límites visibles, repleto de jardines, fuentes, palacetes y estatuas. Todo estaba pulcra y meticulosamente ordenado: los pasillos entre toda aquella vegetación, la alineación de los árboles, las colinas, los estanques, la distribución de los edificios, los colores. Incluso la luz y el aire parecían sometidos a aquel impresionante paisajismo.

La voz del joven lo despertó de su pasmo y ensimismamiento:

—Vamos, tío Ibrahim. Ven, sube al carro.

Cerca de ellos había un pequeño vehículo descapotable, con dos asientos y una caja de carga trasera. El joven cogió el cesto de la mano de Ibrahim y le indicó que subiera al otro asiento. Empezó a conducir suavemente el coche, que se deslizaba sin ruido por senderos pavimentados, limpios, entrelazados como

una red entre los jardines y los estanques. Cada vez que pasaban al lado de una fuente, a Ibrahim lo llenaba una fragancia intensa y diferente. Cuando el joven se dio cuenta del asombro de Ibrahim, por sus ojos abiertos de par en par y por sus olisqueos, le explicó:

—Las aguas de estas fuentes están mezcladas con perfumes, mitad agua, mitad perfume. Cada fuente tiene un aroma particular, la mayoría son franceses. Perdona, ¿Abu...?

—Me llamo *abu* Quisma.

—Bienvenido, tío *abu* Quisma. Estos son los jardines del presidente. Escúchame, yo te llevaré todos los días a tu trabajo. Mi responsabilidad es supervisarte. Si Dios quiere, todo irá perfectamente. ¿Me entiendes? Veo que eres un buen hombre, me has caído bien nada más verte. Mi nombre es Saad.

Lo llevó a su futuro puesto de trabajo. Una pequeña caseta redonda, de adobe, de bello estilo y especial construcción. Se levantaba sobre una plataforma circular en medio de un lago, unida a tierra firme por un estrecho puente de casi setenta metros. El techo, las puertas y las ventanas de la caseta eran de madera adornada con magníficos tallados brillantes. Un jardín de tres metros de ancho rodeaba la caseta, estaba plantado solo de rosas. Las había de casi todo tipo y color imaginables, perfecta y maravillosamente ordenadas por tonos y alturas. Había unas sillas blancas cerca del borde donde una valla metálica, también blanca, separaba el jardín del agua, a un metro más abajo. Esta era tan pura y azul que parecía un reflejo de sí misma. En el fondo se veían con toda claridad plantas, algas, peces, tortugas, cocodrilos y diferentes especies acuáticas. Había también varios patos que nadaban tranquilos alrededor de casitas de madera hechas expresamente para ellos en medio del agua y que no distaban mucho de la caseta de la isla. En la otra ribera, había unos árboles elevados y muy juntos.

La misión de Ibrahim consistía en cuidar de aquellas rosas, regarlas, limpiar la tierra, observar las que acababan con el tallo quebrado por el aire, el polvo que les caía encima o los pétalos esparcidos por el suelo.

—También tendrás que girar la fachada de la caseta según el movimiento del sol, de modo que sus rayos caigan siempre sobre la entrada principal. ¿Me entiendes?

Cuando oyó eso, Ibrahim se quedó confuso, con los ojos fijos en la cara del joven. ¿Cómo podría hacer una cosa así?

—¡Perdón! ¿Qué? ¿Cómo?

—Oh, no te preocupes. Escúchame. ¿Has pensado acaso que tienes que

gírala a fuerza de brazos? —rió el joven—. No, no... Ven.

Y continuó riendo mientras lo conducía hasta un panel con botones situado en un rincón de la casa. Le explicó cómo debía usarlo:

—Escucha. Solo tienes que apretar este, este o este, y la caseta girará automáticamente. Mira...

La caseta se movió, con ellos dos quietos sobre el suelo de mármol; con ella giraron el jardín de rosas y las sillas. Saad añadió:

—La caseta está fijada sobre una base circular de metal, que es lo que se mueve. Mira, allí cerca de la valla están los bordes.

Ibrahim vio efectivamente el borde de la base circular en movimiento. Solo la valla permanecía fija.

—También se puede mover el jardín de rosas solo o la caseta sola. Son estructuras circulares dentro de otras. ¿Me entiendes? El señor presidente se sienta aquí, por ejemplo, y los encargados mueven el jardín según a él se le antoje. También tendrás que limpiar la caseta por fuera, las sillas y las barandillas y los barrotes de la valla; o sea, todo lo que ves y tocas. Tu trabajo consiste en cuidarlo, limpiarlo y ordenarlo todo. El interior de la caseta, en cambio, no será asunto tuyo, sino el de otros. Yo seguramente pasaré cada hora y media aproximadamente. ¿Okey?

CUANDO EL JOVEN SE MARCHÓ, Ibrahim se quedó un buen rato pasmado e inmóvil. Se limitaba a observar los detalles del lugar donde se encontraba, con aquellos portentosos jardines que se veían hasta perderse en la distancia. Jardines, palacios y todo tipo de embarcaciones fondeadas por las orillas del lago. Trinos y gorjeos maravillosos y tan variados como las rosas. Dio una vuelta alrededor del lugar, intentando hacer algo, limpiar las vallas, por ejemplo, pero, en realidad, todo estaba ya limpio y ordenado, y no había nada que hacer. Poco a poco empezó a notar alguna paja o algo de polvo que sobresalían de las líneas del diseño paisajista, así como otras menudencias. Más tarde supo que su mayor trabajo consistía en cuidar al máximo todos esos detalles precisamente.

Cuando terminó su jornada, a Ibrahim le pareció haber vivido una vida entera, otra vida, totalmente diferente. Había sido un día muy largo para él, más largo aún que los días terroríficos de guerra, cuando aguardaban para llevar a cabo una emboscada o un ataque. Su continua fascinación por lo que vio, oyó y olió fue su mayor impresión de aquel día-vida. Por eso, cuando volvió al bullicio de la ciudad y luego a su casa, se mantuvo en silencio, vencido por la sorpresa,

la extrañeza y la incapacidad de comprender y de expresarse. Se sentía como un ser irreal, como una criatura de otro mundo, viviendo algo diferente cuya forma y cuyas dimensiones desconocía. Fue su resignación ante el destino, tan arraigada en su alma, lo que lo ayudó a superar aquella situación. Cuando fueron pasando los días, empezó a recuperar la realidad y pudo ir comprendiendo la situación en la que de pronto se encontraba, y se adaptó a su nueva vida. Lo que lo ayudó a entender mejor las cosas fue el desahogo que el joven Saad encontraba con él y sus visitas, en las que pasaba la mayor parte del tiempo charlando y repitiendo con frecuencia alguna de sus palabras preferidas: «¡Escúchame!», «¿me entiendes?» y «¿okey?».

Saad, por su parte, encontró en él a un hombre sencillo, bueno y leal, un hombre en el que podía confiar y al que podía revelar todas las historias que tenía agolpadas en la cabeza. Le habló de su modesta familia, compuesta por su única hermana y su madre viuda, de cómo había abandonado los estudios porque había tenido que trabajar en casinos y discotecas de simple camarero, hasta convertirse en el mejor especialista en catar, distinguir y servir todo tipo de bebidas, fueran cuales fueran sus ingredientes o su procedencia. Desarrolló sus conocimientos a base de estudio, de lectura y una práctica obsesiva, tanto que le bastaba con oler cualquier botella al abrirla para determinar el tipo de bebida, su origen, el grado de alcohol y los ingredientes de los que estaba hecha; y también, en la mayoría de los casos, la fecha exacta de la cosecha.

Los casinos más famosos y los lujosos hoteles de primera clase en Bagdad compitieron entre sí para contratarlo. Su fama crecía y se propagaba entre los hombres de negocios, los adinerados y los altos cargos, hasta que, al final, lo llamaron para que fuera el responsable de las bebidas del propio presidente. El Gobierno lo mandó a Londres a que realizara un curso intensivo de especialización durante un mes. Estudió con los camareros más eminentes; algunos de ellos habían trabajado en los palacios de la reina de Gran Bretaña, los reyes de Suecia y de España. Su experiencia creció más todavía y superó a los mejores especialistas, gracias a sus conocimientos sobre las bebidas orientales locales.

A menudo Saad le hablaba a Ibrahim de aquel mes que vivió en Londres como un rey; pero la mayoría de las veces le hablaba de sus experiencias en Irak, donde se movía por los palacios del presidente, sirviendo en sus bares y a sus invitados, y de cómo era él quien decidía las bebidas especiales que se iban a importar para el presidente, así como los mejores momentos para degustarlas, en

función del clima, la celebración, el tipo de comida y el estado de ánimo. Lo que lo impulsó a hablar fue cierto sentimiento de amargura en su interior, porque lo habían sustituido por un ruso, con varias titulaciones hasta en medicina, que contaba con un grupo de ayudantes. Saad se vio relegado al puesto de suplente y simple supervisor de obras en aquel palacio, cuando antes no dejaba de viajar con el presidente en sus aviones y barcos, recibía de él regalos e importantes retribuciones y vivía muchas sorpresas siempre agradables, dada su juventud. Sin embargo, su trabajo ahora no gozaba de prácticamente ninguna novedad; por eso procuraba llenar el tiempo, que tan monótono le resultaba, evocando lo que había vivido y conocido y lo que seguía conociendo. Encontraba compensación en ver el impacto de sus historias en los ojos sorprendidos de aquel simple campesino, Ibrahim, y en sus reacciones de pasmo. Saad pasaba la mayor parte de su tiempo con Ibrahim, le hablaba de cosas que había visto y de otras que había oído, lo llevaba a veces de paseo por los jardines, más allá de su lugar de trabajo alrededor de la caseta. Cuanto mayores eran la sorpresa y el asombro de Ibrahim, más aumentaba el entusiasmo de Saad por seguir contándole cosas.

*De las historias de los palacios del pueblo*

SAAD PARPADEABA MUCHO, cierta tensión se apoderaba de su ser:

—Escúchame, hermano. Incluso trabajé en el yate.

Cuando vio que Ibrahim lo miraba confundido, se dio cuenta de que no conocía el significado de la palabra «yate».

—Bueno, es un barco tan grande como un buque. Está en el Puerto de Um Qasr y se llama Al-Qaher, El Victorioso. Sí, el yate también tiene nombre. Mide más de 100 metros y he oído decir que costó más de cincuenta millones de dólares. Tiene todos los cristales blindados y a bordo hay una pista de aterrizaje, una piscina, un teatro, un bar, un jardín, una clínica y los mejores equipos electrónicos del mundo. Está custodiado por cientos de soldados de la Guardia Republicana Especial. Lo fabricaron en Finlandia siguiendo los gustos del señor presidente. Las maderas son de la mejor calidad, los muebles están incrustados en oro y plata y el salón acristalado en el centro del yate tiene capacidad para más de doscientas personas.

»Cuando el presidente o uno de sus hijos o de sus huéspedes aterrizan con su pequeño avión, todo el puerto, por mar y cielo, se halla en un estado de ajetreo febril. Pueden verse las patrullas de los cuerpos de seguridad rondando incansablemente por el mar en unas lanchas tan rápidas que parece que les han picado unas avispas. ¿Me entiendes?

»En cuanto a las habitaciones, hay cinco fastuosos dormitorios reservados para Su Excelencia y para su familia. El restaurante está provisto de las más exquisitas comidas y bebidas. Yo era quien decidía las bebidas. Ah, tiene también un gimnasio. Son majestuosos hasta los pasillos que llevan a todas las habitaciones, las salas, la azotea y las terrazas que miran al mar y al horizonte. Están tapizados con alfombras tejidas a mano, hilo a hilo, con sumo cuidado, y las paredes están cubiertas con bellas decoraciones y pinturas. Del techo penden arañas; cada una de por sí es una joya. Recuerdo una dorada que podría pasar por



el trofeo de la copa mundial de fútbol.

»Ah, escúchame, en el barrio de Al-Mansur, en Bagdad, hay un extraño palacio secreto. Es muy muy privado, reservado solo para los asuntos muy muy privados de Su Excelencia. Va allí algunas noches en las que quiere relajarse y descansar un poco, ¿me entiendes? Cuando quiere divertirse, o sea... ya me entiendes. Se trata de dos edificios conectados entre sí. Algunos dormitorios tienen las paredes completamente cubiertas de espejos, incluso el techo. No sé por qué, cuando entré, me sentí más fuerte que todo un ejército. Las lámparas son de varios colores; algunas tienen forma de chicas desnudas. ¡Las lámparas, sí! Había dos cuadros grandes con posturas, posturas... ya me entiendes. En muchas paredes hay otras pinturas imaginativas de mujeres en posturas... Cerca de las camas, en los pasillos. Parecen pinturas del Renacimiento italiano. Creo que se llama así, me lo dijo mi hermana cuando una vez se lo pregunté, al ver unas pinturas similares en una revista. Ella es universitaria y le gusta dibujar. En esas pinturas aparecían hombres fuertes combatiendo contra leones y tigres o matando con sus espadas cocodrilos, dragones o enormes serpientes de varias cabezas. Vi también una estatua de bronce de un hombre musculoso y con un bigote enorme, luchando contra un dinosaurio que arrojaba fuego por las fauces. También había grandes e inusitados retratos del líder abrazando a mujeres muy escotadas y de una belleza impresionante. En uno de ellos está abrazando muy risueño a una mujer, en una cama real; la fotografía está en la segunda planta. Las habitaciones son enormes, cada una es del tamaño de mi casa entera. ¡Oh, cuántas veces he soñado con una casa diseñada a mi gusto! En algunas habitaciones hay más de una cama grande, con estatuas de sirenas doradas en cada uno de sus cuatro postes. Desde luego, en todas las habitaciones hay un televisor y un baño enorme, con grifos en forma de dagas o rosas de oro. Las zapatillas de baño son también de color rosa y las papeleras tienen forma de corazón. En los armarios hay diferentes prendas de dormir y cintas de vídeo. Las camas son del tamaño que llaman *King size*, o sea, más grandes que una cama de matrimonio. Hay espejos en las paredes, a los lados de las camas y encima, en el techo. Una vez entré para revisar las bebidas en los frigoríficos y algunos armarios y cajones estaban abiertos. Había pijamas, camiones de seda, ropa interior, pantalones cortos, camisetas, albornoces y otras prendas que desconozco, todas totalmente nuevas y envueltas en plástico. Las cortinas son de gasa rosada. Los cojines también son en forma de corazón de diversos colores: rojos, azules, anaranjados y rosados. En una habitación vi un mural de una chica

tocando un laúd, parecía sacada de *Las mil y una noches*. Hay un baño principal con *jacuzzi*, pero no me preguntes qué es un *jacuzzi*.

»Una de las alas del palacio es una discoteca decorada al estilo de los años setenta. Alfombras de color marrón, espejos ahumados, bolas de luces de colores colgadas del techo y estantes con discos de canciones de todo el mundo; entre otros, de la danza del *Chobi* iraquí, de Madonna, de Michael Jackson y del grupo Bee Gees. Si me oyes decir algunas palabras extrañas, se trata de nombres y palabras extranjeras. Las conozco tal cual, no sé cómo se dicen en árabe, es que no he terminado mis estudios o quizá ni siquiera tienen equivalente en árabe, no sé, en fin... Los bares tienen todo tipo de bebidas. Sueño poder algún día reunir una colección igual en mi casa. Botellas de whisky Johnnie Walker, coñac Otard, brandy Seguin, riojas, ginebras, y otras muchas. Hay botellas que son en sí mismas una obra de arte, hermano.

»Alguna vez vi en una de las estanterías de cristal una exquisita colección de piezas de cerámica con el sello principesco de la familia Al-Sabah de Kuwait. Deben de proceder de cuando eran los días de la guerra.

»En el otro edificio había rosas y armas de varios tipos: kaláshnikov, rifles Sig Sauer, pistolas rusas, españolas y belgas del calibre 7.65, revólveres Beretta y Smith and Wesson, cajas de municiones... O sea, todo un arsenal en cada residencia presidencial. En algunas habitaciones vi subfusiles automáticos MP5 chapados en oro y con el nombre del presidente grabado, revólveres Colt Diamondback del calibre 38, munición Magnum del calibre 357 y otras muchas armas cuyo nombre desconozco, todas con su manual de instrucciones. En algunas habitaciones las cajas de armas estaban amontonadas hasta el techo.

»Pero lo que realmente te sorprendería, tío *abu* Quisma, es el jardín plantado entre los dos edificios. Tiene espacios más extensos de rosales más bellos que estos, barbacoas de mármol, barras de bar con estanterías llenas de botellas de vino español, italiano, francés, holandés... Algunas, de los ochenta o más viejas aún, botellas de vodka ruso, de whisky escocés, de champán francés, de *gin*, y de ron cubano. Había cajas de cigarrillos de las marcas Marlboro y Kent, y de puros habanos. Los bancos tienen forma de conchas, coronas, corazones. Había sillones inflables rellenos de bolitas, también en forma de corazones, y otros bordados con flores de plástico.

»En la primera planta se encontraba la cocina, que parecía un hospital de lo limpia que estaba, con aparatos modernos y cuartos destinados al personal de servicio. Había una sala de cine pintada de azul claro, tenía unos pocos y

cómodos sillones, con suaves cojines de color rosado. En el *hammam* principal, el agua se movía en remolinos y remolinos y remolinos.

IBRAHIM SE PREGUNTABA PARA SUS adentros sobre lo que significaba todo aquello, la forma de los corazones, las armas, la diferencia entre el agua que salía de un grifo de oro y de otro normal, la razón de tantos nombres y colores cuya mera mención mareaba... Mientras tanto, Saad continuaba bombeando sus descripciones con deleite:

»En la orilla occidental del río Tigris, hay una zona oculta a la vista de la gente, con unas vallas muy elevadas, ¿la conoces? Es una zona con ambiente rural, porque Su Excelencia es hijo de campesinos y, como tal, añora desde luego el campo. Es una persona auténtica y le gusta la sencillez, como todos sabemos, ¿verdad? Vi también otro palacio compuesto por siete grandes edificios. Tiene piscinas, jardines, fuentes, salas de gimnasio para saltar, correr y levantar pesas. Con los suelos de mármol brillante, pantallas gigantes de televisión y pequeñas canoas para pasear por arroyos de agua que pasan por dentro y por fuera del palacio; las proas están esculpidas en forma de sirenas o de delfines saltando, y los bordes están decorados con relieves de alabastro y piedras pulidas. Conozco a una de las empleadas griegas de este palacio, me habló mucho de él. Quizá un día te trasladen allí.

»El jardín trasero es un vasto campo que se extiende hasta el río. Tiene estatuas de caballos, águilas, mujeres medio desnudas, leones feroces... Todas ellas chapadas en oro. Ahí es donde está el no va más del lujo y del derroche. Una piscina tan majestuosa que no le importaría a uno morir ahogado ahí. Un amplio garaje donde caben todo tipo de coches antiguos, nuevos, extraños o únicos: Mercedes blindados, Chevrolet, deportivos y descapotables... Algunos, chapados en oro o plata. Jardines y jardines y más jardines vastísimos. En la fachada de algunos edificios o en la cúpula hay retratos del Líder con ropa y posturas diversas: montando a caballo, disparando con un rifle, comiéndose una sandía, blandiendo una espada, cortando una tarta de cumpleaños, subido en un tanque militar o bebiendo té. Estatuas de medio busto o de cuerpo entero; en algunas de ellas, con el brazo levantado. En la fachada de alabastro de uno de los edificios, había un gran relieve con la cara de Su Excelencia y otras estatuas más bajas y pequeñas de las cabezas de Nabucodonosor, Hammurabi y de Salahuddin Al-Ayyubí. Dentro del palacio, cerca de la escalera de mármol con su pasamano de oro, había una gran fotografía de familia con ropa oficial. Creo que ese

palacio está reservado para residencia de mujeres y niños, porque dentro hay un sinfín de armarios con miles de prendas, cinturones y zapatos femeninos. Hay tantos pares de zapatos que pueden estrenarse cinco cada día durante toda la vida. Juguetes para niños por todos lados, cochecitos, tanques, trenes, aviones, barcos y pequeñas motocicletas de plata. Eso me contó la griega. Hablamos entre nosotros en inglés, ¿me entiendes? O sea, sé un poco de inglés desde aquella temporada que pasé en Londres. ¡Oh, qué buenos fueron aquellos días en Londres! A veces, deseo volver allí, pero no puedo dejar a mi madre y a mi hermana solas aquí, no podemos separarnos. Mi hermana quiere venir conmigo para vivir en Londres, pero mi madre rechaza la idea, dice: “No dejaré Bagdad. No dejaré mi casa. Irak es mi país, aquí nací y aquí moriré”.

POR UN MOMENTO, IBRAHIM PENSÓ que el joven era un completo soñador. Vivía en un sueño, soñaba vivir en sueños donde soñaba con otros sueños. Su imaginación era un amasijo de sueños enmarañados.

—Los muebles son de lo más lujoso que hayan fabricado nunca manos humanas. Y las decoraciones, las puertas, las ventanas, las terrazas, las escaleras, los techos, las paredes cubiertas con las más opulentas decoraciones, los baños, los aseos con grifos de diferentes formas y picaportes de oro y de plata, las piscinas con un modelo particular y diferente cada una y con flotadores para tumbarse en el agua y toallas *Christian Dior*... ¡y no me preguntes lo que significa *Christian Dior*!

DESDE LUEGO, IBRAHIM NO LO HIZO; se limitó simplemente a preguntarse para sus adentros: «¿Por qué de oro? ¿Qué diferencia tienen unos picaportes de oro con respecto a otros de cualquier metal?».

—HAY TODA UN ALA PARA CLÍNICAS médicas integrales; por ejemplo, para los ojos, para los dientes, para operaciones de cirugía estética, entre otras. Justo al lado se encuentra una lujosa peluquería, con los estantes llenos de revistas de moda. En la planta superior hay pantallas y equipos de grabación, un cine y un teatro. La azotea está cubierta de jardines. En medio de uno de ellos, hay un gran dormitorio en forma de cúpula, con el techo de cristal para que puedan verse la lluvia y las estrellas mientras está uno echado.

»Hay jaulas para leones, leopardos, osos, monos, pavos reales, gacelas, ovejas y cabras. Una vez, la señora del presidente nos mandó echarles una cabra

viva a los hambrientos leopardos, que la devoraron en un abrir y cerrar de ojos. A veces, se deja hambrientas a las fieras para arrojarles a los traidores y a los opositores, y se graba la escena en vídeo en presencia del señor presidente o de sus hijos, que lo ven todo desde sus cómodos sillones, cerca de las vallas y con las mesas repletas de bebidas que yo mismo servía. Ahí es donde trabajé por lo menos dos meses. El palacio es gigantesco y tiene muchísimas habitaciones. Llegué a contar hasta ciento cuarenta despachos, sesenta y cinco cuartos de baño, veinte salas de reuniones, veintidós cocinas y no sé cuántas habitaciones. Hay cinco grandes discotecas; una de ellas es como un estadio de grande. Para pasear rápidamente por uno de esos palacios, necesitas horas... No, más bien días quizás, para ver los pasillos, los vestíbulos, las salas, los espejos, los jardines, los canales de agua, los túneles...

»Pero el ala particular del señor presidente se encuentra en otro lado. En su dormitorio hay muchos libros, todos en árabe: sobre historia, genealogía tribal, poesía beduina, las memorias de Stalin, Mussolini, Castro, y de algunos reyes; pero la mayoría son sobre él. Yo creo que le gustan los trajes franceses, los gorros rusos, las chaquetas italianas de las marcas *Canali* y *Lucca*. Posee una enorme cantidad de corbatas de seda, de tantos colores y estampados que marean. Su ropa está guardada en unos armarios especiales, en la planta superior de uno de los edificios del complejo de palacios que se extiende millas y millas a lo largo de la orilla del río. Muchos trajes, militares y civiles, iraquíes y extranjeros, blancos y negros, azules, en tonos claros y oscuros, y de todos los colores. Filas y filas de elegantes camisas con botones de oro y plata llenan un armario enorme, de no sé cuántos metros de altura.

»Una vez estaba colocando las bebidas en la mesita de café de una de las habitaciones cuando vi un álbum de retratos familiares, de una boda, fotos de Su Excelencia cortando una tarta con una espada dorada, y fotografías de sus hijos, solo los varones.

»También vi un gorro como el que se pone cuando dispara con el rifle en la gran plaza de las celebraciones, delante de las multitudes. La escena que siempre vemos en la tele, ¿te acuerdas? En varias habitaciones hay álbumes con miles de fotografías del Líder en diferentes posturas y de diferentes estilos. En algunas aparece como jinete árabe, noble beduino, *aga* kurdo, hombre de Estado, albañil, campesino, comandante militar con el uniforme cubierto de medallas, jefe de tribu, magnate ruso, montañero, nadador, cazador o piloto. Fotografías con presidentes, reyes, emires y celebridades del mundo entero; otras, al frente de

batallones y en desfiles militares, en reuniones con comandantes y oficiales, dando discursos, consolando a viudas, recibiendo a jeques de tribus, dando besos a niños, rezando o saludando a hombres con barba. Álbumes de fotografías antiguas, de cuando él era niño o joven, de hace unas tres décadas, y así sucesivamente hasta llegar a los retratos más recientes. Yo también tengo dos fotografías con él; las agrandé y las tengo colgadas en el salón de mi casa.

»En fin, los palacios de Su Excelencia, así como los miembros de su familia, se cifran en cientos y se encuentran por todo el país. Solo en su región de nacimiento hay más de ciento cincuenta palacios. Su Excelencia dice que son los palacios del pueblo, porque él ama al pueblo y el pueblo lo ama a él. Además, los palacios presentan una buena imagen de nosotros y demuestran a los huéspedes extranjeros que pasan por nuestra patria el esplendor en el que vive el pueblo iraquí. Sí, así debe ser. A Dios le gusta que se noten los frutos de sus bendiciones sobre su siervo. ¿No es así, tío? ¿Qué piensas?

—Sí.

—¿Verdad que sí?

—Sí... Sí, camarada. Sus palabras son de oro.

*El presidente mata al músico*

**I**BRAHIM SE DIO CUENTA de lo mucho que Saad se fiaba de él; es más, probablemente le profesaba cierta afección y cariño que rozaban el amor. Quizá porque encontró en él algo de lo que había imaginado sobre su padre, o quizá porque Ibrahim siempre le prestaba oídos y le demostraba que lo entendía. «Escúchame», «¿me entiendes?» eran unas constantes muletillas que Saad repetía casi entre frase y frase. A pesar de que Ibrahim no le respondía «te escucho» ni «sí, te entiendo», sus facciones y sus ojos daban a entender que realmente lo admitía, y eso le bastaba a Saad, incluso más que la afirmación verbal. De hecho, la constante repetición de «te escucho... te entiendo» lo habría avergonzado o molestado, puesto que le señalarían con claridad sus repeticiones flagrantes.

Uno de los inconvenientes de aquella confianza era que Saad empezaba a llevárselo a trabajar a otras partes, por horas o por días, para sustituir a algún trabajador en excedencia o al que habían trasladado. En uno de esos encargos, Ibrahim vio por primera vez al presidente, en la otra orilla del pequeño lago artificial, en el bosque que miraba hacia la casa de adobe donde él trabajaba. Saad lo dejó allí, entre los enormes y tremendos troncos de unos árboles, ordenándole:

—Escucha, limpia la tierra y pon todo en orden. ¿Me entiendes?

Y desapareció.

Como siempre, no había mucho que hacer en realidad. Algunas hojas y ramas caídas por aquí y por allí, excrementos de aves, hierba marchita fuera de las líneas trazadas, fuera de aquellos círculos, triángulos y estrellas de ocho puntas alrededor de los troncos.

Allí vio árboles que nunca antes había visto. Ninguno se parecía a ningún otro y algunos tenían frutos de inusuales formas, tamaños y colores. Algunos de aquellos árboles, con sus enormes y vetustos troncos y alturas inalcanzables a

simple vista, parecían tener más de mil años. ¿Cuándo los habrían plantado? El cielo no tenía cabida en aquel sitio, apenas se asomaban unos añicos azules entre las lejanas hojas, lejos, en las alturas, cuando el viento las movía.

Ibrahim pensó que tal vez se habían equivocado al darle un empleo en aquel sitio, sobre todo, si lo hicieron porque era campesino. Aunque había nacido en el campo y crecido entre los terrenos de cultivo como una planta más, no conocía ni a un solo campesino que plantara rosas o gastara su vida cuidando extraños árboles como aquellos, que no ofrecían ningún beneficio, solo ocupaban la tierra, se bebían el agua y obstruían la vista del cielo. La mayoría no daba frutos o, si los daba, la gente no los conocía.

Bajo aquella placentera sombra y en medio del silencio, roto solo por los gorjeos de algunas aves ocultas entre las copas de los árboles, en medio de aquel aislamiento inactivo, Ibrahim sintió una inusitada calma, una serenidad nunca antes saboreada; por lo menos, no desde su niñez. Se dio cuenta de que, en cierto modo, estaba pensando en sí mismo. Se percató de lo mucho que se extrañaba, del tiempo que había pasado sin encontrarse a solas consigo mismo como en ese momento. Le habría gustado encontrar alguna forma para abrazarse, como hacía con los demás. Tenía tantas ganas de abrazarse íntimamente a su alma y de llorar...

No había cielo ni horizonte donde extender la vista, para que lo ayudasen a contemplarse profundamente por dentro. Por eso se arrimó al lago, sin salir de la sombra de los árboles hacia la abierta orilla. Se sentó en el suelo a unos pocos metros, desde donde podía ver el lago sin que nadie lo viera a él. Apoyó la espalda en un tronco ancho y los pies en otro, justo enfrente, sintió la fría y agradable humedad de la hierba que se le adentraba en la carne. Los troncos lo rodeaban por todos los lados, dejando un angosto resquicio plateado que le permitía ver la orilla, la superficie del agua, el otro lado del lago y un trozo de cielo. Suspiró, respiró muy hondo como tragándose todo el aire puro que venía del lago. Habría deseado vivir allí, quedarse hasta que se saciara del descanso, del aire, de la quietud, estar apartado de todo, que todo el mundo se olvidara de él, para poder abrazarse libremente o, por lo menos, olvidarse de sí mismo libremente.

De pronto empezó a reflexionar sobre su vida, y de lo más profundo de su corazón salió un murmullo audible: «A Ti te rendimos alabanzas, oh Dios, y te damos mil gracias». Pensó en Quisma, que era ya más que una joven, toda una mujer. Se arreglaba y se perfumaba todas las mañanas para ir contenta al



Instituto de Formación de Profesores. La veía abrirse como una flor y desplegar más alegría cada día. Su situación financiera mejoró bastante ya que, aparte del buen sueldo que tenía, le daban lo que llamaban «regalos patrióticos», cierta suma de dinero metida en un sobre que le entregaban en cada festividad nacional y ¡había tantas celebraciones en su patria! Lo gastaba casi todo en seguir el tratamiento de su mujer y en las necesidades de Quisma. Por desgracia, la salud de su mujer seguía empeorando, mientras Quisma seguía esmerándose y gastando más en su aspecto y en ropa, con sus amigas y en el coche que él le había comprado para que, antes de ir a clase, lo llevara todas las mañanas a la estación de autobuses de Al-Alawi, donde tenía que esperar el vehículo que lo trasladaba a los palacios presidenciales. Dos tardes a la semana, Quisma tenía que llevar a su madre al médico; pero hacía dos semanas que los médicos habían ordenado que se quedara en el hospital bajo cuidados intensivos.

Palpó la tarjeta especial que tenía guardada en el bolsillo y recordó lo que una vez le había dicho Saad:

—Esta tarjeta es muy importante, es un verdadero poder. Con ella se te abrirán todas las puertas y nadie se interpondrá en tu camino. Podrás entrar en cualquier lugar del territorio, te facilitará todos los trámites, sin tener que hacer cola. No te registrarán en los puestos de control militar; es más, los soldados y los oficiales te pedirán disculpas nada más verla. Es una tarjeta expedida por los servicios de los Palacios de la República. ¡Hombre!, ¿no ves el símbolo, el sello y lo que tiene escrito en la parte superior!? Con ella puedes hacer mucho y dar miedo a quien quieras, ¿me entiendes?

Pero Ibrahim nunca pensó en hacer uso de ella.

Le habría gustado que su esposa se restableciera, para poder disfrutar de lo bien que les iban las cosas y recompensarla así por su angustia y por los años que él había estado ausente por las guerras, y que ella a su vez lo recompensara por su prolongada privación. Pero su salud, desgraciadamente, seguía empeorando. A pesar de todo, él lo aceptaba con resignación: «Alabado sea Dios. Todo responde a la suerte y al destino», se decía a sí mismo. Se puso a pensar en sus próximas vacaciones, en los regalos que llevaría a su familia en el pueblo y a sus amigos Abdulá Kafka y Tarek el Asombrado y a su familia. Quisma seguramente lo ayudaría en la tarea de elegir. Allí, iría al río, se sentaría junto a su familia todo el tiempo disponible y...

Un ruido inesperado interrumpió sus reflexiones y lo sacó de su placentero ensimismamiento. De pronto, vislumbró a un grupo de soldados obstruyendo el

resquicio por donde veía el horizonte del lago y sus orillas. Tiraron al agua peces de diferentes tipos y tamaños y desaparecieron. Vinieron otros rápidamente, montaron una gran sombrilla, pusieron debajo una silla de madera con cojines, mirando hacia el agua. Un poquito más atrás y orientada en la misma dirección, pusieron otra silla, más ordinaria y de mucho menos valor que la primera.

El corazón de Ibrahim latía con fuerza. Sin embargo, no se movió, no sabía qué hacer en una situación como esa. Ni siquiera sabía el tiempo que había pasado allí. Ya era por la tarde. La jornada de trabajo seguramente había finalizado, pero ni Saad ni nadie más había venido a buscarlo.

Además... ¿acaso era él? Sí, era él, el presidente. Se acercó lentamente y se sentó en la más adelantada de las dos sillas, cerca de la valla de madera que se elevaba bastante por encima del nivel del agua. Dos soldados elegantemente uniformados pusieron a su lado una mesa pequeña, de bordes dorados. Por detrás de los soldados venía un civil, un rubio extranjero, que puso encima de la mesita una botella, una copa, un vaso y otras cosas que Ibrahim no alcanzó a ver con claridad. Un soldado le tendió un habano de tamaño considerable y se lo encendió; otro le alcanzó una larga caña de pescar. El presidente la cogió, lanzó el anzuelo al agua y se quedó fumando y bebiendo tranquilamente, en solitario, o a lo mejor era que Ibrahim no podía ver a las personas que estaban a su alrededor porque se lo impedían los troncos. Reinaba el silencio.

El presidente llevaba un sombrero a la occidental y una amplia camisa con estampado de flores. Fumaba y bebía con toda calma. Miraba hacia el agua; su espalda estaba de medio perfil con respecto a Ibrahim, que, apabullado, creía estar soñando. Se esforzó en no hacer el más mínimo movimiento, trató de respirar más despacio, puso el brazo sobre el muñón de la pierna izquierda, sujetándose fuertemente el pie ortopédico, para impedir que hiciera algún movimiento involuntario y chirriara o se golpeará contra algo.

No alcanzó a ver bien la cara del presidente, excepto cuando este se volvía ligeramente. Le parecía un hombre normal con bigotes normales, pero con un poderío excepcional, misterioso e invisible. Lo encontraba normal en esa encarnación auténtica, a pesar del halo mágico que lo envolvía en las fotos. Sin embargo, aquella presencia real parecía más aterradora que la cordialidad que transmitían las fotos.

El presidente sacó el anzuelo enérgicamente. Había pescado un pez grande de los que los soldados habían echado antes al agua. Se lo arrimó más y más, hasta que lo tuvo justo delante de la cara. Lo contempló y le sonrió, antes de girarse.

Un general del cuerpo de Seguridad Personal se le acercó precipitadamente, liberó al pez del anzuelo y lo devolvió al agua. Aquella escena se repitió más veces durante un largo período de tiempo que Ibrahim no supo calcular, hasta que el presidente se volvió e hizo un gesto con la cabeza. Al cabo de un momento, le trajeron a un hombre de unos setenta u ochenta años que venía con un laúd en la mano. Lo sentaron en la silla de detrás y empezó a tocar temblorosamente.

Era Nabil, el famoso músico. Todo el mundo lo conocía, todos lo habían visto tocar en la televisión acompañando a cantantes de todas las generaciones, desde los tiempos de la realeza. Lo llamaban «maestro», decían que había instruido a muchos otros laudistas. Parecía bastante más viejo que en la televisión. Era la primera celebridad que Ibrahim veía en persona. Pensó que, si sobreviviera a esa situación, se lo contaría a Quisma, porque a ella le gustaban los famosos. El incidente se convertiría en una de las anécdotas más memorables de su vida. Pero pronto se acordó de que tenía prohibido hablarle a nadie de lo que allí viera u oyera.

El músico estaba sudando a mares, dado que iba con traje y corbata. Temblaba y aun así tocaba melodías tranquilas, casi todas del folclore popular. Pero enseguida interrumpía la pieza que tocaba, nada más ver el movimiento circular del dedo del presidente, que seguramente significaba «otra». Todo siguió igual hasta aproximadamente el décimo pez. Entonces el presidente se volvió hacia el músico. Alguien surgió de la nada y giró la silla del presidente antes de desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Estaba de cara, frente al maestro Nabil, que empezó a levantarse, pero el presidente le indicó que se sentara; obviamente, este volvió a sentarse. El presidente puso un pie encima de la rodilla del músico —en la otra estaba el laúd— y le hizo señas para que siguiera tocando. A continuación, se puso a limpiar la suela de la sandalia en la blanca camisa del músico, restregándosela pausadamente en el vientre, antes de darle una patada al laúd, que cayó al suelo; luego agarró al músico de la corbata, acercándose y obligándolo a doblarse.

—Eh, oye, ¿qué pasa, Nabil? —dijo en tono tranquilo pero aterrador; y, sin esperar a la respuesta, prosiguió—. ¿Qué tal tus hijas? ¿Cómo van el importante puesto, la gran fama y la enorme casa que nuestro Gobierno revolucionario te ha regalado?

El músico balbuceó:

—Todo perfecto e inmejorable, señor, gracias a tu generoso interés. ¡Que

Dios te guarde! ¡Que Dios te guarde!

—No, no... Parece que no estás satisfecho. He oído decir que hablas de la libertad y de la democracia cuando te emborrachas en tus veladas privadas.

—¡No, no, jamás, mi señor! Eres la libertad, eres la democracia, tú...

El presidente lo interrumpió ofreciéndole una copa con la otra mano, al tiempo que seguía tirándole de la corbata, sin dejar de presionarle el pecho con la sandalia.

—¿Quieres beber? —le dijo primero con calma y ordenó luego con un grito —. ¡Bebe!

En cuanto el músico tendió tembloroso la mano, el presidente le lanzó el contenido de la copa a la cara y tiró la copa vacía hacia atrás, al agua. Cogió una botella de la mesa y se la ofreció al músico:

—Es la bebida más cara y más exquisita del mundo. Es tuya, bébetela toda. Eres muy valioso para nosotros.

El músico la cogió, mientras el rubio traía otra botella de diferente color y forma. La puso encima de la mesa y desapareció.

El presidente se giró y llamó:

—¡Faisal!

Se aproximó un hombre en pijama y le dio un revólver. Era el ministro de Defensa. Su aspecto chocó a Ibrahim. Tenía delante al aterrador militar, cuyo mero nombre bastaba entre las filas del Ejército para crispar los nervios, el que nunca aparecía en los medios de comunicación sin el uniforme militar cargado de condecoraciones, con sable, emblemas y estrellas, y con la severidad esculpida en las facciones de su rostro. Por eso Ibrahim nunca imaginó que aquel hombre dormía como el resto de los seres humanos, o, en el caso de que lo hiciera, sería de pie, en total disposición y con todo su impresionante atuendo militar. Cuando el presidente lo mencionaba en la televisión, enumeraba todos sus títulos y sus rangos delante de su nombre; ahora, sin embargo, solo lo llamaba por su nombre: Faisal, nada más, y Faisal aparecía en pijama, le daba un revólver dorado y se retiraba despacio, con una ligera inclinación.

El presidente dio media vuelta hacia el lago, sin soltar la corbata del músico. Se puso a disparar a los patos que estaban nadando a la vez que soltaba carcajadas histéricas. Cuando se le acabaron las balas, dejó el revólver a un lado. El ministro de Defensa, sin perder un segundo, le dio una granada de mano; el presidente presionó la palanca de seguridad mirando al ministro, que tiró del perno. El presidente miró la granada apretada en su puño; luego al músico; y

sonrió. Le restregó la granada contra la nariz; el músico temblaba y sudaba a mares, encorvado como un dedo roto. El presidente, sin volverse, la tiró hacia atrás, al lago. La granada estalló y lanzó hacia el cielo una ola de agua mezclada con despojos de patos, peces, lodo y algas. El presidente soltó la corbata del músico y se giró para mirar la superficie del lago, cubierta con las blancas reverberaciones de las entrañas de los peces retorciéndose agonizantes en una mancha carmesí de lodo, hierbas, plumas de pato y sangre.

Por unos instantes, reinó el silencio. El presidente tomó un trago de la copa que estaba servida y el ministro le presentó otro revólver. En la orilla opuesta del lago, alguien soltó una paloma. Pasó volando delante del presidente y le disparó. Otra, le disparó. Otra y otra. Alcanzaba algunas y fallaba otras, y así sucesivamente, hasta que se le agotaron las balas del revólver y lo descartó. El ministro le entregó al instante un AK-47. Entonces la persona del otro lado empezó a soltar las palomas en bandadas; el presidente soltó una lluvia de balas. La mayoría de las palomas cayeron muertas desde el cielo y acabaron en el agua; las pocas que quedaron vivas se escaparon volando.

El presidente se puso de pie e hizo un gesto con la mano; enseguida aparecieron dos hombres y enderezaron al músico cogiéndolo por las axilas, puesto que no podía erguirse solo. Lo pusieron de pie delante del presidente, junto al borde de la valla de madera, de espaldas al lago. Se desplomó de rodillas, llorando, suplicando con balbuceos sin sentido.

—Hablas de libertad y democracia, ¿eh, Nabil? Tú, a quien dimos más de lo que jamás habrías soñado. Tú, que solo andabas detrás de las putas y cantabas para entretener a los borrachos en los clubes. ¡Tú, insignificante! ¡Inútil! Has pasado toda tu vida canturreando con ese estúpido instrumento. Nunca has hecho nada útil en toda tu vida más que zumbir como una mosca del estiércol. ¡Levántate!

El músico intentó incorporarse, pero le fallaron las fuerzas. Los dos soldados lo ayudaron, antes de retirarse.

—Canta *Patito, patito* —ordenó el presidente.

El anciano empezó a cantar la conocida canción infantil:

—Patito, patito. Nada en la orilla, / dile al pez, que viene la red, / aléjate de ella y estarás a salvo.

El presidente pidió otra canción infantil:

—Sí, rruiseñor, sí. / ¿Has visto un pájaro? Sí. / ¿Que pica en la taza? Sí. / ¿La leche y las semillas? Sí.

Entre lágrimas, sudor, mocos y terror, el músico cantaba con voz ronca y ahogada, mientras el presidente no dejaba de soltar sonoras carcajadas. En un momento dado, se giró y le soltaron una paloma, que pasó por detrás de la cabeza del músico. Le disparó, y luego otra y otra... Disparaba y disparaba, con las balas rozando las orejas del aterrado músico. El presidente se rio y le ordenó que cantara de nuevo *Patito, patito*. Todo siguió igual hasta que el presidente se volvió de nuevo y soltaron otra bandada de palomas que el presidente roció a balazos que incendiaron el aire con su estrépito. Luego bajó el cañón del fusil apuntando a la cabeza del músico... y se la perforó con la lluvia de balas que, por la fuerza de la cercanía, empujaron al pobre hombre hacia atrás y lo lanzaron al agua.

El presidente se aproximó al borde, miró hacia abajo y escupió. Se dio la vuelta con la intención de irse, pero se detuvo cuando su pie tropezó con el laúd. Lo observó, alguien se lo levantó. Lo cogió, le dio varias vueltas entre sus manos, lo contempló como un niño que acababa de recibir un juguete largamente anhelado. Parecía como si fuera la primera vez que tocaba un instrumento musical, se lo llevó hacia el pecho y se puso a acariciar las cuerdas intentando tocar algo, como si estuviera solo en aquel lugar. Repitió sus intentos, pero no consiguió sacar ni dos notas con cierta armonía, parecía aburrirse. Lanzó el laúd al agua.

Y se fue.

*Dentro y delante de la pantalla*

**I** BRAHIM NO SUPO CUÁNTO TIEMPO permaneció allí, petrificado. Del susto, la sangre se le había helado en las venas. Hubo un alboroto seguido de un silencio. Cuando sintió que se habían ido, la primera reacción que tuvo fue tratar de tragar saliva. Le costó trabajo porque se le había secado la garganta por completo. Se tocó la camisa y comprobó que la tenía pegada al cuerpo con el sudor; temió haberse meado, por la humedad que notaba abajo. Nunca había experimentado similares momentos de terror, a pesar de todo lo que había vivido en las guerras y de haber visto sangre, cadáveres, despojos humanos, exterminaciones, bombardeos y todo cuanto estuviera relacionado con la muerte, más bien con el asesinato.

Sin embargo, la conmoción sufrida con aquellos momentos fue totalmente distinta. Quizá porque no lo había previsto. Era algo que no podía concebirse dentro del marco de unas batallas y unas luchas. Quizá porque nunca se había imaginado al presidente como un hombre así de normal, que también asesinaba con sus propias manos. O quizá porque no sabía qué relación tenía él con todo aquello ni lo que tenía que hacer o la actitud que debía tomar. Se sintió como un ser superfluo, un intruso, un obstáculo o un eterno fantasma. ¿Y si alguien se hubiera percatado de su presencia? ¿Qué habrían hecho con él? ¿Qué debería haber hecho él? ¿O acaso lo habían hecho todo deliberada e intencionadamente, por algún motivo desconocido, sabiendo de su presencia? No, eso era imposible. En algún momento deseó que una de las balas que el presidente disparaba en todas las direcciones lo alcanzara y lo matara silenciosamente allí mismo, como solución al apuro en el que se encontraba y como salvación ante la desgracia y el terror que le sobrevino.

En medio del silencio, oyó borboteos y golpeteos en el agua, procedentes de donde había caído el cuerpo del músico. Pensó que a lo mejor Nabil seguía vivo y que, en sus últimos alientos, luchaba contra la muerte. Tembló porque no sabía

lo que debía hacer. ¿Qué podía hacer?

Entonces oyó por detrás el crujido de unos pasos en el bosque, unos pasos que se aproximaban. Se quedó paralizado donde estaba, pero se dio la vuelta instintivamente. No vio nada entre los troncos, los pasos seguían acercándose.

—¡Tío Ibrahim!

La voz de Saad lo llamaba, no era alta, sino en el tono normal de siempre, cuando lo llamaba:

—¡Tío Ibrahim! ¿Me oyes? ¡*Abu Quisma!*

Estaba seguro de que era Saad. Emitió un vago sonido, como un «sí»; luego pudo pronunciar más claramente:

—Sí, sí... Estoy aquí, camarada.

Intentó levantarse con lo que le quedaba de fuerzas, apoyándose en los troncos.

Saad se disculpó por haber llegado tarde. Dijo que las cosas funcionaban así.

—¿Me entiendes? El presidente viene sin hora fija y elige los lugares a su antojo, sin previo aviso. Por supuesto, no se puede acceder al lugar donde él está sin su permiso. Ya te imaginas que todo está sujeto a las órdenes, los gustos y el estado de ánimo de Su Excelencia, ¿me entiendes? ¿Alguien te ha visto?

Aparte de que Ibrahim era una persona de pocas palabras, en aquel momento era totalmente incapaz de articular una sola. Lo único que pudo fue mover la cabeza, negando. Saad respiró aliviado:

—¡Gracias le doy a Dios! ¿Y tú lo has visto? Ibrahim no contestó, se limitó a hacer de nuevo señas como de negación, y Saad prosiguió:

—Si lo hubieras visto, te preguntaría quién servía las bebidas. ¿Era rubio? ¿El ruso? ¿Sabes? Antes era yo quien se encargaba, y más de una vez en este preciso lugar. Yo le servía las bebidas mientras él pescaba y cazaba patos y palomas.

A MODO DE DISCULPA, Saad decidió llevar a Ibrahim hasta su casa en su coche particular. Lo llevó hasta la misma puerta sin haberle pedido la dirección, pero Ibrahim no le preguntó nada. Sin duda, Saad lo sabía todo. ¡No era uno de ellos, del Gobierno! Así lo interpretó Ibrahim, que no insistió en invitarlo a entrar; y Saad se fue canturreando. Caía la noche.

Cuando estaban de camino, Saad no paraba en los semáforos, ni respetaba ninguna señal de tráfico. Parecía que los policías lo conocían, porque nadie lo persiguió, algunos incluso lo saludaron militarmente desde lejos. Informó a Ibrahim de que dentro de tres días se celebraría una magnífica cena en el jardín



de uno de los palacios. Una ceremonia nacional o quizá una particular del presidente, el aniversario de haber ocupado algún puesto tiempo atrás...

—Escucha, va a ser una fiesta espectacular. Los invitados no serán más de doscientos; la mayoría serán las mujeres más bellas de Irak y del extranjero. Va a haber un enorme banquete con comidas y bebidas, en cantidad y variedad inimaginables. Siempre sobra y, al final de la fiesta, los empleados pueden comer o llevarse lo que quieran. ¿Quieres que ponga tu nombre entre el personal de servicio? Tendrás derecho a llevar a un acompañante, una mujer, a condición de que sea guapa y se ponga sus mejores galas —le explicó riendo—. Además, nos darán una remuneración extra. Yo voy a estar en el equipo de servidores de bebidas. ¡Podrás ver mis habilidades! ¿Quieres?

Ibrahim sacudió la cabeza en señal de rechazo. Saad se quedó un momento en silencio, antes de continuar:

—Bueno, estás cansado. En recompensa por haber tardado hoy, te daré dos días de vacaciones. Así es que, no vengas sino un día antes de la fiesta y al día siguiente, para ponerlo todo en orden y para cuidar de las rosas.

Se puso a canturrear:

—Oh tío, vendedor de rosas, / dime cuánto cuestan, dime —y siguió cantando hasta que llegaron.

Luego, como bajo los efectos de la misma euforia, dijo:

—Baja, estimado tío de las rosas, *abu* Quisma. Discúlpame, buen hombre.

ESA FUE LA ÚLTIMA VEZ QUE IBRAHIM vio vivo a aquel joven bueno y amable. No sabía que lo enterraría con sus propias manos.

AL ENTRAR EN CASA, ENCONTRÓ A SU HIJA en el salón, tumbada en el sofá delante de la tele, con el camisón levantado, cubriéndole apenas las piernas. Hablaba muy bajito por teléfono y, como de costumbre, su perfume llenaba el lugar. Nada más verlo, colgó el teléfono y se incorporó con desgana, preguntándole por el motivo de su tardanza. Ibrahim respondió con una sola palabra, después de sentarse en el otro extremo del sofá, cogiéndose la cabeza entre las manos:

—Trabajo.

Ella le preguntó si había cenado o si quería algo y él respondió:

—Agua —pero se corrigió rápidamente—. No, no, agua no... Cualquier otra cosa... Té. Quiero té.

Quisma se levantó y se dirigió a la cocina.

Ibrahim respiró hondo, se quitó el pie ortopédico y el zapato del otro pie. Se recostó para descansar, pero se levantó de un salto cuando vio al músico Nabil en la televisión. Se acercó a la pantalla y observó bien. Era él. El músico Nabil, con el mismo traje, la misma corbata que había visto aquel mismo día entre las garras del presidente y la misma camisa contra la que el presidente restregó la suela de su sandalia, antes de acribillarlo a balazos. Pero, como de costumbre, Nabil parecía en la pantalla más joven y más apuesto bajo los focos. Tocaba el laúd al frente de un grupo de músicos alineados detrás de un cantante, celebrando una festividad nacional o eso al menos era lo que estaba escrito en la parte baja de la pantalla. Todas las canciones ensalzaban la persona del presidente, las llamaban canciones «patrióticas», pero ni siquiera merecían el nombre de canciones. En lo alto de la pantalla se veía la palabra «directo». Se acercó más, hasta pegar casi los ojos al televisor, para asegurarse de que ponía realmente «directo». Se retiró y se sentó, incrédulo, en el borde del sofá.

Le llamó la atención que el maestro Nabil fuera la persona que las cámaras enfocaban más, que sacaran tantas tomas de su cara: serio, risueño, moviéndose al ritmo de las melodías, con la mirada perdida; y otras tomas de sus dedos rasgueando las cuerdas. Aparecía con más frecuencia que los demás músicos y el público, y solo algo menos que el conocido cantante, o así le pareció a Ibrahim, como si quisieran demostrar que efectivamente era Nabil, o era como si Ibrahim mismo hubiera caído bajo los efectos de una obsesión febril por la imagen de aquel músico, cuyo asesinato había presenciado pocas horas antes.

Quisma entró con el vaso de té en la mano. Le preguntó inmediatamente:

—¿Lo que pone arriba es «directo»?

—Sí.

—¿Y el laudista ese es Nabil, el famoso músico?

—Sí.

Después de un momento de silencio, cogió el vaso que traía Quisma y preguntó:

—¿Tú crees que este programa es efectivamente en directo o está grabado?

—¿Qué más da si es en directo o no? Lo más importante es que todos estos saben cómo pegarse la gran vida.

Cuando lo vio callado, dudó de que hubiera entendido lo que había dicho. Se sentó en el filo del sofá y siguió con cierto nerviosismo:

—Hay gente que sabe bien cómo prosperar en este mundo, cómo acumular dinero y prestigio y disfrutar de la vida.

—¿De la vida!? ¿Quieres decir que están realmente vivos!?

—Claro que están vivos. Y más que vivos, no como otros, como nosotros, muertos en vida.

Por intuición y el profundo conocimiento que tenía de su hija, Ibrahim podía decir que lo estaba llevando a otro enfrentamiento, de esos en que lo provocaba y hacía que se sintiera en cierto modo culpable. No sabía exactamente cuál era la razón por la que ella siempre estaba tan áspera y dura con él, desde su infancia; era como si lo aborreciera. Se acordó del momento en que sintió aquel cambio y cómo ella se alejaba: fue cuando lo vio por primera vez con un solo pie y supo que era un discapacitado. A veces solía justificarlo echándole la culpa a su larga ausencia y pensaba que, con el paso del tiempo, cuando ella fuera mayor, entendería que su ausencia nunca había sido por su voluntad, y entonces lo perdonaría. Pero era ya mayor y, sin embargo, seguía tratándolo mal, hasta cuando se quedaba callado frente a ella para evitar cualquier enfrentamiento, porque sabía que saldría perdiendo, que no tenía tanta habilidad como ella para hablar.

—Todo responde a la suerte y al destino, hija mía.

—Ni suerte ni destino ni leches. Se trata de voluntad y de inteligencia. Cada persona puede conseguir lo que se proponga y vivir la vida que quiera. Solo tiene que saber lo que realmente quiere, usar su inteligencia y consagrar toda su energía para llegar a ello.

—Hay personas que nacen así de grandes, con poder, dinero o prestigio. Cada persona tiene su destino. Como dicen, «a cada individuo se le facilita aquello para lo que fue creado», todo está predestinado, cada uno tiene escrito su destino. Las personas no somos todas iguales.

—Efectivamente, no son iguales porque ni quieren la igualdad ni aspiran a ella. Pero los que quieren llegarán y conseguirán aquello por lo que se han esforzado. Y los que tienden a la sumisión y la obediencia, por el contrario, y se limitan a vivir marginados en la sombra serán explotados por los otros y se quedarán en la sombra, marginados para siempre. Eso, si los más fuertes, los más ricos y los más audaces no los aplastan antes.

Ibrahim sabía que no conseguiría que su hija entendiera ninguna de sus firmes convicciones. Estaba realmente seguro de lo que decía y nunca sufrió de celos, de envidia ni de ambiciones que no correspondieran a sus circunstancias. A lo largo de su vida, se había acostumbrado al conformismo. Por eso pensó que debía dejar de debatir otra vez más con ella. Repitió en voz baja lo mismo que

había dicho antes:

—Todo responde a la suerte y al destino.

Enfurecida, Quisma se puso de pie de un brinco:

—¡Uf! ¿¡Otra vez con la suerte y el destino!? ¿¡No tienes otra frase!? ¿¡Es que no te aburres de repetirla!? ¿¡O acaso no has comprobado ya los resultados durante toda tu vida!? Te has pasado la vida como soldado, bajo el mando de oficiales que tenían la mitad de tu edad, que llegaron a ser oficiales en solo dos años y con la mitad de tu esfuerzo. Tú pierdes un pie y ellos ganan más estrellas y más medallas. Y ahora vas a pasarte el resto de tu vida como sirviente en sus jardines. Seguro que otro oficial de menos edad te estará humillando y arrastrando como a un borrego donde le apetezca. Así es que ¡no me hables de suerte ni de destino... ni de mierda!

Se marchó exasperada a su habitación dando un portazo. Ibrahim se quedó sentado cabizbajo y solo. Pero Quisma abrió la puerta de nuevo, asomó la cabeza y gritó:

— Y aunque tú estés satisfecho con tu vida, yo no lo estoy con la mía y sabré cómo cambiarla.

Cerró la puerta con fuerza, pero enseguida volvió a abrirla, asomó la cabeza de nuevo y continuó:

—¡Ah! Y que sepas también que odio llamarme Quisma, porque me pusiste el nombre de la suerte tuya.

Dio otro portazo aún más violento.

Ibrahim deseó que su mujer estuviera allí en aquel momento. Deseó también poder romper a llorar sobre su pecho hasta quedarse agotado, que sus dedos bondadosos le acariciaran la cabeza y su voz, mansa como los susurros de los árboles y el murmullo de las aguas del río, lo tranquilizara. Quería contarle todo lo que había visto ese mismo día. Le habría gustado que su hija fuera como su madre o, por lo menos, que tuviera la mitad de su bondad y tranquilidad. Pero el destino hizo que su hija fuera completamente diferente a ambos, mientras que su esposa se parecía a él en todo, en su resignación. ¡Cuánto la necesitaba en aquel momento! Necesitaba un instante excepcional de soledad y de serenidad como el que vivió entre los troncos de los árboles exóticos justo antes de lo que allí había ocurrido y había visto.

¡Cuánto extrañaba a 'um Quisma! Pensó en ir al hospital en aquel preciso instante. Ir a verla. Para abrazarla y cuidarla, para lamentarse de la crueldad de Quisma, para pedir perdón por cualquier negligencia que pudiera haber cometido

a lo largo de sus años de convivencia, para hacerle entender —o acaso ella ya entendía— que el curso de su vida entera no fue voluntario, que a él no se le concedió ninguna oportunidad de elección, que todo en su vida había sido una imposición de las circunstancias o una decisión de otros. Incluido su propio matrimonio con ella, puesto que quien la eligió para que fuera su esposa fue su padre, ella lo sabía, y quien aceptó el matrimonio fue el padre de ella. Quizá aquella había sido la única imposición positiva o la más adecuada para él. Se lo contaría todo, aunque ya lo supiera. Ella era la única que entendía lo que él quería decirle, aunque no pronunciara una palabra.

Se puso de pie, pero volvió a sentarse al recordar que todavía tenía dos días de vacaciones y que ya era tarde. Probablemente ella estaría durmiendo o le prohibirían la entrada.

Se tomó unos sorbitos del té. La celebración nacional todavía continuaba, Nabil seguía tocando el laúd detrás de un joven cantante de la edad de su hija. Se fijó en el músico por última vez; de hecho, fue la última vez que apareció en la pantalla. Apagó el televisor y se dirigió cojeando hacia el cuarto de baño. En su camino, pasó por delante de la habitación de Quisma, trató de escuchar, pero no oyó nada. Vaciló antes de dar dos ligeros toques en la puerta y dijo:

—Llévame mañana al hospital antes de que te vayas al instituto. Mañana tengo el día libre.

Dio dos pasos hacia el baño, pero retrocedió hasta la puerta:

—Buenas noches —dijo.

Se alejó y completó para sus adentros «... hija».

*Un ramo de flores y unas naranjas*

COMO DE COSTUMBRE, Ibrahim se despertó temprano. Antes de que Quisma se levantara, ya se había afeitado, duchado, perfumado y se había limpiado los zapatos. Se puso su único traje, que guardaba para las ocasiones especiales. Preparó el desayuno en el salón, mientras Quisma terminaba de ducharse y de vestirse, antes de ir a desayunar con él. No intercambiaron más palabras que «buenos días», «gracias» y luego «adiós», cuando lo dejó en la puerta del hospital. Ibrahim le dijo que no hacía falta que viniera a recogerlo, que volvería en taxi.

En cuanto su esposa lo vio, su marchito rostro se iluminó. El corazón de Ibrahim, por su parte, irradió calor como un hogar cuando se encienden las luces tras una larga ausencia. Tendida en su lecho de enferma, se incorporó y abrió los brazos para recibirlo, a pesar de que uno estaba conectado a un gotero. Sonrió con una dulzura que hechizó a Ibrahim. A ella le alegró verlo tan elegante, con el traje de la boda. A lo largo de sus años de matrimonio, su relación era una interminable serie de ausencias y encuentros. Nunca habían conocido un verdadero encuentro a solas fuera de su dormitorio, lejos de la proximidad de los familiares, como en esos momentos. Era como si se encontraran por primera vez. Cierta sensación los invadió a los dos, algo parecido a lo que describen como amor a primera vista. Ibrahim se inclinó y le dio un abrazo muy largo. Se olieron el cuello. Las manos acariciaron las espaldas subiendo hasta las cabezas. Los ojos de Ibrahim reverberaron con unas lágrimas que no terminaron de resbalar.

Se sentó en el filo de la cama, frente a ella. Gracias a la luz de la mañana procedente de la ventana contigua, ella le pareció la mujer más bella del mundo, aunque estaba muy delgada, como nunca antes había visto a nadie. Sin embargo, la encontró de mejor humor, más radiante, cariñosa y animada que en sus visitas anteriores.

La enfermera vino con el carrito del desayuno. Ibrahim se ofreció para darle

de comer a su esposa con sus propias manos. Cada vez que ella le indicaba que no quería más, él insistía o bromeaba para que tomara una última cucharada de sopa, y así hasta que le hizo tomar el desayuno completo.

Ella le comentó que estaba mejor, pero que echaba de menos su casa, la del pueblo. Echaba de menos su vida cotidiana normal y los detalles de su vida con él y con Quisma. Le agradeció la paciencia y los cuidados que tenía con ella. Le pidió perdón por no poder cumplir con sus deberes en la casa. Él le respondía con las mismas palabras de agradecimiento y perdón.

Cuando el médico pasó a verla y ella se tomó la medicación, Ibrahim le preguntó al médico si podía caminar un poco. Y este le indicó que todo dependía de la voluntad y la fuerza de la paciente.

Ibrahim la ayudó a levantarse. Ella le puso el brazo sobre el hombro y él le rodeó la cintura con el suyo, cogiendo con la otra mano la bolsa de suero. Caminaron despacio por el blanco corredor como dos niños, sintieron el placer de esos momentos como si estuvieran dando un paseo por la orilla del río y la luz de las ventanas contiguas fuera el agua. Salieron al jardín y se sentaron en un banco apartado, a la sombra de una higuera. Nada más sentarse, ella dijo que quería tocar el césped. Ibrahim hizo ademán de arrancar un puñado de hierba para dárselo, pero ella se lo impidió diciendo que quería tocarlo en la tierra. La ayudó a bajarse al suelo, donde se sentaron. Empezó a acariciar la hierba y a pasar sus dedos entre ella con un cariño desbordante, como si estuviera acariciando el pelo de un bebé dormido.

Ibrahim no habló nada que no fuera lo que compartían en aquellos momentos. Estaba contento y optimista porque la había encontrado mejor. Se olvidó —o quiso olvidar— de todo lo que había decidido que iba a contarle. Evocaron algunas de sus vivencias en el pueblo, anécdotas de la infancia, de los vecinos y los aldeanos, y se rieron más de una vez. Le afirmó que estaba bien y que lo único que le hacía falta era que ella se curara y volviera a casa. Le contó que su vida sin ella era insípida y sin sentido, que la necesitaba, que su presencia era imprescindible para que él sintiera su propia existencia. Le insinuó lo que ella ya había notado sobre su relación con Quisma, que no sabía cómo llegar a entenderse con ella ni cómo acercarse a ella.

Su esposa lo consoló con las mismas palabras que siempre le repetía, diciéndole que Quisma era una chica de buen corazón, aunque algo irascible, difícil y testaruda. Le rogó que tuviera toda la paciencia del mundo con ella y la cuidara en caso de que su ausencia se alargara. Y, en tono diferente, añadió:

—Mi último deseo es que seas paciente y tolerante sin límites con ella y también que te cuides mucho.

Cuando Ibrahim quiso impedirle que siguiera con ese tono de despedida, ella se resistió diciéndole:

—Te perdono por todo, Ibrahim. Eres muy buen hombre y yo estoy satisfecha contigo.

Se callaron con lágrimas ahogadas en los ojos. Él, a su vez, respondió con las mismas palabras:

—Te perdono por todo, 'um Quisma. Eres muy buena mujer y yo estoy satisfecho contigo.

Se abrazaron. Ella le susurró al oído por primera vez en su vida:

—Te quiero.

Ibrahim la estrechó con fuerza, olvidando la fragilidad de su cuerpo, y le dijo sollozando al oído:

—Te quiero.

Se quedaron así, sin moverse, durante bastante rato...

Luego, poco a poco, cambiaron por completo el rumbo de la conversación y se pusieron a hablar de cosas cotidianas, de los regalos que llevarían en su próximo viaje al pueblo.

El tiempo se les pasó tan rápido como un tiempo de enamorados, tan lento como un tiempo de enamorados. Terminaron el día igual que lo habían empezado: él, sentado en el filo de la cama, frente a ella; ella, echada. Mientras tanto, la ventana se fue oscureciendo lentamente... Se veían fuera las luces de la ciudad iluminando la noche de un modo espectacular. Sentada al amor de aquellas tenues luces, a Ibrahim le pareció una muñeca de princesa o una reina.

Pasó todo el día junto a ella, no la dejó hasta que se durmió, con su mano reposando sobre la de ella. La besó en la frente y volvió a su casa caminando y disfrutando por primera vez de la noche de Bagdad. Pasó por las antiguas callejas y por los mercados populares... Las fragancias del té y del humo de los narguiles emanaban de las cafeterías, los intensos aromas a comida de los vendedores ambulantes y de los restaurantes llenaban los rincones. Cruzó el puente, se paró en el centro para contemplar las aguas del Tigris que reflejaban las luces de ambas orillas y del cielo. Inhaló la brisa, el aire limpio que avivó su espíritu.

Dirigió la mirada hacia el edificio del hospital, tratando de adivinar detrás de cuál de aquellas ventanas tan pegadas unas a otras dormía su esposa. Cuando



creyó haberla localizado, fijó la vista como si estuviera mirando los ojos de ella. La imaginó durmiendo tranquilamente. La palidez de la cara intensificaba su belleza, su resignación la acercaba a la imagen que él tenía de los ángeles. Recordó que lo último que mencionaron en su conversación fue el nombre de su hija Quisma, Suerte. Fue lo último que ella dijo y él repitió al tiempo que se sonreían, antes de que ella se durmiera.

—Así es la vida, todo es cuestión de suerte y de destino —dijo ella.

—Así es la vida, todo es cuestión de suerte y de destino —repitió él, sonriendo juntos, tanto que casi se echan a reír con secreta complicidad.

Le sonrió desde el puente y le mandó un cálido beso en el aire de aquella noche. Continuó caminando, sintiéndose muy cerca de ella, sintiendo el verdadero amor. Estaba seguro de que nadie en aquel universo lo entendería o sentiría lo mismo que él, salvo ella.

SE LLENÓ CON UN EXQUISITO KEBAB y le dejó al camarero una buena propina. Cuando pidió en la calle otro vaso de té a un pequeño vendedor ambulante, le pagó el doble y el chico se lo agradeció invocando las bendiciones de Dios y pidiendo bienestar y salud para Ibrahim y para su familia. Ibrahim se puso a dar generosamente a todos los vendedores y a los pordioseros con los que iba encontrándose. La idea de que oraran por él y por su familia le agradó enormemente. Pensó que quizá las plegarias de uno de ellos pudieran ser aceptadas o que quizá aquella noche pudiera ser bendita.

En la calleja que llevaba a su casa, iba canturreando una melodía, pero lo dejó cuando, de pronto, recordó lo que le había pasado al músico la tarde anterior. Se esforzó por expulsar aquel recuerdo fuera de su cabeza. Volvió a pensar en la esperanza que le infundió el encuentro con su esposa, la esperanza de que ella se pondría mejor al día siguiente.

Le llevaría una cesta de naranjas porque le gustaban mucho, le encantaban su color, su sabor y su olor. Pensó, incluso, en llevarle un ramo de flores. Seguramente ella le sonreiría y le recordaría que esa era una costumbre de los habitantes de las metrópolis. Él le confesaría que su paseo nocturno le había hecho sentir cierta admiración por las ciudades, como si las acabara de descubrir de nuevo, que había encontrado cierto placer en pasear de noche por sus mercados y por sus aceras. Las farolas, los edificios, el gentío, el bullicio, las callejas tranquilas, incluso el estruendo de los coches que pasaban a su lado le gustaban. Antes, pasaba por las ciudades sin detenerse, cuando lo trasladaban de

una unidad militar a otra. Lo más que podía hacer entonces era bajar de un autobús y subir al siguiente, comprarse un bocadillo o cualquier otra cosa de los carritos ambulantes que rondaban por las estaciones. Cuando los autobuses tardaban, pasaba la noche en un hotel barato y sucio, en habitaciones compartidas con otros soldados, con otros pasajeros o con inmigrantes egipcios, sudaneses o indios. Otras veces, se acostaba sobre el césped de las plazas, usando su mochila como almohada y sin quitarse ni una prenda del uniforme militar.

Se sentía mejor, más fuerte. Con un vigor que brotaba en su interior, pensó que, en cuanto entrara en casa, hablaría con Quisma de un modo diferente, más abierto y más seguro. Le diría:

—Eres mi hija y yo te quiero. Ven que te abrace. Dime todo lo que quieras sin dudar. Todo, lo que sea. Esta vez deseo con toda sinceridad que tu voluntad triunfe sobre la mía.

Le diría también que su madre era una gran mujer, que él la quería y que estaba poniéndose mejor. Le diría que él era feliz por tenerlas y que toda su vida estaría dedicada a ellas dos. Bromearía con ella, se portaría con ella del mismo modo que acababa de hacer con su madre. Había comprobado los extraordinarios resultados, aunque en realidad no había planeado comportarse de ninguna forma en especial. Todo había ocurrido espontáneamente; sin embargo, le había servido de lección y se había dado cuenta de que expresarse libremente era algo mágico. Le pediría que lo acompañara al día siguiente al hospital a ver a su madre. Antes, le rogaría que lo ayudara a elegir un ramo de flores, uno propio de los amantes, no para un enfermo. Sí, se lo diría, y comprarían juntos las naranjas.

Entró en casa con prisas y con un gran deseo en el alma de abrazar a Quisma, pero la encontró dormida. Miró el reloj de la pared, vio que ya habían pasado las tres de la madrugada. Se movió sigilosamente por todos los rincones y aplazó hasta la mañana siguiente las tareas de limpieza que había pensado hacer. Solo se quitó la ropa y se echó en la cama; el sueño lo atrapó casi al instante. Durmió profundamente, como pocas veces había dormido, por eso se levantó tarde, pero completamente descansado.

Quisma ya había salido, el reloj apuntaba las doce del mediodía. No lo lamentó, casi lo prefería así. Si él necesitaba tanto sueño, seguramente también o más aún su mujer, sobre todo, porque la había cansado con su compañía todo el día anterior, privándola de su habitual siesta. Encendió el televisor y empezó a prepararse algo de comer, pero lo apagó inmediatamente al ver que emitían la

celebración de otra festividad nacional.

Se metió en la habitación de Quisma, que parecía un nido de intimidad con su desorden, la mezcla de perfumes y las fotografías de gente famosa cubriendo las paredes. Pensó en hacerle la cama, pero prefirió dejarla tal cual. Le alegró ver muchos libros en la mesilla de noche; no le agradaron, sin embargo, los montones de revistas a todo color y llenas de fotos de celebridades. Pasó por alto todo aquello y se puso a rebuscar entre los casetes de música apilados al lado del radiocasete, evitando toda la música iraquí melancólica que ya conocía. Quiso poner algo completamente diferente. Eligió un casete de música inglesa y lo metió en el aparato. La verdad es que no entendía nada de lo que decían esas canciones estridentes, pero le gustaron los ritmos tan alejados de la música árabe que ya conocía. Era lo que quería, algo diferente, voces diferentes, palabras que no entendiera. Subió el volumen y salió de la habitación dejando la puerta abierta. La música occidental agitaba el aire por toda la casa, insuflándole una extraña energía, hasta tal punto que Ibrahim a veces movía la cabeza y los hombros al compás de la música, e incluso meneaba el trasero mientras preparaba el té. Miró a izquierda y derecha y sonrió para sí y de sí mismo, mientras continuaba sus movimientos libres, como si fuera un adolescente.

Desayunó, se bañó, se echó perfume y se puso su traje, como el día anterior. Compró diez naranjas en la tienda del barrio. Las eligió una por una, escogió las más frescas y las frotó con un pañuelo que sacó del bolsillo para que estuvieran más relucientes. Cuando se bajó del taxi, delante del hospital, se dirigió al quiosco de flores y le pidió a la anciana paralítica que le hiciera el más bello de los ramos. La mujer empezó a moverse con su silla de ruedas y a elegir las flores que más le gustaban a Ibrahim. Le pagó con generosidad y entró en el hospital, alegre por llegar a la hora de la comida, que era una nueva oportunidad para darle de comer a su mujer con sus propias manos y animarla a que se alimentara bien.

CUANDO IBRAHIM LLEGÓ A LA CAMA, la encontró vacía, aunque sus cosas seguían allí. Pensó que tal vez estaba en el baño o que se la habrían llevado para alguna revisión. Quiso entonces que la sorpresa fuera aún mayor y que la sonrisa de su esposa fuera más bella, de modo que puso el ramo sobre la almohada, como una cabeza, colocó la bolsa de naranjas en la cama como un cuerpo, cubriéndola con la sábana blanca y traslúcida.

Y se sentó frente a la puerta, esperando su regreso...

*Permiso por funeral*

**I**BRAHIM SABÍA QUE ERAN AFORTUNADOS su esposa y él por haber conseguido que ella pudiera acceder al tratamiento médico en aquel hospital gubernamental privado. Su nuevo puesto se lo facilitó. Sin embargo, habría deseado que su padre estuviera todavía vivo para que también se sometiera a tratamiento en el mismo hospital. Era uno de los pocos hospitales buenos del país. En él solo ingresaban personajes notables, importantes funcionarios del Estado y sus familiares. Hasta los médicos y las enfermeras se dirigían a Ibrahim con un respeto al que no estaba acostumbrado. Lo llamaban «señor» y le hablaban con suma cortesía. El médico encargado del caso de su esposa era aún más atento con él aquel día. Se esmeraba en amabilidad y cortesía mientras lo conducía hasta su despacho; una vez allí, se puso a explicarle detalladamente la enfermedad de su esposa con términos científicos que Ibrahim desconocía. De hecho, no alcanzó a entender gran parte de lo que dijo y se limitó a agachar la cabeza en silencio al comprender que lo que el médico quería comunicarle con aquel largo discurso era que su esposa había fallecido.

Ibrahim no abrió la boca. Solo habló el médico, que parecía no esperar ninguna respuesta y que procuró llenar todo silencio. Se levantó para darle un vaso de agua a Ibrahim, que se lo bebió por completo antes de señalar con el dedo el teléfono que estaba encima de la mesa. El médico se lo acercó enseguida y salió del despacho. Ibrahim llamó a la oficina central de su trabajo, le comunicaron que debía ir en persona con el certificado de defunción emitido por el hospital, y que entonces le concederían un permiso de diez días.

Fue a la oficina del Palacio Republicano con un papel y salió con otro. No esperaba que los trámites fueran tan rápidos y sencillos, porque estaba acostumbrado a tener que hacer siempre colas agotadoras y aburridas, a pagar sobornos, a aguantar humillaciones y a cargar con gruesos expedientes maculados con la tinta de decenas de sellos. Por un momento, habría deseado

poder ver a Saad allí mismo, a pesar de que sabía que el joven no trabajaba en aquella oficina. Sentía la necesidad de contarle a alguien su calamidad, aunque solo fuera para recibir las habituales y tradicionales palabras de consolación.

Regresó a casa y se quedó solo hasta que Quisma volvió. Ella no parecía estar demasiado afectada; empezó directamente a discutir la organización de los detalles del traslado del cuerpo de su madre al pueblo. Dijo que iría el día siguiente temprano al Instituto, para pedir unos días libres; él la acompañaría, para dirigirse después juntos al hospital con el fin de cargar el ataúd en la baca del coche y partir de inmediato.

Durante las horas que duró el viaje de Bagdad al pueblo con sus debidas paradas, no intercambiaron palabra. Quisma se limitó a conducir el coche, insultar a los conductores y refunfuñar por los tractores de los campesinos y sus animales de carga, que vagaban por la carretera sin orden ninguno. Él, en cambio, sentía el cuerpo de su esposa atado al techo del coche como el ala suave de un ave que le acariciaba la cabeza. Habría deseado que ella estuviera sentada con ellos en ese momento. Él a su lado en el asiento trasero, cogiéndole la mano o recostada en su hombro, mientras él contemplaba su apacible rostro y le contaba lo que llevaba guardado en el corazón desde hacía décadas. Pensó revelar a Quisma su deseo de que la sacaran del ataúd y que la sentaran junto a ellos. Pero temió que ella montara en cólera, que su imagen de padre se deteriorara aún más, que pensara que estaba loco, además de ser un fracasado, un débil y un inútil. Temía su reacción, fuera la que fuera. Se acurrucó en su asiento, se sumió en el silencio y en el ensimismamiento, volviendo a la resignación ante el destino que sintió que de nuevo lo golpeaba, reprimiéndolo cada vez que pensaba que las cosas iban a solucionarse, arrastrándolo de las orejas de una situación difícil a otra aún más difícil. Y así sucesivamente, a lo largo de toda su vida. Ese era su destino. Todo es cuestión de suerte y destino...

En el pueblo, el funeral duró tres días. Fue sencillo, para los familiares. Tarek protagonizó la mayor parte de la ceremonia, preparando el sepelio, dirigiendo la oración funeraria, recitando versos del Corán, hablando de las doctrinas del Islam sobre la muerte y la vida en el más allá y permaneciendo al frente para recibir y despedir el duelo. No se olvidó de intentar convencer a Ibrahim de que se casara de nuevo:

—Eres todavía joven, hermano. Tu hija es ya una mujer, pronto se casará y te quedarás solo.

Ibrahim no reveló el secreto que se ocultaba detrás de su rechazo y la razón

por la que no servía para una relación, más allá de su desgana o de su incapacidad para entender el concepto de matrimonio.

En cuanto a Abdulá, se limitó a ir una vez al cementerio en los días siguientes al funeral. Sabía que Ibrahim estaría al lado de la tumba de su esposa y allí lo encontró, cabizbajo. Se acercó a él por detrás, le puso las manos en los hombros y le besó la cabeza. Se sentó a su lado en el suelo, fumando, delante de la tumba y con la tumba de Zeineb no muy lejos, además de otras siete tumbas que conformaban el núcleo del nuevo cementerio.

Abdulá le ofreció un cigarrillo que Ibrahim rechazó, pero Abdulá insistió y lo cogió.

—¿Qué hay de nuevo en todo esto, Ibrahim? —dijo Abdulá—. ¿Acaso nuestras vidas, y sobre todo la tuya y la mía, no están siempre encadenadas a la muerte y a los muertos? Hemos convivido con la muerte y la conocemos más que a la vida. Yo, personalmente, todavía no llego a comprender lo que significa la vida exactamente. No la entiendo. No entiendo nada del objetivo de toda esa masa humana, viscosa, que se pasa el tiempo luchando, a sabiendas de que su fin es perecer. ¿Acaso entiendes tú algo de la vida? ¿Entiendes qué sentido tiene? Dímelo, aunque solo sea una suposición. Yo, francamente, creo que conozco más a la muerte, la imagino más clemente, más pacífica. Sin duda, no sería peor que la vida, aunque se tratara de un vacío infinito. No concibo que sea otra vida igual que esta u otra vida con condiciones y circunstancias diferentes. Si lo fuera, sería una farsa aún más absurda. Yo personalmente he sufrido tantos dolores que ahora el dolor ya no me duele. Desde hace ya mucho tiempo, he decidido no lamentarme por nada, no entristecerme, ni sufrir. He decidido que todo me daría igual. He decidido no cansarme ni molestarme por asuntos cuyas consecuencias, de todas formas, no se alterarían con mi sufrimiento. Casi envidio a los muertos por no tener que aguantar todo este follón, por darle la espalda a todo esto. Bueno, en realidad, ya no envidio a nadie, ni a los vivos ni a los muertos. Escucha, amigo...

Se calló cuando se vio incapaz de expresar aquella inmensa sensación en su interior. Repitió intentando agarrar la idea y conseguir las palabras más precisas:

—Escúchame bien, amigo...

Pero se sintió incapaz de continuar y terminó diciendo:

—Cógete otro cigarrillo.

Se miraron el uno al otro y rompieron de pronto a reír a carcajadas que les agitaron fuertemente por unos instantes. Luego se abrazaron.

—¡Mierda! ¡Maldito sea todo! Vamos al río —dijo Abdulá.

EN EL CAMINO, IBRAHIM INTENTÓ contarle a Abdulá lo que vio durante su trabajo en los jardines de los palacios presidenciales, sería el único capaz de guardar aquel secreto y lo entendería. Pero Abdulá interrumpió sus intentos antes siquiera de que pudiera seguir:

—Lo sé; es más, no quiero saber nada de nada, nada de palacios ni de clases de gente ni de burros ni de perros ni de las cosas y los jardines. No son, al fin y al cabo, más que otras formas de tumbas colectivas. El país entero, la tierra, el mundo... No, el universo entero no es más que una tumba colectiva a punto de desmoronarse y desaparecer, tarde o temprano, en el olvido. Y si sigue, no es, al fin y al cabo, sino una extensión eterna sin sentido. Vamos a nadar y a jugar un poco en el agua del río y punto.

IBRAHIM PASÓ EL RESTO DE LOS DÍAS junto a su madre ciega. Más decrepita y encorvada como un signo de interrogación. La mayor parte del tiempo la pasaba sentado en la alfombra, reclinado sobre su madre, sintiendo el cariño que se le filtraba en sus adentros. A veces ella le tocaba la cara, las manos, la espalda y los pies, y le acariciaba el pelo. Ibrahim sentía que ella era quien mejor lo entendía, aunque se perdía a veces entre memorias, temas y nombres sin conexión alguna. Hablaba de lo normal y cotidiano; en ocasiones, de la infancia y de acontecimientos de un tiempo inmemorial que ya no le interesaba a nadie, de personas olvidadas hasta por sus propios nietos, de la cosecha y de sus canciones, de las inundaciones, de personas que se casaron, lucharon y murieron, de lo que dijeron e hicieron. Hablaba de costumbres que se habían extinguido, costumbres de bodas y sepelios, de cocina y de resolución de conflictos, de cómo se hacían el yogur y la mantequilla. Su discurso, en el que mezclaba a vivos y muertos, personas y objetos, expandía los horizontes en la mente de Ibrahim, haciéndole sentir que él, su circunstancia y toda su vida no eran más que una gota más en ese extenso océano de infinitas gotas que son la gente, sus historias, los seres y los objetos. Su madre era imparcial, todo lo equiparaba, los tiempos, los espacios, las personas, las circunstancias...

Quisma, por su parte, insistía en que volvieran a Bagdad, porque en el pueblo se estaba aburriendo. Aducía como pretextos los estudios y los exámenes. De modo que volvieron, otra vez callados, después de haber pasado una semana en el pueblo.

Él ocupó los tres últimos días que le quedaban de su permiso en recoger los objetos de su mujer, su ropa, sus bolsos, sus zapatos y demás, para donarlos en la iglesia más cercana. Se quedó únicamente con el anillo de boda, un pañuelo que a menudo se ponía alrededor del cuello, para sentir su olor cada vez que la echara de menos, y el frasco de su perfume preferido, lleno aún hasta la mitad. Le regaló sus pendientes de oro, sus collares, sus sortijas y sus simples brazaletes de plata a Quisma.

Pasó la mayor parte de las tardes y las noches paseando por la ciudad, descubriéndola poco a poco. El ruido de sus mercados y de sus cafeterías lo distraía de pensar en sí mismo. El cansancio de caminar lo agotaba y lo inducía a dormir sin los preludios de dar vueltas en la cama, sin memorias ni pensamientos sobre nada. En una de esas caminatas, le llamó la atención la belleza del escaparate de una librería en el centro de la capital, la vista de los libros le infundió pensamientos de paz, de firmeza y confianza en la estabilidad del mundo. Contempló las cubiertas y los títulos de numerosos libros y encontró que lo trasladaban a otros mundos diferentes. Entró y pasó largo rato admirando y rebuscando entre los libros. Se sintió relajado y terminó comprando dos novelas traducidas, un poemario, un libro religioso y un pequeño ejemplar del Corán. Al encontrarse de frente con la estantería de bolígrafos y de atractivos cuadernos de colores, formas y tamaños variados, se compró un bolígrafo negro y un cuaderno gordo de tapa azul claro como el cielo de una tarde de verano. Se dijo a sí mismo que quizá pondría en aquel cuaderno lo que le pasara por la mente y le confesaría, cada vez que lo necesitara, todo lo que echara en falta, como si fuera alguien íntimo con quien hablar; además, lo utilizaría para escribirle cartas a su esposa. Salió satisfecho de sí mismo, complacido por haber tenido semejante idea.



*Cadáveres y cuadernos*

CUANDO VOLVIÓ AL TRABAJO, le comunicaron a primera hora que su puesto había cambiado. Lo trasladaron en coche particular a otro portal similar al anterior, a media hora de distancia. Una vez allí, entró un oficial parecido al primer oficial, parecido a todos los oficiales, puesto que todos se parecían al presidente, con su bigote, su uniforme caqui hecho a medida y planchado con sumo cuidado, el revólver a la cintura, zapatos rojos acharolados y un tono imperativo de voz. En su lujoso despacho, debajo de la fotografía del presidente, que ocupaba toda la pared principal, dijo exactamente lo mismo que el primer oficial, como si fueran dos auxiliares de vuelo repitiendo a los pasajeros las instrucciones de emergencia: está prohibido hablar de lo que se vea o se oiga aquí, hay que ser puntual en los horarios, la obediencia a los órdenes debe ser ciega, etc. Luego añadió en tono más suave:

—Parece que tus anteriores jefes están contentos contigo y se fían totalmente de ti. Tienes excelentes informes, por eso has sido trasladado aquí, a este lugar tan delicado. Es una muestra de gran confianza que no se le otorga a cualquiera, a menos que la merezca. Tu jornada de trabajo será más reducida y tu sueldo más alto. Empezarás a la una de la madrugada y acabarás a las cinco y media o las seis de la mañana. Un coche particular irá a recogerte y luego te llevará a tu casa. Ven por aquí.

Lo condujo al interior de un edificio similar al anterior en su diseño. Lo atravesaron hasta una inmensidad de jardines y espacios abiertos, de gran amplitud. Había un vehículo de transporte interno igual que el de Saad.

—Voy a enseñarte cómo se conduce. Es muy fácil.

Subieron al coche y empezó a instruirlo:

—Tienes que apretar este botón para que el coche arranque; luego tienes que presionar con el pie este pedal y el coche se pondrá en marcha automáticamente; después solo tienes que girar el volante. Venga, hazlo tú mismo. Yo iré

indicándote el camino, también es fácil. ¿Ves esa colina? Solo tienes que ir hacia allí por el camino que prefieras.

Los caminos eran muchos, se entrecruzaban y pasaban entre fuentes, jardines, árboles altísimos, acequias, pequeños lagos y puentes arqueados. A medida que iban acercándose a la colina que le había indicado el oficial, los árboles eran aún más altos. La ladera de la colina estaba cubierta de árboles. Ibrahim vio pequeñas cascadas artificiales que caían de lo más elevado. En la cima había un pequeño palacete con amplias terrazas que daban a todas direcciones y permitían dominar todos los puntos del horizonte. Entre los bosques que rodeaban la colina, había espaciosos des poblados, sin vegetación, donde vio manadas de asnos, camellos y perros vagando, y a dos personas trasladando forraje en un vehículo parecido al suyo, para echárselo a los animales de aquellas planicies.

El oficial lo condujo hasta una pequeña casa de dos habitaciones, una casa de guardia.

—No tiene llave: presionas aquí y se abre la puerta —le dijo.

Ibrahim se encontró en una sala pequeña en la que había una silla y una alfombra. Había también una nevera y un armario grande pegados a una pared, y una estantería con linternas y cajas de herramientas en otra. La pared principal estaba completamente vacía, salvo un retrato bastante grande del presidente sonriendo. Y otra puerta, la del baño.

—Esta es tu área de trabajo. Aquí encontrarás toda la ropa que necesites; las herramientas de trabajo están en las cajas. Si te hace falta cualquier otra cosa, nos lo comunicas.

Ibrahim se percató de que sus herramientas no eran como las anteriores. Parecían las herramientas de un verdadero campesino, no las de un jardinero. Encontró dos palas grandes y relucientes, con los bordes afilados, una caja con varios pares de guantes que nadie había sacado aún de sus bolsas, una azada, una piqueta y otras herramientas para cavar, así como una carretilla común y corriente en un rincón.

—Bueno, tendrás que venir hasta aquí diariamente, ponerte tu uniforme de trabajo y esperar. Si viene alguien, él te dirá lo que tienes que hacer; si no, deberás permanecer aquí hasta el final de tu jornada laboral. ¿Entendido?

—Sí, señor.

CUANDO IBRAHIM VOLVIÓ A SU CASA, se puso a pensar en dos cosas. Lo primero fue recordar todo lo que le había dicho y enseñado el oficial. Lo memorizó

despacio y se examinó a él mismo sobre cómo conducir el coche, los caminos por donde pasó, el lugar exacto donde estaba la caseta y dónde se encontraba el botón para abrir la puerta. Y lo segundo, intentar adivinar la naturaleza de su nuevo trabajo. Sin duda, era el joven Saad quien lo había recomendado ante sus jefes. ¿Querrían tratarlo ahora como a un verdadero campesino, con una azada de verdad y no como a un mero jardinero que pasaba la mayor parte de su tiempo desempolvando rosas cuyo nombre ignoraba? ¿Le encomendarían el pastoreo de aquellos burros, camellos y perros como hacían los dos hombres que había visto a lo lejos? En cualquier caso, sintió con aquellas conjeturas que su nuevo trabajo sería mejor en todos los sentidos, porque parecía estar aislado y sin responsabilidades concretas. Además, que fuera por la noche significaba que era un trabajo fuera de lo habitual y lejos de la supervisión de unos jefes directos... y sin expectativas de una visita del presidente ni de nadie más. A pesar de todas aquellas confortaciones o deseos, no pudo impedir que se le encogiera el corazón cuando se dirigía hacia allí, el primer día; luego, según avanzaban los días, se le encogió más aún. Se le cortó la respiración cuando comprobó que su nuevo trabajo consistía en cavar tumbas y sepultar cadáveres torturados y destrozados.

En la primera noche, casi a las tres de la madrugada, una ambulancia militar paró delante de la puerta de su caseta de guardia. Dos soldados se apearon del vehículo, lo saludaron y sacaron por la puerta trasera dos cadáveres que tiraron al suelo.

—¿Eres el nuevo? Bueno, tienes que enterrar a estos en cualquier sitio de los llanos, entre los árboles. Da igual como lo hagas: en horizontal, en vertical, de pie y a la profundidad que sea. Lo importante es enterrarlos sin dejar rastro en la tierra; o sea, tienes que nivelar la superficie tal como estaba... Así, tal como ves que está ahora, con los demás cuerpos que hay enterrados por aquí. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Di «camarada». «Señor» es solo para los oficiales.

—Sí, camarada.

Y se fueron.

LA EXISTENCIA DE IBRAHIM se hizo más melancólica, pesada y triste, y no solo por la alteración del ritmo del día: la noche convertida en mañana para trabajar, y la mañana en noche para dormir. Si Ibrahim era ya hombre de pocas palabras, en ese momento se volvió totalmente mudo, por miedo a abrir la boca y decir

cualquier palabra que delatara la naturaleza de su trabajo, lo que veía, escuchaba o incluso pensaba. Empezaba a rehuir la mirada de la gente para que nadie pudiera leer nada en la suya ni vislumbrar aquella vergüenza que sentía.

Por culpa de la diferencia de horarios, raras veces veía a Quisma. Evitaba conocer a cualquier persona nueva y procuraba eludir encontrarse con algún conocido. Si por casualidad se topaba con un vecino en la callejuela o no le quedaba más escapatoria que hablar con el encargado de la tienda de alimentación, raramente pronunciaba un saludo entero y nunca contestaba con claridad. Sus palabras no eran más que misteriosos balbuceos que apenas tenían algún sentido.

Se volvió más aislado, más introvertido y más solitario. Como no veía a nadie y apenas nadie lo veía a él, empezaba a sumirse cada vez más en su natural ensimismamiento, a medida que aumentaba el número de cadáveres a los que tenía que enterrar. Se convirtió en la propia tumba de su alma, una tumba donde no se veía más que oscuridad, negritud y confusión, sin salvación ni alivio.

En los primeros días de su trabajo —más bien, en las primeras noches— el terror le estremecía todo el cuerpo. Solo, con los cadáveres ensangrentados, en medio de aquellos bosques autoritarios por su altitud y frondosidad y por la escasez de luz. Pero a medida que pasaba el tiempo fue acostumbrándose al lugar, los latidos de su corazón recobraron su ritmo normal y se le disiparon los temblores de brazos y piernas. Empezó a cargar los cadáveres como un saco cualquiera, los ponía en la carretilla y los empujaba, buscando cualquier rincón donde enterrarlos. Ya no volvió a darle miedo posar la mirada en las caras de los asesinados y observarlos, para averiguar cómo habían terminado con ellos, fueran cuales fueran sus desfiguraciones. Aquellos cadáveres nocturnos, aquellos asesinados, se transformaron en la mayoría de las personas que conformaban su mundo. A veces sentía que era uno de ellos.

El conductor que lo recogía era como él, silencioso. No intercambiaban más que los saludos y, a menudo, se limitaban solo a mover la cabeza, a cruzar una mirada o incluso a nada. Parecía que aquel hombre también había visto o experimentado algo de lo que no quería hablar. Ibrahim y él congeniaron bien. Imperaba entre ellos cierto sentimiento de comodidad: no se molestaban el uno al otro. Era como si llevaran décadas siendo pareja, viejos amigos o compañeros de celda que habían agotado todas las palabras. No se preguntaron ni sus nombres. Era una relación rara y en gran medida armoniosa.

No era corriente que pasara una noche sin ningún cadáver. A veces, por el

contrario, podían llegar a veinte en una sola noche. Aprendió que los cuerpos de los tiroteados eran de militares, mientras que los ahorcados eran civiles. Esa era la norma general, las excepciones solo venían a confirmar la regla; pero lo común a todos era la tortura previa a la exhalación del último aliento. Todos habían sufrido suplicios crueles —a veces novedosos— que él se afanaba en adivinar después de que ya le resultaran familiares los más corrientes: los azotes, los golpes, las puñaladas, las descargas eléctricas, las quemaduras con cigarrillos y otros. En la medida de lo posible, Ibrahim trataba de restaurar la dignidad de aquel desbarajuste de cadáveres y cerrar al menos los ojos abiertos. ¡Cuántas expresiones leyó en aquellos ojos! Era como si los oyera hablar. Algunos se habían quedado petrificados en el momento del pasmo final, contemplando con terror la llegada del último golpe asestado por el asesino. Otros parecían contener muchas palabras, mientras que la añoranza de otros excedía todo límite, añoranza por la familia, los hijos, una oportunidad para hablar, un sorbo de agua o una bocanada de aire. Algunas caras parecían contentas, delataban una extraña calma difícil de encontrar en las caras de los vivos, a lo mejor porque sus últimos pensamientos se centraban en que el tormento llegaba ya a su fin.

Vio cadáveres degollados y otros agujereados por las balas como un colador, que se cubrían con la sangre que rebosaba abundantemente cuando los levantaba. En algunos cuerpos solo halló un único balazo en la cabeza o en el corazón. En otros, los agujeros estaban hechos con un taladro, con clavos o con espada. Otros estaban quemados por cigarrillos o descargas eléctricos; y a otros los habían empalado. Algunos tenían amputados los genitales, arrancadas las uñas, cortada la lengua, cercenadas las orejas, mutiladas las narices, quebrados los dedos, hinchado el cuero cabelludo por haber intentado arrancarles la cabellera... O les habían sacado los ojos o desollado haciéndoles dibujos en la piel con cuchillas de afeitar. A otros los habían despellejado vivos.

Empezaba a adivinar también el motivo del asesinato según el método de tortura empleado. Quien tenía la lengua cortada era seguramente porque había dicho algo que desagradó al Gobierno. Quien tenía las orejas cortadas era a lo mejor porque había oído algo en contra del Gobierno y no lo había denunciado. Quien tenía los genitales mutilados se debía probablemente a que el asunto había tenido algo que ver con una cuestión de honor o con una humillación, o había sido por una afrenta a la valentía o a la hombría... O acaso ocurrió en el curso del interrogatorio. Quien tenía los dedos rotos o la mano amputada era porque a lo mejor había robado algo o escrito algo. Pero ¿por qué había algunos cuerpos

desgarrados por fieras: leones, tigres, cocodrilos o hasta perros? En lo que quedaba de las facciones vio un terror indescriptible.

LOS DÍAS TRANSCURRÍAN SIEMPRE del mismo modo para Ibrahim. Parecía vivir en un mundo o en un planeta diferente. Absolutamente solo y desolado. No veía más que oscuridad, carne y sangre humanas. Ya no echaba cuentas de los días que pasaban ni calculaba cuándo le tocarían las vacaciones o cuánto sueldo tenía ahorrado. Una noche pensó en abandonar aquel trabajo. Cualquier otra cosa sería mejor que aquello, incluso hacerse mendigo por las calles de la capital e implorar la caridad de los demás. Pero no le permitirían abandonar por las buenas un trabajo así; seguramente lo asesinarían para eliminar todo rastro y borrar la memoria de aquellos cadáveres a la vez que al último que los vio.

No encontraba en su interior el valor necesario para anunciarle aquel deseo a gente que lo expresaba todo con palabras grandilocuentes que él no comprendía, como traición, honor, orgullo, dignidad, fidelidad, pusilanimidad, coraje, poder, lealtad, transgresión y otras. Palabras relacionadas con la patria simbolizada en la persona del presidente. Palabras grandilocuentes cuyo significado ciertamente ignoraba, como ignoraba los vericuetos de las interpretaciones que se les daban. El problema de Ibrahim era que ni siquiera se ponía malo, le era imposible alegar que estaba enfermo porque lo examinarían y lo descubrirían, y entonces podrían enjuiciarlo por haber cometido uno de esos crímenes como la desertión, la traición o la conspiración contra la patria.

Su mente empezó a forjar cierto equilibrio con la idea de que estaba llevando a cabo con su trabajo un papel importante, incluso humanitario. Si no era por los vivos, lo era seguramente sirviendo a los muertos. En la medida de lo posible, siempre acondicionaba una sepultura digna para todos los cadáveres; acomodaba sus restos, los tendía y los enterraba de acuerdo con la dignidad que merecía cualquier difunto; recitaba aleyas del Corán para sus adentros y realizaba otros gestos simples que él consideraba la última recompensa que debería ofrecerse a un ser humano, con independencia de la vida que hubiera llevado, la razón o la forma de su muerte. Cuando estaba atrapado en las guerras, le dolía sobremanera ver los cadáveres abandonados en el campo de batalla —incluso los de los enemigos—, hinchados, putrefactos y expuestos a todo, a la intemperie. Pensaba en ellos, en las familias que los esperaban y que, por toda información, lo único que conseguían era la palabra «Desaparecido», y vivían el tormento de la ilusión de una espera, mientras todos sus asuntos quedaban pendientes. Le dolía ver los

cadáveres humanos devorados por lobos, perros, peces, buitres y cuantos seres vivos hay por tierra, mar y aire.

También en aquellos terrenos, en aquellos secretos y enormes espacios dentro de la ciudad, entre árboles extraños y medio cubiertos de excrementos de burros y camellos y de orines de perros, encontraba otros cadáveres tirados de cualquier modo por sus sepultureros: bocabajo, sentados, encogidos, con los brazos y las piernas alrededor del cuerpo o despatarrados... Eso era seguramente porque el anterior sepulturero cavaba un hoyo cualquiera y tiraba los cadáveres sin ningún cuidado, antes de echarles un poco de tierra por encima. Ibrahim volvía a enterrarlos, aunque solo quedaran huesos, de una forma digna, tendiéndolos de espalda o de lado, derechos, con la cabeza apoyada en un pequeño montón de arena a modo de almohada. Sentía que por fin suspiraban aliviados, los oía agradecerle el gesto. Y experimentaba entonces una extraña sensación de alivio él también.

Ibrahim había sufrido mucho —y seguía sufriendo— por la imposibilidad que tuvo de hacer algo por el cuerpo de su amigo Ahmed al-Nayafí, y el trabajo que realizaba era una oportunidad para aliviar de algún modo los continuos remordimientos de conciencia que seguían reconcomiéndolo. En medio de todo aquel sufrimiento y de aquellas mínimas brisas de alivio, a Ibrahim se le ocurrió empezar a hacer un archivo con los cadáveres sin identificar, darles un nombre, una descripción, especificar el lugar donde los había enterrado, para que no se quedaran simplemente en «desaparecidos» o «sin identificar» para siempre, como los cientos de cadáveres que había visto y los miles de los que le llegaron noticias en las guerras y en las fosas comunes.

Se acordó entonces del cuaderno azul que había comprado para escribirle cartas a su esposa. Lo sacó nada más llegar a casa, se encerró en su habitación y se tumbó bocabajo en la cama. Se puso a recordar todos los cadáveres que había enterrado desde el principio, intentando precisar el lugar y la fecha. De ese modo pudo calcular él también las fechas y los días que llevaba. Empezó a situarse a sí mismo, a saber en qué tiempo estaba. Se limitaba a indicar lo que le parecía más importante de cada cadáver, una estimación aproximada de la edad, ciertas marcas distintivas como una mancha en la mejilla, el tamaño de la nariz, la forma de las orejas, un tatuaje en el brazo, si eran calvos o canosos, la altura tomando como medida su propio pie, si tenía los dedos de los pies en forma de martillo... Cuando no encontraba ninguna característica diferenciadora, describía la ropa, porque la mayoría de los asesinados llevaban puesta su propia ropa.

Dibujó mapas especificando la localización, el camino y lo lejos que estaban de la colina artificial que presidía todo aquel espacio. Indicó con todo detalle el lugar donde había enterrado cada cuerpo. Había bastantes que tenían nombres conocidos para él, porque pertenecían a ministros, altos cargos, militares y famosos a los que conocía de haberlos visto por televisión. Le habría gustado que estuviera el cuerpo del músico Nabil, pero no lo vio: probablemente lo llevaron a otro lugar o lo dejaron de alimento para los cocodrilos traídos desde África, los peces y las enormes serpientes marinas.

Procuraba mantener en secreto la existencia de aquel cuaderno, incluso casi para sí mismo. Dejaba ciertas pistas que le indicaban dónde lo escondía cada vez. Compró otro cuaderno y, con el tiempo, se vio obligado a comprarse más, con tapas de diferentes colores; tuvo que empezar a enumerar los cuadernos de colores repetidos. Iba creándose todo un mundo, un mundo apartado del mundo exterior, un mundo en el que se abandonaba. Cuanto más comprometido se encontraba, menos se sumía en ideas, reflexiones y recuerdos agotadores.

Más tarde, y como solución a la cuestión del registro de cadáveres sin marcas distintivas por culpa de que estaban completamente desfigurados, empezó a llevarse cosas, como un botón, un reloj, una sortija, un pequeño trozo de tela del pantalón o de la camisa y, a veces, un fragmento del propio cadáver, una uña desprendida, un mechón de pelo que se había arrancado junto con una parte del cuero cabelludo. Lo metía en bolsitas con un papelito con un número que concordaba con un número en el cuaderno donde anotaba todos los demás datos: la fecha y el lugar del enterramiento, alguna descripción del cadáver, de la ropa, de la tortura a la que había sido sometido. Luego empezó a ordenar todas esas pequeñas piezas en cajas de zapatos u otras que venían con las compras. Lo más útil que podía encontrar era lo que había en los bolsillos de algunos: una tarjeta, un recorte de papel, como una receta médica, el recibo de pago de un impuesto o la factura del agua o de la luz, porque eso le ahorraba anotar cualquier otro detalle, menos la fecha y el lugar del enterramiento.



*La boda de Nisma*

LA INMERSIÓN DE IBRAHIM en el mundo que se creó para sí mismo, al margen del mundo de los vivos y sobre los escombros de las víctimas de la crueldad, fue poco a poco alejándolo de cuanto ocupaba a los vivos. Empezó a sentir que tenía más en común con los muertos, que pertenecía más a su mundo. Ellos no engañan, no mienten, no esconden nada. Nada ganan a costa de los demás, no tienen ambiciones ocultas ni artimañas. Nada piden, y nada imponen. Son apacibles: si uno los respeta, lo agradecen, y si los descuida, no se lo reprochan.

UNA ACTITUD SILENCIOSA ARRAIGÓ firmemente en él y se consagró como su principal herramienta de comunicación, incluso con su hija Quisma. En las pocas veces que se encontraban, en el salón o en la cocina por la mañana, antes de que ella saliera, o por la noche, antes de que lo hiciera él, apenas intercambiaban unas palabras de saludo. Cada uno podía distinguir hacia dónde se dirigían los pasos del otro: a la cocina, al baño, al salón o a la calle. Cada uno concibió un mundo privado, aparte, en su habitación, donde el otro no entraba porque no se le ocurría y porque ni siquiera lo necesitaba.

La diferencia de horarios hizo crecer su natural aislamiento, hasta tal punto que Ibrahim se conformó con conservar de ella el recuerdo de haber sido su hija, su niña, antes de encarnarse en aquella extraña mujer que a veces tenía delante, porque la que veía y habitaba el cuarto contiguo al suyo era otra persona. Lo máximo que ella podía ofrecerle era que se parecía mucho a su difunta esposa. Por su cara y por su aspecto, una imagen viva de su madre, y eso, al fin y al cabo, era mejor que limitarse a tener una fotografía colgada en la pared.

Aquel silencio, aquel aislamiento e independencia fueron conformando un tipo de convivencia más pacífica, que ambos necesitaban para consagrarse más al mundo que cada uno se había creado. Lo mismo pasó con el dinero, él se lo dejaba mensualmente en un sobre encima de la mesita del televisor, y ella, a su

vez, cuando hacía la compra, sabía lo que él le pediría, ya que sus necesidades eran sencillas, ni cambiaban ni iban más allá de unos pocos tipos de comida y bebida, principalmente té, pocas veces compraba ropa ni nada de lo que la gente solía consumir.

Quisma formó su mundo como quiso, sin intromisiones, molestias ni críticas. Lo organizó a su antojo; eso al menos era lo que ella creía. Conoció un día a un oficial, hermano de una amiga del instituto. Salía con él donde les apetecía. Hacía lo que hacían las demás jóvenes de su edad y de su entorno: una relación de amor, pasarse horas en las cafeterías, intercambiar canciones y miradas románticas, cogerse de la mano, palabras dulces y repetidas, caricias provocadoras, citas, enfados, reconciliaciones, exhibirse ante las compañeras, sueños, más sueños y muchas palabras, muchas palabras como las que suelen decirse un hombre y una mujer que se saben enamorados.

Él, como Quisma, era ambicioso, incluso más que ella, y con él ella reforzaba sus ambiciones. Él amaba las apariencias o «el lujo», como preferían llamarlo. Iba siempre de uniforme caqui, con el revólver a la cintura y las estrellas de oficial en las hombreras. Tenía un coche último modelo y se pavoneaba al andar. Se echaba perfume, mucho perfume, todo lo que llevaba era de marca, de las más caras, un reloj de oro y una cadena de oro alrededor del cuello. Era esbelto, prestaba sumo cuidado al afeitarse la barba, arreglarse el bigote y sacarles brillo a los zapatos. Era de una puntualidad extrema y tenía auténtica obsesión por programar todas las horas del día. Soñaba con poseer más dinero, posición social y poder. Tenía mucha confianza en sí mismo, en su masculinidad y en la fortaleza de su realidad. Sus amigos lo adulaban.

Era oficial de la Guardia Republicana, pertenecía al equipo de la Guardia Personal. A Quisma le explicó que defendía al señor presidente. Y ella, a su vez, le contó que su padre trabajaba muy cerca del señor presidente. Evidentemente, él no le dijo qué grado tenía dentro del Cuerpo de la Guardia Personal, que llegaba —según se comentaba— a siete círculos de seguridad o a veces más, en función de lo que le aconsejaban los videntes al presidente. Pero eso no le importaba tanto a Quisma como el empeño de ambos en pertenecer a los escalones más altos de la sociedad, en poseer dinero y estatus social y en poder comprarse todo lo que desearan. Por eso, tampoco ella le desveló que su padre trabajaba como simple jardinero en los palacios presidenciales; en realidad, a ella ni siquiera le interesaba conocer en qué consistía de verdad el trabajo de su padre: sabía que, en cualquier caso, no sería más que un subordinado, un hombre

insignificante que se limitaba a obedecer las órdenes de otros.

Su oficial le hablaba mucho de su profunda admiración por la persona del señor presidente: su masculinidad, su fuerza, su firmeza, su sabiduría y su inteligencia en decidirlo todo —las situaciones, todo el país con su gente, animales, cultivos, tierras, recursos naturales, agua, aire y todo— para su propio beneficio. Por eso lo tomaba como ejemplo y lo imitaba en todo: su apariencia, su voz, la forma como se movía y como se quedaba quieto, lo que apoyaba y a lo que se oponía, su modo de pensar y de abordar los diferentes temas. Se convirtió en una copia del presidente, únicamente le faltaba el poder que este tenía. Los competidores, sin embargo, eran multitud, porque los que, como él, querían emular al presidente se habían multiplicado infinitamente en aquellos tiempos. El propio Gobierno enaltecía por todos los medios imaginables aquel prototipo, como si pretendieran que todos fueran imágenes del líder único, el líder necesario, el ejemplo para todo.

Durante meses, salvo algunas palabras de tarde en tarde que se limitaban al cruce de saludos, a preguntas sobre dónde estaba la sal, las especias o el azúcar, a que hacía falta algo o que había que reparar un interruptor o un picaporte, Ibrahim y Quisma no habían intercambiado conversación alguna más allá de un par de veces. En realidad, ella habló y él escuchó.

En la primera, se quejó de un olor a podredumbre procedente de la habitación de su padre y, antes de salir refunfuñando, le advirtió de que no debía descuidar su aseo. Esa fue la primera vez que Ibrahim se percató de aquel olor. Seguramente no lo notó antes porque se había acostumbrado a los olores putrefactos de los cadáveres, donde se mezclaban la sangre con la orina y los excrementos, y a la carne de los asesinados que ya venía descompuesta por su largo cautiverio y por la tortura a la que habían sido sometidos; también porque estaba prohibido limpiar las parcelas donde se enterraba, de modo que terminaban cubiertas de excrementos.

Salió de casa y volvió a entrar varias veces, husmeando con la seriedad de un perro policía; luego se dirigió a su habitación y repitió el mismo proceso hasta que llegó a localizar el olor y acercarse al sitio exacto de donde procedía. Encontró que se trataba de diminutos restos de carne —en las uñas, el pelo y prendas de ropa que almacenaba— que se habían podrido. Se puso a limpiar todo lo que pudo y a enterrar en el jardín lo que no se podía limpiar, quedándose solo con lo seco e incorruptible: el archivo de las identidades de los muertos. Volvió a limpiar y a ordenar la habitación, incluso abrió la ventana y la puerta

durante todo el día, y empezó a rociar diariamente la habitación con el último frasco que quedaba de los perfumes de su esposa.

LA SEGUNDA VEZ QUE HABLARON fue cuando Quisma le comunicó que había conocido a un hombre, el hermano de una amiga suya del instituto. Dijo que estaba enamorada de él, que él vendría a pedirle la mano la tarde del viernes siguiente, y que Ibrahim tendría que estar presente y no poner ninguna objeción. Así, todo de golpe. Le exigió que se pusiera elegante, fuera agradable y lo aceptara. Si no, ella seguiría en su empeño de casarse con ese hombre, aunque fuera sin su consentimiento. Aquella vez, Ibrahim no dijo nada, solo preguntó qué edad tenía. Ella le respondió que había cumplido ya los veintidós años, y los dos sonrieron, cada uno por su propia razón.

Al día siguiente, Quisma le compró una camisa, unos zapatos, una corbata y un traje nuevo, porque sabía que, si no, volvería a ponerse el único que tenía, cuyo corte no convenía a la situación, además de que la tela estaba raída. Pasaron el jueves juntos, limpiando la casa, recolocando los modestos muebles y haciendo la compra. Ibrahim se cortó el pelo en la barbería por primera vez en su vida, ya que siempre solía cortárselo él mismo. La mañana del viernes la pasaron preparando una comida especial, con varios asados, zumos, frutas y postres. Luego se probaron la ropa nueva y se pidieron opinión el uno al otro. Aquellas pocas horas fueron las más agradables que Ibrahim pasó con su Quisma y lo más cerca que pudo estar de ella. Se sentía como si fuera un niño, y ella, su madre, poniéndole la ropa, peinándolo, ajustándole la corbata, diciéndole cómo debía sentarse en el sofá en presencia de aquellos invitados especiales. Se sintió tan exaltado como un crío, feliz con los cuidados de su madre y satisfecho de sí mismo por satisfacerla a ella y por ser obediente, contento con que su obediencia le agradara a ella. Cada vez que su hija lo tocaba, Ibrahim sentía un mar de ternura.

Quisma le informó de que le había hablado a su futuro marido de su padre y le había dicho que también él tenía una posición importante y un puesto especial en los palacios presidenciales, supervisando la administración de los jardines del presidente. Cuando ya estaban preparados para la visita, Quisma eligió un momento para comunicarle a su padre —para que no se sorprendiera— que había elegido otro nombre para ella, Nisma, y no Quisma, y que todos la conocían con ese nombre desde su llegada a Bagdad.

Quisma le pidió a su padre que se comportara de acuerdo con lo que ella

había contado a su futuro esposo, asegurándole:

—Eres efectivamente así, pero te consideras inferior y no sabes cómo aprovechar tu puesto y presumir de ello, como los demás.

Le dijo que aquel paso era realmente muy importante para ella y para su porvenir junto a quien iba a ser su esposo, porque así la trataría con mayor respeto y quizá hasta con cierto miedo o, por lo menos, como a una igual a él, y no como una simple hija de campesino y antiguo soldado venido a la capital proveniente de un pueblo remoto. Sin interesarse por la verdadera naturaleza del trabajo de su padre, Quisma quería otorgar cierto halo de misterio a su profesión, de conformidad con el juego social que había aprendido a practicar y que practicaba con toda exactitud su oficial. Quisma estaba acostumbrada hasta la desesperación a que su padre no hablara en absoluto. Lo conocía, era así, compañero del silencio y la sumisión, e incapaz de expresar nada en absoluto.

IBRAHIM SE ESFORZÓ POR RECORDAR todas las instrucciones que le había dado su hija. Enfocó toda su atención en actuar exactamente como ella quería. El joven acudió de uniforme caqui con las dos estrellas de teniente primero. Sus padres lo acompañaron ataviados con elegantes trajes populares bagdadíes. Ibrahim los recibió en la puerta, les dio la bienvenida y los condujo hacia el salón. Todos repitieron las típicas palabras de ocasiones similares; era como si cada uno desempeñara un papel memorizado de una obra teatral. Palabras como el honor, la dignidad, la protección, el bienestar y la felicidad: «Es un honor para nosotros pedir la mano de su hija... Prometemos que encontrará dignidad y felicidad en su vida con nosotros... Estará en buenas manos...» y cosas por el estilo. El joven seguía diciendo que trabajaba como uno de los guardaespaldas del presidente, sin especificar, por supuesto, a cuál de los siete —o setenta— círculos pertenecía.

Ibrahim estaba acostumbrado a aquel tipo de oficiales, los menores y los mayores. Todos eran idénticos y siempre aspiraban a consagrar el parecido: utilizaban palabras inflexibles y tradicionales con tanto orgullo como si de verdad fueran ellos quienes las escogían y formaban las frases. Ibrahim no vio en él nada que lo diferenciara de los demás oficiales y, por la fuerza del hábito, casi se dirige a él varias veces diciéndole «sí, señor», si no hubiera sido por lo concentrado que estaba en recordar todas las instrucciones de Quisma. El oficial dijo con orgullo que quería celebrar la boda el viernes siguiente, porque era un hombre práctico, porque todo estaba listo y no tenía realmente ningún sentido

perder más tiempo con un largo período de noviazgo. Sus padres asintieron con la cabeza, en señal de apoyo.

DESDE QUE SE FUERON Y HASTA la noche de la boda —que se celebró en el hotel Sheraton, en el centro de Bagdad—, Ibrahim apenas vio a Quisma. Incluso en la bulliciosa noche de la boda —que lo desconcertó por el exagerado lujo de bebidas y comidas, la cantidad de invitados con traje de gala y excesivamente perfumados, la orquesta y las bailarinas— no tuvo tiempo para contemplarla con su vestido de novia. Todos saludaban a todos. Todos reían, comían, bebían, bailaban y se movían de un lado para otro. Una gran multitud de gente vestida como muñecos, un mundo que no tenía nada que ver con su mundo de los muertos ni siquiera con el de los vivos: la gente normal, de la calle, la pobreza y la miseria que hasta las paredes de los edificios manifestaban. Era algo como un sueño, un juego, un remolino de abrumadores perfumes, hartazgo de comida y cumplidos halagadores. Como si no existiera algo como la muerte ni nada que no fuera ellos y su propio mundo, ni ningún otro mundo diferente más allá de aquella sala de fiestas.

Ibrahim se sintió totalmente extraño y fuera de lugar. Se puso a contemplar la escena desde un sillón, en un rincón, escudriñando por entre los resquicios de la multitud de invitados que estaban de pie, para poder echarle un vistazo a su Quisma, que ya desde aquel momento era la Quisma de otro. Parecía otra mujer, alguien a quien no conocía, con la cara maquillada y los brazos tatuados con henna, resplandeciente en un grandioso vestido blanco y una diadema dorada. Demasiada blancura, como la de una mortaja. Estaba risueña, feliz, en armonía con el entorno. Ibrahim no podía relacionarla con aquella niña que habían engendrado en una casa de adobe y a la que llevaba en los hombros o montada en burro para ir al campo, donde jugaba cerca de él con el lodo de las zanjas de riego.

Era la primera y la última vez que Ibrahim entraba en un hotel de lujo como aquel. Solo tenía noticia a través de los anuncios y lo había visto alguna vez únicamente por fuera, un edificio imponente desde lejos. Recordaba todas aquellas noches de soldado que había pasado durmiendo en las plazas e imaginando a sus huéspedes. Aquel lujo no le decía nada, no pertenecía sino a otra gente superior a él. En toda su vida, nunca había asistido a una fiesta como aquella, una fiesta que constituía una página completamente diferente. Así que, nada más volver a su casa, al final de la noche, se apresuró a pasar página y

olvidarla, porque no se correspondía con ninguna otra página de su vida. Era algo exterior, pasajero, algo que no le concernía. Se limitó a recordar lo último que Quisma —o Nisma— le dijo antes de que se la llevara un convoy de coches en medio de la noche:

—Cuídate y, si necesitas algo, dímelo.

Parecía que lo había dicho como lo decía todo el mundo, una amable cortesía, sin significado ni verdadera intención, porque no le comunicó cómo podría hacerlo: no le dejó una dirección ni un número de teléfono. Ibrahim la disculpó pensando que seguramente se le había olvidado, que estaba abrumada con los detalles de la boda. Pero tampoco lo hizo en los días siguientes.

Le habría gustado abrazarla, estrecharla contra su pecho, besarle la frente o las manos, o que ella hiciera algo parecido. Continuó imaginando pretextos: quizá se olvidó en medio de toda aquella emoción o temió que se le desarreglara el vestido, el maquillaje o el peinado. La justificó sepultando aquel deseo suyo en la tumba de sus incontables deseos muertos que se veía obligado a enterrar para sus adentros, uno tras otro.

Quisma desapareció de su vida y no volvió a visitarlo. Se limitó a llamarlo por teléfono un mes después, intercambiaron los saludos usuales y nuevamente desapareció. E Ibrahim volvió a su soledad, a su mundo con los muertos y sus registros. Incluso sintió una especie de liberación, se sintió más absorto en ese mundo solitario que se había formado para sí mismo en su dormitorio y, desde allí, se extendía por toda la casa aprovechando nuevos rincones para sus archivos y sus notas.

*Los devoradores de rosas*

**E**L SER HUMANO ES EL ÚNICO capaz de adaptarse y de vivir donde sea y bajo todas las condiciones, en tanto que, por ejemplo, un animal del polo norte moriría si lo trasladaran al desierto, y viceversa. Ibrahim había vivido en desiertos y en montañas, en climas de calor y de frío, y en situaciones de tristeza, miedo y alegría. Había vivido en condiciones extraordinariamente diversas y extremas. Todo se lo impusieron. No recordaba haber tomado una decisión por su cuenta, haber cumplido un deseo o ejercido voluntad alguna, esa voluntad que Quisma siempre le pedía que ejerciera. Nunca se le había dado la oportunidad de elegir o desear, y por eso se acostumbró a conformarse. Y por eso se acostumbró a su oficio de cavador de tumbas, se convirtió incluso en un experto, asegurándose de ese modo la confianza de sus superiores. Él, por otra parte, ya no tenía ninguna otra actividad en la vida y, además, tampoco podía desvincularse de su trabajo.

El hecho de ponerse a hacer un archivo secreto para los enterrados era la única iniciativa personal que realizaba por su propia voluntad —incluso seguramente en contra de la voluntad de sus superiores—, pero que nunca podría revelar a nadie. Es más, guardar aquel secreto le exigía mucho esfuerzo y prudencia. No obstante, aquel empeño no tenía sentido, puesto que Quisma no lo vería ni lo creería. Pero, de todas formas, era su voluntad y su mundo. Estaba realizando una cosa importante que podría resultar beneficiosa para alguien y gracias a ello encontró tranquilidad para su remordimiento de conciencia. De modo que empezó a ampliar aquellos archivos, aprovechando su soledad y su casi libertad de compromiso con nadie.

Inventó nuevos símbolos y signos de escritura. Puso todas las letras en un lado de la hoja y, en el lado opuesto, un signo distinto para cada una. Creó una nueva escritura, un novedoso abecedario, aunque del mismo idioma. Practicó mucho, con el fin de memorizar las nuevas letras y dominarlas a la perfección.



Lo motivaban dos razones: necesitaba un secreto y una prudencia —por si sus notas cayeran en otras manos— que le garantizaran poder extenderse en la descripción y en la mención de detalles sin necesidad de alusiones o símbolos no lingüísticos que podría olvidar con el tiempo y que no serían suficientes para describir todo lo que vio y lo que quiso registrar. Ya que, por muy versado que se creía en posibles métodos de tortura y asesinato, siempre aparecía algún cadáver que lo sorprendía por lo que había sufrido. Innovaban y se afanaban en la tortura de un modo tal que superaban incesantemente lo que él pudiera imaginar. Se preguntaba por qué todo aquello y qué sentido tenía. Y recordaba entonces y comprendía más que nunca las preguntas de Abdulá Kafka: ¿Habrán personas que se deleiten con la tortura? ¿Por qué empleaban tanto esfuerzo, dinero y tiempo en imaginar todos aquellos suplicios y penas si el objetivo final era deshacerse de alguien, hacerlo desaparecer, asesinarlo? ¿Por qué no lo mataban y punto? No podía encontrar respuestas lógicas y lo interpretaba como siempre solía hacerlo: todo tenía una razón de ser y existían seguramente muchas cuestiones relacionadas con la gente y el mundo que él desconocía y que nunca entendería. Cada criatura y cada objeto tenían un papel en el universo, eso era todo. «Así es la vida», repetía habitualmente un soldado que fue su compañero durante cierto tiempo en uno de los frentes de guerra, hasta que lo asesinaron. «¿Así es también la muerte, Aziz?», cuestionó Ibrahim para sus adentros la pérdida del amigo.

VOLVER A ESCRIBIR TODOS LOS ANTIGUOS registros con su nueva codificación le costó más de un mes y tener que comprar múltiples cuadernos. Descubrió que había anotado datos sobre más de dos mil cadáveres —de los cuales las mujeres no llegaban al diez por ciento—, que eran de personas de diferentes edades, desde niños de diez años hasta hombres de más de ochenta. Entre ellos había gente famosa, aunque él no había conocido personalmente más que al joven Saad, su primer jefe en aquellos jardines y que lo había recomendado para aquel puesto. Resultó fácil identificarlo, porque no lo habían torturado demasiado, ni tampoco a los demás cadáveres que lo acompañaban, otros tres jóvenes de la misma edad y con los mismos trajes caquis. Estaban algo hinchados a pesar de haber muerto recientemente. El olor a alcohol que emanaba de ellos sobresalía sobre cualquier otro. Al parecer, los forzaron a beber grandes cantidades de bebidas alcohólicas: sus estómagos hinchados gorgoteaban cada vez que los movía. Luego los ahorcaron con cuerdas corrientes cuyos hilos se les habían quedado pegados al cuello.

Cavó una tumba separada para ellos, porque eran los únicos cadáveres que habían llegado sin mutilaciones. Recitó los versos que abren el Corán, sin detenerse demasiado a pensar si era religiosamente lícito hacerlo, puesto que se irían al más allá con los vientres y las venas a rebosar de alcohol. Se preguntó si debía comunicar la noticia de alguna manera a la madre y la hermana de Saad, para que no siguieran esperándolo, sufriendo y humillándose al preguntar y sobornar a otros en una búsqueda que no llevaría a ningún resultado. No encontró respuesta, se limitó a pensar que, quizá afortunadamente, Saad no había dejado ninguna dirección ni ningún dato que pudieran orientarlo hacia su familia y que así no tenía nada que hacer ni había nada que le martirizara la conciencia.

CIERTA NOCHE LLUVIOSA le tiraron delante de la puerta de la caseta diecisiete cadáveres y dos horas más tarde le trajeron otros nueve. Se quedó parado, con todo el cuerpo gritando y protestando. Estaba cubierto de lodo, excrementos, sangre y lluvia. En una mano llevaba una linterna, y, en la otra, su pie ortopédico, que se había convertido en una masa informe de lodo y hierbas. Se lo había quitado porque se hundía en el barro cada vez que pisaba. Presentaba una apariencia tan decrepita, miserable y desesperada, que hasta los árboles, las rocas y la lluvia se habrían compadecido de él.

Después de contemplarlo un momento de arriba abajo, le dijeron en tono de solidaridad:

—No pasa nada, arréglalo ahora lo mejor que puedas y se lo comunicaremos a nuestros superiores para que te manden cuanto antes a alguien que te eche una mano.

Aquella vez no terminó sino pasada la madrugada; luego volvió a la caseta. Había recorrido grandes distancias, porque se había visto forzado a cavar varias tumbas en distintos parajes de aquel bosque de altos y ásperos árboles no frutales que rodeaban la colina artificial de finas cascadas y su reverberante palacio de terrazas que recordaban una corona en la cima. En cuanto se sentó a recobrar el aliento, exhausto y sin siquiera haberse lavado, se quedó inmediata y profundamente dormido.

No se despertó hasta el mediodía. Miró a su alrededor y se topó con el retrato del presidente. Se levantó de un salto, se dirigió hacia el baño y se lavó, permaneciendo un buen rato debajo del chorro de agua, tratando de descargar su mente de todo. Estaba limpiándose de cuerpo y alma. Se sintió tan relajado que tuvo ganas de echarse de nuevo a dormir. Cuando se hubo puesto su ropa

habitual, volvió a sentarse en la silla pensando que no le quedaba más remedio que seguir allí hasta la madrugada siguiente. Pero sentía mucha hambre y solo disponía de una botella de agua. Se levantó y se asomó a la puerta. El cielo estaba despejado, y el tiempo, formidable.

Vio manadas de burros y camellos ocupando el descampado, quietos bajo el cálido sol. Los dos pastores estaban sentados cerca. Cada uno de ellos tenía un cayado en la mano; estaban hablando. Vio también unos cuantos perros sentados bastante más lejos. Se encaminó hacia los dos pastores, que llevaban chilaba y turbante. Cuando se acercó, se percataron de su presencia y se levantaron. Les dirigió un saludo, al mismo tiempo que les rogaba que volvieran a sentarse. Se sentó junto a ellos, en un tronco grande de árbol que conocía muy bien porque con frecuencia lo usaba para apoyarse en las noches de trabajo cavando tumbas. Apenas mencionó que estaba muerto de hambre y que no tenía comida cuando ya las facciones de los dos hombres se distendieron y empezaron a comportarse con naturalidad, sin tensión. Uno de ellos sacó de una bolsa de tela que tenía al lado un trozo de pan, un poco de queso, cebolla, pepinos y tomates, mientras que el otro se levantó a toda prisa con una cazuela para traer leche de la camella más cercana.

Ibrahim los encontró sencillos, bondadosos y espontáneos. Parecían genuinos y auténticos campesinos, más que él, ya que los avatares de la vida que había llevado y las continuas veces en las que tuvo que alejarse de su pueblo y del campo habían ido contaminando su identidad de campesino. Resultaba evidente que eran beduinos: sus movimientos, sus facciones y su forma de hablar lo manifestaban. Sintió una inmediata familiaridad con ellos, una intimidad que echaba en falta desde hacía mucho tiempo, un tiempo en el que no se había sentado ni intercambiado palabras con nadie. La espontaneidad de la que hacían gala despertó en él la necesidad de ser espontáneo también, aunque fuera por unos escasos momentos. Lo deseó íntimamente y se dejó llevar por aquel deseo; sobre todo, cuando vio cómo uno de ellos machacaba una cebolla de un manotazo contra la rodilla, antes de ofrecérsela.

Le contaron que eran hermanos gemelos y que venían del desierto. Llevaban años trabajando en el cuidado de «los bienes del presidente» —o sea, del rebaño del presidente—, en diferentes lugares. Su padre hacía eso mismo desde joven —desde que tenía la edad de ellos—, pero ahora se ocupaba de uno de los rebaños mayores, cerca del lago Al-Habbaniyah. Él fue quien intercedió para que los cogieran para ese trabajo. Tenían otro hermano y también primos que

eran pastores en otras ciudades, palacios, jardines y desiertos, y que estaban al cuidado de todo tipo de animales: ovejas, cabras, vacas y gacelas. Le dijeron que aquel trabajo había eximido a sus familias de viajar constantemente en busca de pasto, como solían hacer antes. Por lo tanto, poseían ya casas —mejor dicho, auténticos palacios— en las afueras de la ciudad de Al-Hadar.

—Mi hermano se llama Fahd. Yo soy Yadaan. Nuestro hermano mayor se llama Tarek.

Ibrahim se acordó entonces del beduino Yadaan, que pasaba un mes al año en el pueblo, después de la época de la cosecha, y a su hija Fahda, con quien Tarek había tenido una arriesgada aventura amorosa. Se le ocurrió preguntarles por el señor Yadaan mencionando los datos que recordaba de él. Le dijeron que era su abuelo y que ellos eran hijos de Fahda.

—Ella fue quien nos dio los nombres que llevamos.

El abuelo hacía años que había muerto.

Le dijeron que nunca fueron a la escuela, que el presidente los quería mucho a su padre y a ellos, y que ellos también tenían los mismos sentimientos hacia él, veían en él un símbolo de todo lo que significaba la hombría y la autenticidad:

—Es como nosotros, primo. Pertenece al campo y al desierto. Y, como nosotros, ama a los animales más que a las personas. No es como los falsos y sofisticados habitantes de la ciudad. ¿Ves su casa...? ¿Aquella, la que está en la cima del monte? Muchas veces deja sus ocupaciones y viene a sentarse aquí durante horas para disfrutar viendo el ganado a su alrededor. A veces baja y monta con nosotros los camellos o se pone a ordeñar a las hembras, o montamos en burros y echamos una carrera entre risas, y no se enfada cuando lo adelantamos. Le gusta la leche de camella y la carne de gacela.

Llamaban «primo» a Ibrahim y cuando hablaban del presidente decían *al-raïs*, el caudillo, añadiendo expresiones como «¡Dios lo proteja!» o «¡Dios le conceda larga vida!». Eran tan sencillos y espontáneos que resultaba difícil dudar de su sinceridad o de su convicción. Pensó que solo ellos y el presidente podían, con toda libertad, decir y hacer lo que pensaban, al contrario del resto de millones de personas del país, minado por el terror y la duda, que tenían sus corazones impregnados de cautela y la desconfianza les corría por las venas.

En cuanto al deleite del presidente cuando iba a ver a los burros, los camellos y los perros deambulando por allí, encima de los cadáveres de sus víctimas, Ibrahim no interpretó entonces esa actitud como un deseo de humillar y ofender a sus opositores aun después de muertos, o como regodeo por el fin que habían

tenido sus opositores, con un destino desconocido para sus familiares y allegados, enterrados sin miramientos, sin tumbas, ni lápidas, ni nada, como si no fueran nada, como si nunca hubieran existido, junto con los excrementos de los burros y los camellos y la orina de los perros sobre ellos. Todo eso se lo explicó Abdulá Kafka más tarde, cuando Ibrahim volvió al pueblo y le contó lo que había visto y vivido.

Los dos beduinos le preguntaron por su trabajo. No les dijo que sepultaba cadáveres allí mismo, bajo sus propios pies. Les habló de su primera ocupación: cuidar de las flores.

—¡Oh! ¿Sabes, primo? Para nosotros tu trabajo es mucho más difícil que el nuestro —comentaron muy serios—. Son flores y árboles de varios tipos y formas extrañas, como nunca en nuestra vida hemos visto por las regiones que conocemos. Nos resultaría difícil diferenciar entre una y otra, o entre el nombre de una y otra, o saber cómo tratar a cada una, mientras que a estos animales los conocemos uno a uno, como nos conocemos a nosotros mismos. ¿Tú conoces todas esas flores?

—No —respondió sinceramente—. Yo soy como vosotros, un simple campesino. Nunca en mi vida había visto semejantes flores, pero hago lo que puedo.

—¿Sabes, primo? Si nos encargan a nosotros de que las cuidemos, juro por Dios que nos las comeremos —dijo uno de los dos y los tres se echaron a reír de tal manera que espantaron a los burros más cercanos con sus carcajadas.

—Sí, primo. Te lo juro por Dios —dijo el otro—. Es que por nuestras tierras conocemos todas las plantas, las que se pueden comer y las que no. Pero estas, te juro que cada vez que pasamos cerca y vemos tanta belleza y tanta diversidad de tamaños, más jugosas que las mejillas de las muchachas, se nos hace la boca agua; el problema es que no diferenciamos entre las que son comestibles y las que no.

Empezaron después a recitar poemas beduinos sobre las flores, las mujeres y el amor, y también se pusieron a cantar.

Ibrahim les preguntó por la jauría de perros que había algo más lejos.

—Son perros a los que cuida otro perro como ellos —respondieron con indiferencia.

Al ver su confusión, le señalaron a un hombre que Ibrahim no había visto. Se arrastraba a cuatro patas, se restregaba contra algunos perros, vivía como uno de ellos. Dijeron que lo conocían desde que llegó, pero que no hablaba, solo aullaba

como los perros, y que merecía efectivamente ese castigo porque había causado la muerte del perro de la «pequeña señorita», que se entristeció mucho y sentenció que viviera toda su vida como un perro entre los perros. Con la «pequeña señorita» querían decir la hija pequeña del presidente.

LE CONTARON QUE SE CASARÍAN la próxima fiesta de ramadán con dos hermanas, primas suyas, y que el caudillo les había prometido regalarles en su boda mil cabezas de camellos.

IBRAHIM NO SUPO CUÁNTO TIEMPO PASÓ con aquellos jóvenes beduinos. Cuando quiso volver a la caseta de guardia, le ofrecieron más pan, cebollas, pepinos, queso y leche de camella. También lo invitaron a su boda, lo abrazaron, le expresaron su deseo de volver a verlo otras veces y trataron de explicarle los sitios por donde podía encontrarlos, los rediles, los pasajes, los túneles por donde pastoreaban los ganados.

—Si Dios quiere, lo haré —respondió, pero no les dijo que su turno empezaba por la noche y que no había entendido gran parte de los detalles que le habían dado, demostrando que dominaban los secretos de todos aquellos jardines cerrados; sí entendió, sin embargo, que debajo de sus pies había otro mundo diferente y una red interminable de túneles.

CUANDO SE SENTÓ EN LA ÚNICA SILLA de la caseta, se puso a repasar todos los detalles de su encuentro con los beduinos, a quienes empezó a llamar «los devoradores de rosas». No podía impedirle una sonrisa cada vez que recordaba las carcajadas que soltaron cuando dijeron que se comerían las flores si algún día llegasen a conocerlas.

Aquel encuentro rompió el hielo en su interior. La espontaneidad de aquellos jóvenes llegados del desierto vino a hidratar un alma que había creído seca, yerma y sin sentimientos para siempre. Aquel encuentro fue como una compresión en el pecho de un ahogado, que le sacó el agua y le devolvió el aliento y la vida. De repente reconsideró la posibilidad de acercarse de nuevo a la gente, de ir a las cafeterías, jugar al dominó, comprarse libros y frutos secos, sentarse con los comerciantes, el tendero, el panadero, el barbero y el repartidor de bombonas de gas del barrio. Pensó en ingeniárselas para ver a Quisma. Y cosas por el estilo. No estaba obligado a contarle a nadie nada sobre la naturaleza de su trabajo. Tenía que trazar una línea divisoria entre su trabajo y su

mundo privado, en el que archivaba datos de los muertos, por un lado, y las relaciones que procuraría entablar, por otro. En cierta medida, se sintió renovado y con una indudable excitación removiéndole las entrañas. Ansiaba obedecer a aquel deseo.

Siguió pensando y soñando plácidamente, hasta que una ambulancia militar se detuvo delante de su caseta, casi a medianoche. Se apearon cuatro hombres y bajaron seis cadáveres.

—Esos jóvenes van a estar bajo tu mando. Enséñales el oficio —dijo el conductor, señalando a dos de los ayudantes que venían con él.

Luego se fue con el otro, dejando a Ibrahim con los cadáveres y los dos jóvenes. Estaban en el principio de su juventud, orgullosos de su vitalidad y de sus abultados músculos. Ibrahim empezó a explicarles en qué consistía el trabajo. Los llevó dentro de la caseta y los puso al tanto de todo. Les enseñó cómo mover los cadáveres, cómo enterrarlos y allanar la tierra después. Los encontró vivaces, incluso alegres. No les costaba tanto esfuerzo como a él cavar las tumbas y levantar los cuerpos. Era como si estuvieran jugando cuando lanzaban los cuerpos a los hoyos desde el borde, igual que si fueran bolsas de basura. Así, sin más. Aquello lo molestó profundamente. De modo que consideró seriamente lo que le había dicho el conductor: «Esos jóvenes están bajo tu mando». Al principio se lo había tomado a la ligera, como una expresión sin mayor importancia, e intentó no tratar a los jóvenes según su más estricto sentido, sino que probó a aplicarla deteniéndolos con tono imperativo en lo que hacían:

—No es así como debe enterrarse a un ser humano. Sea cual sea la causa de su muerte, siempre debe respetarse la dignidad de los muertos.

Obedecieron al instante y dejaron de jugar. Ibrahim pasó a explicarles el modo de juntar las extremidades aunque estuvieran machacadas, de enderezar los cuerpos de la mejor manera posible, de bajarlos a la tumba sin prisa y con cuidado, como si estuvieran vivos, y, además, de sepultarlos con la cabeza en dirección a La Meca. Con el tiempo, los dos mozos se convirtieron en dos obedientes subordinados, e Ibrahim se limitaba tan solo a darles instrucciones, sin tener que hacer nada con sus propias manos.

Los jóvenes llegaron pronto a ser consumados profesionales. Por eso los superiores de Ibrahim empezaron a trasladarlo en helicóptero, de vez en cuando, a otras ciudades, a otros jardines y a diferentes palacios presidenciales. Vio que la mayoría de ellos habían sido edificados en parajes elevados o junto a la orilla

de ríos o de lagos, y que cada uno constituía un mundo diferente y asombroso tanto por su diseño como por su carácter. Lo tenían en cada sitio uno o dos días para que entrenara a otros jóvenes en el oficio. Con todo, Ibrahim nunca dejó de anotar las características y el lugar donde quedaban los cadáveres que vio enterrar, incluso en otras ciudades. Lo hacía cuando volvía a su casa, dedicándole a cada ciudad un registro propio.

IGUAL QUE ANTERIORMENTE, aunque Ibrahim pensaba que ya lo había visto todo, los cadáveres seguían asombrándolo por los métodos cada vez más novedosos de tortura y asesinato. Entre ellos, ese cuerpo que necesitó más de dos páginas para describirlo. Fue lo máximo que había escrito sobre un cadáver hasta el momento. Se lo entregaron una noche que estaba con dos nuevos aprendices en los jardines a las afueras de Bagdad. Esa noche recibieron de golpe cerca de cuarenta cadáveres, todos sometidos a una tortura inconcebible. Los dos jóvenes palidecieron ante tamaño horror. Pero el cuerpo que captó espantosamente la atención de todos ellos fue uno que traía rotos los huesos, todos y cada uno de ellos, y que habían desollado trozo a trozo y lentamente. La piel de los pies se la habían arrancado como si fueran calcetines. Y el cuero cabelludo, como si fuera un gorro o una máscara. Otro tanto se apreciaba en el pecho, cuya piel habían quitado como una camisa. Había sido hábilmente despellejado miembro a miembro, trozo a trozo. A Ibrahim le costó cerrarle los ojos debido a la magnitud del terror que contenían. Cada vez que lo intentaba, volvían a abrirse de par en par, como si fueran dos prisioneros chillando. Lo que más le llamó la atención en aquel cadáver y constituyó la base para su identificación —sin ello, le habría resultado imposible anotar nada significativo— fue que solo el brazo izquierdo estaba intacto y no había recibido golpe alguno. Cuando lo examinó a la luz de la linterna, vio que tenía tatuado un corazón en cuyo centro llevaba escrito el nombre del presidente.



## *La caída de la capital y el regreso*

**I**BRAHIM SE OCUPABA YA de enseñar a los sepultureros, en lugar de enterrar él directamente, con sus propias manos. Y empezó a disponer de más tiempo para sus cosas, puesto que le concedían un día libre después de su vuelta de cada viaje a alguno de los jardines de un palacio en otra ciudad. Viajes que le hicieron recorrer de nuevo el país moviéndose entre palacios, después de haber rodado por campamentos militares, trincheras y frentes de guerra. Una vez más, la cuestión no obedecía a su propia voluntad.

Al disponer de más tiempo y volver a casa menos cansado que antes, empezó a salir a pasear por las noches, recorriendo las callejuelas, cruzando los puentes y los mercados de Bagdad. Cambió su pie ortopédico por otro nuevo, mejor diseñado y fabricado para él en el mismo hospital privado donde murió su mujer. Pensaba cada vez más en Quisma, intentaba encontrar un medio para saber algo más sobre ella. No la molestaría, no le pediría nada, ni interferiría en su vida. Todo lo que deseaba era verla, saber que estaba bien, darle, por si le hacía falta, algo del dinero que se le estaba acumulando, puesto que él no tenía gastos.

Sin embargo, la relajación no le duró mucho. A principios del año 2003 ya eran evidentes las serias intenciones de invadir Irak y la movilización internacional para llevar a cabo la catástrofe. El número de cadáveres que llegaban cada noche empezó a aumentar, lo que obligó a Ibrahim a ayudar a los dos jóvenes con sus propias manos. A veces no conseguían terminar sino hasta la mañana siguiente. Las cosas empeoraron aún más cuando comenzaron a llegar grupos de soldados conduciendo a grupos de personas con los ojos vendados y las manos atadas. Cavaban una larga trinchera o traían una excavadora que abría un hoyo muy grande, sin medidas concretas, en cuyo borde alineaban a los que llevaban los ojos vendados, y abrían fuego. Caían todos como hojas de árboles en otoño, aunque era primavera. Luego ordenaban al responsable de la excavadora que cubriera los cuerpos con tierra. Repetían el mismo proceso por

diferentes parajes, sin reparar siquiera en si aquellos hombres habían muerto o no. Traían otra tanda... y otra... La mayoría de los ejecutados por entonces eran soldados y oficiales de alto rango y recibían por parte de sus asesinos todo tipo de insultos antes de los disparos. Palabras iracundas, sucias e históricas; algunas de las más suaves eran, por ejemplo: «¡Traidores! ¡Cobardes! ¡Blandengues! ¡Perros!».

En cuanto comenzaron las primeras incursiones aéreas estadounidenses sobre Bagdad, y especialmente sobre la zona de los palacios presidenciales, todo cayó en el desorden. Se dejaron de cuidar los jardines, que se convirtieron en campamentos militares. En lo alto de las colinas y en medio de los bosques se montaron nidos de tiradores, ametralladoras antiaéreas y plataformas para misiles pequeños. Se levantaron barricadas de sacos de arena. Todo se convirtió en jardines de armas de todo tipo y tamaño. Como Saad le había contado alguna vez, los palacios y las lujosas residencias estaban construidos sobre búnkeres y refugios antiaéreos, y por los rincones de los jardines se habían cavado trincheras totalmente ocultas entre las plantas, las flores y los setos de alheña. A ambos lados de las veredas de los jardines de los palacios, y a lo largo de las calles que conducían a ellos dentro de las ciudades, se reforzó rápidamente la protección de los puestos de control militar con sacos terreros, en espera de los invasores extranjeros. Los palacios se convirtieron en naves abarrotadas de armas y soldados. El ambiente estaba cargado de tensión, alarma y olor a pólvora, sangre y humo.

A los funcionarios civiles les entregaron sobres con dinero, fusiles AK-47 y pistolas. Les dijeron:

—Estáis de vacaciones indefinidas hasta nuevo aviso. Usad estas armas para defender vuestras casas y las instituciones públicas en vuestros vecindarios. Combatid a los invasores y a los traidores. Tenéis permiso para matar a cualquiera de cuya lealtad a la patria dudéis y a cualquiera que consideréis traidor o reacio a defender a la patria.

Ibrahim regresó a su casa. E hizo como todos los demás: compró toda la reserva de comida enlatada y de bebidas que pudo y se encerró. Solo, entre el cuarto de estar, la cocina, el baño y el dormitorio, entre el televisor y la radio... A veces se asomaba a una ventana o subía a la azotea para ver el humo que se elevaba por todas partes en Bagdad. Las explosiones causadas por los bombardeos aéreos y por los misiles no cesaban; más que en ninguna otra parte, en las inmediaciones del complejo de los palacios presidenciales. La noche y la

mañana se confundían. Todo se convirtió en un verdadero infierno durante días y semanas que parecían interminables. Finalmente, en abril, vio los tanques estadounidenses recorriendo las calles de su barrio, por delante de su casa. Permaneció entonces más recluso aún, sobrellevando su día a día con cantidades mínimas de comida fría y de bebida, y con velas, porque la electricidad estaba cortada, así como las líneas telefónicas y las carreteras. Nada lo comunicaba con el exterior más que una emisora de radio con el sonido distorsionado, además de lo que podía ver desde las ventanas, la azotea y el ojo de la cerradura de la puerta principal, que no había vuelto a abrir desde el día en que se encerró, y que no abrió hasta una tarde en que oyó un griterío de personas llamándose unas a otras, alboroto de mujeres y niños. Asomó la cabeza por la puerta y vio a alguna gente, familias enteras, cargando con maletas y bolsas en coches o carros tirados por caballos o burros, como los que sirven para el reparto de bombonas de gas. Pasó por su lado un hombre con una maleta grande al hombro y arrastrando con la mano que le quedaba libre a un niño. Lo mismo hacía su mujer, con chilaba negra, que llevaba una maleta sobre la cabeza y, de la mano, a una niña despeinada. Todos corrían jadeantes. Ibrahim se sorprendió a sí mismo gritándoles:

—¿Adónde vais?

El hombre le contestó entrecortadamente que era la única oportunidad de huir y que todo el mundo salía corriendo de la capital:

—Todo está hecho un caos, hermano. Si tienes parientes o conocidos fuera de Bagdad, en los pueblos, ve allí a refugiarte. Si puedes, deja a uno de tus hijos en casa para guardarla porque hay ladrones por todas partes. El caos y el pillaje reinan en la ciudad. Están saqueándolo todo. Todo está patas arriba. Patas arriba, hermano... Vamos, vamos, encomiéndate a Dios y ponte a salvo.

El hombre siguió hablando de aquel modo, sin mirar a Ibrahim, en voz cada vez más alta, hasta que salió de la callejuela y desapareció a la vuelta de la esquina.

Ibrahim regresó a su casa, se llenó los bolsillos con fajos de dinero. Se aseguró de cerrar bien puertas y ventanas y salió sin llevar nada más que una botella de agua. Se dirigió a la estación de Al-Alawi; al principio, a pie, y luego apretujado junto a una multitud de personas en la caja trasera de una camioneta que paró a recogerlos a él y a otros que, como él, iban corriendo por las aceras. En la estación encontró un coche que lo llevó a Samarra; otro lo acercó hasta Balad y otro a Baiji, y así hasta que llegó a su pueblo, hacia el atardecer.

DURANTE SU VIAJE DESDE SU CASA en Bagdad hasta su casa en el pueblo, vio decenas —si no cientos— de cadáveres tirados a ambos lados de carreteras y caminos.

Por un momento pensó en la posibilidad de enterrar a algunos de ellos, pero no se trataba de sus deseos ni de su capacidad, todo dependía de la casualidad y del azar o de la suerte y el destino. Y la suerte de Ibrahim lo llevó a su casa del pueblo sano y salvo... pero sin su Suerte, su Quisma: no sabía nada de ella ni de lo que podía estar pasándole en aquel momento. Eso era lo que más le preocupaba; sobre todo, porque se encontró de nuevo solo en casa, la misma casa donde él y su hija habían nacido: su madre había fallecido durante su ausencia y todos sus hermanos, incluido el menor, ya se habían instalado en sus propias casas desde hacía tiempo, porque consideraron que la casa familiar siempre terminaba en manos del mayor.

Se pasaba los días reparándolo todo poco a poco, empezando por el jardín, algunos rincones de la casa, las cerraduras de ventanas y puertas y la cuadra vacía... Todo se había destartado durante su ausencia. Afortunadamente, sus hermanos siguieron cuidando de los terrenos de cultivo, de modo que ahí no tenía mucho que hacer. Se conformaba con ir a visitar a sus hermanos, las tumbas de sus padres y la de su esposa; también se reunía de vez en cuando con Abdulá, normalmente en su antiguo paraje, a la orilla del río.

En pocas ocasiones los acompañaba Tarek, que se encontraba resentido y furioso por todo lo que estaba pasando. Soltaba diatribas inflamadas, maldiciendo «la invasión, la ocupación y el nuevo imperialismo que devasta el país y deja sus fronteras al descubierto ante cualquiera de los países vecinos, los servicios secretos, los escuadrones de la muerte, los terroristas, los kamikazes, los espías y todo tipo de mercaderes de la guerra». Así hablaba Tarek, furioso, y se le llenaba la barba de perdigones de saliva:

—Han venido de todas partes del mundo, se han reunido aquí para saldar sus cuentas sucias en nuestra tierra y sobre nuestras cabezas. El tiempo pasado era mucho mejor que el que va a traer toda esta gente. Antes por lo menos conocimos a un solo enemigo, al que fuimos capaces de evitar y punto; mientras que ahora hay miles de enemigos con miles de caras. Ahora ni siquiera sabemos quién es el enemigo y quién es el amigo.

Abdulá, harto de sus encendidos sermones, lo interrumpía de vez en cuando para llevarle la contraria:

—Todas las épocas han sido una mierda. La que ha pasado no era mejor que lo que está ocurriendo ahora; y la que está por venir tampoco será mejor. Todas son mierda y más mierda, y algunas fueron incluso peores que otras. Desde que este país se estableció sobre esta tierra, no ha vivido ni diez años seguidos de paz, y parece que no lo hará jamás.

PASABAN ALGUNAS TARDES A LA ORILLA DEL RÍO, debatiendo o en silencio, pero siempre terminaban compartiendo una sandía y poniéndose de acuerdo sobre cómo pasarían la velada o sobre la próxima reunión. Contemplaban la puesta del sol que iba ocultándose por detrás de la montaña de enfrente, y la magia del crepúsculo reflejándose en la superficie del agua. Luego regresaban al pueblo, antes de que los mosquitos intensificaran sus ataques, pasando por los angostos y polvorientos caminos entre terrenos de cultivo, los mismos caminos que recorrieron siendo niños. Sentían seguridad, la sensación de que nada había cambiado y de que todo lo que había sucedido era simplemente una perturbación externa, transitoria, algo fuera de ellos. Evocaban los mismos recuerdos, conversaciones y anécdotas que habían estado repitiendo desde su infancia, riéndose mientras intercambiaban las mismas ocurrencias y los mismos chistes.

Algunas tardes, Abdulá pasaba por el cementerio, porque sabía que allí encontraría a Ibrahim. Otras tardes, Ibrahim pasaba por casa de Abdulá, para tomarse un té, y juntos se dirigían luego a la orilla del río y se sentaban en silencio. Abdulá se conformaba con fumar y contemplar el agua, e Ibrahim lavaba los guijarros antes de tirarlos —sepultarlos— en el agua. Si hablaban, su conversación consistía en preguntas, revelaciones por parte de Ibrahim y respuestas de Abdulá, que al final conducían a la conclusión de que nada tenía sentido y de que la mejor solución disponible consistía en dejar de creer en ilusiones y abandonar las ambiciones, la codicia, los deseos y el afán de posesión.

—No desees nada, hermano Ibrahim. No esperes nada. Entonces te sentirás en paz y nada te perturbará. A pesar de todo lo que te ha pasado, nada fue por tu culpa, tú no deseaste nada.

Ibrahim le manifestó que lo único que anhelaba en aquel preciso momento era saber si su hija Quisma estaba bien. Solo eso. Sufría porque se sabía sin medios para poder buscarla, ignoraba incluso por dónde empezar, puesto que no tenía idea de dónde vivía ni conocía el apellido de su marido ni el de su familia, además de no saber qué nombre utilizar para preguntar por ella, si el de Quisma

o el de Nisma. Todos los días le daba muchas vueltas en la cabeza al asunto y cada vez llegaba a la misma deprimente conclusión.

ABDULÁ KAFKA LE EXPLICÓ UNA TARDE a Ibrahim lo que significaba el pastoreo de los rebaños de burros por encima de los cuerpos de los muertos. Era Abdulá quien le procuraba a Ibrahim cierta quietud, descanso, libertad y seguridad.

Tarek no siempre asistía a sus reuniones, porque estaba poniendo en orden sus asuntos y reorganizando sus relaciones con todas las facciones opuestas como acostumbraba a hacer, una práctica que había heredado de su padre. Procuraba establecer relaciones con la ocupación y con la resistencia, con los saqueadores y con la policía, con los partidarios del antiguo régimen y con los del nuevo, con chiíes y con suníes, con árabes y con kurdos, con musulmanes, cristianos y sabeos, con extranjeros y con iraquíes. Procuraba encontrar un equilibrio rentable que le permitiera seguir viviendo la vida que acostumbraba tener.

Cuando Tarek acudía a las reuniones, hablaba con Abdulá, mientras que Ibrahim, como de costumbre, permanecía en silencio. Pero el afecto mutuo que se tenían no había cambiado. Cada uno conocía a los otros dos como la palma de su mano, y todas sus reuniones —con independencia de cuánto gritaban o se contradecían entre sí— terminaban con una sensación de catarsis, la sensación de encontrarse consigo mismo. Por eso cada uno de ellos se interesaba por los detalles de la vida de los demás como si fueran los detalles de su propia vida. Cada uno ayudaba a los otros a ordenar sus pensamientos y los asuntos de su vida diaria. Por eso la pena y la angustia de Ibrahim por su hija terminaron siendo las de los tres... Hasta el día en que Quisma volvió de pronto, con un niño en brazos, diciendo que era su hijo.

*Encuentros entre vivos y muertos*

QUISMA PARECÍA MAYOR, mucho más de lo que le correspondía por su verdadera edad. Sus facciones eran más maduras: las facciones de una madre, no las de una hija. Estaba claro que la maternidad le había enseñado muchas cosas, empezando por la paciencia y el aguante, pero también a dejar atrás —aunque fuera un poco— la veneración por uno mismo en favor del bien del otro, y a mostrar más comprensión y aceptación hacia lo diferente. Se había calmado.

Ibrahim, en cambio, estaba como siempre, procurando al máximo no hacer nada que la provocara. Lo que más le importaba era que su hija vivía de nuevo bajo su mismo techo, en la misma casa de adobe donde ambos habían nacido. Además, existía una nueva bendición que llenaba la casa de vida y rompía el habitual silencio entre los dos. Ibrahim le cogió tanto apego al niño, de un modo tal que superaba el amor de su propia madre. No lo desatendía ni un instante, cuidaba de todas sus necesidades, lo llevaba con él por donde iba, cargándolo sobre los hombros y sintiendo que la cabeza de su nieto lo ennoblecía como si fuera la corona de su soberanía sobre el mundo entero. Le concedía todo el tiempo y la atención que no había podido tener con su hija. Lo llevaba a veces a visitar la tumba de 'um Quisma y le hablaba de su abuela.

Sin embargo, había una cosa, la única, que no le gustaba de aquel niño: su nombre, porque el padre le había puesto por nombre el del presidente. Quisma y los demás eran conscientes de lo que sucedía, a pesar de que Ibrahim no hizo ninguna mención del tema: enseguida se percataron de que no llamaba al niño por su nombre ni una sola vez; en lugar de eso, le decía cosas como «Ven, hijo» o «Toma, cariño», y, si se lo presentaba a alguien, decía: «Es mi nieto, el hijo de mi hija Quisma».

Ibrahim se acostumbró al silencio de su hija y estaba decidido a no preguntarle nada; con el tiempo, sin embargo, fue ella quien empezó a confesarle por qué su retraso en volver al pueblo, además de que temía que los nuevos

gobernantes amenazaran la vida de su hijo por llevar el nombre del anterior presidente.

Le contó que, desde la entrada de los estadounidenses en Bagdad y la caída del régimen, solo se había ocupado de dos principales tareas: quedarse en su lujosa residencia para protegerla de los saqueadores y buscar cualquier información que le permitiera conocer el paradero de su esposo. La acompañaba en la búsqueda su cuñada, junto con otros parientes de personas desaparecidas a quienes llegó a conocer durante aquel proceso. Dijo que su esposo había desaparecido de repente, poco antes de la caída del régimen. Ni ella ni la familia de él ni sus conocidos y amigos consiguieron saber nada sobre su paradero, a pesar de haber llamado a todas y cada una de las puertas y haber seguido todos los caminos posibles. Quisma había esperado que volviera después del derrumbe de las cárceles, porque tenía la esperanza de que lo hubieran encarcelado, o que regresara al país, si era que había huido al extranjero, o incluso encontrar su tumba, en el caso de que lo hubieran asesinado. Pero ninguna de esas suposiciones parecía ser cierta y, desde el día de su ausencia, no volvió a saber nada de él.

Le contó a Ibrahim que, antes de la caída, había recorrido todos los hospitales y las comisarías de policía solicitando que le facilitaran cualquier noticia sobre él y dejando su número de teléfono y su dirección para que la avisaran en caso de que hallaran un cadáver sin identificar o incluso a un loco deambulando sin rumbo por alguna parte. Pero, después de la caída del régimen, eso era casi imposible, porque miles de cadáveres sin identificar llenaban ahora todos los rincones de Irak, de un extremo a otro, y hordas de locos habían sido liberadas cuando las puertas de los manicomios y los hospitales psiquiátricos se abrieron, después de la invasión. Sus antiguos residentes vagaban desde entonces por las calles y los callejones traseros y se habían convertido en fáciles blancos para el asesinato, la violación o la esclavitud, si no habían perecido antes por la enfermedad o el hambre.

Poco a poco, Quisma iba contándole a su padre sobre sus sufrimientos, cada día algo más; él, por el contrario, en ningún momento le mencionaba nada de los suyos. Pero así como Ibrahim guardaba el secreto de su esterilidad, que les ocultaba a ella y a todos los demás, ella también estaba encubriendo un secreto: el de haber sido violada por el presidente. Había decidido olvidarse totalmente de aquello, incluso ante sí misma, no le quedaba otro remedio. Era un recurso psicológico, un autoengaño para protegerse de terminar devorada por los



recuerdos y las dudas; sobre todo porque se había quedado embarazada después de aquella fatídica noche. No quería sumirse en un torbellino de preguntas sin respuesta sobre quién era el padre de su bebé. Afortunadamente para ella, cuando el niño nació salió idéntico a ella. «Es mi niño, es mío —se dijo a sí misma—, y eso es lo más importante».

Su esposo estaba entusiasmado y extraordinariamente orgulloso cuando los invitaron a una fiesta privada en uno de los palacios presidenciales.

Se puso sus mejores galas y sintió, poco tiempo después de su matrimonio, que empezaba a ascender escalones sociales rápidamente, incluso que había saltado los peldaños que lo acercaban al trono.

Al llegar al palacio, se exigía que las mujeres entraran por una puerta y los hombres por otra, para acceder al lujoso salón de celebraciones que daba, por uno de sus extremos, a largas mesas con todo tipo de comida y bebida, bajo las luces festivas de los jardines y las fuentes. Quisma entró por la puerta de las mujeres; después pasó por otra y luego otra y otra más, hasta que, de pronto, se encontró sola en un lujoso dormitorio. Estaba confusa e inmediatamente después sorprendida, cuando el presidente entró y, sin más preliminares, le ordenó que obedeciera todo lo que él quería. Ella hizo lo que él quería y él hizo con ella todo lo que quiso. Después Quisma pasó el resto de la fiesta sentada al lado de su marido, sorda y muda. No era consciente de la multitud de invitados, de las voces, de los músicos, del banquete, ni de nada más allá de una brumosa mezcla de colores vibrantes y superpuestos. Obviamente, no comió nada, alegando ante su esposo que le dolía el estómago y tenía náuseas. Cuando volvieron a casa, no le preguntó a quién ni qué había visto en la fiesta ni qué había comido. De hecho, no volvió a mencionarla delante de él, ni siquiera recordarla a solas. Decidió dudar de que aquello hubiera ocurrido realmente. Decidió olvidarlo.

LE CONTÓ A SU PADRE SU VIAJE en busca de su marido después de la caída del régimen, confesándole al propio tiempo que había descubierto un Irak diferente del que conocía y en el que vivía anteriormente, un Irak que nunca había imaginado. Junto con cientos de parientes de personas desaparecidas, recorrió decenas de sedes de centros comunitarios recién inaugurados por voluntarios que ayudaban a la gente a encontrar información sobre el paradero o las tumbas de personas desaparecidas, en los archivos que habían cogido de las oficinas de los aparatos de seguridad y de los antiguos servicios secretos. Le contó que en esos archivos estaban registrados cerca de medio millón de iraquíes desaparecidos a

lo largo de las dos décadas pasadas, sin contar las personas desaparecidas en las guerras ni los ejecutados cuyos cadáveres habían sido entregados a sus familias.

Quisma recorrió numerosas tumbas colectivas que se habían descubierto recientemente por todo el país, incluidas algunas que contenían miles de esqueletos. Algunas familias disponían de informaciones, certificados de defunción o números de identificación para localizar a sus allegados. Abrían una tumba tras otra y exhumaban cadáveres hasta encontrar los cuerpos que buscaban. Pero Quisma no tenía ni información oficial de ninguna clase ni certificado ni número, todo lo que poseía eran historias y suposiciones que había oído y conseguido reunir de personas que habían conocido a su esposo o a sus compañeros desaparecidos con él. Seguía los hilos de cualquier rumor o historia que le llegaba, incluso lo que le contaban las viejas pitonisas, las que leían la palma de la mano y las hechiceras, a las que había recurrido por desesperación y por necesidad de cualquier atisbo de luz, aunque proviniera de tonterías en las que ella nunca había creído. Le contaron muchas historias: que su marido se había enamorado de otra mujer y se habían casado en secreto porque la familia de ella no aprobaba la relación; que se había afiliado a los partidos de la oposición que operaban desde el extranjero, adonde terminó huyendo; que le habían asignado una misión secreta de asesinato en la que había perdido la vida; que había participado en un intento de golpe de Estado junto con otros cuarenta oficiales, miembros del Cuerpo de la Guardia Personal al que pertenecía, y que todos ellos fueron ejecutados al descubrirse la rebelión.

Quisma dijo asimismo que tendía a creer esa última versión, porque se había encontrado con familiares de compañeros de su esposo en aquella unidad especial y le habían contado lo mismo. Incluso habían encarcelado también al hermano o a la esposa de algunos de sus compañeros por el intento de derrocamiento del régimen, y todos habían desaparecido al mismo tiempo. Aquellas familias estaban pasando por lo mismo que ella y, como ella, no sabían nada de sus seres queridos.

Ella creía aquella historia, porque era cierto que su marido deseaba ser presidente. Admiraba extremadamente al presidente, lo consideraba un ejemplo que había que seguir, pero, al mismo tiempo, lo detestaba y lo tomaba por su contrincante personal. Su marido se creía más merecedor de la presidencia: él por lo menos poseía un título académico y el presidente no; él era militar de oficio y un verdadero oficial del ejército, mientras que el presidente había desertado del servicio militar obligatorio; él era hijo de la capital, Bagdad,

mientras que el presidente era hijo de un pueblo desconocido; él pertenecía a una respetable y profundamente arraigada familia bagdadí, mientras que el presidente no sabía quién era su propio padre... Por todas esas razones, se sentía más merecedor que el presidente y preparado para reemplazarlo.

—Pero, por otra parte, mi marido admiraba al presidente, porque había conseguido todo lo que consiguió: gobernar el país y dominar a su gente, a pesar de ser un don nadie, un huérfano, y a pesar de no poseer cualificaciones dignas de mención. Mi marido lo detestaba profundamente, sí, pero también lo admiraba, como si verdaderamente le gustara. Por eso insistió en ponerle su nombre a nuestro hijo. Es más, desde que ingresó en la Escuela Militar, antes de que yo lo conociera, se había hecho un tatuaje con el nombre del presidente en un brazo y lo rodeó con un corazón, tal como hacen los enamorados.

En aquel momento, por primera vez, Ibrahim empezó a hacerle preguntas, una tras otra:

—¿En qué brazo?

—El izquierdo.

—¿Fue en esta parte exactamente?

—Sí.

—Y ¿de este tamaño?

—Sí.

—¿En qué fecha exacta desapareció?

Ella le mencionó una fecha que Ibrahim encontró muy próxima y anterior al día en que enterró aquel cadáver con todos los huesos rotos y totalmente despellejado, menos precisamente la parte del tatuaje, que había quedado intacta. Y, por primera vez, Ibrahim se refirió vagamente a su último trabajo, haciendo más énfasis en su archivo de información sobre los sepultados. Le dijo a Quisma que había enterrado un cadáver con el tatuaje que ella le había descrito, pero sin entrar en detalles sobre cómo a aquel cuerpo lo habían desollado como a una oveja sacrificada.

PARTIERON EN EL COCHE DE QUISMA hacia Bagdad. En el camino Ibrahim le contó algo más sobre su trabajo, pero vaciló y retuvo muchos detalles por temor a deteriorar más la imagen que ella tenía de él y, tal vez, volver a perderla. Pero se sorprendió al ver que la reacción de su hija fue totalmente contraria a lo que él se temía. Quisma alabó su iniciativa de mantener registros con informaciones sobre aquellos cadáveres, calificando lo que había hecho como una gran labor heroica

y un inigualable acto de nobleza y humanidad.

Ibrahim experimentó una profunda liberación en su alma. Le desgarraba el corazón que ella le considerara un inútil y lo rechazara. Por eso aquellas palabras de alabanza eran como recibir la más alta distinción y le produjeron una inmensa alegría que nunca había sentido ante otras palabras en su vida, porque venían de su hija. Deseoso de alcanzar mayor aprobación y admiración por parte de ella, Ibrahim empezó a contarle más detalles. Le recordó aquella vez en que le llamó la atención sobre el mal olor que emanaba de su habitación y le explicó la razón:

—Aquellos fueron los inicios de todo, y desde entonces he estado registrando datos sobre miles de cadáveres en Bagdad y en otras ciudades donde supervisé el proceso de enterramiento.

Cuando llegaron a su casa en Bagdad, Ibrahim observó que Quisma acostaba a su niño en el sofá de la sala de estar y se precipitaba antes que él al dormitorio. La siguió y empezó a sacar de sus escondites los numerosos registros que había ido haciendo, le enseñó las cajas de zapatos repletas de muchas bolsas que contenían tarjetas de identidad, mechones de pelo y pequeños objetos que había ido tomando de los muertos. Quisma empezó a hojear los cuadernos esparcidos encima de la cama. Le asombró ver que las notas estaban escritas en un idioma extraño, que nunca antes había visto. Ibrahim le explicó que se trataba de una escritura que él mismo había inventado y que ningún ser humano en el mundo sabría leer, excepto él. Entonces Ibrahim leyó en los ojos de Quisma una maravillosa mirada de sorpresa y fascinación, que renovó su orgullo y alegría. Sacó el cuaderno donde calculó, por la fecha de desaparición, que podía encontrar los datos, y empezó a leerle lo que había anotado, saltando muchos detalles escabrosos; pero Quisma se dio cuenta e insistió en que lo leyera todo, así es que empezó de nuevo. Ella, al oírlo, rompió en sollozos que le estremecieron todo su cuerpo.

Por la noche, después de cenar y acostar al niño, Quisma sacó una pequeña agenda de su bolso. Cogió el teléfono, se lo puso delante en el sofá. Se dio cuenta entonces de que había dos mensajes de voz almacenados; los escuchó y descubrió que eran suyos, las dos únicas llamadas que ella le hizo durante su ausencia. Solo lo saludaba y le decía que estaba bien. Le preguntó a Ibrahim si los había oído, pero él dijo que no sabía usar el contestador y que, de hecho, ni se acordaba siquiera de haber usado el teléfono sino muy rara vez, hasta que se olvidó totalmente de su existencia. Le preguntó si en aquellos mensajes le había dejado su número de teléfono o su dirección. Con vergüenza y arrepentimiento,

Quisma negó haberlo hecho. Luego empezó a realizar decenas de llamadas a la familia de su esposo, a sus allegados, a las familias de sus compañeros desaparecidos junto a él y a las familias de otros desaparecidos a quienes llegó a conocer en el proceso de su búsqueda. A todos les comunicaba lo que acababa de descubrir, para que vinieran todos a la mañana siguiente. Ibrahim estaba sentado a su lado, contemplando su modo de hablar y recordando aquellas noches cuando se quedaba sola hablando por teléfono, tendida encima del sofá, medio vestida. Sin duda, hablaba con él, su desgraciado oficial.

Ni Quisma ni su padre durmieron aquella noche. La pasaron preparando mapas y organizando los objetos pertenecientes a los cadáveres con cuyas familias habían contactado. Todos llegaron prácticamente a la vez, en una caravana de coches, más de cien personas de sesenta familias. Todos ellos participaron luego en las excavaciones y pudieron regresar con los restos de sus muertos. Y con una aflicción mezclada con el alivio de llegar a conocer su destino fatal. Después se dirigieron a sus propios cementerios para sepultar dignamente a sus seres queridos en tumbas conocidas y bien marcadas.

LA NOTICIA NO TARDÓ EN PROPAGARSE por la ciudad y la gente comenzó a afluir a la casa de Ibrahim. Con la ayuda de Quisma, les proporcionaban todos los datos relevantes. Aquel proceso duró más de un largo y agotador mes, durante el cual entregó la mayor parte de la información de la que disponía sobre los cuerpos que había enterrado en Bagdad y los alrededores; no quedaba mucha más información, salvo en los registros relacionados con otras ciudades.

Ibrahim y Quisma se encontraban totalmente exhaustos después de atender a tanta gente a lo largo de todas las horas del día y de la noche, de modo que Quisma se lo llevó a su casa, para que pudieran descansar un poco. Ibrahim se encontró en una casa magnífica, con muebles de lujo y terrazas con vistas al río. Durmieron y, a la mañana siguiente, se sentaron en la terraza para tomar té y contemplar tranquilamente el paisaje, hasta que se sintieron renovados. Dos días más tarde, emprendieron el camino de vuelta al pueblo, pero algunas familias de personas desaparecidas de otras ciudades empezaron a seguirlos, indagando y rastreando sus pasos hasta el pueblo y, una vez allí, hasta su casa. Quisma tuvo que organizarlo todo y, como el resto de los registros se habían quedado en Bagdad, fijó citas, con hora y lugar exactos, para que su padre realizara una visita a cada ciudad llevando consigo los registros y pudiera entregarles toda la información que tenía a mano.

MÁS DE UNA VEZ, TAREK FUE de noche a verlo, temblando, sudando, confuso y preocupado por Ibrahim. A solas le advertía y le aconsejaba que dejara de hacer lo que estaba haciendo, que lo negara completamente. Le informó de que le habían llegado rumores, a través de sus relaciones con la resistencia y los partidarios del régimen derrocado, de que la gente intentaría asesinar a Ibrahim porque consideraban que conspiraba para difamar la imagen del expresidente y la época de su mandato, que era un aliado de los traidores, que las cosas que él contaba se basaban en calumnias y mentiras que él se había inventado, y que, de todos modos, lo matarían igualmente aunque fuera cierto lo que contaba y las tumbas a las que guiaba a la gente existieran de verdad, porque todo aquello, desde el punto de vista de los partidarios del antiguo régimen, era una traición a la confianza que el Gobierno anterior había depositado en él al concederle el honor de encargarle y confiarle aquella misión.

En las noches siguientes, Tarek vino en idéntico estado de agitación, para informar a Ibrahim de que, a través de sus contactos con los miembros de los partidos del nuevo Gobierno y sus seguidores, le habían llegado otros rumores de que tenían la intención de matarlo para purificar el país de todos los aliados del antiguo régimen y de los colaboradores en cualesquiera de sus crímenes. Lo que Ibrahim hacía proporcionaba una prueba tajante de que «formabas parte del círculo más cercano y profundamente de fiar por parte de los líderes y servidores del desaparecido régimen dictatorial».

Tarek le rogó:

—Deja lo que estás haciendo, Ibrahim. De hecho, niégalo, niega saber absolutamente nada de todo eso. Tienes que huir a un lugar secreto y seguro hasta que pase la tempestad. Yo, si quieres, te lo arreglo todo. Te matarán, Ibrahim. Te matarán, hermano. Si no te matan unos, lo harán los otros. Tu sangre será derramada en vano por los escuadrones de la muerte, tal como está ocurriendo en todo el país todos los días.

A pesar de creerlo, Ibrahim no acató sus consejos. No podía impedirse a sí mismo seguir el camino que había emprendido; en particular, después de haber aguantado todo lo que tuvo que aguantar y después de haber hecho todo lo que hizo en previsión de un momento como aquel, un momento que nunca esperaba realmente que llegara. Sentía que Dios lo había guiado y lo había utilizado para llevar a cabo aquella misión. Nunca había pensado que fuera tan útil para tantas

personas, ni había sentido tanta paz cada vez que veía sus rostros iluminados por la inmensa gratitud y las lágrimas de alivio al saber que la dura búsqueda de sus desaparecidos ya llegaba a su fin. Por eso rechazaba los regalos y las grandes cantidades de dinero que le ofrecían. Su conciencia ya estaba en paz. Sus largos remordimientos por haber dejado el cadáver de su amigo Ahmed Al-Nayafí en el desierto empezaron a aplacarse. Pero lo más importante de todo fue el respeto y la estima que, de pronto, recibía de la persona que más le importaba: su hija Quisma. Fue algo que nunca había esperado. Por eso decidió seguir entregando todos los datos que poseía, aunque aquello le costara a veces tener que ir personalmente en busca de sus legítimos propietarios.

EL SEGUNDO DÍA DEL MES de ramadán de 2006, se puso de acuerdo con otras ocho personas del pueblo para alquilar una furgoneta e ir a Bagdad. Se citaron en la calle principal delante del cafetín del pueblo. Cada uno de ellos tenía sus propias razones para ir a la capital. Algunos jóvenes iban en busca de oportunidades de trabajo, querían alistarse en la Policía porque era una de las profesiones más accesibles en aquel entonces. Otros, los mayores, iban para arreglar los trámites de su pensión. Otros, en busca de personas antigua o recientemente desaparecidas.

SALIERON HACIA LA UNA DE la madrugada como acordaron, con la intención de llegar a primera hora de la mañana y terminar temprano lo que cada uno tuviera que hacer, antes de que el calor se intensificara, porque estaban en ayunas.

Pero, antes de la salida del sol, las cabezas cercenadas de todos ellos aparecieron devueltas en cajas de plátanos en el mismo lugar donde se habían citado y habían emprendido su camino.

## *Segundas nupcias*

EN UN PAÍS SIN PLATANARES, los habitantes del pueblo se despertaron con el hallazgo de nueve cajas para transportar plátanos. En cada una de ellas estaban depositados la cabeza degollada de uno de sus hijos y el documento que lo identificaba, ya que algunos rostros habían quedado totalmente desfigurados por la tortura anterior a su decapitación o por la posterior mutilación, tanto que los rasgos con que habían sido conocidos a lo largo de su truncada vida ya no eran suficientes para identificarlos.

La primera persona que se percató de la presencia de aquellas cajas fue Ismael el pastor, que, de pronto, perdió los restos de sueño que le quedaba en los ojos y se puso a gritar con todas sus fuerzas, hasta tal punto que la burra se asustó, el rebaño de ovejas se paralizó y las palomas y los gorriones echaron a volar de los árboles y de los tejados. La madrugada se encontraba en su último brillo plateado. El pueblo estaba dormido, totalmente silencioso, excepto por los cantos de unos gallos y el lejano ladrido de un perro seguido por la respuesta de otro perro en un extremo aún más distante. Algunas personas vinieron corriendo desde las casas más cercanas, y luego toda la gente del pueblo acudió desde todas partes, después de que alguien lanzara la voz de alarma por los altavoces de la mezquita.

Era el tercer día del mes de ramadán del año 2006, cuando las antiguas crónicas históricas hablaban de algo llamado Estados Unidos de América, que ocupó un país llamado Irak.

Cuando le comunicaron a Abdulá Kafka que la cabeza de Ibrahim estaba entre las nueve cabezas, respondió:

—Ya está, ha descansado. Porque esta vez sí que ha muerto, dejándonos al caos del destino y a la absurda espera de la muerte a nosotros, los muertos en vida.

Permaneció callado, petrificado como una roca; luego se puso a fumar y



fumar. Por primera vez la gente vio fluir lágrimas de sus ojos, que no pestañeaban. No los secó, tampoco dejó de fumar.

Cuando la noticia trascendió al tercer amigo, el *mulá* Tarek, este casi se desmaya y pierde el equilibrio. Por lo que se apresuró a sentarse, apoyándose para no caer desplomado mientras recitaba muchos de los dichos religiosos que había aprendido de memoria. Lloró pidiendo perdón a Dios, lloró maldiciendo al diablo para que no lo incitara a caer en la desesperación. Lloró y lloró hasta que las lágrimas mojaron las puntas de su barba alheñada.

Las preguntas de quienes lo rodeaban lo salvaron de caer en un largo acceso de llanto:

—¿¡Qué hacemos, jeque!?! —preguntaron—. ¿¡Enterramos las cabezas o esperamos a que demos con el resto de sus cuerpos, para enterrarlos juntos!?! Los han asesinado en Bagdad o en el camino, pero Bagdad ahora se ha convertido en un caos. Abundan los cadáveres sin identificar, los coches bomba, los extranjeros y las mentiras. Tal vez nos resulte imposible encontrar los cuerpos.

—Es mejor dar sepultura a las cabezas. Si más tarde llegamos a encontrar los cuerpos, podemos enterrarlos junto a ellas, en un sitio separado o en el lugar donde se hayan encontrado. Nuestros hijos y hermanos no son más apreciados ni mejores que el Señor de los Mártires y nieto del Profeta, Al-Hussein, cuya cabeza está enterrada en Egipto o en Siria, mientras que su cuerpo reposa en Irak. Daos prisa en enterrar las cabezas, ya que dar sepultura al fallecido es la mejor forma de honrarlo —respondió.

Solamente Quisma, la viuda que se había quedado huérfana aquella madrugada, se opuso y quiso guardar la cabeza de su padre Ibrahim hasta que encontrara el cuerpo. Pero su objeción quedó reprimida cuando los hombres se enfrentaron a ella y la reprendieron:

—Cállate, mujer, déjate de tonterías. ¿Qué sabrás tú de estos asuntos?

La alejaron a empujones hasta donde estaban reunidas las mujeres. Solo la secundó Amira, su vecina gorda, que quería hacer lo mismo: guardar la cabeza de su marido en la nevera hasta localizar el cuerpo.

QUISMA ESTUVO MUCHO TIEMPO indecisa. Daba un paso hacia adelante y dos hacia atrás. Pero, al final, se armó de valor y resolvió ir a casa de Abdulá Kafka. Su relación con su tío paterno estaba casi rota desde que ella se había alejado de su padre. Además, su tío tenía a su cargo una gran familia, ganados y terrenos de cultivo; por eso pensó que Abdulá sería la persona idónea para ayudarla a llevar

a cabo su empeño de ir en busca del cadáver de su padre. Era su amigo más cercano y solo a él le había confiado su padre el secreto de aquellos días en los que todo podía acarrear la pena de muerte. Recordó lo que le había contado alguna vez: «Tarek y Abdulá son mis amigos más íntimos; sin embargo, aprecio más a Abdulá». Por otra parte, Abdulá no tenía familia ni trabajo que pudieran obligarlo a echarse atrás, ni miedo a nada, ni siquiera a la propia muerte.

De esa forma, Quisma se convencía a sí misma de su determinación de ir a verlo, a pesar de las dudas, los rumores y por ende el escándalo que provocaría ver a una joven viuda entrar en casa de un hombre soltero, en el extremo del pueblo. Pero no podía plantearle el asunto delante de los demás hombres, los mismos que la increparon violentamente el día del entierro, como a Amira la gorda. Y dado que Abdulá se quedaba en el cafetín la mayor parte del tiempo, desde que abría al amanecer hasta que cerraba sus puertas a medianoche, no tenía más remedio que dirigirse a su casa de madrugada. No le fue nada fácil tomar tan arriesgada decisión, aunque, de todas formas, no era la primera de aquel tipo en su vida.

Pasó amargas noches de sueño entrecortado, donde las lágrimas de pena derramadas por la muerte de su padre se alternaban con reflexiones acerca de lo que resolvería hacer. No sabía por qué se llevó a su niño, aún profundamente dormido. Este se revolvió inquieto, pero siguió durmiendo; ella le recostó la cabeza en el hombro como si estuviera sujetando una punta del chal. Tal vez pensaba que llevarlo podría disipar las dudas en caso de que alguien la viera, o tal vez quería en cierto modo buscar protección en él, o que Abdulá Kafka mostrara más empatía con ella cuando lo viera dormido, aunque sabía la rabia que sentía hacia el nombre del niño cuyo padre bagdadí quiso ponerle el nombre del presidente.

¿Aceptaría Abdulá acompañarla a la incendiada Bagdad en busca de un cadáver más entre miles de cadáveres cuando no había abandonado su silla en el cafetín ni siquiera para asistir al sepelio? ¿Le contaría —él, que permanecía callado casi todo el tiempo— lo que ella quería saber acerca de su padre? Volvía una y otra vez a esos dos interrogantes sin dejar de dar vueltas en la cama, toda la noche, evocando cuanto recordaba sobre su padre, mientras la mortificaba una sensación de remordimiento por haberlo desobedecido y por haberse alejado tantos años de él, a pesar de ser su única hija.

A la vez, la impulsaba una especie de desafío por demostrar a los demás que una hija también podía llevar merecidamente el nombre de su padre y defender

su memoria, y que tener un hijo varón no era la única vía para preservar el nombre del padre y hacerlo perdurar en sus descendientes, como se decía. En ese momento se dio cuenta más que nunca de lo mucho que su padre había sufrido por el bien de sus propios padres, por sus hermanos, por ella y a causa de ella; sobre todo, ahora que era madre y viuda, como él era viudo cuando rechazaba volver a casarse tras el fallecimiento de su esposa, con el fin de ahorrarle una incómoda convivencia con una madrastra, aunque también fue por el secreto.

La frivolidad juvenil que ella había tenido, sus ansias por vivir una vida diferente, como los otros jóvenes de la ciudad, y su egoísta preocupación solo por sí misma y por nada más se interpusieron entre el oído y la memoria. Rehusaba que su memoria, la de ella, fuera un nuevo depósito para almacenar los recuerdos de su padre; sobre todo, durante los años de sus vivencias, sus estudios y su matrimonio en Bagdad. Quería borrar lo que recordaba de su infancia en aquel pueblo, olvidar el hecho de que sus padres eran unos simples y pobres campesinos.

Ibrahim, en cambio, solo tenía consuelo en desear contarle cosas precisamente a ella, que era su única hija. Si ella no fuera la continuidad de su memoria y de su recuerdo, todo lo que él representaba quedaría relegado al vacío, al olvido. Y nada horroriza más al ser humano. Anhelaba aprovechar cualquier oportunidad para contárselo todo, volvérselo a contar, detallar unas veces, o incluso llorar o reír otras, como si estuviera reviviéndolo todo. Aquella verdadera pasión visible en los ojos de su padre dejó forzosamente en la memoria de Quisma parte de los recuerdos de él, aunque en forma de imágenes dispersas.

Impelida por una sensación de remordimiento, intentó tras su muerte recomponer aquella memoria, recuperarla, volver a oírla a través de su propia memoria, volver a contársela a sí misma. Sabía que había bastantes lagunas en la biografía y en la imagen de su padre, lagunas que necesitaba rellenar con ayuda de otros para poder conocerlo del modo más completo posible.

Decidió también para sus adentros que le hablaría de su abuelo a su hijo, cuando creciera. Empezaba ahora a verlo como un héroe, aunque el heroísmo era algo que ya no tenía valor en un país donde se entrecruzaban la heroicidad con la traición, lo humano con lo bestial, el sacrificio con la explotación. Todo se entremezclaba con el humo de las batallas, el caos, la sangre y la ruina. El verdadero heroísmo radicaba en la abnegación, y eso era lo que su padre había tratado de hacer a lo largo de toda su vida, con una paciencia y una resignación

extraordinarias que ella había detestado tanto que buscó lo opuesto en su futuro marido. Pero ahora, después de haber madurado tanto, después de haberse convertido en madre y viuda, y de regreso a su pueblo, empezó a sopesar las cosas de otra forma. Decía a su vecina Amira que los traumas de la vida le enseñaban a uno a conocer mejor el sentido de la existencia.

LLAMÓ A LA PUERTA CON SUAVIDAD, ya de madrugada, y la puerta se abrió. Ella no esperaba que Abdulá oyera los primeros toques. No notó en su rostro ninguna señal de asombro ni atisbo de que estuviera durmiendo; él, sin embargo, le aseguró que estaba dormido, que tenía la costumbre de levantarse al instante y que en cuanto abría los ojos ya estaba completamente despierto, que era un hábito que había adquirido en sus años de cautiverio.

Cerró la puerta. Quisma tomó asiento en la sala, con el niño en el regazo. Abdulá le preguntó si quería que le preparara té y algo de desayuno.

—No —respondió—. Siéntate.

Abdulá se sentó delante de ella y empezó a fumar, pero se alejó cuando vio el humo flotando cerca de la nariz del niño. Quisma empezó con una larga introducción para disculparse por haber venido de esa manera, a esa hora y sin previo aviso. Le dijo que insistía en buscar el cuerpo de su padre, costara lo que costara. Y que pensaba que él sería la mejor persona para acompañarla en aquella misión, porque su padre se fiaba de él y lo amaba más que a nadie. Abdulá musitó algunas palabras y movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Por favor.

Reflexionó un momento, pero volvió a mover la cabeza sin decir palabra alguna.

—¿Por qué?

Dijo que no le interesaban ni esos asuntos ni otros, y que, por lo tanto, no servía para ello. Quisma insistió una vez más, pero él volvió a negarse y a repetir que no le servía para aquella misión, porque no había estado en Bagdad desde hacía largos años y seguramente muchas cosas habrían cambiado desde entonces, más bien todas. No conocía nada allí y no sabía cómo actuar con la gente cuando se trataba de tales asuntos.

Quisma le dijo que ella sí conocía bien la ciudad y que se encargaría de todo, que lo único que le pedía era que la acompañara, para tener a un hombre de confianza a su lado en esa caótica situación. Él era el hombre idóneo, porque carecía de obligaciones y podía permanecer a su lado todo el tiempo necesario

hasta encontrar el cuerpo de su padre, aunque la búsqueda se alargara. Abdulá le respondió que cualquier otro hombre sería más útil y de más ayuda para ella en aquella misión. Pero Quisma volvió a insistir en que él era el mejor hombre para acompañarla, porque, aparte de no tener compromisos, todos en el pueblo lo respetaban y conocían la naturaleza de su estrecha relación con su padre, y que, por lo tanto, no habría habladurías sobre ellos sino todo lo contrario: lo verían como totalmente apropiado y aplaudirían su postura.

El humo de los cigarrillos empezó a nublar la sala, por lo que Abdulá abrió la puerta. Quisma siguió insistiendo, pero él siguió negándose; trató incluso de disuadirla diciéndole que lo que ella pretendía no tenía sentido y no cambiaría nada en el hecho de que Ibrahim ya no estaba, que ya había muerto.

Quisma replicó que, por el contrario, tenía mucho sentido para ella y también para su padre, que merecía al menos esa sencilla y última dignificación, cuando él había pasado años esforzándose por reunir las partes de los cadáveres y las acomodaba para sepultarlos de forma digna para un ser humano. Había arriesgado su vida, soportando un horror atroz, con el único objetivo de guiar a la gente hasta los restos de sus seres queridos. Por eso su cuerpo merecía ser tratado del mismo modo que había tratado él los cuerpos de miles de personas.

—Todo eso no tiene ni propósito ni sentido —dijo Abdulá—. Todo se ha terminado. Ibrahim también se ha terminado.

Quisma se levantó furiosa:

—Ibrahim no se ha terminado. Nunca será así. Ibrahim sigue presente y seguirá presente en mí. Yo soy Ibrahim. Este hijo mío es Ibrahim. Irak es Ibrahim e Ibrahim quedará en la memoria de la gente a la que conoció y para la que siempre tuvo su mano tendida para ayudar —gritó.

Abdulá se levantó confuso. La ira y el tono brusco de Quisma lo sorprendieron. Era como si acabara de despertarse. Lo sacudieron la fuerza y la vivacidad que empleó y se rindió ante aquella explosión.

Quisma se dejó llevar por el siguiente desahogo:

—Si tú has terminado o alegas haber terminado, es asunto tuyo; pero Ibrahim nunca se habrá terminado. Ibrahim está en cada uno de nosotros, también en ti, pero aduces rechazo y sinsentido cuando es por pereza, miedo y desesperación. Tú siempre ocupabas un lugar en su mente, tanto si estabas ausente como si estabas presente; pero eres un egoísta, solo piensas en ti mismo; por eso no percibes ningún sentido en nadie ni en nada. Si las cosas no tuvieran sentido, sería nuestro deber concederles uno, como al oro, por ejemplo. Si la vida no

tuviera sentido, tendríamos que encontrarle sentido aunque solo fuera una ilusión. ¿No es el nihilismo otra ilusión? Te conozco por mi padre. Conozco incluso tu palabra preferida y tu forma de responder: «Todo es una mierda». Por cierto, esa palabra la usan a menudo los orgullosos y vanidosos, los que son tus opuestos, los ricos y tontos que ostentan el poder, los que te han conducido a lo que eres actualmente. Estuviera donde estuviera, Ibrahim se esforzó por ser en alguna medida útil en todo lo que pensó, dijo o hizo. Así es como deben ser las cosas, porque cada ser humano y hasta cada objeto tienen un papel y una utilidad en este universo. Incluso la mierda, por cierto, tiene su utilidad. ¿Me estás escuchando... Kafka?

Y se calló, intentando recuperar el aliento mientras buscaba profundamente sus ojos. Sus miradas se cruzaron un momento. Y ambos se echaron a reír. Quisma suspiró, se calmó y dijo:

—Y ahora ¿qué?

Abdulá agitó la cabeza con un gesto de negación; ella entonces se marchó furiosa, dando un fuerte portazo al salir. Él la llamó por la ventana. Quisma se paró, pero sin darse la vuelta para mirarlo.

—Habla con Tarek —dijo Abdulá—. Él es mejor en este tipo de cuestiones. Si se niega, dímelo y yo sabré cómo convencerlo.

Ella ni le respondió ni se volvió. Se alejó, estrechando a su hijo contra su pecho. Abdulá se quedó mirándola hasta que desapareció. Sintió algo nuevo que se le revolvía en las entrañas. Esa mujer lo había trastocado, había despertado en él sensaciones que tenía por muertas. Era como si le hubiera colocado delante de los ojos unas gafas que le devolvían la posibilidad de ver de una manera diferente o incluso mejor. Seguramente no era por la lógica, sino por aquel tono seguro. Realmente, la admiró. Se quedó largo rato parado en la ventana, fumando y entregándose a las posibilidades imaginativas que nacían dentro de él. Pensó que tal vez, si viviera con esa mujer, su vida cambiaría, quizá encontraría una ilusión de algún sentido para la existencia o algo que lo distrajera de pensar en la falta de sentido de la vida, hasta que todo terminara. Era como si se sintiera ansioso u obligado a ser útil. Se puso a pensar en que, si se casara con ella, haría lo posible para casar también a su tío Ismael y traerlo a vivir aquí el resto de su vida, como compensación por la injusticia que le hicieron sufrir, y que si ella se casara con él quizá, por ejemplo...

Pero entonces se dijo a sí mismo: «Es imposible, son sandeces». Cerró la ventana y se volvió a la cama.

ANTES DEL MEDIODÍA, QUISMA se presentó en casa de Tarek. Lo encontró en el salón, jugando con dos de sus hijas. Tarek se alegró mucho con su visita y la recibió con cariño; cogiéndole al niño, lo abrazó y lo besó. Cuando el niño tendió la mano para tocarle la barba, Tarek se inclinó. En cuanto se sentaron, Tarek supo que ella venía para hablarle de un asunto importante y mandó a las dos niñas fuera de la habitación:

—Id a jugar al jardín.

Las niñas salieron y Quisma le contó la razón por la que venía a verlo.

Tarek se quedó pensativo un rato, peinándose la barba con los dedos. La miró. Era una oportunidad que nunca se le había ocurrido. En realidad, era un milagro que Dios le propiciaba, un regalo divino. Porque desde que ella había vuelto viuda al pueblo, Tarek no había dejado de pensar que era todo un tesoro de mujer para tomarla en matrimonio. Si sus hijos mayores, Ibrahim y Abdulá, no estuvieran casados, habría convencido a cualquiera de los dos para que se casara con ella; pensó incluso en convencer a uno de ellos para que la tomara como segunda esposa, pero se echó atrás en su idea porque conocía muy bien a sus hijos. Eran totalmente diferentes a él y a su abuelo: obedientes y sumisos ante sus esposas, enamorados y cuidadosos para no molestarlas. Y su otro hijo era todavía pequeño.

Pensó entonces en sí mismo. Si ella lo aceptara como esposo, sería formidable. Ella, igual que él, sabía vivir en el pueblo y en la ciudad. Tenía contacto con gente significada de la capital: Tarek había oído que se había casado con un hombre importante, de familia conocida y rica, y que poseía una lujosa casa en el centro de Bagdad. Pero volvió a apartar todos esos pensamientos cuando reconsideró que era algo que nunca podría ocurrir. Ella nunca lo aceptaría como marido, porque él tenía la edad de su padre y era su amigo; de hecho, era como un padre para ella. ¿¡Qué diría la gente!?

«Pero la misericordia de Dios es inmensa y lo provee a uno desde donde no lo espera», así pensó Tarek, extasiado, mientras enfocaba todo su pensamiento en cómo podría aprovechar aquella oportunidad. El mero intento era ya una tentación para ejercer gozosamente su don de la palabra. Puso especial cuidado en repetir la palabra «tú» en esa forma femenina que el idioma le permitía, para conocer el impacto en el alma de ella y dijo:

—Tu padre y tú sois parte de mí; y yo, parte de vosotros, como tú bien sabes. Por eso tú siempre eres bienvenida aquí. Tú no tienes que pedir nada, sino

ordenar, y yo estoy a tu total disposición para hacer todo lo que tú me pidas, cueste lo que cueste. Tú tienes que estar segura de que estoy dispuesto a sacrificar lo que sea para complacerte y alegrarte.

Notó la impresión positiva que sus palabras habían causado en ella. Desde su punto de vista, esas palabras, aunque fueran genéricas, convencionales y repetidas, siempre tenían un gran efecto sobre la mujer, como si fueran nuevas, y la alegraban con independencia de la posibilidad o no de ponerlas realmente en práctica. La mujer sentía, valoraba y se dejaba influir por las palabras más que el hombre, incluso encontraba en ellas interpretaciones distintas a las del hombre. Saboreaba las palabras como trozos de caramelo.

—Para que realicemos esa misión —y te felicito por haberla pensado, además de que me siento honrado de que me hayas elegido para participar contigo—, es necesario que tú y yo pensemos en una forma de llevarla a cabo que no nos traiga más problemas, en vez de tranquilidad de conciencia.

Cuando Quisma le preguntó qué era lo que quería decir, Tarek se puso a emplear todo su acervo lingüístico y su experiencia en seleccionar las palabras que pudieran persuadirla de la necesidad de encontrar una fórmula social para viajar juntos, una fórmula que no dejara lugar a dudas ni diera pie a habladurías; sobre todo, porque él era profesor e imam de la mezquita, un hombre honrado e hijo de un hombre honrado. Su reputación era lo más valioso que poseía. Dado que aquella misión podría alargarse, tendrían que pasar varias noches lejos de sus casas, en la casa de ella de Bagdad, por lo que la gente seguramente comenzaría a murmurar y a dejar caer algunos comentarios. Él estaba preocupado tanto por su propia reputación como por la de ella. Era un hombre claro y prefería que todos sus actos fueran tan transparentes como la luz del día. Quisma entendió enseguida lo que él estaba insinuándole. Aunque era algo que nunca se le había pasado por la cabeza, no sintió ninguna conmoción ni rechazo ante su lógica ni hacia él como persona. Él, por su larga experiencia, percibió su asentimiento y buscó aprovechar aquella reacción favorable. Empezó a repetir lo inmensamente bien que valoraba la idea de buscar el cuerpo de su padre, infundiendo al asunto cierta sacralidad y expresando su alegría y su honra por haber sido elegido él en concreto para acompañarla en aquella misión, así como su deseo de llevarla a cabo con ella, con todo su corazón y toda su mente. Luego empezó a adentrarse más en el tema, comprometiéndose a que, si obtenía aquel honor, ella sería la niña de sus ojos, la cuidaría, le dejaría la libertad de elegir vivir en el pueblo o en su casa de Bagdad o bien yendo y viniendo juntos. Ella



podría también trabajar con él como maestra en la escuela del pueblo, en Bagdad, o incluso no trabajar, ya que él, gracias a Dios, tenía todo lo que necesitaba. Le dijo asimismo que sería el mejor padre para su hijo y le dio otros muchos argumentos.

—Tenemos que hacerlo, aunque solo sea en los papeles... o con un acto verbal y religioso delante de la gente.

—Déjame pensarlo —dijo Quisma antes de levantarse.

Tarek intentó convencerla que se quedara para la comida, pero ella se disculpó, le dio las gracias y se marchó. Él se quedó solo en la sala, atusándose la barba, frotándose las manos y sonriendo, con el corazón dándole saltos en el pecho.

*Hijos de la grieta de la tierra*

AQUELLA NOCHE, APENAS durmió ninguno de los tres. Abdu-lá Kafka, Tarek el Asombrado y Quisma Ibrahim, cada uno de ellos solo en su casa, pensaban en sí mismos y en los otros dos. Ninguno tenía cerca a una persona íntima y de confianza que supiera y comprendiera lo que estaba pasando por sus cabezas, alguien a quien pudieran pedirle consejo. En cualquier caso, los tres se habían acostumbrado a confiar en su propia forma de pensar y en sus convicciones con independencia.

Después de reflexionar, Quisma encontró que las razones para aceptar la propuesta de Tarek eran mayores que las razones para rechazarla. De hecho, no había pensado anteriormente si se casaría de nuevo o no, y menos aún cuándo, dónde y cómo. Sin embargo, zanjar pronto la cuestión y en esas condiciones sería mejor que dejarla pendiente, a la espera de un modelo de persona que podría no encontrar nunca, una persona adecuada a su situación como viuda y madre, con una mitad de su ser en el pueblo y la otra mitad en la ciudad, y capaz de tener en consideración que su exmarido era un héroe o un traidor, según quien lo juzgara. Además, Tarek la conocía y ella lo conocía. Existían entre ellos lazos de confianza que casi eran familiares. Quisma no encontraba en su interior voluntad alguna para perder tiempo en darse a conocer a otro y llegar a conocerlo con todos los detalles sobre su vida, sus recuerdos y todo eso.

Tarek era casi como ella en muchas cosas. Aparte de la edad, apenas existían grandes diferencias. Como ella, era un hijo del pueblo que amaba la ciudad y al que atraían las apariencias, tener numerosas relaciones sociales, gozar de los placeres de la vida y saber aprovechar las oportunidades. Tenía un nivel de estudios académicos equivalente al de ella, con él volvería a sentir la seguridad y la paternidad que se había negado cuando provocó una fisura con su padre al alejarse de él desde muy temprano, sin haber podido valorar la grandeza de aquella relación hasta que ella misma fue madre. A través de Tarek conocería

más de su padre. Lo restauraría en su memoria y en su espíritu. Encontraría alguna forma de curar su dolor de conciencia por lo cruel que había sido con él, un remordimiento que había descubierto cuando ya era demasiado tarde. Aparte de la casa, los terrenos y los recuerdos que su padre le legó, Quisma imaginó que el espíritu de su padre también se sentiría más tranquilo al estar ella con Tarek. No dudaba de que Tarek la respetaría y compartiría con ella su deseo de perpetuar la memoria de su padre.

En cuanto a lo que consideraba razones para el rechazo —a saber, la diferencia de edad y el hecho de que él ya estaba casado—, no lo eran tanto para la sociedad en general ni para el pueblo en particular. En su relación con él, en cambio, esos inconvenientes serían puntos de fuerza a su favor y de debilidad para él.

Quisma seguía dándole vueltas a la cuestión en su cabeza, evocando aquel lejano recuerdo de su infancia, cuando vio al hijo de Tarek que tenía su misma edad, sentado en el regazo de su padre, mientras este lo acariciaba con cariño. Recordó las risas de Tarek, sus ingeniosas anécdotas, su fuerte perfume que no había cambiado y que ella volvió a oler esa misma mañana, cuando Tarek la recibió. Una reminiscencia que tantas veces había evocado, puesto que constituyó un punto de inflexión en su vida, cuando empezó a comparar entre su padre y Tarek, a querer que él fuera su padre, incluso podía decirse que lo deseó y que desde aquel momento sintió su femineidad y su independencia.

Decidió por lo tanto aceptar y empezó a imaginarse a sí misma como su esposa. Sonrió cuando conectó aquella decisión con su recuerdo de niña. Después de tantos años, cumpliría su deseo infantil de sentarse en su regazo. «Glorificado sea Dios», se dijo a sí misma.

CON LA PRIMERA LUZ DEL AMANECER, Quisma se acercó a casa de su vecina, Amira la gorda, que estaba horneando pan en su horno, que estaba pegado a la pared baja de adobe que separaba sus casas. Amira era la persona con quien Quisma tenía más trato en el pueblo. Fue ella la que volvió a enseñarle cómo cuidar las vacas y ordeñarlas, cómo hornear el pan en el horno de adobe rojo y gracias a ella se enteraba de todas las noticias del pueblo. La consideraba una amiga, hasta cierto punto. Con ella compartió la tragedia de las cabezas de sus seres queridos y fue la única que estuvo de acuerdo con ella en que era necesario encontrar los cuerpos. De hecho, Amira incluso había ido más lejos al querer conservar la cabeza de su marido en la nevera o en sal; pero los hombres del pueblo se lo

habían impedido.

De modo que a ella fue a quien le pidió que mandara a uno de sus hijos pequeños a casa del jeque Tarek para pedirle que viniera a casa de Quisma, porque quería hablarle de un asunto importante. En menos de una hora, Tarek acudió precedido por toda su elegancia y su perfume. Quisma lo recibió, lo condujo hasta el salón y le preparó té. Se esforzó por comportarse como cualquier campesina: buena, hospitalaria, generosa, fina y sumisa. Parecía demasiado mansa incluso a sus propios ojos.

Hablaron del asunto desde casi todos los ángulos. Ambos accedieron con flexibilidad a las peticiones y condiciones del otro. Acordaron anunciar su noviazgo y celebrar el matrimonio religioso aquella misma tarde, en presencia de los familiares más cercanos de ambos, pero no registrar el matrimonio oficialmente ni celebrar la boda sino pasados unos tres o cuatro meses o en una fecha que elegirían más adelante, con la condición de no celebrar una gran fiesta sino una pequeña recepción en la que se limitarían a invitar a las personas más cercanas a una cena y a unos vasos de zumo y de té.

Después acordaron empezar su viaje en busca del cuerpo de Ibrahim al día siguiente mismo, comentando que sería además una oportunidad para llegar a conocerse mejor, tratar de otros detalles de su próxima fiesta de boda o de los temas que podrían surgir más tarde.

Tarek salió encantado, exaltado, sintiéndose más joven. Se despidió de ella con la más dulce de sus sonrisas y una cariñosa mirada; cuando le dio la mano a Quisma, se la estrechó de forma íntima. Nada más marcharse, Amira entró a ver a su vecina y Quisma se lo contó todo. Estaba claro que la noticia se propagaría por el pueblo, de punta a punta, antes de la puesta de sol. Vinieron a la cena personas a las que ni siquiera habían invitado. En aquel pueblo, como en los demás, era natural que sucediera así, que la gente se invitara a casa de quien quisiera, y el dueño de la casa no tenía más remedio que darles la bienvenida.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Tarek aparcó su coche en el patio de la casa de Quisma. Estaba elegante, con la barba arreglada, perfumado y listo para el viaje. Había ordenado a sus hijos que lavaran el coche y lo aprovisionaran de todo lo necesario para el viaje. Después roció el interior con su mismo perfume. Tenía frascos escondidos en todas partes: en el dormitorio, en el salón, en su despacho de la escuela, en el *mihrab* de la mezquita, en la guantera del coche...

Quisma se instaló con su hijo en el asiento de atrás; Tarek la miraba por el

espejo retrovisor. Nada más salir de la casa y girar para coger la primera callejuela, Amira la gorda lo obligó a detenerse delante del portal de su patio. Llevaba un bolso grande en una mano y, en la otra, un libro bastante voluminoso. Les dijo que ella también quería ir con ellos a buscar el cuerpo de su marido.

Después de tragarse despacio la sorpresa, Tarek le comentó que el viaje podría alargarse días e incluso semanas, y que sería muy duro; sobre todo, por las vueltas que se verían obligados a dar por los hospitales, las comisarías, las organizaciones de voluntarios, las administraciones estatales y hasta por los nuevos cementerios. Le dijo que ella tenía una familia y un montón de hijos que dependían de ella y necesitaban sus cuidados. Además, como a su marido lo asesinaron en el mismo acto y día que a Ibrahim, ellos se encargarían de buscarlos a él y a los demás hijos asesinados del pueblo. Dar con uno de ellos significaría seguramente localizarlos a todos.

Amira se quedó absorta un momento; luego se alejó del coche, convencida o quizá aún pensativa. Tarek volvió a arrancar el coche sin esperar su respuesta. A Amira no le quedó más remedio que despedirse de ellos con súplicas a Dios para que los protegiera. Una vez que doblaron la esquina de la callejuela hacia la avenida principal y llegaron a la mitad, a la altura del cafetín del pueblo, Tarek y Quisma vieron a Abdulá Kafka levantando el brazo y moviéndolo para que se detuvieran. Y lo hicieron. Metió la cabeza por la ventanilla delantera, a la derecha de Tarek:

—Quiero ir con vosotros —dijo.

Quisma y Tarek se miraron con asombro; Quisma miró luego a Abdulá, aún más extrañada. Este le dijo:

—Quiero ser útil de alguna forma, aunque sea cuidando al niño.

Quisma le sonrió, sabía que se refería a la enojosa conversación que habían tenido en su casa. Entre tanto, Tarek le respondió:

—Vas a ser más bien perjudicial, en lugar de útil.

—¿Por qué?

—Llevamos a un niño pequeño, y tú eres una chimenea ambulante, no puedes dejar el cigarrillo ni un minuto.

—Sí, es verdad. Pero no fumaré en el coche. Podemos parar dos minutos cada hora o cada media hora, por ejemplo, para que pueda fumar fuera.

Tarek se quedó un rato callado; luego miró al niño y a la madre y vio en el rostro de Quisma un gesto de aprobación. Así es que dijo:

—¡Vamos, confiemos en Dios!

Abdulá tiró el cigarrillo que tenía entre los dedos y se instaló delante, al lado de Tarek.

La sensación que les producía a los tres estar reunidos nuevamente era magnífica. Una emoción intensa que hizo llorar a Quisma en silencio. Al ver sus lágrimas por el retrovisor, Tarek le preguntó y Quisma le respondió:

—¡Ojalá fuera mi padre quien estuviera ahora con vosotros! El eterno trío, los hijos de la grieta de la tierra, sería entonces como siempre fue y como la gente lo conocía.

Y añadió entre sollozos:

—Ocuparé el lugar de mi padre. Considerad que soy él. No quiero ver incompleto vuestro trío. Habladme como a él. Habladme todo de él. Todo.

A partir de ese momento, la conversación adquirió un tono de sabiduría que revelaba la madurez que habían ido ganando en cada etapa de la vida. Hablaron de axiomas como «estar unidos es mejor que estar separados», «una sola mano no puede aplaudir», «cuatro ojos ven mejor que dos», «la enfermedad en una parte del cuerpo dolerá y afectará a todo el cuerpo», «el empeño por juntar las partes del cuerpo es símbolo de la intención de sanar las heridas, de unir el país, unir al hombre; algo así como una especie de restauración, de armonización, de comunicación, del intento de llegar por añadidura a la paz que todos anhelamos, los muertos y los vivos», «si bien juntar las partes de un cuerpo requiere esfuerzo, sanar las heridas requiere paciencia, y es nuestra obligación no escatimar ni esfuerzo ni paciencia para alcanzar la paz»...

ABDULÁ LE PIDIÓ A TAREK que parara, aunque todavía no habían salido siquiera del pueblo. Se apeó a toda prisa y encendió un cigarrillo. Tarek le regañó en broma:

—¡Pero, hombre! Habías dicho cada hora o cada media hora.

—Está bien, está bien... Aguántame solo un poquito, hombre —murmuró Abdulá mientras le daba una ávida calada al cigarrillo.

Se tragó rápidamente todo el humo que pudo, antes de tirar el cigarrillo a medio consumir y meterse otra vez en el coche.

Circularon varios minutos más, salieron del centro del pueblo y llegaron a las afueras. Tarek dijo entonces:

—Estoy seguro de que nuestra misión se verá culminada por el éxito.

Como no oyó ninguna respuesta, añadió:

—Os tengo reservada una sorpresa para cuando lleguemos a Bagdad.

Miró a Quisma por el retrovisor para ver el impacto de sus palabras; luego el rostro de Abdulá, a su lado. Cuando se dio cuenta de que estaban mirándolo, esperando que terminara, prosiguió:

—Es que conozco a una persona importante en el nuevo Gobierno.

Y continuó, dejando de nuevo en suspenso el final de su frase, feliz al comprobar que estaba despertando la curiosidad de los otros dos y que lo miraban con auténtica expectación.

—Es un subsecretario del Ministerio de Seguridad Nacional, el responsable de la seguridad de la Comisión de Purificación.

—Efectivamente, alguien así podría ahorrarnos mucho esfuerzo en nuestra búsqueda. Eso, si accediera a ayudarnos de verdad —replicó Quisma.

Tarek se apresuró a responder en voz alta, no sin cierta arrogancia:

—¡Por supuesto que nos ayudará! No se trata de un simple conocido, sino de un hijo del pueblo... y ahí reside la sorpresa.

—¿¡Quién es!?

—Es... Yalal, el hijo del difunto alcalde. Hemos oído a nuestras familias hablar de él, de su viaje al exterior antes de que nació y de que su rastro se había perdido.

Abdulá sintió como un rayo atravesándole el cuerpo y el espíritu. En un solo instante, se sintió convulsionado, reducido al tamaño de un guijarro. Poco faltó para que el corazón dejara de latirle. Tuvo dificultad para respirar, hasta tal punto que casi se asfixia.

Tarek continuó su discurso con entusiasmo:

—Se ha cambiado de nombre; ahora es Yalal Al-Din, señor Yalal Al-Din. Pero, gracias a mis habilidades y mis contactos, he conseguido identificarlo. De hecho, he llegado a entrevistarme con él y hemos quedado en seguir en contacto y revivir aquellos íntimos lazos de amistad que unían a nuestros padres.

Ya habían llegado a la altura del cementerio cuando Abdulá dijo:

—¡Para, para...! ¡Necesito fumar! Tienes razón. Voy a ser una carga en lugar de una ayuda. Si seguimos parando así, nuestro viaje se alargará, como si fuéramos a la China en lugar de a Bagdad.

Se rieron.

—No puedo, no puedo...

Y se bajó del coche, añadiendo con toda seriedad, en un tono más triste y tierno:

—Aquí me quedo, junto a la cabeza de Ibrahim. Encargaos vosotros de buscar sus restos.

Cerró la puerta del coche, encendió un cigarrillo y empezó a subir la ladera del monte del cementerio, sin mirar atrás.

El impacto de lo que les había dicho Tarek provocó que la preocupación, las palabras y las preguntas empezaran a bullir en su interior, mezcladas y emergentes como un volcán destructor. Hablaba consigo mismo en voz alta, sus manos gesticulaban casi sin control: «Y ahora resulta que el violador de mi madre vuelve como un señor para violar al pueblo y al país. Vuelve una vez más la alianza de criminales y asesinos. La historia se repite. La mierda se repite. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo hacer? ¡Porque algo tengo que hacer!».

Vio abajo, en el fondo del valle, una jauría de perros peleándose por una carroña. Escupió en su dirección y continuó su ascensión y sus preguntas.

Tarek y Quisma se quedaron mirándolo un rato, en silencio, mientras se alejaba. Luego reanudaron su viaje, pero con sequedad en la garganta de Tarek y lágrimas en los ojos de Quisma.

MÁS TARDE, DE CAMINO, Quisma le comentó a Tarek que Abdulá era muy buena persona, pero que se sentía muy afligido y maltratado. Era extremadamente parecido a su padre, y ella lo quería por el profundo amor que su padre le profesaba. Se parecían en su silencio, su aguante, su bondad y en su desgracia, que no les permitió tomar un solo soplo de aire con libertad ni determinar por sí mismos el curso que tomaron sus vidas.

—Todos somos parecidos —comentó Tarek—. Todos nos parecemos y, al mismo tiempo, somos diferentes los unos de los otros. La conclusión es que somos iguales en la aceptación de nuestras diferencias.

Quisma añadió que pensaba mucho en Abdulá y que quería hacer algo por él, para que pudiera vivir mejor el resto de su vida y llegara a saborear cierto placer o cierta felicidad. Pensaba en conseguir que se casara, por ejemplo.

—Y tú tienes que ayudarme a convencerlo.

Entonces, Tarek le contó la historia del amor de Abdulá por su hermana Samiha, y le reveló detalles que Ibrahim no le había mencionado. Le dijo:

—Voy a confesarte una cosa a ti sola. Esta es la primera vez que lo hablo en voz alta, aunque nunca dejó de retumbarme dolorosamente en la cabeza, hasta causarme amargura y arrepentimiento... Es una cosa que tiene que ver con Abdulá y mi hermana Samiha. Yo soy el culpable de haber persuadido a mi



padre para que rechazara su matrimonio. Sí, yo. No me preguntes por qué. Era joven, un niño ignorante.

No le contó, por supuesto, su razón psicológica de aquellos tiempos, que nunca había olvidado por lo que había tenido de traición.

Los dos se sintieron complacidos por estar en completo acuerdo en su propósito —o decisión— de tener como primer objetivo, tras su vuelta de Bagdad, arreglar el matrimonio de Abdulá y Samiha. Tarek propuso incluso celebrar una gran boda conjunta para los cuatro. Se encontraron con más energías y más alegres por compartir sus pensamientos y estar de acuerdo en la mayoría de las cosas. Entre otras: «Sí, la vida debe continuar... Volver, en la medida de lo posible, a remendar lo roto, reconciliar las diferencias, juntar lo que se ha separado y poner en orden lo que se ha dispersado, porque la vida debe continuar».

ENTRE LAS CONVERSACIONES que iban teniendo por el camino, las gasolineras, los restaurantes de las paradas de descanso, los puestos de control militar, Quisma le comentó a Tarek otra decisión que había tomado y le pidió que la acompañara para llevarla a cabo cuando estuvieran en Bagdad:

—Quiero cambiarle el nombre a mi hijo —dijo.

—Y ¿qué nombre le quieres poner?

—Ibrahim.

Tarek se quedó en silencio, como si estuviera tomando un largo trago de agua. Luego comentó con extraordinario alivio e inspiración:

—¡Dios mío! A pesar de todos los siniestros y las conflagraciones, ¡cuántos Ibrahimes caminaron y seguirán caminando sobre la tierra de los dos ríos, Mesopotamia, desde que la recorriera nuestro padre, el primer Ibrahim, el antepasado de todos nosotros!

De alguna manera, ese eterno positivismo optimista del carácter de Tarek y de su forma de pensar no le gustó mucho a Quisma. Era como si él no sintiera lo que sentía ella, no viera lo que ella veía: la completa devastación a uno y otro lado del camino; esqueletos de coches y material militar destruido; edificios y casas derruidas; los deprimentes puestos de control militar que cortaban el camino cada media hora con sus sacos de arena, sus bloques de cemento y sus vallas oxidadas; las caras sin lavar de policías y soldados; la mezcla de terror y autoritarismo en sus ojos; sus enormes uniformes que inspiraban lástima y los convertían en percheros animados de los que pendían fusiles, pistolas y

bayonetas; los convoyes militares estadounidenses que dirigían sus armas hacia los coches de los civiles y les ordenaban que se alejaran; los campos descuidados a izquierda y derecha, envueltos en su sed y en su deplorable marchitez; las columnas de humo que subían de todas direcciones...

Nada que no fuera destrucción, y si Quisma volvía su mirada hacia su interior, encontraba una destrucción aún más severa. ¿No veía Tarek todo aquello? ¿No lo sentía? ¿Cómo podía convertirlo todo en beneficio, en su propio beneficio? Eso la preocupaba y sacudía su confianza, sobre todo porque su pensamiento se inclinaba hacia el ejemplo de su padre, el bondadoso, el abnegado, el sacrificado, la víctima Ibrahim.

Acariciaba la cabeza de su niño, dormido en su regazo, mientras los tambores de las preguntas empezaban a resonar fuertemente en su cabeza: ¿Qué esperma le habría dado origen? ¿A quién se parecería? ¿A su padre, a su marido? ¿Al presidente derrocado? ¿A ella? ¿A su abuelo, Ibrahim? ¿O a ese Tarek bajo cuyos cuidados el pequeño crecería?

Estaban a mitad de camino cuando sintió que todos aquellos pensamientos se transformaban en un caótico revoltijo, un desorden salado, agrio, dulce y amargo. Piedras que se molían en medio de un caldero de pus que hervía en sus entrañas. Polvo, sangre y humo que le nublaban la visión y la ahogaban hasta el punto de casi desmayarse. Le causaban náuseas y le hacían sentir una tremenda necesidad de vomitar, vomitar...

—Para, para... Quiero bajar.

Título original: *Had-a'iq ar-ra'ays*  
Publicada por primera vez en árabe 2012.  
Publicada por primera vez en inglés con el título *The President's Gardens* por MacLehose Press, un sello editorial de Quercus Editions Ltd., en 2017

Edición en formato digital: 2018

Copyright © Muhsin Al-Ramli  
© de la traducción: Nehad Mohamed-Ihab Dessouki Bebars, 2018  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-277-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)